



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**EXPERIENCIA Y CONCEPTUALIZACIÓN: UNA LECTURA  
FENOMENOLÓGICA DE LA TESIS DEL SENTIDO ENCARNADO  
EN LA SEMÁNTICA COGNITIVA**

**Carlos Andrés Pérez Ramírez**

Trabajo presentado como requisito para obtener el grado de  
**Doctor en Filosofía**

**Tutor: Prof. Dr. Juan José Botero**

Línea de Investigación: Filosofía y Cognición.

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Filosofía  
Bogotá, Colombia  
2019

## RESUMEN

Este trabajo aborda desde una perspectiva fenomenológica la tesis del sentido encarnado que se desprende de la propuesta teórica de Lakoff y Johnson sobre la cognición. En el primer capítulo sitúo dicha propuesta en el marco teórico de la psicología cognitiva, y muestro los vacíos explicativos que todavía enfrenta la teoría conceptual de la metáfora si se entiende como una teoría empírica encaminada a refinar el modelo de la memoria semántica. En el segundo capítulo reviso la posición filosófica que Lakoff y Johnson defienden en relación con la experiencia y el cuerpo. Muestro que en la obra de Lakoff y Johnson no hay una verdadera teoría sobre la naturaleza o la estructura de la experiencia, y señalo la necesidad de refinar la noción de interacción con la que trabajan de la mano de una discusión sobre la naturaleza de los colores. En el tercer capítulo hago una lectura fenomenológica de la tesis de las categorías básicas y de los esquemas de imagen. Siguiendo las pistas de los análisis de Husserl sobre la temporalidad de la experiencia, muestro cómo la noción de categorización se relaciona con la comprensión de la vida misma, y propongo una lectura de las categorías básicas desde la teoría del *tipo* que propone Husserl. Sobre los esquemas de imagen hago una interpretación de la tesis apoyándome en la propuesta de Gallagher sobre el esquema corporal, y de la mano de la propuesta de Husserl sobre la pasividad propongo una lectura en clave fenomenológica de los hallazgos empíricos que apoyan la tesis de los esquemas de imagen. En el cuarto capítulo hago un recorrido fenomenológico sobre la tesis de la simulación encarnada, y desarrollo después una teoría fenomenológica sobre la relación entre el lenguaje y el contexto.

## **ABSTRACT**

This work approaches from a phenomenological perspective the thesis of the embodied meaning that follows from the theoretical proposal of Lakoff and Johnson on cognition. In the first chapter I place this proposal within the theoretical framework of cognitive psychology, and I show the explanatory gaps that the conceptual theory of metaphor faces if it is understood as an empirical theory aimed at refining the model of semantic memory. In the second chapter I review the philosophical position that Lakoff and Johnson defend in relation to experience and the body. I show that in Lakoff and Johnson's proposal there is not a theory about the nature or structure of experience, and I point out the need to refine the notion of interaction hand in hand with a discussion about the nature of colors. In the third chapter, I make a phenomenological reading of the thesis of the basic categories and the thesis of image schemas. Following Husserl's analysis on the temporality of experience, I show how the notion of categorization is related to the understanding of life itself, and I propose a reading of the basic categories following the notion of *type* as developed by the late Husserl. About image schemas, I make an interpretation of the thesis based on Gallagher's proposal on body schema and following Husserl's proposal on passivity I propose a phenomenological reading of the empirical findings that support that thesis. In the fourth chapter I take a phenomenological reading of the embodied simulation thesis, and then develop a phenomenological theory about the relationship between language and context.

## TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS .....	1
PRESENTACIÓN: DOS METÁFORAS.....	3
<b>CAPÍTULO 1: LA TEORÍA CONCEPTUAL DE LA METÁFORA Y LA PSICOLOGÍA COGNITIVA .....</b>	<b>7</b>
<b>1.1. Ideas básicas sobre la Teoría Conceptual de la Metáfora .....</b>	<b>9</b>
<b>1.2. Filósofos, psicólogos y conceptos.....</b>	<b>13</b>
1.2.1. Fodor. ....	15
<b>1.3. Los conceptos en psicología.....</b>	<b>21</b>
1.3.1. El modelo de la memoria semántica. ....	25
<b>1.4. Los MCIs de Lakoff y la psicología. ....</b>	<b>28</b>
1.4.1. La estructuración del repertorio conceptual. ....	36
1.4.2. Los conceptos básicos.....	39
1.4.3. Los Esquemas de Imagen. ....	45
<b>1.5. ¿Lingüística <i>cognitiva</i> o <i>lingüística</i> <i>cognitiva</i>?.....</b>	<b>53</b>
1.5.1. Un ejemplo: Boroditsky.....	59
<b>1.6. Punto final al Capítulo 1.....</b>	<b>64</b>
<b>CAPÍTULO 2. EL CUERPO Y EL EXPERIENCIALISMO .....</b>	<b>66</b>
<b>2.1. Lakoff, Johnson y la filosofía: el experiencialismo y el mito del objetivismo. ....</b>	<b>68</b>
<b>2.2. El experiencialismo y la fenomenología.....</b>	<b>72</b>
2.2.1. La experiencia en el experiencialismo. ....	73
2.2.1.1. Cuerpos esféricos.....	76
2.2.1.1.1. La esfera de Peacocke .....	78
2.2.1.1.2. ¿Qué es lo primero? .....	81
<b>2.3. La fenomenología y la <i>interacción</i>.....</b>	<b>86</b>
2.3.1. La senda fenomenológica.....	88
2.3.1.1. La interacción: el darse-en-sí-mismo del objeto en la percepción. ....	91
2.3.1.2. La génesis de la experiencia.....	104

2.4. El caso de los colores.....	106
2.4.1. El argumento de la variación.....	109
2.4.2. El experiencialismo y el enfoque enactivo.....	111
2.4.3. La variación, de nuevo.....	115
2.4.4. Dos constancias perceptivas: Lakoff y Johnson y Noë.....	118
2.4.5. La constancia en Husserl: la versión estática.....	123
2.4.6. La constancia en Husserl: la versión dinámica.....	127
2.4.7. Ideas finales sobre los colores.....	133
<b>CAPÍTULO 3. ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO DE LAS CATEGORÍAS DE NIVEL BÁSICO Y LOS ESQUEMAS DE IMAGEN.....</b>	<b>136</b>
3.1. <b>Conceptos encarnados II: las categorías de nivel básico.</b> .....	136
3.1.1. El experiencialismo y el enfoque enactivo II: la categorización.....	137
3.1.1.1. Las categorías básicas y el cuerpo.....	137
3.1.1.2. La categorización y la vida .....	143
3.1.2. La temporalidad y la categorización desde una perspectiva fenomenológica .....	149
3.1.2.1. La asociación cercana .....	149
3.1.2.2. La asociación lejana y la pasividad secundaria .....	153
3.2. <b>Los conceptos encarnados III: los esquemas de imagen.</b> .....	160
3.2.1. Una interpretación fenomenológica.....	162
3.2.2. Esquemas de imagen y esquema corporal.....	168
3.2.3. Los esquemas de imagen en la psicología del desarrollo: Mandler. ....	173
3.2.3.1.    La propuesta.....	173
3.2.3.2.    La lectura fenomenológica.....	177
3.2.4. Los esquemas de imagen y el cerebro. Dodge y Lakoff.....	181
3.3. <b>Lo que queda y lo que viene.</b> .....	185
<b>CAPÍTULO 4. LENGUAJE, CONTEXTO Y SITUACIONALIDAD .....</b>	<b>187</b>
4.1. Indicaciones y expresiones.....	190
4.2. El significado en las <i>Investigaciones Lógicas</i> .....	192
4.3. Cumplimiento y percepción.....	194
4.3.1. La simulación encarnada y la fenomenología.....	197
4.3.1.1. La tesis de la simulación. ....	197
4.3.1.2. Un comentario fenomenológico.....	201
4.4. El contexto.....	205

4.4.1. Significado y contexto en Husserl. ....	205
4.4.2. El contexto y la notificación.....	210
4.4.3. La lingüística cognitiva y la filosofía del lenguaje sobre <i>lo literal</i> . ....	211
4.4.4. Modulación y modalización.....	217
4.4.4.1. El discurso fluido: el horizonte de <i>lo dicho</i> . ....	219
4.4.4.2. La interacción fluida: el horizonte de lo compartido.....	223
4.4.4.3. Punto final al capítulo 4. ....	228
CONSIDERACIONES FINALES .....	230
BIBLIOGRAFÍA.....	233

## **AGRADECIMIENTOS**

Una de las tesis centrales del enfoque fenomenológico es que la experiencia originaria de un objeto es siempre parcial. En la experiencia nunca se nos da un objeto de manera plena, en su totalidad. Hay, pues, un horizonte que marca el límite entre lo que capturamos de manera directa y lo que está más allá. Algo parecido podemos decir sobre el trabajo que aquí presento: si este documento, la tesis, es la figura que se destaca, lo es porque hay un fondo que la constituye, tejido con la voluntad y la generosidad de todas las personas que acompañaron y empujaron lo que se necesitaba para alcanzar el punto de llegada.

Este trabajo fue posible gracias al apoyo económico que recibí como becario de la convocatoria 528 de 2012 de Colciencias para Doctorados Nacionales, así como de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, que me dio la licencia suficiente para preparar el documento definitivo.

Mi tutor, Juan José Botero, marcó el camino del trabajo durante el tiempo que fue necesario, e hizo de su dirección un ejercicio de claridad y confianza que sólo puedo agradecer y celebrar. El trabajo tampoco hubiera sido posible sin el apoyo y la ayuda justa y decidida de Melba Triana, persona excepcional y bondadosa, a quien le debo casi todo lo que escribí en este documento.

David Rey, Ignacio Ávila y Peer Bundgaard, los jurados, hicieron que la sustentación resultara una marca definitiva sobre lo que significa el trabajo académico y cuidado de las ideas.

También fue decisivo el acompañamiento solidario y feliz de mis compañeros, de mis amigos, en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, en particular el apoyo de Álvaro Corral, responsable en gran medida de todo lo que se mueve en esta tesis por haberme señalado hace muchos años el camino del trabajo filosófico, los oídos y la voz de Carlos Cortissoz, y de manera especial la luz anímica e intelectual y el apoyo siempre seguro de Douglas Niño, que hace corto cualquier agradecimiento.

Mi relación con la fenomenología empezó en el primer seminario del doctorado y se profundizó alegremente gracias al trabajo con el Grupo de Estudio sobre Fenomenología y Psiquiatría, jalonado de forma vital por Jorge Dávila, quien me mostró con el entusiasmo justo el valor vivencial que tiene la exploración fenomenológica del cuerpo.

En el trasfondo también están Donn Welton, cuya interpretación de Husserl iluminó sustantivamente este trabajo, y Anthony Steinbock, director del Phenomenology Research Center en Southern Illinois University, quien me señaló caminos todavía inexplorados para la fenomenología, con una generosidad única e ilimitada. El camino de la fenomenología,

fundamental para la tesis, se despejó en gran medida durante mi trabajo con cada uno de ellos durante dos estancias doctorales patrocinadas por Colciencias.

El círculo se cierra con los nombres que son el suelo y el cielo y que me levantaron cada vez, los días y las noches: Mauricio Pérez, María Emma Ramírez, Luisa Fernanda Arango. Y finalmente, debajo y encima de todo, siempre presente, Inés Cadavid, que marcó los pasos definitivos y las noches que pusieron el punto final. Inés, la felicidad misma.

## **PRESENTACIÓN: DOS METÁFORAS.**

En 1980 Lakoff y Johnson publicaron *Metaphors we live by*, tal vez una de las obras históricamente más importantes en el campo de la Lingüística Cognitiva. Al proponer una manera novedosa de entender las metáforas, los autores sentaron también las bases para desarrollar una nueva manera de entender la racionalidad humana y el lenguaje. La idea central del libro es que las metáforas no son figuras retóricas que se deben analizar como desviaciones de las reglas que rigen la lengua, sino estructuras cognitivas que definen y guían la manera como pensamos los seres humanos.

Lakoff y Johnson presentan varios ejemplos para ilustrar su tesis; aquí dos:

Para dar una idea de lo que puede significar que un concepto es metafórico y que tal concepto estructura nuestra actividad cotidiana, comencemos con el concepto **UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA**. Esta metáfora se refleja en nuestro lenguaje cotidiano en una amplia variedad de expresiones.

### **UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA**

Tus afirmaciones son indefendibles.  
Atacó todos los puntos débiles de mi argumento.  
Sus críticas dieron justo en el blanco.  
Destruí su argumento.  
Nunca le he vencido en una discusión.  
¿No estás de acuerdo? Vale, ¡dispara!  
Si usas esa estrategia, te aniquilará.

(...)

Como ejemplo adicional, miremos otra metáfora:

### **EL AMOR ES UN VIAJE**

*Mira qué lejos hemos llegado*  
Estamos en una encrucijada  
Tendremos que emprender caminos separados  
Ahora no podemos volver atrás  
No creo que esta relación vaya a ninguna parte  
¿Dónde estamos?  
Estamos atascados.

(Lakoff & Johnson, 2003 [1980], pág. 4 y 44)

Estas dos metáforas capturan muy atinadamente el trabajo que voy a desarrollar en las páginas que vienen.

En el primer capítulo exploro la metáfora de la guerra, y sostengo que, aunque Lakoff y Johnson dan una batalla intensa en contra de las teorías filosóficas que intentan dar cuenta de los conceptos valiéndose de las herramientas de la lógica, el verdadero enfrentamiento, el que resulta fructífero teóricamente, es otro. Por la oposición que guardan con respecto a las teorías filosóficas, la psicología cognitiva y la semántica cognitiva (que es el nombre que daré a las propuestas que se han formulado desde la lingüística cognitiva sobre el significado) parecen hacer parte de un mismo bando. La psicología cognitiva ha procurado construir una teoría sobre los conceptos con base en la recolección e interpretación de datos empíricos, sin atender a las condiciones *a priori* que vendrían desde las orillas filosóficas. El modelo estándar es el de la memoria semántica, que acepta y desarrolla Lakoff en *Women, fire and dangerous things* (1987) (una obra monumental en la que retoma y expande la propuesta de *Metaphors we live by* (1980)). Se trata, así, de una aparente unión de fuerzas en contra de la filosofía, que da la ilusión de que psicólogos y lingüistas caminan en la misma dirección. Sin embargo, si se disipa la discusión con la filosofía, es decir, si quitamos del medio el enemigo común (que es lo que hago en la primera parte del capítulo) y revisamos con cuidado los puntos de conflicto entre la psicología cognitiva y la lingüística cognitiva (que es lo que hago en la segunda parte), es posible advertir un nuevo campo de batalla (menos intenso, sin duda; más fructífero, con seguridad) en el que las demandas metodológicas y epistemológicas de la psicología se imponen sobre la lingüística cognitiva, no sólo para señalar vacíos, sino para definir el camino que esta última debería tomar.

El segundo capítulo es un desarrollo de la misma metáfora de la guerra, caracterizada ahora como un enfrentamiento entre dos posiciones filosóficas: el objetivismo y el experiencialismo. El objetivismo, que caracterizan ya en 1980 pero que desarrollan extensamente en *Philosophy in the flesh* (1999), es el enemigo que construyen Lakoff y Johnson para fortalecer su propia posición. Con ese término, Lakoff y Johnson señalan cualquier postura filosófica que esté comprometida con la idea de que hay mundo objetivo, y que la consideración de lo que es ese mundo determina lo que entendemos que es el significado y la verdad. El experiencialismo, que es el título que Lakoff y Johnson le dan a su propia postura filosófica, defendería la tesis opuesta al objetivismo, esto es, una que sostiene que no es posible caracterizar un mundo objetivo si primero no se atiende a la manera

como la experiencia da forma a nuestra capacidad de conceptualización. En la primera parte del capítulo dos muestro que el enfrentamiento que plantean Lakoff y Johnson entre ambas posiciones se sigue de una caracterización hecha a la medida de la tesis del objetivismo, y muestro, además, que el experiencialismo defiende una concepción empobrecida de la experiencia *encarnada* que debilita su propia posición.

La segunda parte del segundo capítulo es un momento de transición, en donde empiezo a cambiar la metáfora de la guerra por la metáfora del amor (un amor en pugna, creo, pero genuino). Si en la guerra es fundamental definir un enemigo, en el amor lo importante es el compañero de viaje. Así, emprendo en esta parte del trabajo un recorrido en donde intento mostrar que la fenomenología es una buena guía para aclarar y darle una forma más definida a la posición del experiencialismo sobre temas como la interacción, el cuerpo y la emergencia del sentido. La primera parada en el recorrido son los colores, que abordo porque es uno de los temas que Lakoff y Johnson señalan como clave para entender su tesis del encarnamiento, y porque resulta muy iluminador para introducir y poner en marcha las herramientas desarrolladas por la fenomenología genética de Husserl, en la descripción de la experiencia.

El capítulo 3 profundiza la metáfora del amor, que es profundizar en la relación entre el experiencialismo y la fenomenología, teniendo como telón de fondo conexión de una y otra postura con el enfoque enactivo sobre la cognición. En este apartado, el viaje tiene dos paradas, que se ajustan a lo que Lakoff y Johnson llaman -junto con los colores- “conceptos encarnados”: la tesis de las categorías básicas y la de los esquemas de imagen. La totalidad del capítulo se articula alrededor de la lectura cuidadosa que hago de los hallazgos de Husserl sobre las leyes que rigen la esfera pasiva de la experiencia, e intento mostrar cómo la posición fenomenológica da luces para comprender el carácter encarnado de una y otra tesis. Se trata de un capítulo que más que un argumento, presenta un *recorrido fenomenológico*. Por eso resulta muy adecuada la metáfora del viaje: de la mano de Husserl, el recorrido por las esferas básicas de la constitución de la experiencia va transformando nuestra mirada sobre la vida y sobre el sentido. Se trata, así, de un viaje que -abracemos el lugar común- tiene valor no tanto por el puerto de llegada, sino por el recorrido mismo: por la manera en que la relación con la experiencia se reconfigura conforme vamos avanzando -profundizando- en la exploración de

las capas básicas de la experiencia, sin dejar nunca de lado la tesis de la génesis encarnada del sentido, tal como la entendieron Lakoff y Johnson.

Finalmente, el capítulo 4 vuelve sobre el tema del lenguaje, aplazado debido a la vuelta sobre la experiencia y el cuerpo que tuvo lugar en los dos capítulos anteriores. Se trata, si se quiere, de un capítulo de síntesis. No se trata de un viaje ni de una guerra, sino de una sana amistad, esto es, de un esfuerzo por poner en juego lo que quedó de la exploración de la relación entre la semántica cognitiva y la fenomenología, que orientó lo dicho en el capítulo tres. Así, reviso con herramientas fenomenológicas la idea de la *simulación encarnada*, con el fin de iluminar la interpretación de los resultados empíricos que le dan fundamento a dicha tesis. Y posteriormente, muestro que la crítica a la literalidad y la defensa del papel del *contexto* en relación con los procesos de construcción de sentido, tal como lo ha propuesto con contundencia la semántica cognitiva y la filosofía contextualista, sirven como puerta de entrada (como pista fenomenológica) para avanzar en la construcción de una propuesta sobre la organización de una esfera pasiva del uso del lenguaje, en la que la situacionalidad encarnada se comprende en relación con el marco de la experiencia intersubjetiva. Se trata, así, de una vuelta sobre el inicio: la metáfora y su papel en la vida cotidiana.

#### NOTA SOBRE LOS TEXTOS DE HUSSERL.

Antes de dar paso al trabajo, una nota breve sobre las referencias a los textos de Husserl: las citas presentan las ediciones y traducciones que seguí en el desarrollo de este trabajo, referenciadas entre paréntesis, seguidas de la referencia entre corchetes a la edición correspondiente de los escritos de Husserl recogidos en “Husserliana”. He intentado seguir una línea coherente en la traducción de los términos, ajustando las traducciones cuando lo consideré necesario, siguiendo el riguroso *Diccionario Husserl* ([www.diccionariohusserl.org](http://www.diccionariohusserl.org)) (antes *Glosario para Traducir a Husserl*) administrado y cuidado por Antonio Ziri6n. Una herramienta de consulta necesaria y admirable.

## CAPÍTULO 1: LA TEORÍA CONCEPTUAL DE LA METÁFORA Y LA PSICOLOGÍA COGNITIVA

La tesis central de la teoría conceptual de la metáfora sostiene que las metáforas son una herramienta cognitiva fundamental que está a la base de la estructuración de la experiencia y el pensamiento. Por eso, no sólo se trata de una tesis acerca del significado de las expresiones lingüísticas, sino de una sobre la cognición humana en general que procura dar cuenta de la manera como percibimos, actuamos y pensamos el mundo. La idea revolucionaria que propusieron los autores de la tesis desde su formulación inicial (Lakoff & Johnson, M., 1980) es que las metáforas son una ventana que permite tener acceso a los mecanismos ocultos de la mente humana: pensamos metafóricamente. Por eso, la tesis tiene un alcance que cruza la frontera de la lingüística y se instala en el terreno de la filosofía. Veinte años después de su formulación inicial, esa va a ser la consigna que Lakoff y Johnson van a defender en *Philosophy in the flesh*: cuando reconocemos el papel central que las estructuras metafóricas tienen en los procesos de pensamiento, “*la filosofía nunca va a volver a ser lo mismo*” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 1). Al inicio del libro, los autores señalan tres aspectos en los que los hallazgos de la ciencia cognitiva resultan relevantes filosóficamente:

1. La mente es inherentemente encarnada.
2. El pensamiento es “principalmente inconsciente”.
3. Los conceptos abstractos son “en gran parte metafóricos”.

Cada una de estas ideas se presenta como un resultado del trabajo adelantado en las ciencias cognitivas, y dedican el resto del libro a mostrar que, efectivamente, estos hallazgos plantean un desafío radical a las ideas que hasta el momento recorrieron la historia de la filosofía occidental y obligan a replantear la manera como se ha entendido la naturaleza de la verdad y de la racionalidad.

No es difícil advertir el tono argumentativo que van a seguir en *Philosophy in the flesh*, que en realidad es la continuación de una manera de exponer sus planteamientos que viene desde la publicación de *Metaphors we Live by*. Si, como veremos, una de las ideas que plantean

Lakoff y Johnson es que la idea misma de una discusión tiene sentido en virtud de la relación metafórica que dicho concepto guarda con el de una guerra, su manera de relacionarse con las posiciones que intentan criticar es un ejemplo claro de que para ellos ese es, efectivamente, el caso: las posiciones antagónicas no son evaluadas sino destruidas, y las ideas propias no son sometidas a un escrutinio cuidadoso, sino impuestas en una especie de lucha sin cuartel. Si seguimos con la metáfora, se trata, además, de una guerra en la que la lucha se hace con armas diferentes: los argumentos filosóficos, que se pelean con las herramientas de la lógica, carecen de relevancia para Lakoff y Johnson porque su pelea la dan con las herramientas de la ciencia cognitiva. Por otra parte, se trata de una guerra en la que, si se mira bien, el rival es en realidad una construcción, por lo demás débil y borrosa, del bando que se quiere atacar. La caracterización que hacen Lakoff y Johnson de la historia de la filosofía es superficial y descuidada, como lo ha hecho notar con suficiencia Haser (2005).

Este tipo de estrategia termina dando lugar a un texto cargado de afirmaciones con mucho peso que, sin embargo, terminan siendo misteriosas: *“la razón no es desencarnada”*, *“antes que trascenderla, [la razón] hace uso de nuestra naturaleza animal”* *“la razón no es universal”*, *“la razón no es puramente literal”* *“la razón no es desapasionada”* (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 2). Creo que el esfuerzo de un lector interesado en comprender la mente a partir de la propuesta de Lakoff y Johnson debe consistir en filtrar y afinar las tesis que plantean. Este ejercicio deja ver dos cosas, que voy a desarrollar en los capítulos 1 y 2 del presente trabajo. En primer lugar, si la propuesta de Lakoff se entiende dentro del marco de psicología cognitiva, el alcance de sus afirmaciones es limitado pero ajustado a un proyecto investigativo empírico, y por eso mismo el enfrentamiento que quieren plantear con la filosofía no se sigue. Este será el trabajo en este capítulo. Por eso mismo creo que, en segundo lugar, el valor filosófico de la propuesta no se debe buscar en el terreno de la lógica y la filosofía de la mente, sino en el terreno de la fenomenología. Este será el tema del segundo capítulo. La idea es que si la relación con la psicología obliga a defender una versión moderada de las ideas de Lakoff y Johnson, la relación con la fenomenología obliga a plantear una versión más radical. En el tercer capítulo voy a desarrollar la que sería esa versión radical, con el propósito de hacerla compatible con el trabajo de la psicología.

## 1.1. Ideas básicas sobre la Teoría Conceptual de la Metáfora

El punto de partida de Lakoff y Johnson es un hecho lingüístico: cuando hablamos de temas abstractos como el amor, las teorías científicas o el tiempo, entre muchos otros casos, nos valemos por lo general de expresiones que se relacionan con nuestra experiencia concreta. Sin embargo, lo que para la lingüística son *metáforas muertas* (figuras del discurso que han perdido su fuerza retórica inicial debido su uso extensivo y repetitivo), para Lakoff y Johnson son en realidad la manifestación de una relación cognitiva profunda. El gran hallazgo que da lugar a la teoría es que las expresiones que se consideran metáforas muertas se estructuran de manera sistemática alrededor de una misma raíz metafórica según la cual un dominio conceptual se entiende a partir de la relación que guarda con otro dominio conceptual. Las expresiones lingüísticas son manifestaciones de una relación cognitiva profunda. Así, por ejemplo, las oraciones en (1) tendrían sentido en virtud de la metáfora conceptual UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA (que ya presenté en la presentación, pero que traigo de nuevo), y las afirmaciones en (2) se organizarían con base en la relación metafórica EL TIEMPO ES DINERO.

- (1) Tus afirmaciones son *indefendibles*  
Él *atacó todos los puntos débiles* de mi argumento  
Sus críticas dieron *justo en el blanco*  
*Destruí* su argumento  
Nunca le he *vencido* en una discusión  
¿Estás en desacuerdo? Vale, *dispara*  
Si usas esa *estrategia* te *aniquilará*
- (2) Me estás haciendo *perder* el tiempo  
Este artificio te *ahorrrará* horas  
No *tengo* tiempo para decírtelo  
¿En qué *gastas* el tiempo en estos días?  
Esa rueda pinchada me ha *costado* una hora  
*He invertido* mucho tiempo en ella  
No *dispongo* de tiempo *suficiente* para eso  
Estás *terminando* con tu tiempo.  
(Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 4)

De acuerdo con Lakoff y Johnson, el significado de cada una de estas afirmaciones depende de una misma metáfora conceptual: el significado de DISCUSIÓN depende de la relación que

guarda con el concepto de GUERRA, y el del TIEMPO depende de la relación con el significado de DINERO. Por eso, la metáfora no es una figura del lenguaje sino un proceso cognitivo que los autores van a caracterizar como un mapeo en el que un determinado dominio conceptual, llamado dominio meta, se estructura en correspondencia con otro dominio conceptual, llamado dominio fuente. Así, el concepto mismo de DISCUSIÓN configura un dominio conceptual (el dominio meta) que se organiza en función de la relación que guarda con el concepto de GUERRA (el dominio fuente): entendemos las discusiones como guerras, y por eso mismo las descripciones y las inferencias que hacemos sobre las discusiones están determinadas por dicho mapeo.

El mapeo es constitutivo del significado del dominio meta, y las diferentes expresiones lingüísticas que se basan en dicho mapeo serían simplemente manifestaciones del mapeo cognitivo que organiza la metáfora conceptual. Una de las metáforas que identifican Lakoff y Johnson es la de EL AMOR ES UN VIAJE, que organizaría el sentido de frases como estas:

- (3) Hemos llegado muy lejos  
Estamos en una encrucijada  
Mira todo lo que hemos recorrido juntos  
La relación no va para ningún lado

Cada una de las frases en (3) supone un mapeo metafórico, que Lakoff presenta así:

EL MAPEO DEL AMOR COMO UN VIAJE.  
Los amantes corresponden a los viajeros  
La relación amorosa corresponde al vehículo.  
Las metas en común de los amantes corresponden al destino compartido del viaje.  
Las dificultades en la relación corresponden a los obstáculos en el viaje  
(Lakoff G. , 1993, pág. 206)

Una idea central que se desprende de la propuesta es que los mapeos metafóricos son asimétricos: pensamos lo complejo de la mano de lo simple; lo abstracto de la mano de lo concreto. Esa es la relevancia cognitiva de los mapeos metafóricos: la relación entre los dominios conceptuales tiene lugar porque el conocimiento que tenemos de una algo concreto sirve como un modelo para entender y razonar acerca de otro dominio que es más abstracto.

Entendemos algo complejo como el amor de la mano de algo más simple como un viaje, y no al contrario. No hablamos de los viajes como si fueran relaciones amorosas.

Ahora bien, de acuerdo con la teoría, si tenemos acceso al modelo de correlaciones metafóricas, podemos proyectar observaciones propias del dominio fuente y hacerlas significativas en el dominio meta. Así, si en una conversación con nuestra pareja acerca de la relación afirmamos que “estamos yendo muy rápido”, el acceso al modelo metafórico nos permite razonar acerca de la relación: la misma conversación nos puede llevar a concluir que es mejor “ir más despacio”, a darnos cuenta de que tal vez son las ganas de tener hijos lo que nos lleva tan rápido, o a ver las bondades que puede tener llevar las cosas a otro ritmo. La manera como pensamos las relaciones sentimentales está marcada entonces por el modelo metafórico, pues si se tratara simplemente de una metáfora, sería posible pensar lo mismo sin el recurso al modelo, pero justamente, al menos para Lakoff y Johnson, ese no es el caso. La idea es, como dije antes, que nos valemos de experiencias concretas para construir modelos cognitivos que nos sirven para orientar nuestros procesos de razonamiento sobre dominios más abstractos.

Una manera de entender mejor la propuesta es revisarla a la luz de las diferencias que hay entre diferentes lenguajes, con respecto a la manera como los usuarios construyen sus modelos metafóricos. En su libro de 1987, *Women, fire and dangerous things*, Lakoff presenta el caso de la lengua Mixteca, en la que las relaciones espaciales no se marcan preposicionalmente, como en el inglés o en el español, sino que se usan palabras que también refieren a partes del cuerpo humano. Por ejemplo:

<i>Hfyaa-oe</i>	<i>sini-yuku</i>
Ser+ubicado-3ps.m.	Cabeza-montaña
Él está	en la cima de la montaña

En cursiva está la expresión mixteca, abajo las equivalencias con el español, indicando las categorías gramaticales pertinentes, y en el tercer renglón la traducción. Se trata de una construcción metafórica que da cuenta de esta y de otra gran cantidad de expresiones, en las que los términos espaciales se mapean conceptualmente con las partes del cuerpo humano.

En principio, este tipo de casos son ajenos a los libros de filosofía, para los que el significado de las expresiones lingüísticas se especifica en términos de condiciones de verdad o condiciones de satisfacción, por lo que, de acuerdo con una semántica lógica, dos expresiones que tengan un mismo significado tendrán las mismas condiciones de satisfacción. En ese sentido, tanto la frase en cursiva como la que está en el tercer renglón significarían lo mismo. Sin embargo, para una teoría cognitiva como la que propone Lakoff, los recursos cognitivos que se ponen en juego en la comprensión del Mixteca son diferentes de los que se usan en la comprensión del inglés. Si Nagel preguntaba *qué se siente ser un murciélago*, Lakoff parece preguntar entonces *qué se siente pensar como un Mixteca*.

En efecto, aunque sea posible capturar el sentido de una oración en una traducción que refleje los valores de verdad de la oración original, esto no quiere decir que se capture también la red sistemática de relaciones conceptuales con las que cuentan los usuarios del lenguaje en cuestión. En la traducción se pierde el lugar de un concepto en la red de significados que configuran los modelos metafóricos de una lengua. Por eso, los patrones de inferencias metafóricas también se pierden: si las oraciones se entienden de la mano de diferentes recursos cognitivos, entonces el entendimiento que ofrece un mapeo metafórico estará presente en un caso, pero ausente en el otro:

Con respecto a la ubicación espacial, parece que el Mixteca puede traducirse con exactitud al inglés oración-por-oración. Lo que se pierde es el hecho de que el Mixteca tiene una *manera de conceptualizar* diferente y una *organización conceptual* diferente a la del inglés.

(...) El criterio de obtener adecuadamente las condiciones de verdad en una traducción oración-por-oración, ignora lo que sucede en la mente. Ignora cómo se *entienden* las oraciones. E ignora cómo se organizan los conceptos, tanto internamente como en su relación con otros. (Lakoff G. , 1987)

La teoría conceptual de la metáfora admite una traducción palabra-por-palabra de un lenguaje a otro, pero plantea que este tipo de traducción fracasa en el reconocimiento de la importancia de los mecanismos cognitivos involucrados en el uso de un lenguaje.

La semántica lógica puede seguir insistiendo en su posición sin tener que ceder ante la avanzada cognitiva de Lakoff: el significado se especifica en términos de condiciones de

verdad y los mapeos son asuntos propios de la psicología, y por eso mismo no son una parte constitutiva del contenido proposicional. La cuestión es si se puede dejar de lado la controversia porque se trata de teorías que se ocupan de problemas diferentes, o si las posiciones se tocan en algún punto y su enfrentamiento tiene consecuencias para la construcción de una teoría cognitiva más robusta. La manera que considero adecuada para salirle al paso a esta situación es revisarla a la luz de la diferencia que hay entre las propuestas filosóficas sobre los conceptos, y las propuestas psicológicas. Creo que la Teoría Conceptual de la Metáfora debe entenderse como una teoría psicológica-cognitiva, pero esto le impone una serie de condiciones teóricas que en su formulación general no cumple.

## **1.2. Filósofos, psicólogos y conceptos.**

No es difícil advertir la diferencia que hay entre las preguntas de los psicólogos y las de los filósofos con respecto a los conceptos. Los psicólogos se interesan en describir mecanismos que permitan explicar la manera en que los seres humanos resuelven tareas en determinadas situaciones experimentales, con miras a comprender lo que harían en situaciones cotidianas. Así, por ejemplo, en su estudio sobre la categorización, Rosch (1975) se interesa por entender por qué las personas clasifican un *petirrojo* como AVE más rápidamente que lo que lo hacen con un *pingüino*. La idea de Rosch es que los procesos de categorización dan lugar a *efectos de tipicalidad*, esto es, la tendencia a considerar algunos miembros de una categoría como casos típicos, en oposición con otros que no lo son.

Con base en esa evidencia, Rosch propone que los conceptos tienen una estructura probabilística según la cual un objeto  $x$  cae bajo un concepto  $C$  si satisface un número suficiente de propiedades definidas por los elementos constituyentes de  $C$ . Así, algunos ejemplares satisfacen más rasgos que otros, y de ahí la diferencia en el tiempo de respuesta. Esta idea da lugar a la propuesta de los *prototipos*. En su versión más débil, un prototipo es un conjunto de rasgos típicos de las instancias de una categoría. Así, el prototipo de AVE incluiría {pico+plumas+alas+canto}. Algunas versiones de la teoría (Hampton, 1993; Smith, Osherson, Rips, & Keane, 1988) incluyen una valoración de los rasgos en términos de su importancia en el proceso de categorización: que un *ave* tenga alas tiene más peso en el proceso de categorización que el hecho de que cante. Por otra parte, una versión más fuerte de

la teoría de los prototipos establece que el ejemplar de la categoría que exhiba más rasgos relacionados con las propiedades que constituyen el núcleo probabilístico de la categoría será considerado el *prototipo*. En el caso de las aves, un *petirrojo*. La idea de Rosch es que los sujetos hacen juicios de categorización comparando nuevas instancias con el prototipo de la categoría. Si para los bogotanos el prototipo de pájaro es un *gorrión*, entonces una *mirla* sería considerada un mejor ejemplar de la categoría AVE que un *avestruz*, pues la mirla comparte más rasgos con el gorrión que los que comparte el avestruz.

Se trata de un modelo cognitivo que busca dar cuenta de un problema psicológico (la existencia de los efectos de tipicalidad). La tensión con una aproximación filosófica la señala la propia Rosch:

Una teoría sobre significado de las categorías superordinadas que entienda la pertenencia a la categoría en términos de una lista definitiva de atributos o de características necesarias y suficientes para la pertenencia a la categoría, requiere una explicación adicional considerable para dar cuenta de estos hallazgos [sobre la tipicalidad]. Mientras que puede argumentarse que el significado “verdadero” de tales categorías debe residir en primitivos filosóficos o lingüísticos que consistan en listas de atributos de tal naturaleza, el presente estudio ofrece evidencia que muestra que tales explicaciones no parecen reflejar la realidad psicológica (Rosch E. , 1975, pág. 225).

Los filósofos, en efecto, se interesan por la relación que hay entre el contenido de un juicio, por un lado, y las cosas y propiedades en el mundo, por el otro. Así, la cuestión no tiene que ver con tiempo de respuesta ni con ningún dato comportamental, es decir, con la caracterización del proceso de categorización. De hecho, no es difícil encontrar casos de entidades que no guardan relación con el prototipo de la categoría, pero que se cuentan como miembros de las categorías (digamos, una gallina sin plumas ni pico). Para la filosofía, el punto de partida es el reconocimiento de que los seres humanos tienen creencias, deseos, opiniones, y otro tipo de estados intencionales que la filosofía de la mente llama actitudes proposicionales, cuyo contenido se define en términos de sus condiciones de satisfacción. Las creencias, por ejemplo, pueden ser verdaderas o falsas: una persona puede creer, erróneamente, que los murciélagos son aves. En términos filosóficos, la creencia sería verdadera si y solo si los murciélagos son aves.

No es difícil advertir que la respuesta que encuentra Rosch a la cuestión de la *tipicalidad* no guarda una relación clara con la pregunta de una filósofa. Tanto un pingüino como un petirrojo tienen la propiedad  $F$  de ser “aves”, y por eso, la proposición  $F(a)$  es verdadera cuando  $a$  representa un pingüino y cuando  $a$  representa un petirrojo. Para el filósofo, la posibilidad de juzgar “esto es un ave” depende de tener los conceptos que le dan contenido a la proposición. Pero nada de eso es relevante para una psicóloga, porque no explica los efectos de tipicalidad.

En la otra dirección sucede lo mismo: si  $F$  refiere a la propiedad de ser un “ave”, entonces  $F(a)$  es verdadero cuando  $a$  representa un petirrojo, pero es falso cuando  $a$  representa un murciélago (que no es un ave). Sin embargo, un murciélago es parecido a un ave, y efectivamente el modelo de categorización de Rosch explicaría por qué alguien puede juzgar que un murciélago es un ave<sup>1</sup>.

Hasta aquí, nada que nos deba sorprender. Sin embargo, la pregunta obvia es la de la relación que se puede o no establecer entre las posiciones filosóficas y las psicológicas. Cuando se revisa, el debate es el de dos posiciones completamente diferentes: la psicología se ha interesado sobre todo en los procesos de categorización, de los que no se ha ocupado la filosofía. La filosofía, por su parte, se ha interesado por caracterizar las actitudes proposicionales. Y uno y otro proyecto persiguen propósitos diferentes con herramientas diferentes. En lo que sigue, voy a revisar dos teorías sobre los conceptos en las que el trabajo de la psicología se aborda de manera puntual, para iluminar un poco la relación entre ambas.

### **1.2.1. Fodor.**

Fodor critica la ciencia cognitiva porque considera equivocada la teoría de conceptos con la que trabaja. Esto vale, por supuesto, para las teorías filosóficas que critica (en particular

---

<sup>1</sup> De hecho, los estudios de Rosch se basan en las normas de categorías de Battig y Montague (1969), quienes registraron las respuestas de 442 estudiantes sobre los objetos que creen que hacen parte de una categoría. Con respecto a la categoría “ave”, 3 personas nombraron al murciélago.

teorías como la de Peacocke, para las que la posesión de un concepto está constituida por ciertas capacidades epistémicas) pero también para las teorías psicológicas. Según dije antes, la teoría de Rosch intenta dar cuenta de los efectos de typicalidad proponiendo una teoría que entiende los conceptos como prototipos, y el proceso de categorización como uno en el que los sujetos comparan los ejemplares que se categorizan con el prototipo conceptual que representa la categoría. Al respecto, la propuesta de Fodor es contundente: “*los conceptos no pueden ser prototipos, en contra de toda la evidencia sobre el hecho de que es altamente probable que todos los que tienen un concepto tienen también su prototipo*” (Fodor, 1998, pág. 93). Aunque la diferencia en los procesos de categorización tiene validez empírica, la propuesta de los prototipos no es compatible con una teoría sobre los conceptos tal como la entiende Fodor, pues no sigue el principio de composicionalidad que Fodor asume como un rasgo esencial de una teoría sobre los conceptos. El punto central del argumento de Fodor es que los prototipos de expresiones compuestas tienen rasgos prototípicos emergentes: el prototipo del compuesto no se sigue del prototipo de las partes. Si esto es así, los prototipos no son composicionales, y por eso no son conceptos.

La relación entre la composicionalidad y los conceptos se sigue de los argumentos de Fodor con respecto a la composicionalidad como condición de la productividad y la sistematicidad del pensamiento. La composicionalidad es una propiedad que tiene un sistema representacional si el contenido de una representación compuesta es una función del contenido de las partes. Así, por ejemplo, un concepto compuesto como MUJERES PORTUGUESAS sería una función del contenido de MUJER y PORTUGUESA. La composicionalidad daría cuenta de la *productividad* de nuestra mente, esto es, del hecho de que podemos construir un número ilimitado de pensamientos, a pesar de contar con un repertorio conceptual finito. Por ejemplo, aunque nunca hayamos pensado en una categoría como “mujeres lingüistas portuguesas de ojos grandes”, no tenemos problema en establecer cuáles serían los objetos que caerían dentro de dicha categoría, pues el concepto MUJERES LINGUISTAS PORTUGUESAS DE OJOS GRANDES resulta inteligible a partir del conocimiento que tenemos del significado de sus partes. La composicionalidad, además, explicaría la sistematicidad del pensamiento. Por ejemplo, los conceptos y operaciones que son suficientes

para construir pensamientos como MATÍAS AMA A VALENTINA son también suficientes para construir pensamientos como VALENTINA AMA A MATÍAS.

Volviendo sobre el argumento, la emergencia de rasgos prototípicos de expresiones compuestas es un hecho empírico: diferentes estudios muestran que los conceptos compuestos tienen efectos de tipicidad asociados con rasgos prototípicos que no se cuentan en los rasgos prototípicos de los conceptos que lo componen. (Osherson & Smith, 1981; Murphy G. , 1988). Por ejemplo, la gente considera un *guppy* un ejemplo típico de la categoría PEZ MASCOTA, pero no considera *guppy* como un ejemplo típico ni de PEZ, ni de MASCOTA. Así, si los prototipos no son composicionales, entonces no pueden ser conceptos.

### **1.2.2. El regreso de la psicología.**

El argumento de Fodor ciertamente apunta a plantear la situación en términos de una dicotomía terminante: si se acepta la composicionalidad, se rechaza la teoría de los prototipos. Sin embargo, la psicología puede insistir en su punto, y demandar de la teoría informacional una explicación de la categorización. En efecto, el modelo conceptual que Fodor defiende, la tesis que él mismo reconoce como valiosa y que lo diferencia de las demás propuestas sobre los conceptos, es el atomismo informacional: la tesis según la cual los conceptos léxicos son símbolos no estructurados (es decir, que no tienen componentes que sean interpretables semánticamente) que sin embargo cargan información acerca del entorno. “*Las instanciaciones de un símbolo*” dirá Fodor, “*denotan sus causas, y el símbolo tipo expresa la propiedad cuyos especímenes causan en forma confiable las instanciaciones de dicho símbolo*” (Fodor, 1987, pág. 99). Los casos del concepto PERRO significan instancias de la propiedad *ser perro* si y sólo si existe una relación nomológica entre la propiedad de ser una instancia de *ser perro* y la propiedad de ser un caso de PERRO. En términos más simples, la referencia es determinada por relaciones causales confiables entre representaciones mentales y propiedades. Y si esto es así, no es necesario recurrir a prototipos ni imágenes mentales para dar cuenta de esa relación. Cuando camino por la calle y me encuentro con una rata, ese encuentro con la rata es la causa de que yo tenga pensamientos sobre la rata, independientemente de qué tanto sepa yo sobre las ratas. Por eso Fodor habla de mecanismos de acceso semántico que garantizan la relación causal entre *rata* y RATA: la

percepción opera como un detector que activa un concepto cuando observo un objeto. Pero la percepción no es el único mecanismo. Un dibujo de una rata, unas galletas roídas que aparecen en mi escritorio de un día para otro (en cuyo caso tendríamos una inferencia y un hecho visual), una charla acerca de las ratas, etc. Puede ser pasar, por supuesto, que el mecanismo falle, y active el concepto RATA cuando lo que veo es un perro muy pequeño y desnutrido. Lo importante es que el funcionamiento del mecanismo no hace parte del concepto.

De lo anterior se sigue que los procesos de categorización no hacen parte de la teoría atomista de los conceptos. Volvamos a Rosch: cuando categorizamos un objeto, esto es, cuando identificamos un objeto como una instancia de una categoría, describimos las propiedades del objeto que se asocian con los elementos semánticos contenidos en el concepto que representa esa categoría. Así, identificamos un objeto como *ave* porque tiene *plumas*, *pico* y *vuela*, y estas propiedades del objeto estarían contenidas en el prototipo AVE del que nos valemos para categorizar un ejemplar. Sin embargo, en la teoría atomista, los conceptos no tienen elementos constitutivos, por lo tanto, esas descripciones no tienen relación con el concepto. Para las teorías atomistas, la identificación de un objeto como parte de la categoría que el concepto representa depende de los mecanismos de acceso, que no hacen parte del concepto. En palabras simples, aunque los conceptos se entienden como categorías, pues hay objetos que caen dentro del alcance de los conceptos, la explicación de la categorización no haría parte de una teoría sobre los conceptos.

Es aquí donde la psicología debe insistir en su posición: así como, sobre bases filosóficas, Fodor impone la demanda de la composicionalidad, la psicología podría sobre bases empíricas, demandar la categorización. En efecto, la categorización es *el* caso por excelencia que demanda de la psicología una teoría sobre los conceptos, y renunciar a esto sería renunciar a su trabajo investigativo. Esta situación impone una encrucijada interesante: o bien se postula una propuesta más robusta que logre incorporar las diferentes demandas que debe satisfacer una teoría filosófico-psicológica (o psicológico-filosófica) de los conceptos (esto es, una teoría que no sea atomista y que dé cuenta de la categorización, y una teoría de los prototipos que sea compatible con la composicionalidad) o bien se parte cobijas y se asume,

de entrada, que el trabajo filosófico y el psicológico no tienen relación alguna y que el uso de la expresión *concepto* es equívoco y no se trata de algo que se pueda conciliar.

Esfuerzos por conciliar ambas posturas y defender una posición robusta sobre los conceptos con base en una noción más débil de la composicionalidad, se encuentran en Jönsson y Hampton (2008) y en Prinz (2002; 2012). El argumento de Prinz consiste en señalar que la demanda de la composicionalidad por parte de Fodor se puede reformular en unos términos menos rígidos, según los cuales la combinación de dos conceptos no tenga que ser *necesariamente composicional* (que sería la tesis de Fodor) sino sólo *potencialmente composicional*. Esto quiere decir que la relación entre dos conceptos puede ser tal que no necesariamente se siga de una relación composicional. Así, Prinz debe mostrar (1) que los prototipos *se pueden* combinar composicionalmente y (2) que puede ser el caso de que no lo hagan y cómo sería ese el caso. Con respecto a (1) Prinz ofrece algunos ejemplos, como CHIMPANCÉ DETECTIVE, en los que el prototipo se sigue de una simple reunión de rasgos: un chimpancé prototípico con gabardina que resuelve casos misteriosos, en el ejemplo. Sin embargo, ejemplos más detallados se han dado en psicología, como el Modelo de Modificación Selectiva (Smith, Osherson, Rips, & Keane, 1988) que define, por ejemplo, un mecanismo para la combinación de prototipos para compuestos Sustantivo – Adjetivo que consiste en seleccionar la dimensión del Sustantivo bajo la que cae el modificador adjetival, y reemplazar la característica en esa dimensión con el valor del Adjetivo. Por ejemplo, si MORADO modifica a MANZANA, se selecciona la dimensión del color en el prototipo de la manzana y se reemplaza su valor con cualidad MORADO. Otros modelos de combinación de prototipos están en Hampton (1993) y Wisniewski (1997). La posición de Prinz es que “*la existencia de rasgos emergentes muestra solamente que los prototipos no siempre se combinan composicionalmente. Para refutar la teoría, Fodor y LePore deberían mostrar que los prototipos no pueden combinarse composicionalmente* (Prinz, 2012, pág. 443).

Este modo de plantear el problema le da espacio a (2), esto es, a proponer que, en el caso de los conceptos compuestos *familiares* no necesariamente se sigue un procedimiento composicional. Ese sería el caso de PEZ MASCOTA, pues “*podemos simplemente usar nuestros recuerdos de los peces mascota que hemos encontrado para generar un prototipo*

*para el compuesto que es independiente de los prototipos de sus partes* (Prinz, 2012, pág. 444). En resumen, PEZ MASCOTA puede tenerse a partir de una relación composicional, pero no lo hace debido a que los diferentes encuentros experienciales con peces mascota permiten construir un prototipo relacionado con el compuesto.

La propuesta de Prinz tiene la ventaja de que abre la puerta a la categorización dentro de una teoría que acepta un nivel básico de composicionalidad. Y al mismo tiempo, muestra que una teoría filosófica sobre los conceptos debe ser sensible a los hallazgos de las ciencias cognitivas. ¿Quiere decir esto que con este cambio se abre también la puerta a la Teoría Conceptual de la Metáfora? Ciertamente no. La propuesta de Prinz tiene que ver con los procesos de categorización y la teoría de los prototipos, y nada dice acerca de la estructura metafórica del repertorio conceptual. De hecho, en *Furnishing the Mind* (2002) Prinz señala que la teoría conceptual de la metáfora no logra explicar con suficiencia el significado literal de las oraciones que presentan una estructura metafórica:

Decir que la fuerza de una obligación moral es como la fuerza de la acción de empujar y de hala explica ciertas frases que se usan en el discurso moral. Pero las obligaciones morales no pueden literalmente empujar o halar de la misma manera en que lo hacen las fuerzas físicas. La diferencia entre las obligaciones morales y las fuerzas físicas es que las primeras son morales antes que físicas. Esto, precisamente, es lo que hace difícil el concepto de obligación moral. La metáfora deja de lado la carne (Prinz, 2002, pág. 172).

De acuerdo con Prinz, y con muchos otros críticos de la *Teoría conceptual de la Metáfora*, la teoría falla porque no logra dar cuenta del significado literal de las expresiones que se supone son metafóricas. Ese es, precisamente, el núcleo de la disputa. Para Lakoff y Johnson, una frase como “*mis convicciones me obligan a actuar de esta manera*” supone un mapeo entre mis convicciones y mis acciones, por un lado, y por el otro, un esquema de imagen de fuerza (en particular, uno de coacción) que construimos con base en la experiencia de nuestro propio cuerpo cuando empujamos algún objeto. Así, Lakoff y Johnson insistirían en que la obligación moral *se estructura* con base en la relación de fuerza. Y Prinz insistiría en que la simple *estructura* no da cuenta del significado propio del concepto de OBLIGACIÓN.

Con esto llegamos al cruce de caminos que me interesa, esto es, insistir en la diferencia que hay entre los objetivos y las herramientas de una teoría filosófica sobre los conceptos, y los objetivos y las herramientas de una teoría psicológica. Por lo general, la filosofía intenta resolver problemas que se siguen del análisis lógico del significado de los conceptos, y sobre ese piso Prinz señala que la obligación moral no es lo mismo que la fuerza física. Por su parte, la psicología sigue un método de formulación de hipótesis y validación empírica, y sobre esa base es que Prinz acepta y defiende la teoría de los prototipos. En otras palabras, la teoría de los prototipos no se sigue de un análisis conceptual, así como la diferencia entre FUERZA y OBLIGACIÓN no se sigue de un experimento. Y esto que digo sobre Prinz es válido también sobre diferentes tipos de posiciones críticas acerca del valor teórico de la teoría conceptual de la metáfora. Por lo general, las críticas vienen de la filosofía, y en particular de posiciones comprometidas con la idea de que las expresiones lingüísticas tienen de suyo un significado literal. Esta es la tesis central de las aproximaciones formales al lenguaje. Este será el tema del Capítulo 4. Sin embargo, la teoría conceptual de la metáfora se puede evaluar también desde el campo de la psicología. Este es el tema del presente capítulo.

En lo que sigue voy a repasar algunas ideas de la psicología con respecto a los conceptos para volver sobre la teoría conceptual de la metáfora y hacer de ella una caracterización psicológica, libre de cualquier compromiso filosófico. Me interesa explorar esta relación para mostrar que tesis que Lakoff y Johnson presentan como radicales en relación con la filosofía, son triviales en el marco de la psicología, mientras que otras que presentan como evidentes con base en el análisis del lenguaje, son cuestionables desde el punto de vista de la psicología.

### **1.3.Los conceptos en psicología.**

Volvamos ahora sobre la psicología. El caso que he presentado es el de los prototipos, ajustado a la tarea de categorización. Se trata de una solución a un problema psicológico: la virtud del modelo consiste en que el proceso de comparación entre dos representaciones – el prototipo y la instanciación de la categoría- daría cuenta de los efectos de tipicalidad. Pero esta es solamente una entre varias teorías psicológicas sobre los conceptos. Por ejemplo, Medin y Schaffer (1978) abandonaron la noción de prototipo, y presentaron una idea llamativa: el proceso de categorización consiste en comparar un ejemplar con recuerdos de

*otros ejemplares* de una categoría. Así, el concepto de PERRO no es una definición ni una lista de rasgos prototípicos, sino el *conjunto de recuerdos de perros que la persona tiene*. Así es: en estricto sentido, no hay *un* concepto de PERRO, pues no hay una sola representación que abarque todos los miembros de la categoría, sino una colección de recuerdos de perros. Si la teoría de los prototipos es para algunos filósofos un despropósito (como vimos que lo es para Fodor), la teoría de los ejemplares resulta mucho más desafiante. Sin embargo, la teoría puede dar cuenta de muchos comportamientos que debe explicar una teoría de los conceptos, entre ellos los efectos de tipicidad (Brooks, 1987), pero también los procesos de aprendizaje (Ross, Perkins, & Tenpenny, 1990). De nuevo, es importante insistir en que la propuesta se formula en función de la explicación de un problema psicológico, y su alcance se establece en relación con otros problemas que debe resolver una teoría psicológica.

El campo del aprendizaje ha sido el otro dominio en el que se ha jugado la discusión sobre los conceptos en psicología. La misma Rosch (Rosch E. , 1973; Mervis & Rosch, 1981) estableció que con respecto a las categorías los humanos tenemos una tendencia a nombrar los objetos en un cierto nivel de abstracción que ella llamó el *nivel básico*. Cuando alguien me pregunta qué guardo en el bolsillo de mi chaqueta, no voy a decir que un objeto metálico, sino que guardo mis llaves. Lo mismo pasa con muchos objetos: no decimos que vamos a llevar un *felino* a un *veterinario*, sino que vamos a llevar un *gato*. Rosch llamó a esto el efecto de nivel-básico (sobre el que volveremos más adelante) y consideró que este tipo de categoría era el más fácil de aprender (aunque experimentos posteriores (Mandler & Bauer, 1988), han desacreditado esa propuesta inicial y han mostrado que, más bien, el proceso de aprendizaje corre en la dirección opuesta: los procesos de categorización van de los casos más generales a los más específicos).

Siguiendo sobre el asunto del aprendizaje, el debate sobre el innatismo no ha perdido validez en la psicología del desarrollo (Carey S. , 2009; Mandler, 2004), pues la evidencia muestra que desde muy temprano los bebés son capaces de establecer distinciones, hacer predicciones y sorprenderse cuando el curso del mundo no se ajusta a las expectativas que tienen y que se construyen conceptualmente. Por eso, además de los prototipos y los ejemplares, una de las propuestas más importantes sobre los conceptos ha sido la llamada *teoría de la teoría*,

también llamada la *propuesta del conocimiento*, que se ha planteado en relación con los procesos de categorización (Murphy & Medin, 1985) y también con respecto a los procesos de aprendizaje (Carey S. , 1985). Según esta propuesta, los conceptos son representaciones mentales organizadas en relación con otros conceptos conformando un conjunto de creencias que configuran una teoría mental. Por ejemplo, la teoría de los prototipos establece rasgos típicos que definen un prototipo, pero no establecen relaciones entre esos rasgos; para la teoría de la teoría, que un *ave* tenga *plumas* y *alas* está relacionado con la posibilidad de volar. La idea es, entonces, que los conceptos se organizan en *dominios de conocimiento*, y cuando aprendemos conceptos nuevos sobre -por poner un ejemplo- los animales, la información se integra con el conocimiento que tenemos sobre biología, sobre el comportamiento de los seres vivos, o, si es del caso, sobre la cocina o sobre la salud. El campo de organización está ligado a la información a la que tengamos acceso en el momento de aprender, y si lo que aprendemos no se ajusta a lo que sabemos, le daremos menos valor hasta que logremos ajustarlo a la manera como está organizado el dominio.

Los *prototipos*, los *ejemplares* y las *teorías*, que son las tres teorías que acabo de identificar, son las propuestas que se encuentran en los textos sobre los conceptos en psicología (el más completo, sin duda, el de Murphy (2002), el clásico, el de Smith y Medin (1981)). Cada una se entiende como parte de un modelo que pretende dar cuenta de los resultados que se obtienen en el laboratorio con respecto a la realización de diferentes tareas cognitivas. Por lo general, el caso -digámoslo así- prototípico que se trabaja es el de la categorización, pero los conceptos se relacionan también con la toma de decisiones, el razonamiento y la solución de problemas (es decir, procesos de pensamiento) (Murphy G. , 2002, pág. 92; Solomon, Medin, & Lynch, 1999; Goldstone & Kersten, 2003), así como con otro tipo de tareas complejas relacionadas con procesos psicológicos como la percepción de nivel superior, la atención, la memoria, el lenguaje y la cognición sociocultural (Barsalou, 2012; Barsalou, Simmons, Barbey, & Wilson, 2003).

La psicología, entonces, intenta describir estas tareas y dar una explicación de los resultados con base en el modelo que se proponga sobre los conceptos y sobre los procesos: tanto en el caso de la categorización como en los otros casos, de lo que se trata de dar una explicación

psicológica, esto es, centrada en la caracterización teórica de un proceso psicológico con las herramientas de trabajo de la psicología. Así, una cosa sería dar cuenta de los procesos deductivos desde un punto de vista formal, y otra es dar cuenta de la manera como los seres humanos llevamos a cabo procesos deductivos. En principio, la lógica entendida como una teoría prescriptiva estaría en capacidad de establecer cuándo un razonamiento es válido, mientras que la psicología estaría en capacidad de establecer qué patrones seguimos los seres humanos cuando queremos llevar a cabo una deducción, y podría dar cuenta -y de hecho, se interesa de manera particular en este tipo de casos- de los errores que cometemos recurrentemente cuando intentamos llevar a cabo un razonamiento, identificando los sesgos cognitivos que orientan el razonamiento (Evans J. , 1982; Evans J. , 2002).

Quiero insistir en que lo que me interesa hasta el momento es, simplemente, identificar los propósitos explicativos de una teoría psicológica y la manera de proceder en relación con dichos objetivos. He señalado que una teoría psicológica de los conceptos se construye con base en datos experimentales que se pretenden explicar de la mano de un modelo psicológico. He identificado las principales teorías y las tareas cognitivas relacionadas con el uso de conceptos y he insistido en que, además del alcance explicativo, las teorías deben ser compatibles con una teoría que dé cuenta del aprendizaje de tales conceptos. Se trata de un esfuerzo que tiene una fase vibrante durante la década de los ochenta, y que en las discusiones recientes se va a alimentar de manera sustancial de los estudios neurocientíficos acerca del funcionamiento del cerebro. El objetivo es establecer no sólo la realidad psicológica, sino también la realidad biológica de los modelos cognitivos. Así, con respecto a la identificación de zonas del cerebro relacionadas con los procesos de categorización, algunos estudios encontraron que pensamientos acerca de *animales* producen una actividad neuronal más alta en el área posterior, incluyendo la región inferior temporal y la región occipital, mientras que en el pensamiento sobre *herramientas* las zonas que más se activan son las áreas dorsales y frontales (Okada, y otros, 2000; Perani, y otros, 1995; Grossman, y otros, 2002). También ha habido trabajos interesados en los procesos de aprendizaje de categorías (Ashby, Alfonso-Reese , Turken, & Waldron, 1998) y la diferencia a nivel cerebral que hay entre procesos de clasificación y la realización de inferencias (Matsuka, Yamauchi, Hanson, & Hanson, 2005). Y otras investigaciones abordan directamente el problema de la organización del

conocimiento en relación con los modelos psicológicos de finales de los setenta. Por ejemplo, Mach, Preston y Love (2013) estudiaron los patrones de activación cerebral durante las tareas de categorización y encontraron que son más consistentes con la teoría de los ejemplares que con la teoría de los prototipos. Trabajos semejantes se han hecho sobre la base neurológica de las categorías básicas de Rosch (Bauer & Just, 2017).

Esa manera de entender el lugar de los conceptos en una teoría psicológica es fundamental para lo que viene, pues lo que quiero mostrar es que la Teoría Conceptual de la Metáfora, si quiere entenderse como una teoría *cognitiva*, debe ajustarse a una concepción psicológica de los conceptos. No es raro en las teorías filosóficas sobre los conceptos encontrar una lista de condiciones que la teoría debe satisfacer. Fodor (1998) presenta cinco principios no negociables; Block (1986) ocho; Prinz (2002) siete. Con respecto a las teorías psicológicas, antes que *desiderata* es posible identificar campos de preguntas que debería tener en cuenta una teoría de los conceptos. Así, además de la propuesta puntual acerca de qué información constituye un concepto (prototipos, ejemplares, teorías), es posible identificar cuatro campos adicionales que darían forma a una teoría sobre los conceptos : a) el formato: si se trata de representaciones simbólicas amodales, o si se trata de representaciones análogas modales b) el tipo de proceso y la manera en que se usan (categorización, razonamiento deductivo, analogías, memoria atención, percepción, etc.); c) la adquisición (si son innatos o si no y cómo es posible el aprendizaje de básicos y de conceptos complejos); y teniendo en cuenta el trabajo reciente en neurociencia, d) la relación entre una teoría sobre los conceptos y el estudio de los procesos cerebrales. Teniendo en cuenta estos elementos vamos a volver sobre la teoría conceptual de la metáfora para ver qué relación guarda con la psicología y la filosofía, pero antes, quiero decir dos cosas sobre la noción de *modelo* en psicología.

### **1.3.1. El modelo de la memoria semántica.<sup>2</sup>**

---

<sup>2</sup> Además de este modelo, se reconocen en psicología otros dos modelos: el conexionismo y el modelo de la simulación. Sigo el modelo de la memoria semántica porque es el que más se ajusta a la discusión que viene sobre la propuesta de Lakoff y Johnson. El modelo conexionista es el que reconoce Langacker, pero se trata más de un reconocimiento que de un desarrollo efectivo. Sobre la propuesta de la simulación voy a volver en el capítulo 2.

El principal modelo que se trabaja en psicología cognitiva y en neurociencia con respecto al sistema conceptual es el de la memoria semántica. Se trata de una propuesta que se basa en la clasificación de la memoria y que entiende la cognición como un proceso de almacenamiento y recuperación de información. En psicología, la clasificación sistemática de la memoria humana sigue la dicotomía clásica planteada por James entre la memoria primaria y la memoria secundaria (James, 1890 [1983], pág. Cap. XVI), que adquiere una formulación más reciente en el trabajo de Atkinson y Shiffrin (1968) y su diferenciación de tres tipos de memoria, en función de la *cantidad de tiempo* durante el que se retiene la información: la memoria sensorial, la memoria a corto plazo y la memoria a largo plazo. Esta distinción básica se ha refinado con el paso del tiempo. En el caso de la memoria a corto plazo, la caracterización estática original que la entendía como el almacenamiento de una pequeña cantidad de información durante poco tiempo, dio lugar al modelo dinámico de la *memoria de trabajo* (Baddeley & Hitch, 1974; Baddeley A. , 2007) que describe el sistema de conservación temporal y manipulación de información necesaria para la realización de diferentes tareas.

En el caso de la memoria a largo plazo se reconoce la diferencia entre la memoria no declarativa (o implícita) y la memoria declarativa (o explícita). La diferencia se describe en términos de la diferencia que hay entre la información a la que podemos acceder conscientemente -la explícita- y la información que permanece inaccesible pero que de manera manifiesta influencia *el comportamiento* -la implícita-. Con respecto a la memoria declarativa, se diferencia entre la memoria semántica y la memoria episódica (Tulving, 1972). Esta última tiene que ver con los recuerdos de eventos personales, y van siempre acompañados de un sentido de pasado que vive quien recuerda algo. Por ejemplo, cuando recuerdo la primera clase que dicté en la vida, entiendo que se trata de una vivencia del pasado, un sentido que no tiene el hecho de saber que en el año 2003 el presidente de Colombia era Álvaro Uribe Vélez. Este último tipo de conocimiento es el de la memoria semántica, que almacena el conjunto de información que tenemos acerca el mundo.

Ambos sistemas se cuentan dentro de la memoria declarativa, y por eso una teoría psicológica sobre los conceptos es una teoría sobre el formato o la estructura representacional del

conocimiento declarativo, tanto en su línea semántica como en la episódica. Entre los rasgos que tienen en común se destaca el hecho de que el resultado de los actos de recuperación de información de cada sistema se puede expresar lingüísticamente o mediante representaciones gráficas (Wheeler, Stuss, & Tulving, 1997, pág. 332). Por lo general, la memoria declarativa se caracteriza con la cláusula “recordar qué” (lo cual, desde luego, no quiere decir que se trabajen como actitudes proposicionales), en oposición al “recordar cómo” que se asociaría con la memoria no declarativa.

Ahora bien, toda esa información no queda almacenada en una bóveda inaccesible, sino que se puede recuperar para resolver alguna tarea que demanda un proceso cognitivo. En psicología, la *recuperación* es el proceso que trae a la mente la información que ha sido almacenada y codificada en la memoria. El modelo se podría representar así:

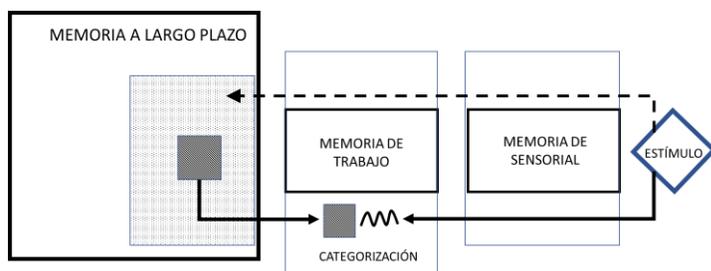


Figura 1. El modelo psicológico inspirado en la inteligencia artificial.

En la Figura 1 el cuadrado pequeño en la memoria a largo plazo sería el concepto que se recupera para, en este caso, llevar a cabo una tarea de categorización en la memoria de trabajo, con respecto a un estímulo externo. La línea punteada simboliza el proceso de almacenamiento de información, en el que se va perdiendo información en cada etapa. En su versión más radical, el modelo entiende la memoria semántica como un sistema de representaciones amodales, abstractas, descontextualizadas y estables. Por ejemplo, un prototipo sería una representación abstracta que consta de elementos relativamente invariables de sus ejemplares, que no guardan relación con información contextual. En el caso de AVE, elementos como {plumas+alas+pico+canto}. Otras versiones del modelo admiten una posición menos rígida, para la que las representaciones conceptuales pueden

admitir rasgos contextuales e idiosincráticos, además de almacenar información específica de alguna modalidad sensorial. Este es el caso de la propuesta de los ejemplares, que serían representaciones no modulares relacionadas con instancias particulares de cada ejemplar, y por eso mismo con información contextual con respecto a las situaciones de su captura.

#### **1.4. Los MCIs de Lakoff y la psicología.**

Una lectura en clave psicológica de la teoría conceptual de la metáfora debería interesarse por ajustar los hallazgos lingüísticos a una teoría sobre los procesos psicológicos. Aunque en *Metaphors we Live by* la discusión se da sobre todo contra la filosofía objetivista, las obras de mediados de los ochenta tienden algunos puentes interesantes con la psicología. Una obra central -por la cantidad de temas que abarca, por las discusiones que lleva a cabo con los avances hechos en las ciencias cognitivas hasta la fecha, porque sintetiza el trabajo de la lingüística cognitiva hasta el momento y porque marca sin duda alguna el trabajo de la lingüística cognitiva en los años por venir – es *Women, fire and dangerous things*, que escribe George Lakoff en 1987. En esta obra, Lakoff intenta proponer una teoría sobre las estructuras conceptuales cognitivas con base en los hallazgos de la lingüística.

De *Metaphors we Live by* quedó planteada la idea de que la metáfora conceptual es una estructura conceptual, pues la apuesta de la obra es que el conocimiento que tenemos sobre mundo está estructurado metafóricamente. No obstante, incluso si admitimos esto, la misma propuesta demanda una teoría más amplia sobre los conceptos, pues no todas las tareas cognitivas se entienden de la mano de la teoría conceptual de la metáfora, y no todas las expresiones lingüísticas tienen un contenido metafórico. Por eso, Lakoff entiende que debe haber otro tipo de recursos conceptuales: la metáfora conceptual no logra explicar los procesos de categorización, por ejemplo, y hay muchas expresiones lingüísticas cuyo significado no supone un mapeo metafórico, por lo que es preciso postular otro tipo de recursos que expliquen esos procesos cognitivos. Esa es la tarea en *Women, fire and dangerous things*.

Lakoff no presenta su teoría en los términos definidos por el modelo psicológico, sin embargo no es difícil ver que una lectura *moderada* en clave psicológica de su propuesta, que la entienda dentro del marco de las teorías psicológicas sobre los conceptos, puede liberarla del debate filosófico (que según lo dicho hasta el momento, no es relevante para una teoría psicológica) y situarla en el horizonte más definido de una investigación científica. La relación con los conceptos psicológicos es clara en la obra de Lakoff (1987), quien toma como punto de partida la obra de Rosch para definir la hipótesis que recorre libro:

Las categorías lingüísticas, como las categorías conceptuales, muestran efectos prototípicos. Tales efectos ocurren en cada nivel del lenguaje, desde la fonología hasta la morfología, la sintaxis y el lexicon. Tomo la existencia de tales efectos como evidencia *prima facie* de que las categorías lingüísticas tienen el mismo carácter que otras categorías conceptuales. En este punto voy a adoptar como hipótesis de trabajo que el lenguaje hace uso de los mecanismos cognitivos generales -al menos de los mecanismos de categorización. Bajo esta hipótesis de trabajo, vamos a valernos de la evidencia lingüística para estudiar el aparato cognitivo usado en la categorización. (Lakoff G. , 1987, pág. 67)

La propuesta de Lakoff se puede entender como un esfuerzo para dar cuenta de la estructuración de la información en la memoria a largo plazo y de los procesos de recuperación y manipulación de esa información para la solución de tareas relacionadas con el lenguaje. Como dije, Lakoff va a llamar Modelos Cognitivos Idealizados (MCI) a las estructuras en la memoria a largo plazo que usamos para interpretar expresiones lingüísticas y para realizar otros tipos de tareas cognitivas relacionadas con el uso de conceptos. El tema central del libro de Lakoff son los conceptos, e intenta establecer una teoría sensible a la evidencia empírica de la psicología, que tome distancia de las limitaciones lógicas impuestas desde la filosofía. Por eso, la manera que tiene Lakoff de avanzar se ajusta a lo que he dicho hasta el momento, pues el punto de partida del libro es el reconocimiento de los efectos de tipicidad en las tareas de categorización, y a partir de ahí, formular una teoría compleja sobre los conceptos que sirva para explicar esos efectos, pero que al mismo tiempo de cuenta de la manera en que los seres humanos interpretamos las expresiones lingüísticas.

La propuesta de Lakoff es una síntesis del conjunto de propuestas semánticas desarrolladas por los autores que influenciaron el desarrollo de la Lingüística Cognitiva en los años

ochenta: la teoría de los marcos (Fillmore, 1982), la gramática cognitiva (Langacker, 1987), sus propios conceptos metafóricos (Lakoff & Johnson, M., 1980), y los esquemas de imagen (Johnson M. , 1987; Langacker, 1987). Dice Lakoff:

La tesis principal de este libro es que organizamos nuestro conocimiento por medio de estructuras que llamo modelos cognitivos idealizados, o MCI, y que las estructuras categoriales y los efectos prototípicos son un subproducto de esa organización.

(...)

Cada MCI es un todo complejo estructurado, una Gestalt, que usa cuatro tipos de principios de estructuración:

- Estructura proposicional, como en los marcos de Fillmore.
- Estructura imagen-esquemática, como en la gramática cognitiva de Langacker
- Mapeos metafóricos, como los descritos por Lakoff y Johnson
- Mapeos metonímicos, como los descritos por Lakoff y Johnson

Cada MCI, en tanto que es usado, estructura un espacio mental, en los términos en los que los describe Fauconnier. (Lakoff G. , 1987, pág. 68)

Una teoría sobre la organización del conocimiento es, en términos psicológicos, una teoría sobre la memoria semántica. Solamente que, en el caso de Lakoff, el punto de partida no es la evidencia experimental obtenida en el laboratorio de psicología, sino las generalizaciones hechas con base en la evidencia lingüística (un punto sobre el que volveré más adelante). Lakoff ilustra su propuesta con un ejemplo: la palabra “soltero” (en inglés “bachelor”) fue el ejemplo clásico con el que la semántica formal de los años sesenta ilustraba el trabajo de especificación de los rasgos necesarios y suficientes que definían un concepto: {humano + varón + adulto + no casado}. Sin embargo, como señala Fillmore, el análisis supone un trasfondo que incluye expectativas sobre el matrimonio y la manera como se entiende el matrimonio en diferentes culturas (Fillmore, 1982). Por eso, no llamamos “soltero” a alguien que ha vivido en la selva y que se ha criado sin tener contacto humano, como Tarzán, ni llamamos “soltero” al Papa.

De acuerdo con Lakoff, el significado de “soltero” se define en relación con un *modelo* del mundo ajustado a una sociedad como la nuestra, en la que el matrimonio supone una ceremonia y una edad apropiada. Por eso mismo, se trata de un modelo *idealizado*, pues no es una descripción que pretenda ajustarse completamente a la manera como es el mundo (pues en un sentido *lógico* Tarzán y el Papa son solteros, pero no en un sentido *psicológico*)

sino que ignora algunos de sus aspectos para darle lugar a una descripción que se ajuste, más bien, a la manera como organizamos la información sobre el mundo: el conocimiento que tenemos sobre ADULTO supone un trabajo, un tipo de relación con los padres, un estilo de vida, etc.; lo mismo sobre VARÓN, que supone una orientación sexual, o NO CASADO, que supone un tipo de vida en el que, luego de la adolescencia y la entrada a la vida laboral, se espera que tenga lugar el matrimonio.

En este marco podemos ver que la propuesta de los MCI es la respuesta de Lakoff a los efectos de tipicalidad encontrados por Rosch: SOLTERO no dice nada sobre el Papa o sobre niños perdidos en la selva, y si efectivamente estos casos plantean un conflicto, es porque dos modelos cognitivos diferentes (el de SOLTERO, el de PAPA) se comparan. En ese orden de ideas, en la memoria a largo plazo, además de la información conceptual pertinente para la tarea, hay una información de trasfondo que sirve para ajustar las interpretaciones, y los efectos de tipicalidad se seguirían de la manera como se combinan los diferentes MCI para adelantar una determinada tarea cognitiva. Que alguien adulto, varón no casado se considere un caso prototípico de SOLTERO, no se debe a que los prototipos sean el formato de las representaciones conceptuales, sino porque ese tipo de sujeto, el adulto no casado, se ajusta al modelo que tenemos del mundo y por eso mismo no entra en conflicto con otros modelos MCI.

La propuesta de Lakoff sobre los MCI, entonces, comparte con otras teorías psicológicas sobre los conceptos la convicción de que las funciones cognitivas superiores recuperan información almacenada en lo que los psicólogos denominan la memoria a largo plazo: cuando categorizamos un objeto y lo reconocemos como un ave, cuando hacemos generalizaciones sobre las aves, cuando trazamos analogías entre las aves y otros objetos, y también cuando interpretamos una expresión lingüística que trate sobre las aves o interpretamos una metáfora, recuperamos alguna porción del conjunto de conocimiento que tenemos sobre las aves almacenado en la memoria a largo plazo y que está estructurada en MCI. La diferencia con las teorías psicológicas es que, en lugar de hablar de prototipos, ejemplares o teorías, Lakoff habla de MCI, y monta su teoría sobre evidencia lingüística. Por eso el objetivo del estudio del lenguaje en clave cognitiva no es el de establecer los procesos

de formación de expresiones gramaticales bien formadas (como lo era para Chomsky (1969)) sino avanzar en la descripción de la manera como se estructura el conocimiento de la memoria a largo plazo.

La relación con el modelo psicológico es mucho más evidente cuando se revisa el vínculo que Lakoff establece entre sus MCI y la teoría de los espacios mentales, planteada y desarrollada por Gilles Fauconnier (1985). Los espacios mentales son, si se quiere, construcciones *en acto*, que existen solamente mientras pensamos en algo. La interpretación efectiva de una expresión lingüística es posible gracias a los MCI, pero consiste en construir espacios mentales de la mano de la información estructurada en los MCI. Por eso dice Lakoff: “siguiendo a Fauconnier (1985) asumimos que la teoría del modelo cognitivo involucra: (a) espacios mentales, (b) modelos cognitivos que estructuran esos espacios” (Lakoff G. , 1987, pág. 281). Debo resaltar que de una manera que se ajusta muy bien a lo dicho hasta el momento, Fauconnier vincula expresamente su modelo con el modelo psicológico de la memoria y la realización de tareas en una presentación más reciente de su propuesta: “los espacios mentales operan en la memoria de trabajo, pero se construyen en parte activando estructuras disponibles de la memoria a largo plazo” (Fauconnier, 2007). Si volviéramos al modelo de la Figura 1 y lo remozáramos con lo dicho acá, tendríamos lo siguiente:

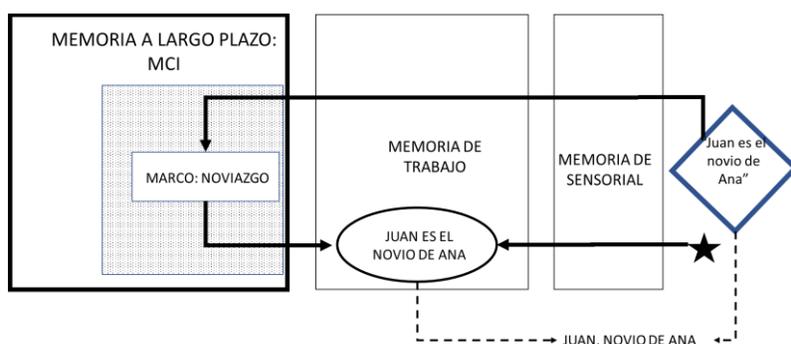


Figura 2. Juan es el novio de Ana

En este esquema, que tiene un fin puramente expositivo y no pretende dar cuenta de manera precisa de todos los detalles del proceso interpretativo, puse un ejemplo puntual para ilustrar

mejor el asunto. El estímulo es la expresión “Juan es el novio de Ana” que el sujeto escucha y procesa sensorialmente. Su representación sonora pasa por la memoria de trabajo y luego se vincula con el marco NOVIAZGO almacenado en la memoria a largo plazo. En este caso, la zona gris es el conjunto de MCI, y en blanco estaría el MCI relacionado con NOVIAZGO. La idea es que el concepto se recupera y se construye en la memoria de trabajo el espacio mental [JUAN ES EL NOVIO DE ANA]. De acuerdo con la propuesta de Fauconnier, se trata de un proceso de conceptualización que atribuyen valores referenciales (Juan, Ana) a roles (novio, novia) definidos por un marco (noviazgo). La construcción mental refiere a una situación objetiva (señalada con la línea punteada), y lo hace en función de los conceptos que utiliza. La estrella negra indica que es posible que en la construcción del espacio mental se considere información del entorno que sea pertinente para el espacio mental.

Algunos años después de la formulación de la teoría de los espacios mentales, Fauconnier y M. Turner presentaron un desarrollo de la teoría inicial de los espacios mentales, buscando dar cuenta de la interpretación de otro tipo de expresiones y de otro tipo de procesos de pensamiento más dinámicos, que no se ajustan a las reglas establecidas por los MCI. Los espacios mentales tienen dos dimensiones diferentes: una interna, que se define en términos de su coherencia, y una externa, que se define en términos referenciales. El espacio mental que resulta de la interpretación de la frase “Juan es el novio de Ana” debe ser internamente coherente y debe referir a una situación que puede o no ser el caso. A la lingüística cognitiva le interesa puntualmente lo primero: los MCI tienen un carácter normativo, pues rigen la construcción de los espacios mentales. Sí como es válido pensar que [JUAN ES EL NOVIO DE ANA] es porque Juan y Ana cumplen con las reglas de satisfacción de roles definidas por el marco NOVIAZGO, de acuerdo con el MCI. Si Ana y Juan son *perros*, o si son niños de dos años, el sentido de *novios* no es el mismo porque el MCI de noviazgo se construye sobre una información de trasfondo, así que en estos dos casos la interpretación se debe ajustar al contexto echando mano de otros MCI acerca de lo que sabemos sobre las relaciones entre los niños pequeños, o entre las mascotas.

La idea de Turner y Fauconnier (Fauconnier & Turner, 2002) es que en este tipo de casos, y en otros en los que la interpretación de una expresión lingüística (aunque la propuesta se ha

usado para dar cuenta de otro tipo de signos) no se ajusta a las reglas definidas por el repertorio conceptual, los sujetos llevan a cabo un proceso de *integración conceptual* en el que la información recuperada de dos MCI y del contexto de enunciación se mezcla para construir un espacio mental *integrado* con una coherencia emergente que resulta del mismo proceso. Miremos por ejemplo los siguientes tres casos:

- (4) Juan es el novio de Ana
- (5) Firulais es el novio de Berinails
- (6) Ana es la novia de Firulais

En (4) la interpretación resulta de la recuperación de la información del MCI del marco NOVIAZGO, como acabamos de ver. En (5) Firulais y Berinails son dos perros que juegan siempre en el parque los fines de semana y una dueña le explica a su acompañante que Firulais, su mascota, es el novio de Barinails. En este caso, se recupera información de dos MCI idealizados, el marco NOVIAZGO, y un MCI que Lakoff llama *escenario* (una secuencia de acciones organizada temporalmente) sobre el encuentro recurrente entre esos dos perros en el parque. De acuerdo con la teoría de Fauconnier y Turner, la interpretación de (5) involucra la integración de dos espacios mentales, que se denominan espacios mentales de entrada, que son internamente coherentes, pues se siguen de las reglas que impone el MCI según el cual el rol NOVIO debe ser satisfecho por un HUMANO. La relación de esos dos espacios da lugar a un nuevo espacio mental que se llama espacio mental *integrado*, en el que los elementos se combinan y establecen un marco de coherencia emergente: la relación entre dos perros se entiende como una relación de noviazgo porque establece un vínculo de fidelidad y de encuentros recurrentes. Además, este espacio se puede desarrollar siguiendo las reglas emergentes de su composición, dando lugar, por ejemplo, a frases como estas:

- (5a) Firualis es el novio de Berinails, pero a veces es infiel y juega con Chorinails.
- (5b) Firulais terminó con Berinails. Ahora prefiere jugar solo.

Si volvemos ahora sobre el ejemplo en (6), es claro que también plantea un desafío, pues su interpretación no se ajusta a un solo MCI. En este caso la incoherencia tiene que ver con lo

mismo: un perro no puede darle valor al rol de NOVIO. En este caso los espacios de entrada son el marco NOVIAZGO entre Ana y otro ser humano, y la relación AMO-MASCOTA entre Ana y Firulais. Ana satisface entonces dos roles diferentes (amo y novia) en dos espacios mentales diferentes, mientras que Firulais solamente puede satisfacer un rol, el de mascota. La idea es que los dos espacios se integran y dan lugar a un espacio mental *integrado* en el que Ana tiene una relación de apego emocional y de dedicación exagerada con su mascota. El proceso de interpretación de (5) y (6) se presentaría así, siguiendo el modelo que proponen Turner y Fauconnier:

Figura 3: "Firulais es el novio de Barinais".

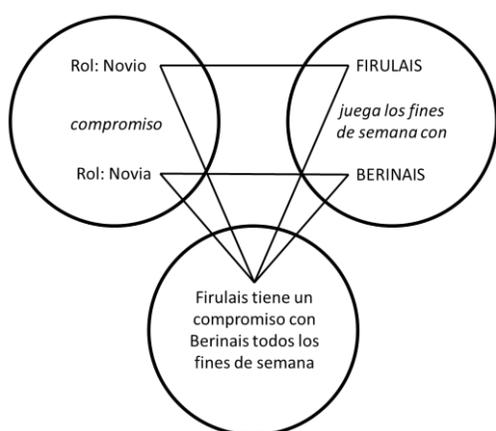
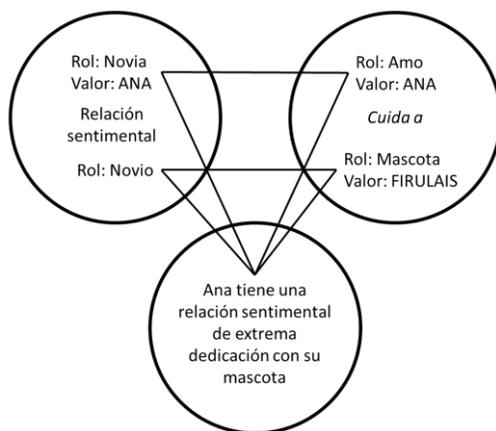


Figura 4: "Ana es la novia de Firulais".



Presento todo esto para insistir en el punto que he venido señalando, pues tal como se plantea la teoría, los MCI harían parte de la memoria a largo plazo, mientras que la construcción de

espacios mentales tiene lugar en la memoria de trabajo, así como los procesos de integración conceptual. Así lo entienden Fauconnier y Turner (en estrecha relación con la propuesta de Lakoff):

Nuestra hipótesis es que, en términos de procesamiento, los elementos en los espacios mentales corresponden a la activación de un grupo de neuronas, y los vínculos entre los elementos corresponden a algún tipo de unión neurobiológica, como la co-activación. Desde este punto de vista, los espacios mentales operan en la memoria de trabajo y se construyen en parte mediante la activación de estructuras disponibles en la memoria a largo plazo. Los espacios mentales están interconectados en la memoria de trabajo y pueden modificarse dinámicamente mientras el pensamiento y el discurso se desenvuelven. (Fauconnier & Turner, 2002, pág. 102)

Es importante notar que el interés no está puesto en el asunto de la referencia, sino en la descripción del proceso cognitivo que tiene lugar cuando interpretamos una expresión lingüística. Por eso, el modelo psicológico y su compatibilidad con la propuesta de los espacios mentales hacen psicológicamente plausible la propuesta de Fauconnier y Turner, y permiten entender el lugar de los MCI en los procesos cognitivos. La cita no solo deja ver la relación con el modelo de los sistemas de memoria, sino que muestra, además, el compromiso con la realidad neurobiológica del procesamiento de información. La discusión, de nuevo, no es con la filosofía, sino con la psicología, a lo que doy paso ahora.

#### **1.4.1. La estructuración del repertorio conceptual.**

Si se entiende como una teoría sobre el conocimiento que tenemos del mundo, la tesis de los MCI es compatible con lo dicho sobre la aproximación psicológica a los conceptos, sin embargo, su rasgo distintivo es que la teorización sobre la naturaleza del repertorio conceptual no se sigue de hallazgos encontrados en el laboratorio, sino de la descripción de los usos lingüísticos que hacen los usuarios de las lenguas naturales. Como ya dije, Lakoff retoma las propuestas semánticas adelantadas en el campo de la lingüística cognitiva y las ubica en un marco sensible a los hallazgos de la psicología cognitiva, pero su interés está puesto en presentar una teoría sobre los conceptos que sea compatible con la tesis del sentido encarnado que se desprende de la teoría conceptual de la metáfora. Se trata de proponer una arquitectura conceptual compleja que se entiende de la mano de la oposición que hay entre

los conceptos que se obtienen directamente de la experiencia y los que no, que le sirve a Lakoff para concebir el repertorio conceptual como una estructura dividida en dos niveles: por un lado, un nivel básico constituido por esquemas de imagen y conceptos de nivel básico, y por el otro, un nivel superior de conceptos más abstractos y complejos, que se asienta y se estructura con base en el nivel anterior.

La oposición entre lo básico y lo complejo hace parte de cualquier teoría sobre los conceptos. Como vimos, el hecho de que haya conceptos simples y conceptos complejos es la base de la discusión de Fodor sobre el composicionalidad. Y se trata, también, de una oposición que orienta mucho del trabajo en psicología del desarrollo, por razones obvias: Carey (2009) habla de dominios cognitivos centrales básicos en oposición a dominios cognitivos más complejos que serían posteriores en el desarrollo psicológico humano. Mandler (2004) le da a los esquemas de imagen un tratamiento psicológico y los presenta como el fundamento básico a partir del cual se construyen representaciones cognitivas más complejas. Y ya vimos que Rosch plantea la existencia de conceptos de nivel básico. Lo interesante de la presentación de Lakoff es que la oposición se plantea en términos experienciales: los esquemas de imagen y los conceptos de nivel-básico son *experiencialmente* básicos, porque están relacionados directamente con la experiencia encarnada del entorno materialmente dado.

Esta es una idea que se sigue de la tesis de la teoría conceptual de la metáfora, que plantea que nuestros conceptos están organizados de manera diferenciada: los mapeos conceptuales relacionan dos dominios cognitivos diferentes, unos que están claramente estructurados (los dominios fuente) y otros que no (los dominios meta). La idea general es que entendemos algo complejo de la mano de algo más simple: entendemos el amor, que es complejo, de la mano de algo más simple: un viaje. Y lo mismo vale para cualquier mapeo metafórico: “*debido a que muchos de los conceptos que son importantes para nosotros, o bien son abstractos, o bien no están bien delineados en nuestra experiencia (...) necesitamos capturarlos por medio de otros conceptos que entendemos en términos más claros (orientaciones espaciales, objetos, etc.)*” (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 115). Esta oposición entre conceptos básicos y conceptos complejos vincula -al menos esa es la idea de Lakoff- la tesis de la teoría

conceptual de la metáfora con la tesis de la construcción encarnada del sentido: si no todos los conceptos se organizan de la mano de un mapeo metafórico, debe haber unos conceptos que (digámoslo de manera metafórica) le dan piso al resto del repertorio conceptual y que podríamos construir sin el recurso a los mapeos metafóricos. El ejemplo que dan en *Metaphors we Live by* es el de los conceptos espaciales:

Los principales candidatos para los conceptos que entendemos directamente son los conceptos espaciales simples, tales como ARRIBA. Nuestro concepto espacial ARRIBA emerge de nuestra experiencia espacial. Tenemos cuerpos y nos mantenemos erguidos. Casi cualquier movimiento que hacemos involucra un programa motor que o bien modifica nuestra orientación arriba-abajo, o bien la mantiene, la presupone, o la tiene en cuenta de alguna manera. Nuestra actividad constante en el mundo, incluso cuando dormimos, hace de la orientación arriba-abajo algo relevante no solo para nuestra actividad física, sino algo centralmente relevante. (...) Los conceptos espaciales humanos (...) incluyen ARRIBA-ABAJO, ADELANTE-ATRÁS, ADENTRO-AFUERA, CERCA-LEJOS, etc. Son estos los que son relevantes para nuestro funcionamiento corporal continuo y cotidiano.

(...) Mientras que nuestra experiencia emocional es tan básica como la experiencia perceptiva, nuestras experiencias emocionales están delineadas de una manera mucho menos clara en términos de lo que nosotros hacemos con nuestros cuerpos. Aunque una estructura conceptual claramente delineada con respecto al espacio emerge de nuestro funcionamiento sensoriomotor, ninguna estructura conceptual definida claramente emerge con respecto a las emociones a partir solamente de nuestro funcionamiento. Debido a que hay *correlatos sistemáticos* entre nuestras emociones (como la alegría) y nuestras experiencias sensoriomotoras (como la postura erguida) éstos configuran la base de los conceptos orientacionales metafóricos (tales como FELIZ es ARRIBA). Tales metáforas nos permiten conceptualizar nuestras emociones en términos mucho más claros (...). (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 57).

Se trata, es claro, de una formulación intuitiva que invita a resolver una serie de interrogantes puntuales, pero que será la hoja de ruta de la propuesta de Lakoff y Johnson sobre la tesis del sentido encarnado. Los “conceptos espaciales” de *Metaphors we Live by* van a ser, cinco años más tarde y junto con otro tipo de estructuras esquemáticas, los “esquemas de imagen” de *The Body in The Mind*. Y con este giro, la teoría conceptual de la metáfora lleva entonces a plantearse la pregunta por la estructura de la experiencia, que está determinada -esa será la tesis siete años después- por nuestro cuerpo.

Este es un punto que le da un alcance fenomenológicamente interesante a la obra de Lakoff en *Women, fire and dangerous things*, (y también de Johnson en *The body in the mind* (1987), en donde Johnson expone y desarrolla la teoría de los esquemas de imagen), pues no sólo vincula la teoría de los conceptos con una teoría de la experiencia (con esto se trataría simplemente de una propuesta empirista), sino que apunta en dos direcciones fenomenológicamente centrales: la tesis de los esquemas de imagen, al menos como se enuncia, es una tesis sobre la estructuración de la experiencia (que es el tema central del análisis fenomenológico), mientras que la idea de los conceptos básicos tiene que ver con la caracterización de lo dado directamente en la experiencia.

Este será el tema central del segundo capítulo, y por eso pido al lector seguir de cerca la presentación y mantenerla a la mano durante las páginas que quedan de este. En lo que sigue haré una presentación preliminar, con el fin de comprender el proyecto que define Lakoff en *Women, fire and dangerous things* en su dimensión psicológica.

#### **1.4.2. Los conceptos básicos**

La idea de los *conceptos de nivel básico* fue planteada inicialmente por Rosch y colaboradores (Mervis & Rosch, 1981; Rosch & Mervis, 1975; Rosch E. , Mervis, Gray, Jhonson, & Boyes-Braem, 1976) y Lakoff la retoma para dar cuenta del fundamento y la expansión de nuestro repertorio conceptual. Los conceptos de nivel básico son aquellos que están relacionados con los objetos materiales que pueblan el mundo de la experiencia y a los que tenemos acceso de manera directa: *sillas, perros, mesas, zapatos, árboles, naipes*, etc. Según esto, la experiencia que tenemos del mundo es la de un entorno poblado de objetos materiales con límites definidos, y no la de un lienzo saturado de parches de colores y de formas al estilo de la teoría de los *datos de los sentidos*. Se trata, entonces, de conceptos asociados con la captura de *objetos* materiales que aglutinan un conjunto informacionalmente complejo de atributos que forman discontinuidades en la estructura del entorno pero que configuran *gestalts* perceptivas, antes que sumas de partes o colecciones de atributos. En nuestra experiencia perceptiva no aparecen hocicos por aquí, colas por allá y patas más allá, sino que aparecen, de entrada, entidades unificadas. En nuestro caso, un perro. Por eso, que

sean básicos no quiere decir que sean simples o atómicos (es decir, indivisibles) sino que se dan de manera definida y delimitada, como un todo. Así, aunque ontológicamente los objetos que se representan son más complejos que las partes que los componen, psicológicamente el todo es más básico que las partes.

Estoy convencido de que la oposición entre lo básico y lo complejo, entre lo concreto y lo abstracto, solamente se captura adecuadamente desde un marco de análisis fenomenológico, y este será uno de los puntos que trabajaré en el segundo capítulo. En este momento me interesa dejar claro el alcance y las limitaciones que tiene para un enfoque psicológico trabajar dentro del marco que propone Lakoff.

La idea misma de los *conceptos de nivel básico* se ajusta a una teoría psicológica sin problema, pues la formulación de la teoría no se desprende de una descripción de la experiencia, sino los resultados de una investigación psicológica de carácter empírico. La idea seminal no se debe a Rosch sino a Roger Brown, en una historia que se remonta hasta la década de los 50 (Brown, 1958). Curiosamente, el punto de partida es un hecho lingüístico relacionado con una tarea psicológica: cuando les enseñan a sus hijos a nombrar y categorizar objetos (cuando decimos cómo se llama una cosa) los padres usan un nivel básico de vocabulario que es el que resulta más útil en diferentes contextos para hablar sobre los objetos.

Rosch (1975; 1978) retoma la idea de Brown y se interesa por explicar cognitivamente la preferencia por ese nivel básico. Por eso, la ajusta a su teoría sobre los procesos de categorización, según la cual categorizar un estímulo no sólo consiste en considerarlo equivalente a otros estímulos dentro de la misma categoría, sino considerarlo, también, como diferente a otros estímulos que no hacen parte de esa categoría: incluir, por un lado, y diferenciar, por el otro. Ahora bien, para llevar a cabo exitosamente el proceso de categorización, plantea Rosch, las representaciones conceptuales se deben ajustar a dos principios: deben ser *informativas* y deben ser *económicas cognitivamente*. La evidencia que presenta Rosch muestra que las categorías supraordinadas (como mamífero, en relación con perro) no son *informativas*, pues cuentan con muy pocos atributos y por eso mismo no son

suficientes para dar con un proceso de categorización. Cuando se les pregunta a las personas que identifiquen los rasgos que definen a un mamífero, la lista es mucho menor que la de los rasgos que caracterizan un perro. Por otra parte, las categorías subordinadas (*silla de oficina* en relación con *silla*) resultan muy informativas, pues cuentan con muchos atributos, pero por eso mismo son *poco económicas cognitivamente*. La idea de Rosch es que las categorías de nivel básico ofrecen un equilibrio entre informatividad y economía cognitiva:

los objetos básicos (por ejemplo silla, carro) son el nivel de inclusión más inclusivo en el que las categorías pueden reflejar la estructura correlacional del entorno y el nivel más inclusivo en el que puede haber muchos atributos comunes a todos o a la mayoría de los miembros de las categorías (Rosch & Mervis, 1975, pág. 586).

Como dije antes, el punto de partida es un hecho lingüístico, la preferencia de ciertos nombres sobre otros cuando los padres enseñan un lenguaje, lo que da pie para pensar que hay un nombre más ajustado que otro para los objetos. Y la propuesta de Rosch es la de dar una explicación cognitiva de este hecho y permite predecir la preferencia por el nivel básico. La fortaleza del modelo de los prototipos es entonces doble: dar cuenta de los efectos de tipicalidad y la preferencia por el nivel básico.

En el caso de las categorías de nivel básico, Rosch encontró que además de los atributos que definen el prototipo (hocico, cola, cuatro patas, en el caso de PERRO), y que se ajustan a los principios cognitivos de la teoría (economía cognitiva e informatividad), el conocimiento relacionado con los objetos de una categoría de nivel básico incluye también un conjunto de programas motores y una forma común. Estos tres tipos de información reforzarían la relación entre los miembros de una misma categoría y definiría de manera más clara la diferencia con miembros de otra categoría.

Ahora bien, si hace parte de una propuesta psicológica, la teoría de los conceptos de nivel básico debería guardar alguna relación con el grupo de cuatro preguntas que señalé cuando presenté las propuestas psicológicas: el formato, la función, el aprendizaje y la base neuronal. Sobre el formato, los experimentos de Rosch mostraron que el nivel básico es el nivel más alto de abstracción que puede ser capturado en una *imagen* mental: los seres humanos pueden

formarse una imagen mental de un dalmata (categoría subordinada), de un perro (categoría de nivel básico) pero no de un mamífero. Rosch probó la correlación entre la formación de imágenes y la categorización, y encontró que los sujetos fueron capaces de llevar a cabo tareas de categorización más rápidamente cuando un estímulo facilitador verbal (el nombre de una categoría) nombraba una categoría de nivel básico o una categoría subordinada, que cuando el estímulo facilitador nombraba una categoría supraordinada. Por lo general, la imaginación no juega un papel importante en las teorías sobre los conceptos, pues se entienden como representaciones privadas que, además, no dan cuenta de la riqueza conceptual, pues una de las consecuencias que se siguen de los resultados de Rosch es que la imaginación tiene un techo en el nivel de abstracción (uno que, por lo demás, no es muy alto: las categorías de nivel básico).

Sobre la función, además de la categorización, en donde la discusión interesante tiene que ver con el papel del contexto en la definición de lo que cuenta psicológicamente como nivel básico (Jolicoeur, Gluck, & Kosslyn, 1984; Rips, Blok, & Newman, 2006; Tanaka & Taylor, 1991) se han hecho estudios sobre su papel en el razonamiento inductivo (Coley, Medin, & Atran, 1997; Smith E. , 1989) y la relación entre las categorías de nivel básico y el uso del lenguaje (Wisniewski & Murphy, 1989). También se han hecho estudios sobre su base neuronal (Bauer & Just, 2017). Sin embargo, el debate más interesante ha sido el de su papel en los procesos de aprendizaje. La idea inicial de Rosch era que por ser las más recurrentes y más eficientes cognitivamente, las categorías de nivel básico eran las primeras en ser aprendidas. Esta posición ha sido criticada principalmente por Mandler (Mandler & Bauer, 1988; Mandler, 2004), quien sostiene que el caso es el contrario: las primeras categorías que se aprenden son las más generales, y el desarrollo del repertorio conceptual consiste en ir definiendo las oposiciones hasta llegar a segmentaciones categoriales más precisas.

Lo anterior deja ver el valor que tiene la propuesta de las categorías de nivel básico para una teoría psicológica, una línea de indagación que contrasta, sin embargo, con el trabajo de Lakoff. En *Women, fire and dangerous things* (pero también en *Philosophy in the flesh*) Lakoff extrae una consecuencia filosófica de la propuesta psicológica de la teoría de los conceptos de nivel básico: la tesis del encarnamiento. El problema es que en la defensa de la

tesis del sentido encarnado mezcla de manera impropia el dominio de una teoría psicológica que sigue una perspectiva en tercera persona, con el de una propuesta fenomenológica en primera persona, con el agravante de que el desarrollo de la descripción fenomenológica es limitado porque se adelanta de manera intuitiva y sin seguir una metodología definida. Por ejemplo, con respecto a los conceptos de nivel básico, afirma que se trata de una estructura de la experiencia preconceptual:

Hay al menos dos tipos de estructura en nuestras experiencias preconceptuales:

- A. La estructura de nivel-básico: las categorías de nivel básico se definen por la convergencia de nuestra percepción gestáltica, nuestra capacidad de movimiento corporal y nuestra habilidad para construir imágenes mentales ricas.
- B. La estructura cinestésica imagen-esquemática: los esquemas de imagen son estructuras relativamente simples que constantemente se repiten en nuestra experiencia corporal: CONTENEDORES, CAMINOS, VÍNCULOS, FUERZAS, EQUILIBRIO, y en varias orientaciones y relaciones: ARRIBA-ABAJO, ADELANTE-ATRÁS, PARTE-TODO, CENTRO PERIFERIA, etc.

Estas estructuras son directamente significativas, primero, porque son directa y repetidamente experimentadas debido a la naturaleza de nuestro cuerpo y su modo de funcionar en nuestro entorno (Lakoff G. , 1987, pág. 267).

Si lo que quiere decir Lakoff es que el análisis de los conceptos de nivel básico deja ver que hay una estructura preconceptual de la experiencia que se define en términos de la organización gestáltica de la información perceptiva, los programas motores y la construcción de imágenes (que son tres puntos que se asocian con las categorías de nivel básico), entonces debería tomar los conceptos de nivel básico simplemente como una pista para avanzar en una captura precisa de la experiencia en su dimensión preconceptual. Pero parece que la mera mención de lo sensoriomotor es suficiente para Lakoff para poner de manifiesto el carácter encarnado de la cognición, una idea que suena interesante (pero no atinada) en el marco de una discusión con la filosofía, pero que resulta vacía en una discusión con la psicología, cuyos criterios para aceptar un tipo de representación pasan por el carácter explicativo que pueda tener una propuesta, se trate de representaciones imaginísticas, prototípicas, o lo que sea que demande la explicación.

El trabajo de Rosch sobre la dimensión sensoriomotora consiste en preguntarle a los sujetos experimentales qué tipo de movimientos corporales pueden asociar con la interacción con un

objeto: “*la instrucciones pedían a los sujetos «escribir los movimientos musculares que usted hace cuando usted usa o interactúa con ese objeto, con tanto detalle como sea posible»*” (Rosch E. , Mervis, Gray, Jhonson, & Boyes-Braem, 1976, pág. 394). Cuando deben especificar movimientos sobre categorías supraordinadas (como *mamífero*) el repertorio es corto (y de hecho, asociado a un ejemplar de una categoría de nivel básico), pero cuando deben especificar movimientos en relación con objetos relacionados con las categorías básicas, el repertorio de movimientos que describen es amplio y preciso. La investigación de Rosch y colaboradores, sin embargo, *no* está encaminada a caracterizar la interacción encarnada con los objetos, sino a establecer el conocimiento que tienen los sujetos en relación con un objeto en términos de su interacción encarnada. En otros términos, no se trata de una investigación acerca de la estructuración de la experiencia ni de su constitución vivencial, sino de la representación que hacen los sujetos del papel del cuerpo en esa interacción. Y una cosa es preguntarse qué parte del cuerpo muevo cuando escribo (que es una pregunta sin valor fenomenológico), y otra intentar describir el despliegue vivencial que tiene lugar durante la escritura (que sería lo que intentaría hacer una aproximación fenomenológica). Lakoff pasa por encima de estas diferencias y salta rápidamente a sostener que los conceptos de nivel básico están relacionados con la interacción sensoriomotora, y que por eso son encarnados.

La teoría del nivel básico es pertinente dentro de los límites de una teoría psicológica, interesada en su caracterización y de su explicación cognitiva. Su relevancia para una teoría cognitiva psicológica es clara cuando constatamos su lugar en relación con cada una de las preguntas que orientan una investigación psicológica sobre los conceptos. El uso que hace Lakoff, sin embargo, desborda injustificadamente los límites de esa teoría, y lo hace porque carece de los recursos descriptivos con los que sí cuenta la fenomenología. Algo parecido sucede con la presentación de los esquemas de imagen, que son un punto central de la propuesta. En lo que sigue voy a presentar la caracterización que hace Lakoff y voy a mostrar que, a diferencia de las categorías de nivel básico, los esquemas de imagen tienen un valor psicológico limitado, pero un alcance filosófico interesante, que será lo que voy a tratar de desarrollar en el capítulo 2.

### 1.4.3. Los Esquemas de Imagen.

Los esquemas de imagen son construcciones cognitivas preconceptuales y estructuradas que emergen a partir de la recurrencia de patrones experienciales sensoriomotores. La presentación y el desarrollo de la noción de *esquema de imagen* se le debe a Mark Johnson (1987) quien ilustra este punto así:

Piense por unos instantes en los actos orientativos que practica constante e inconscientemente en sus actividades cotidianas. Considere, por ejemplo, algunas de las múltiples orientaciones *dentro-fuera* que tienen lugar en los primeros minutos de un día corriente. *Sale* de un sueño profundo y se *asoma* por debajo de las cobijas para *mirar el interior* de su habitación. Poco a poco *sale* del estupor, *deja* la cama, se *mete* en su bata, *extiende* las extremidades, *sale* del dormitorio *en medio* de la somnolencia y se *mete* en el cuarto de baño. Se mira *en* el espejo y ve su rostro que lo mira a usted desde *el otro lado* del espejo. Introduce la mano *en* el gabinete de los remedios, *saca* el dentífrico, lo aprieta para *sacar* un poco de dentífrico, *mete* el cepillo en la boca, se cepilla *en* un instante, y enjuaga después su boca. (Johnson M. , 1987, pág. 31)

La cita muestra dos cosas: si se entiende como la descripción de una situación vivencial, esto es, si nos fijamos en la escena que presenta lingüísticamente, la cita muestra que en el dominio de la experiencia la estructura de la relación que tenemos con el entorno está organizada en términos espaciales muy generales, pero vivencialmente definidos. El texto muestra cómo en la vida cotidiana la distinción *dentro vs. fuera* es recurrente. Por eso mismo, *dentro* y *fuera* no son conceptos abstractos codificados lingüísticamente, sino una oposición que estructura nuestra experiencia: un *esquema de imagen*, en este caso, de CONTENEDOR. La interacción dinámica y animada con el entorno establece un sistema de posibilidades motoras que se organizan espacialmente en términos topológicos encarnados (en oposición a un sistema abstracto de coordenadas euclidianas). En nuestra vida ordinaria entramos y salimos de diferentes espacios, introducimos objetos en otros, vivimos nuestro propio cuerpo como un contenedor, etc.

Por otro lado, si se toma en su dimensión verbal, como un ejemplo de la manera en que lingüísticamente capturamos los rasgos vivenciales básicos de la experiencia encarnada con el entorno, la cita muestra cómo el uso del lenguaje recurre a conceptos espaciales (señalados con cursiva en el texto) para hablar de objetos que no tienen una dimensión espacial pero que, sin embargo, entendemos como si fueran espaciales. En el texto de Johnson, es fácil

advertir que en su descripción hay diferentes actividades que involucran algún contacto directo con un objeto que es un contenedor (la boca, la habitación, el gabinete de los remedios, etc.) pero también se describen situaciones en las que no hay objetos materiales directos, sino experiencias o situaciones menos estructuradas (el sueño, el estupor).

La apuesta teórica de la propuesta de Lakoff y Johnson es que este tipo de elementos se entienden *como si* fueran contenedores en un nivel conceptual, y que no se trata de fenómenos lingüísticos superficiales. Así, la habitación es un objeto concreto, mientras que el estupor no. Pero en uno y otro podemos “entrar y salir”; en unos, de manera directa (entrar y salir de la habitación moviendo nuestro cuerpo), en otros, de manera metafórica (podemos entrar y salir de un estado de estupor). Así, que la habitación y la boca sean un contenedor se sigue del uso que hacemos de ellas en la vida cotidiana, pero que el *estupor* sea un contenedor se seguiría de la metáfora conceptual LOS ESTADOS DE CONCIENCIA SON CONTENEDORES, que estaría a la base de expresiones como (los ejemplos son míos):

(7) María entró en un estado de coma.

Juan logró salir del ensimismamiento en el que estaba.

Catalina Palomino salió de un episodio maníaco para entrar en uno depresivo

Juana está atrapada en sus pensamientos.

La idea es que, a partir de experiencias recurrentes, construimos desde muy pequeños diferentes esquemas de imagen, y éstos serían la base estructural de los mapeos metafóricos que organizan dominios conceptuales abstractos y experiencialmente difusos. El uso ordinario del lenguaje deja ver sin dificultad que este tipo de mapeos son ampliamente generalizados y recurrentes.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Basta con volver a leer este párrafo que ahora estoy escribiendo para identificar al menos tres ejemplos claros: “*a partir de experiencias recurrentes*” tiene una estructura imagen esquemática que relaciona un esquema de CAMINO y un esquema de CICLO, “*la base estructural*” se organiza con un esquema ARRIBA-ABAJO, y una expresión como “*ampliamente generalizados*” se organiza con un esquema de CONTENEDOR y otro de TRAYECTORIA. Es claro que el análisis de expresiones lingüísticas de la mano de la teoría de los esquemas de imagen es intuitivo y no sigue un criterio metodológico claro, sin embargo, al menos como punto de partida (de nuevo, el CAMINO, de nuevo el CICLO) una mirada desprevénida a la manera como usamos el lenguaje permite pensar que la teoría está bien encaminada.

Cuando Johnson plantea que se trata de esquemas de imagen quiere resaltar dos cosas. Por un lado, se trata de *esquemas* de imagen porque son representaciones estructuradas que no están vinculadas con un tipo particular de objeto o clase de objetos, sino que representan patrones esquemáticos que surgen y estructuran la experiencia. Por el otro, se trata de esquemas de *imagen* porque están relacionados con la experiencia sensible que tenemos del entorno. Sin embargo, como bien anota Zlatev (2005), la teoría no ha logrado dar con una definición que deje de lado las generalidades, por lo que el trabajo teórico sobre el tema carece de algo de la unidad que sí tiene la teoría de las categorías de nivel básico. Zlatev señala que los esquemas de imagen se entienden por unos como estructuras representacionales (Lakoff G. , 1987; Mandler, 2004; Grady, 2005), y por otros como estructuras no representacionales que tienen un carácter interaccional (Zlatev, 1997; Johnson & Rohrer, 2007); también se consideran parte del inconsciente cognitivo (Lakoff & Johnson, 1999), mientras que otros señalan sus contornos fenomenológicos (Gibbs, 2005); algunas veces se entienden como estructuras esquemáticas como CAMINO o CICLO, (Johnson M. , 1987) y otras veces se cuentan como esquemas de imagen las estructuras de acciones definidas como EMPUJAR o AGARRAR (Gibbs, 2005).

La amplitud en su caracterización tiene que ver con el papel que juegan los esquemas de imagen en las teorías sobre el significado de la lingüística cognitiva: la relación entre el pensamiento y la experiencia sensoriomotora. En *Women, fire and dangerous things*, Lakoff hace una presentación esquemática que diferencia tres dimensiones características de los esquemas de imagen. Así, cada esquema de imagen (1) está relacionado con una experiencia corporal (en el caso de CONTENEDOR, respirar o ingerir alimento, por ejemplo), (2) consta de elementos estructurales (un límite cerrado, un interior y un exterior) y (3) tiene una lógica básica propia -unas reglas que se siguen de su estructura- propia (por ejemplo: si el contenedor A contiene al contenedor B y X está en B, entonces X está en A). Esta lógica interna es la que da al esquema su unidad gestáltica.

Lakoff tiene un talento excepcional para presentar de manera sistemática y ordenada teorías que no son muy claras (incluso las propias), y su presentación de los esquemas de imagen es

un muy buen ejemplo de esto. En efecto, estos tres criterios son muy útiles para comprender otros esquemas de imagen: por ejemplo, cuando nos movemos, partimos de un lugar hacia otro, y el recorrido consta de una serie de ubicaciones contiguas. Esa es la base experiencial del esquema FUENTE-TRAYECTORIA-META, que cuenta con cuatro elementos (fuente, recorrido, destino y dirección) y una lógica según la cual para ir de la fuente a la meta es preciso pasar por cada punto del recorrido. Este esquema organizaría el sentido de frases como (los ejemplos son míos):

(8) “La teoría de la reencarnación es el punto de partida de la historia del hombre”

(según dicen, una frase Nietzsche)

Llegué al punto de mi vida en el que no me importa ya lo que dijo Nietzsche.

Dejé de leer a Nietzsche y no sé qué camino tomar.

El nihilismo no me va a llevar a ningún lado.

Algo semejante podría hacerse con otros esquemas de imagen. No obstante, el hecho de que algo se pueda describir con base en algunos criterios no quiere decir que efectivamente conste de tales condiciones. Por ejemplo, es muy fácil mostrar que la primera condición es más una declaración de principios asociada con la tesis de la cognición encarnada, que un criterio que se siga de una investigación sistemática de algún tipo. Así como la experiencia de la contención está relacionada con la experiencia del propio cuerpo, así también está relacionada con la experiencia de interacciones entre objetos en el entorno. Inhalamos aire cuando respiramos e introducimos alimento en la boca, de igual manera que un pez mascota está en su pecera o una rana come una mosca. Una rana, una pecera, nuestro propio cuerpo, son todos contenedores. La primacía del cuerpo es así una imposición que no se justifica plenamente, y hacerlo demanda una caracterización de la experiencia que permita capturar el lugar del cuerpo en la estructura de la experiencia y su diferencia con otro tipo de objetos, además de mostrar cómo estas diferencias son pertinentes para una teoría como la de los esquemas de imagen.

La manera de entender el papel del cuerpo en la experiencia es una limitación de la propuesta de Lakoff que ya señalé en el comentario a los conceptos de nivel básico; en el caso de los

esquemas de imagen esta limitación también está presente, pero es más problemática todavía: el carácter encarnado de los esquemas de imagen, su dimensión dinámica y cualitativa que define la naturaleza misma de la interacción corporal con el entorno, demanda una captura de la dimensión animada y constitutiva del cuerpo en relación con la experiencia. Sin embargo, lo que encontramos en Lakoff es una idea general de la experiencia y del cuerpo, que se pierde en una propuesta interesada en subrayar el papel de los esquemas corporales en los mapeos metafóricos y los procesos de pensamiento (que es lo que captura la segunda y la tercera condición).

Si esto es así, debería ser entonces el trabajo de la psicología el encargado de avanzar en la validación de la tesis de los esquemas de imagen. Sin embargo, la ambigüedad en su definición y en su papel cognitivo hace que la misma teoría sea difusa también desde un punto de vista psicológico. El papel de los esquemas de imagen se puede entender en dos dimensiones que la propuesta misma intenta relacionar: la estructuración de la experiencia y la organización del repertorio conceptual. Si analizamos esto de la mano de lo que dije sobre el modelo psicológico y la posible lectura que se puede hacer de la propuesta de Lakoff de la mano de este modelo, estos dos proyectos presentan más problemas que soluciones.

Miremos el primer punto, el de la estructuración de la experiencia. En psicología, el estudio de la organización de la información perceptiva se entiende por lo general de la mano de las leyes de la psicología de la Gestalt, que operan siguiendo unos principios de agrupamiento (Palmer S. E., 2009; Wageman, 2015). En este contexto teórico se han adelantado estudios para establecer la relación entre los procesos de organización perceptiva y el sistema conceptual: algunos estudios han mostrado que el conocimiento conceptual contribuye a los procesos perceptivos de discriminación de la relación figura fondo (Peterson & Gibson, 1994), y también a procesos que completan regiones perceptivas faltantes en experiencias perceptivas (Palmer S. E., 1999). Este tipo de trabajos, sin embargo, no guardan relación con la tesis de los esquemas de imagen, pues tal como la entienden Lakoff y Johnson la tesis sostiene que los esquemas de imagen operan en un nivel preconceptual de estructuración de la experiencia, pero no se trata de principios de agrupamiento ni de organización perceptiva. Parece entonces que los esquemas de imagen no son los principios de la Gestalt, pero

tampoco son representaciones conceptuales. Y esto los deja en un limbo cognitivo que obligaría a escoger entre uno y otro lado, o bien a desechar la oposición entre lo perceptivo y lo conceptual. Para una teoría psicológica, el camino natural sería el de considerar los esquemas de imagen como representaciones almacenadas en la memoria a largo plazo, renunciando con esto a su valor experiencial. Este camino obliga a dejar de lado el valor filosófico de los esquemas de imagen y su papel en la tesis del sentido encarnado. Pero tiene la ventaja de que permite recuperar la idea en una dimensión empíricamente manejable.

Por el lado de la tesis de la estructuración del repertorio conceptual, el asunto es tal vez más complicado. La idea de Lakoff es que los esquemas de imagen y los conceptos de nivel básico son el fundamento sobre el que se construyen los demás conceptos. La tesis general la expone así:

- Dados los conceptos de nivel básico y los imagen-esquemáticos, es posible construir modelos cognitivos complejos.
- Los esquemas de imagen ofrecen las estructuras que se usan en esos modelos.  
(...)

Los MCIs son, típicamente, estructuras complejas, definidas por esquemas de imagen como los que acabamos de discutir. Algunos símbolos en un MCI pueden ser directamente significativos: los conceptos de nivel básico y los imagen-esquemáticos. Otros símbolos se entienden indirectamente por medio de sus relaciones con conceptos entendidos directamente. Tales relaciones se definen por esquemas de imagen que estructuran los MCI. (Lakoff G. , 1987, págs. 282, 284).

Lakoff es una especie de arquitecto que intenta construir una visión esquemática y organizada del repertorio conceptual. En ese empeño, procura seguir un plan en el que todo el edificio del repertorio conceptual está montado sobre dos tipos de conceptos fundamentales: conceptos de nivel básico y esquemas de imagen. Pero la hipótesis va más allá, pues Lakoff plantea que la estructura de los conceptos complejos se sigue de la estructura de la experiencia espacial que se representa imagen-esquemáticamente. Así, de acuerdo con Lakoff, las categorías se organizan como CONTENEDORES, pues los miembros de la categoría están *contenidos* en ella; la relación entre las categorías se establece como un VÍNCULO; la organización jerárquica entre las categorías (animal>mamífero>perro>chihuahua) tiene una estructura PARTE -TODO y ARRIBA-ABAJO; su estructura radial, según la cual algunas

subcategorías se entienden como desviaciones de otras subcategorías centrales, se sigue del esquema CENTRO-PERIFERIA (caso central: madre que procrea y cría a sus hijos – caso periférico: madre adoptiva). Para Lakoff, los esquemas de imagen tienen un papel estructurante, como dice en la cita.

La manera de plantear el objetivo que persigue, esto es, el de describir la *estructura* conceptual, lleva a Lakoff a tomar un camino en el que el uso de relaciones espaciales es inevitable. Pero de ahí no se sigue que aquello que se describe esté estructurado efectivamente en términos espaciales. Cuando hablamos de la estructura de un objeto material, en efecto, identificamos *partes* y *relaciones* entre esas partes, pero también lo hacemos cuando hablamos de otra clase de objetos: cargos *superiores* e *inferiores* en una empresa, *vínculos* entre los diferentes cargos, o la posibilidad de que un empleado obtenga un *ascenso*; clases sociales *herméticas* en una sociedad en la que hay estratos *altos* y *bajos*; relaciones comerciales en las que hay *vínculos* fuertes o en las que se rompe el *vínculo* comercial, hay *cierre* de fronteras o comercio *abierto*. Este tipo de ejemplos motivaron la propuesta por parte de Lakoff y Johnson sobre la metáfora conceptual. Por eso mismo, el hecho mismo de concebir el repertorio conceptual como algo *estructurado en términos espaciales* es una metáfora, como el mismo Lakoff, en un artículo de 1993, afirmará con respecto a la relación entre las categorías y los contenedores, que caracteriza con la metáfora conceptual LAS CATEGORÍAS CLÁSICAS SON CONTENEDORES (Lakoff G. , 1993, pág. 216). Esa metáfora conceptual es una manera de *pensar* las categorías como contenedores, pero pareciera que para Lakoff el modo de pensar algo constituye lo que es ese algo.

Lakoff está interesado en construir un modelo que describa la estructura conceptual: en la memoria a largo plazo hay conceptos básicos y conceptos complejos, y los conceptos complejos se estructuran en términos de esquemas de imagen. Esta segunda idea es la que resulta, de entrada, fortuita. Por ejemplo, entre los MCI que Lakoff identifica, hay unos que llama *proposicionales*, que se dividen en cinco tipos: la proposición simple, el escenario, el ramillete de propiedades, la estructura taxonómica y la categoría de estructura radial (Lakoff G. , 1987, pág. 285). De dónde saca tantos es una respuesta que queda abierta. Lo que sí es claro es la presentación de su estructura imagen-esquemática. De acuerdo con Lakoff la

proposición simple tiene una estructura parte todo en la que la proposición es el todo, el argumento una parte y el predicado otra parte. El escenario, que consiste en la representación de una secuencia de acciones, se estructuraría en términos del esquema FUENTE-TRAYECTORIA-META. Y lo mismo se podría decir sobre los demás. Parece, entonces, que los esquemas tienen una función estructurante: los elementos de un MCI se relacionan imagen-esquemáticamente. Sin embargo, esta es una idea que se sigue del hecho mismo de plantear que los conceptos tienen una estructura. La mayoría de los esquemas de imagen articulan relaciones espaciales, y cuando hablamos de cualquier estructura, *cualquiera*, lo hacemos en términos de relaciones espaciales. Pero esto es solo una manera de *entender* algo en términos *estructurales*, pero de suyo no prueba nada. En efecto, teorías ajenas a la propuesta de Lakoff también se valen de relaciones espaciales, pero no por eso saltan a defender la idea de que la estructura de nuestro sistema cognitivo está asentada en los esquemas de imagen. Por ejemplo, Schachter presenta así el funcionamiento de la memoria:

Tendemos a pensar los recuerdos como fotografías de un álbum familiar que, si se guardan adecuadamente, podríamos recuperar en la misma condición en la que se guardaron. Pero ahora sabemos que no grabamos nuestras experiencias de la misma manera en la que lo hace la cámara. Nuestros recuerdos funcionan de manera diferente. Extraemos elementos clave de nuestras experiencias y los almacenamos. Después, recreamos o reconstruimos nuestras experiencias, en lugar de recuperar copias de ellas. Algunas veces en el proceso de reconstrucción, añadimos sentimientos, creencias o conocimientos que obtuvimos después de la experiencia. (Schachter, 2001, pág. 9)

La cita es útil porque deja ver dos niveles diferentes en cuanto al tipo de metáforas que sigue. En primer lugar, está el recurso a la fotografía y al álbum de familia. En este caso, tenemos una metáfora ilustrativa, que busca presentar de manera simple un tema no tan simple. Sin embargo, cuando se habla de *reconstruir* los recuerdos se plantea una relación más profunda, en la que los recuerdos se entienden como un *todo* con *partes* ausentes que, sin embargo, se pueden *llenar* con otras experiencias. En este caso, Schachter no está moviéndose en el mismo nivel que en el caso de la fotografía, pero de ahí no se sigue que los esquemas de imagen juegan un papel estructurante en la organización de la memoria, entendida ésta como una entidad psicológica. En otras palabras, para poder aceptar que los esquemas de imagen

cumplen la función que les atribuye Lakoff, es preciso aportar evidencia de algún tipo que invite a pensar que ese es el caso.

### 1.5. ¿Lingüística *cognitiva* o *lingüística* *cognitiva*?

La relación entre la filosofía y la lingüística cognitiva es la de un matrimonio en crisis: oscila entre la indiferencia y el enfrentamiento sin sentido. Sobre los ataques, que en su mayoría tienen la firma de Lakoff y Johnson, volveré en el segundo capítulo. La indiferencia queda clara cuando vemos que, en su extensa introducción a la gramática cognitiva, R. Langacker toca el tema en *una sola* de sus quinientas páginas, en donde dice:

El punto de vista proposicional, aún prevalente si no predominante, trata los conceptos como expresiones formuladas en un “lenguaje del pensamiento” (...) Una aproximación imaginista [imagistic] no es menos capaz que la proposicional de describir estructuras complejas en términos de componentes conceptuales más simples. Podría decirse que es más ventajoso, porque (...) la naturaleza de una experiencia mental se refleja más directamente en una imagen compleja que en una fórmula compleja” (Langacker, 2008, pág. 32 y 33)

Lo que se presenta como un asunto casi estético, es en realidad un problema filosófico y psicológico importante: la pertinencia o no de la experiencia para una teoría semántica. Sin embargo, la mención de Langacker es más un reconocimiento de una situación coyuntural histórica que la exposición de un argumento en contra de las teorías filosóficas sobre los conceptos.<sup>4</sup> Langacker, y una lista larga de autores centrales que trabajan en el campo de la lingüística cognitiva (Coulson, 2006; Fillmore, 1982; Fauconnier & Turner, 2002; Talmy, 2000) parecen estar convencidos de que la caracterización logicista pierde de vista la riqueza

---

<sup>4</sup> El rechazo al logicismo no es propiedad exclusiva de los lingüistas cercanos a Lakoff. Ray Jackendoff, defensor de la idea de una gramática universal y comprometido con la tarea de vincular la lingüística generativa con la psicología empírica (parado, pues, en las antípodas del proyecto de la Lingüística Cognitiva), intenta presentar en *Foundations of Language* el desarrollo de una teoría psicológica sobre el significado para defender un mentalismo radical. En su presentación dice:

La costumbre estándar en la tradición de la semántica formal, que viene desde Frege (1892), es que el referente de una oración (declarativa) es un valor de verdad. Debo confesar que nunca he entendido el argumento sobre esta posición.  
(...)  
[L]a aproximación conceptualista cambia el foco de la semántica de la pregunta “¿qué hace verdaderas las oraciones?” a la que yo considero la pregunta ecológicamente más sensata “¿Cómo entendemos el lenguaje los humanos? – “ecológicamente sensata” en el sentido de que nos permite integrar la semántica con otras ciencias humanas. (Jackendoff, 2002, págs. 325, 329)

de la experiencia humana. Un llamado que podría interpretarse como un compromiso con la fenomenología, pero que en realidad es un giro hacia la psicología. Un giro que no está mal, pero que obliga a quitar el énfasis (como de hecho lo hacen algunos autores) en la tesis del sentido encarnado. La tesis que defiende Lakoff sobre el encarnamiento se mueve en dos niveles diferentes: por un lado, el pensamiento es encarnado porque depende de la estructura de nuestro cerebro, y por el otro, el pensamiento es encarnado porque se fundamenta en la experiencia sensoriomotora. Dos ideas que no son ajenas a la psicología.

Tanto la psicología y como Lingüística Cognitiva pretenden avanzar en la comprensión de la mente humana, sin establecer criterios a priori, sino de la mano de la evidencia empírica que se pueda recolectar con respecto a la manera en que los seres humanos hacemos uso de nuestras representaciones conceptuales en la realización de tareas cognitivas. Muchos lingüistas cognitivos, en efecto, entienden su trabajo como uno en el que el lenguaje es una *ventana* que nos permite mirar al interior de la mente humana (Handl & Schmid, 2011, pág. 1; Pederson, 2007; Evans & Green, 2006, pág. 5). La formulación inicial de la teoría conceptual de la metáfora en 1980 no se sigue de una línea de investigación psicológica, sino de la generalización teórica sobre un hecho lingüístico, pero el cruce con otros campos de trabajo se fue volviendo evidente e inevitable con el paso de los años.

Ya en la época en la que publican *Philosophy in the Flesh* (1999), casi veinte años después de *Metaphors we Live by*, la relación de la teoría conceptual de la metáfora con otros campos de trabajo de las ciencias cognitivas es manifiesta, y por eso mismo presentan su proyecto teórico como una *ciencia cognitiva* que da un paso adelante en relación con lo que ellos llaman la ciencia cognitiva de *primera generación*, que caracterizan como un proyecto fundamentalmente filosófico:

La ciencia cognitiva de primera generación, tal como la hemos visto, se basa en compromisos a priori muy específicos acerca de lo que son los conceptos, la razón, y el significado:

- *Funcionalismo*: la mente es esencialmente desencarnada; puede estudiarse independientemente de cualquier conocimiento sobre el cuerpo y el cerebro, mirando simplemente las relaciones funcionales entre conceptos representados simbólicamente.

- *Manipulación simbólica*: las operaciones cognitivas, incluyendo todas las formas del pensamiento, son operaciones formales sobre símbolos, sin consideraciones sobre lo que esos símbolos significan.
- *Teoría representacional del conocimiento*: las representaciones mentales son simbólicas; obtienen su significado o bien mediante relaciones con otros símbolos, o bien mediante relaciones con la realidad externa.
- *Categorías clásicas*: las categorías se definen por condiciones necesarias y suficientes
- *Significado literal*: todo significado es literal; ningún significado es fundamentalmente metafórico o imaginista [imagistic]. (Lakoff & Johnson, 1999, págs. 78, 79)

Todos los presupuestos filosóficos que enuncian tienen que ver con los conceptos y el significado, y se siguen de los esfuerzos de la filosofía por imponer unas condiciones *a priori* sobre al trabajo psicológico (como el trabajo de Fodor y de Peacocke). Sin embargo, ninguna de esas limitaciones caracteriza al trabajo de la psicología sobre los conceptos, que, por el contrario, se ajusta a los lineamientos teóricos definidos por Lakoff y Johnson sobre la mente. Basta volver sobre el campo de preguntas que identifiqué anteriormente para entender que (*contra el funcionalismo*) el conocimiento sobre el cerebro hace parte del campo de estudio de la psicología; que (*contra la manipulación de símbolos*) los conceptos son significativos y las operaciones cognitivas admiten procesos de comparación y de similaridad; que (*contra la teoría representacional del significado*) se admite la existencia de representaciones conceptuales análogas y modales; que (*contra las categorías clásicas*) la psicología contempla la existencia psicológica de prototipos, entre otros; y que, en razón de todo lo anterior (*contra el significado literal*) la teoría psicológica está abierta a considerar significados imaginistas y metafóricos, sobre la base de la evidencia empírica.

Así las cosas, mucho de lo que hemos dicho con respecto a la psicología en relación con la memoria semántica hace parte de la caracterización de la ciencia cognitiva de *segunda generación*, que sería la propuesta que Lakoff y Johnson quieren defender en *Philosophy in the flesh*. Se trata de cambiar un paradigma *a priorístico* de la ciencia cognitiva por uno construido sobre la base de la evidencia empírica, y esto es justamente el recorrido de las teorías psicológicas sobre los conceptos. Por eso no es difícil ver que la teoría conceptual de la metáfora es una teoría psicológica con piel filosófica, y que por eso mismo antes que definir un enfrentamiento con esa filosofía de la mente que imponía condiciones *a priori*

sobre la cognición, lo importante es trabajar sobre los puentes que se pueden establecer con el trabajo psicológico.

Sobre esto hay dos puntos que no se deben perder de vista, uno restrictivo y otro propositivo. En primer lugar, los autores consideran que la ciencia cognitiva de *segunda generación* que ellos defienden sigue las ideas sobre la mente encarnada y el enfoque enactivo de Varela, Rosch y Thompson (Varela, Rosch, & Thompson, 1991)<sup>5</sup>. Sin embargo, aunque se trata de una propuesta que rechaza abiertamente el funcionalismo, el enfoque enactivo no sigue el psicologismo que describí arriba y que, según mostré, caracteriza también el modelo de Lakoff y Johnson. Voy a volver sobre esto en el siguiente capítulo, pero es importante decir desde ahora que la propuesta de Lakoff y Johnson (ya veremos si vale lo mismo sobre el trabajo reciente de Johnson) es *encarnada* en un sentido muy limitado, tanto psicológica como filosóficamente, si se la compara con el enfoque enactivo. En efecto, si bien algunas afirmaciones pueden llevar a pensar lo contrario<sup>6</sup>, lo cierto es que el panorama general de la propuesta de Lakoff y Johnson es el de una teoría psicológica asentada en el estudio del cerebro, sí, pero que no está centrada en la comprensión de la interacción dinámica entre un organismo activo y el entorno.

En segundo lugar, si se acepta la relación entre la propuesta de Lakoff y Johnson con la de la psicología cognitiva -en la versión que he presentado- se debe tener cuidado con la manera en que se establece esta relación. Además de la relación -al menos nominal- con el enactivismo, Lakoff y Johnson trazan una línea de distinción con la ciencia cognitiva de

---

<sup>5</sup> Además de la mención en los reconocimientos por el carácter inspirador de la obra, Lakoff y Johnson dicen expresamente sobre *La mente encarnada*: “la ciencia cognitiva de segunda generación es en todos los aspectos una ciencia de la mente encarnada (C2, Varela et al. 1991)” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 78)

<sup>6</sup> Por ejemplo, los autores afirman:

Cada ser vivo categoriza. Incluso la ameba categoriza las cosas que encuentra como comida o no-comida, como aquello hacia lo que se mueve y aquello de lo que se aleja. La ameba no puede escoger si categoriza o no; simplemente lo hace. Lo mismo es verdad en cada nivel del mundo animal. Los animales categorizan comida, depredadores, posibles parejas, miembros de su propia especie, etc. La manera en que los animales categorizan depende de su aparato sensible y de su habilidad para moverse y manipular objetos” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 17).

Esta frase es casi un manifiesto enactivista, pero es una isla en el conjunto de la teoría. En este capítulo me interesa mostrar la afinidad que hay entre la teoría psicológica sobre los conceptos y la teoría semántica de Lakoff y Johnson. En el siguiente capítulo volveré sobre la idea de la mente encarnada.

primera generación dándole prioridad a la evidencia científica sobre los condicionamientos a priori de la filosofía. Por eso plantean la idea de la *evidencia convergente*. En el recuento que hacen en *Philosophy in the flesh*, defienden la pertinencia de los mapeos metafóricos para una teoría sobre la cognición, en virtud de la explicación que el mapeo ofrece con respecto a tres tipos de generalizaciones: a) sobre los patrones inferenciales que se siguen del mapeo y que son recurrentes en el uso del lenguaje, b) sobre la polisemia, es decir, sobre el hecho de que una misma palabra tenga diferentes significados (por ejemplo, *gastar* tiempo y *gastar* dinero), y c) sobre extensiones semánticas novedosas. Los autores señalan, sin embargo, que “*los científicos cognitivos tienden a ser un poco chovinistas con respecto a la evidencia, y prefieren evidencia de su propio campo de trabajo*” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 82 y 83), dando a entender que la mera generalización sobre la evidencia lingüística no es suficiente. Por eso presentan evidencia proveniente de otros campos de trabajo: la psicología experimental cognitiva, el estudio de los gestos, el cambio semántico, el lenguaje de señas y la coherencia discursiva.

La cuestión es que la *evidencia convergente* no debe ser simplemente un lugar de encuentro, sino un punto de discusión, y la exigencia de evidencia experimental no es una actitud psicológica, sino una demanda científica. En efecto, la evidencia lingüística no es concluyente, pues resulta circular (Murphy G. , 1996): a partir de la identificación de un fenómeno generalizado (el uso de expresiones metafóricas) se propone una estructura cognitiva (la metáfora conceptual) y la evidencia de que esa estructura conceptual existe son los mismos casos identificados (el uso de expresiones metafóricas). Incluso la evidencia que presentan en *Philosophy in the Flesh*, es casi toda evidencia que se propone en un nivel lingüístico, pero no permite capturar la realidad psicológica de los mapeos metafóricos a nivel conceptual.

Por lo anterior, no solamente se trata de que la evidencia sea compatible, sino de establecer un orden de pertinencia con respecto a la realidad psicológica de los mapeos metafóricos. La tesis de Lakoff y Johnson no es una tesis sobre el lenguaje, sino una sobre la cognición humana, y por eso es un imperativo teórico mostrar que la metáfora conceptual es, efectivamente, una estructura conceptual que se activa en la realización de tareas cognitivas

diferentes a las puramente lingüísticas. Si la evidencia lingüística no es, de suyo, concluyente, el recurso a otro tipo de evidencia no es simplemente una cuestión de chovinismo teórico, como lo plantan Lakoff y Johnson, sino un imperativo teórico. No es un mero capricho psicológico, sino un requerimiento que debe cumplir la teoría para que las afirmaciones que se dependen del análisis lingüístico no terminen convertidas en generalizaciones sin fundamento empírico. Para decirlo con una metáfora, la evidencia no recorre diferentes caminos que llegan a un mismo punto, sino más bien un solo camino en el que se debe avanzar de manera metódica: los insumos de las descripciones lingüísticas son un buen *punto de partida*, quizás el mejor, pero de nada sirven si no se complementan con trabajos experimentales adelantados por la psicología cognitiva.

En este dominio, la discusión ha tenido posiciones a favor y en contra. McGlone, por ejemplo, concluye que *“hay buenas razones para dudar del papel de las metáforas conceptuales en la comprensión de metáforas”* (McGlone, 2007) basado en la manera como los sujetos parafrasean el sentido de las expresiones metafóricas (ahí la tarea) que de acuerdo con Lakoff y Johnson suponen un mapeo metafórico (ahí la hipótesis). En efecto, los sujetos de su experimento no parafrasearon el sentido de la metáfora echando mano del mapeo metafórico que supuestamente le servía de base, sino que recurrieron a otro tipo de expresiones. Si la idea de la teoría es que los mapeos explican la recurrencia de patrones inferenciales, el experimento de McGlone mostraría que, enfrentados a una situación en la que sería esperable que echaran mano del concepto metafórico, los sujetos hacen uso de otro tipo de recursos conceptuales, por lo que la realidad psicológica de los conceptos metafóricos no se sostiene empíricamente. Otros autores, sin embargo, han intentado mostrar lo contrario. Por ejemplo, Pfaff, Gibbs y Johnson encontraron que los eufemismos se interpretan más rápido en contextos de lectura en los que se introducen metáforas conceptuales similares, que en contextos en los que se usan metáforas conceptuales diferentes (Pfaff, Gibbs, & Johnson, 1997).

Tal vez el cuerpo de evidencia más consistente es el que se desprende de los estudios de Boroditsky y Casasanto (Casasanto & Boroditsky, 2008; Boroditsky, 2000; Boroditsky & Ramscar, 2002; Casasanto, Fotakopoulou, & Boroditsky, 2010) en los que muestran la

realidad psicológica de los mapeos metafóricos en los procesos de razonamiento que involucran juicios acerca de las relaciones temporales. Sin embargo, como bien lo ha señalado Bundgaard (2015), la evidencia sobre la realidad psicológica de lo mapeos no vale como evidencia sobre la estructura del repertorio conceptual. Miremos un solo caso para ilustrar lo que vengo diciendo. Este ejercicio es interesante porque deja ver el lugar de las descripciones de los usos lingüísticos en una teoría interesada en comprender la cognición humana, y también porque permite capturar con claridad algunos aspectos de la teoría en relación con la interpretación que debemos hacer de la tesis.

### 1.5.1. Un ejemplo: Boroditsky.

En su artículo de 2000, Lera Boroditsky asume como punto de partida el reconocimiento de que muchos aspectos del concepto de “tiempo” se especifican lingüísticamente por medio de metáforas espaciales. En español (los ejemplos que siguen son míos) los ejemplos abundan:

(9) Mucho tiempo atrás, fui carpintero.

El muchacho tiene mucho futuro por delante.

El fin de semestre está cerca, pero el de la carrera lejos.

Fue un muchacho adelantado para su época.

Atrás, delante, cerca y lejos son relaciones espaciales de las que nos valemos recurrentemente para hablar del tiempo. Siguiendo a Lakoff y Johnson, cada una de las expresiones en suponen un mapeo metafórico en el que el tiempo se organiza en relación con el eje de orientación espacial de un observador, así:

UBICACIÓN DEL OBSERVADOR — PRESENTE  
ESPACIO DETRÁS DEL OBSERVADOR — PASADO  
ESPACIO DELANTE DEL OBSERVADOR — FUTURO

Este mapeo básico se puede complementar con la idea de *movimiento*, de tal manera que el observador se puede mover sobre ese eje orientacional (10) o puede permanecer quieto y el tiempo es el que se mueve (11).

(10) Estamos llegando al final del año.

Al ver la película retrocedí en el tiempo.

Ya voy por la mitad de mi carrera.

Dejemos atrás las dificultades.

(11) Se acerca el final de año.

Ya está llegando el momento de cambiar de trabajo.

En los días que vienen debo pagar el arriendo.

Ya pasaron los tiempos difíciles.

Estos dos mapeos organizan las relaciones temporales de los eventos de manera muy diferente. En la Figura 5, un sujeto se mueve en dirección de las dos caras que están inmóviles frente a él. En relación con el sujeto, la cara blanca está *delante* de la cara negra (esta es una relación espacial), lo que quiere decir va a llegar a la cara blanca *después* de pasar por la cara negra (esto es una relación temporal). La misma estructura se sigue en la organización temporal de los eventos: si cancelan el lanzamiento de una película y anuncian que “el lanzamiento de la película será más *adelante*”, se entiende que será *después* de la fecha prevista.



FIGURA 5. Sujeto en movimiento

En la Figura 6 el sujeto está quieto y ambas caras se mueven en su dirección. En este caso, la cara negra está *delante* de la cara blanca, entonces la cara negra va a llegar *antes* de que llegue la cara blanca. Retomando el ejemplo de la película, ese es el sentido que tendría una

frase como “los productores *adelantaron* el lanzamiento de la película”, lo que quiere decir que tendrá lugar *antes* de lo que se esperaba. En el primer caso, estar adelante es llegar después; en el segundo, estar adelante es llegar antes.



FIGURA 6. Objeto en movimiento.

La relación metafórica entre el tiempo y el espacio la identifican Lakoff y Johnson desde la publicación de *Metaphors we Live by*. Sin embargo, como dije antes, para una teoría cognitiva la descripción de las relaciones metafóricas y su organización en un sistema no es sino el punto de partida. Boroditsky está interesada en establecer si el mapeo metafórico entre el tiempo y el espacio es un asunto meramente lingüístico (una *manera de hablar* asentada en el uso del lenguaje que hace una determinada cultura) o si se trata de una relación cognitiva profunda con consecuencias psicológicas identificables. Para averiguarlo, se vale de la diferencia entre mapeos antes señalada, sujeto-en-movimiento vs. tiempo-en-movimiento y en la manera en que los eventos se organizan temporalmente según tales esquemas. En uno de sus experimentos, los sujetos debían resolver un cuestionario con preguntas facilitadoras, acerca de las relaciones espaciales que había entre dos objetos que aparecían en una imagen. En un caso, las preguntas del cuestionario presentaban relaciones espaciales análogas al esquema sujeto-en-movimiento (del tipo que se presenta en la Figura 7a), y en otro caso, el cuestionario presentaba preguntas en las que las relaciones espaciales eran análogas al esquema tiempo-en-movimiento (del tipo que se presenta en la Figura 7b). Los sujetos debían identificar si la frase que acompañaba la imagen era verdadera o falsa con respecto a la imagen.

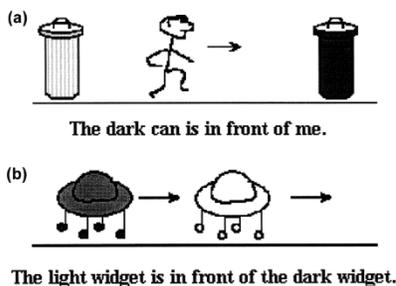


FIGURA 7. Tipo de imágenes en el cuestionario de facilitación (Boroditsky, 2000)

Luego de resolver los cuestionarios, los participantes debían interpretar una frase ambigua como esta:

(12) La reunión del próximo miércoles se adelantó dos días.

[En inglés: “Next Wednesday’s meeting has been moved forward two days”]

La frase en español no es ambigua como sí lo es en inglés. Si se interpreta de la mano del esquema sujeto-en-movimiento, quiere decir que la reunión está adelante del miércoles en relación con el movimiento del sujeto, esto es, que tendrá lugar el viernes. Si se interpreta según el esquema tiempo-en-movimiento, significa que la reunión se movió dos días más cerca al presente, por lo que va a tener lugar el lunes. Los sujetos debían entonces señalar en qué día tendría lugar la reunión.

Si el mapeo metafórico es un asunto de uso lingüístico, la respuesta a la pregunta debería ser aleatoria, pues tanto el lunes como el viernes son respuestas válidas. Sin embargo, Boroditsky encontró que hay una correlación significativa entre el tipo de cuestionario que respondieron los participantes y la respuesta que dieron a la pregunta sobre el día en que se iba a llevar a cabo la reunión. La mayoría (73.3%) de los participantes que respondieron el cuestionario que tenía preguntas del tipo de la figura 7(a) consideraron que la reunión sería el viernes, mientras que la mayoría (69.2%) de los que respondieron el otro tipo de cuestionario (Figura 7(b)) juzgaron que la reunión sería el lunes. Esto quiere decir que el

espacio y el tiempo tienen relaciones conceptuales que van más allá del simple uso lingüístico.

Recapitulando, el experimento de Boroditsky, junto con otros referenciados antes, toman las descripciones lingüísticas como pistas para formular hipótesis acerca de procesos psicológicos. En este caso, la relación entre el tiempo y el espacio, que es manifiesta en el uso del lenguaje, sirve para investigar si efectivamente los procesos de razonamiento se valen de ese tipo de mapeos. Se trata, por supuesto, de avances modestos que contrastan con el tono desmedido con el que Lakoff presenta su teoría, pero que marcan un camino importante en la construcción de un modelo cognitivo que reconozca el lugar de los mapeos metafóricos.

Sin embargo, experimentos como los de Boroditsky no son concluyentes con respecto a la naturaleza de nuestras representaciones conceptuales. En efecto, los experimentos dan cuenta de la realidad psicológica de los mapeos conceptuales, pero dije con Bundgaard (2015), no dicen nada sobre la naturaleza de nuestro repertorio conceptual. Siguiendo el modelo psicológico que presenté antes, la tesis de la metáfora conceptual se debería entender como una tesis acerca de la estructura de la información conceptual que tenemos almacenada en nuestra memoria a largo plazo, pero la evidencia impone limitaciones a dicha idea. En efecto, aunque el experimento de Boroditsky muestra que efectivamente el mapeo entre el espacio y el tiempo es real, esto es, que cuando necesitamos resolver una tarea que involucra un razonamiento con respecto al tiempo, nos valemos de la relación que hay entre el tiempo y el espacio, esto no quiere decir que nuestro concepto de tiempo depende del concepto de espacio. Por ejemplo, la teoría de la integración conceptual puede explicar el resultado del experimento de Boroditsky proponiendo que el mapeo tiene lugar en la memoria de trabajo, sin comprometerse con una tesis sobre la memoria semántica. Esta propuesta, desde luego, exige el diseño de otro tipo de experimentos encaminados a mostrar su validez. Sea como fuere el tipo de experimentos llevados a cabo por Boroditsky (y también por Casasanto) dejan ver lo fructífero del cruce entre la teoría conceptual de la metáfora y la psicología.

## 1.6. Punto final al Capítulo 1.

El trabajo hecho hasta aquí ha sido modesto, pero creo que resulta iluminador. Una diferencia importante entre la concepción filosófica y la psicológica es que la segunda está vinculada directamente con el propósito explicativo que persigue la teoría. La relación entre los conceptos y los procesos psicológicos define un campo de trabajo ajeno al de la filosofía y sus imposiciones *a priori*, y por eso el propósito que persigue un filósofo no es el mismo que el que persigue un psicólogo. Mantener las aguas separadas es útil para definir mejor el lugar de la teoría conceptual de la metáfora en el esfuerzo por comprender la naturaleza de la mente y de los procesos mentales. Por eso intenté señalar la relación de la psicología y el modelo de la memoria semántica, con la propuesta cognitiva de Lakoff sobre los MCI: si aceptamos que en la solución de tareas específicas nos valemos de mapeos metafóricos, podríamos dar cuenta de la manera como los sujetos resuelven tareas cognitivas (relacionadas no sólo con el lenguaje, sino también con el razonamiento). Esto quiere decir que la teoría sobre los conceptos metafóricos se debe evaluar en relación con los propósitos explicativos que persigue, y no en relación con la oposición que guarda con una teoría lógico-referencial. Por otra parte, también quiere decir que el fenómeno lingüístico del que parte la teoría, el hecho innegable de que los diferentes usuarios de diferentes lenguas naturales se valen recurrentemente de metáforas, es solamente un punto de entrada para el trabajo psicológico. En otras palabras, la identificación de metáforas en el uso del lenguaje y la postulación de conceptos metafóricos que darían cuenta de ese fenómeno, no tiene asidero psicológico a menos que se vincule con la realización de una tarea específica que permita evaluar la validez de la propuesta.

En mi presentación, sin embargo, insistí también en la posición problemática que la propuesta de Lakoff y Johnson tienen con respecto a la experiencia. Filosóficamente, Lakoff y Johnson juegan dos cartas: una crítica, en contra de la tradición filosófica y lo que ellos llaman el mito del objetivismo (que fue por donde empecé este capítulo) y una propositiva, a favor de una concepción encarnada de la mente (que ellos llaman experiencialismo). Vincular la teoría con la tarea de la psicología, implica abandonar todo compromiso filosófico, tanto positivo como negativo. Sin embargo, estoy convencido de que los insumos de la teoría, así como son compatibles con la psicología, también lo son con la

fenomenología. En el capítulo 2 desarrollaré una crítica y una reconstrucción que se puede hacer de la propuesta de Lakoff y Johnson de la mano de la fenomenología de Husserl, y en el Capítulo 3 volveré sobre las categorías básicas y los esquemas de imagen, con herramientas fenomenológicas. En el 4 diré algo sobre el lenguaje y la hipótesis de la simulación, y volveré sobre el tema de los espacios mentales.

## CAPÍTULO 2. EL CUERPO Y EL EXPERIENCIALISMO

En ese capítulo voy a intentar hacer una aproximación fenomenológica a la tesis del sentido encarnado que Lakoff y Johnson extraen de la teoría conceptual de la metáfora. En el capítulo anterior mostré que la tesis del sentido encarnado que se desprende de la teoría conceptual de la metáfora se ajusta teórica y empíricamente al modelo de la memoria semántica. En esa lectura, la tesis del encarnamiento no pasa por una reflexión filosófica sobre el cuerpo, sino que se trata de una versión limitada que avanza de la mano de los hallazgos empíricos sobre el funcionamiento del cerebro y que intenta dar cuenta de los resultados experimentales sin tender a compromisos filosóficos. Esta relación sitúa la propuesta de Lakoff y Johnson lejos de la filosofía del cuerpo que se puede construir fenomenológicamente, y también lejos de la filosofía que podemos llamar *logicista*, para la que una teoría sobre los conceptos y sobre la mente debe dar cuenta del contenido referencial de las actitudes proposicionales. Por eso, dije que se trataba de una tesis *moderada* de la metáfora conceptual, ajustada a las demandas de una teoría *psicológica*, y por eso mismo encaminada a resolver las cuestiones de orden empírico sobre procesos psicológicos, ocupada con temas como el formato, el uso, el aprendizaje, y la base neuronal.

Sin embargo, la de Lakoff y Johnson no es simplemente una teoría sobre los conceptos; es, también, una teoría sobre la experiencia y el cuerpo. La tesis sobre la estructura metafórica de los conceptos sostiene que el pensamiento *es* encarnado y que se funda en la *experiencia* que tenemos del mundo. La Teoría Conceptual de la Metáfora (TCM) señala que la estructura de los conceptos abstractos es posible en virtud de la relación metafórica que guardan con conceptos más concretos, y que los más concretos se derivan directamente de la experiencia. Se trata de una llave entre experiencia corporizada e imaginación: el cuerpo define la estructura básica del repertorio conceptual y la imaginación da cuenta de las proyecciones metafóricas que lo extienden. El problema es que Lakoff y Johnson llegan al cuerpo *desde arriba*, a partir del análisis del significado de las expresiones lingüísticas, pero cuando intentan construir la teoría *desde abajo*, es decir, desde la experiencia corporal, no

logran presentar una posición contundente. En este capítulo quiero profundizar más en esta última parte, esto es, en la relación entre experiencia y cuerpo, y lo quiero hacer porque, aunque Lakoff y Johnson insisten mucho en el fundamento encarnado de nuestro repertorio conceptual y en la estructura encarnada de la experiencia, ni el cuerpo ni la experiencia son temas que su propuesta desarrolla con rigor y con detenimiento.

En el capítulo anterior quise mostrar el lugar que tiene la tesis de la TCM en el marco investigativo de la psicología cognitiva, y lo hice para mostrar la diferencia que hay entre la discusión que debe dar la propuesta en relación con la psicología y la que debe dar en relación con la filosofía. En los numerales 1.5 a 1.7 desarrollé la primera discusión, la que se puede plantear entre la psicología y la TCM. En este capítulo me interesa avanzar en la segunda discusión: la que se puede trazar entre la TCM y la filosofía, un asunto que recorre las obras de Lakoff y Johnson desde la publicación de *Metaphors we Live by* (1980), en donde plantean que la suya es una tesis contraria a las teorías filosóficas sobre el significado, y que desarrollarán con mayor detalle en sus publicaciones posteriores.

Una de las ideas que planteé en el capítulo anterior es que el tipo de crítica que Lakoff y Johnson quieren adelantar con respecto a la filosofía -en particular contra los esfuerzos por construir una teoría del significado de la mano de las herramientas de la lógica- es en realidad una defensa de algunas ideas de la psicología que resultan valiosas -valga la redundancia- dentro del campo de la psicología, pero que no atienden al tipo de problemas que le interesa al trabajo filosófico tal como lo entienden los mismos autores. Si esto fuera todo el asunto, el resto de esta tesis debería ser un desarrollo del tipo de trabajo experimental que se adelanta en el campo de la psicología cognitiva en relación con las tesis de la TCM. Sin embargo, creo que el trabajo filosófico es pertinente, pero no el de la lógica, sino el de la fenomenología. Así, en este capítulo quiero, en primer lugar, revisar la posición de Lakoff y Johnson con respecto a los rasgos filosóficos que ellos mismos le atribuyen a su propuesta, con el propósito de mostrar el diálogo sordo al que conduce su enfrentamiento con la tradición filosófica, y en segundo lugar, hacer una lectura desde la fenomenología de la que sería su propuesta filosófica experiencialista. Me interesa revisar el sentido que los autores le dan a la caracterización de su propuesta como una tesis *encarnada* sobre la mente y la

cognición, para mostrar que tal como la entienden Lakoff y Johnson su tesis resulta vacía en relación con el cuerpo, mientras que su revisión fenomenológica le da un aspecto coherente y contundente.

### **2.1. Lakoff, Johnson y la filosofía: el experiencialismo y el mito del objetivismo.**

En el capítulo anterior vimos algunas diferencias que hay entre una teoría psicológica sobre los conceptos y una teoría filosófica. Lakoff y Johnson son claros en señalar que su propuesta sigue los hallazgos de la ciencia cognitiva, y que por eso mismo las condiciones a priori que se puedan dar desde el terreno de la lógica no resultan pertinentes para su proyecto. Sin embargo, como ya dije, la propuesta de Lakoff y Johnson es también una teoría sobre el cuerpo y la experiencia y sobre la naturaleza encarnada de la mente.

La tesis del sentido encarnado, tal como la entienden estos dos autores, sostiene que “*la naturaleza particular de nuestros cuerpos da forma a nuestras posibilidades de conceptualización y categorización*” (Lakoff, G. y M. Johnson, 1999, pág. 19). Lakoff y Johnson le dan una vestimenta filosófica a esta tesis, a la que dan el nombre de *experiencialismo*. El término aparece por primera vez en *Metaphors we Live by* en la discusión que adelantan Lakoff y Johnson sobre la teoría de la verdad que se desprende de la teoría conceptual de la metáfora, una idea que aparece de manera casi idéntica en *Philosophy in the Flesh* (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 106):

Entendemos que una afirmación es verdadera en una situación dada cuando el entendimiento de la afirmación se ajusta lo suficiente al entendimiento de la situación, de acuerdo a nuestros propósitos.

Ese es el fundamento de nuestra teoría experiencialista de la verdad”. (Lakoff & Johnson, 2003 [1980], págs. 181,182).

La idea central es que lo que se considera la *verdad* depende, para Lakoff y Johnson, de una teoría del *entendimiento*: “*una teoría de la verdad es una teoría de lo que significa entender una afirmación como verdadera o falsa en una situación*” (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 180). La teoría del entendimiento que proponen Lakoff y Johnson se basa en la interacción encarnada con el entorno, antes que en la caracterización lógica del contenido del pensamiento; se trata de una especie de versión kantiana, pero encarnada y dinámica, de la verdad, que no la entiende como una correspondencia entre las ideas y lo que es el caso,

sino como una condición que es dependiente de la mente (de ahí lo kantiano), esto es, de una mente-cuerpo (de ahí lo encarnado), para la que la experiencia no se estructura en términos de categorías lógicas, sino con base en patrones que emergen de la interacción encarnada con el entorno (de ahí lo dinámico). En palabras de Lakoff y Johnson, la propuesta es la siguiente:

(...) el entendimiento emerge de la interacción, de la constante negociación con el entorno y con otras personas. Emerge de la siguiente manera: la naturaleza de nuestros cuerpos y nuestro entorno físico y cultural impone una estructura sobre nuestra experiencia, en términos de las dimensiones naturales del tipo que hemos discutido. La experiencia recurrente conduce a la formación de categorías, que son *gestalts* experienciales con esas dimensiones naturales. Tales *gestalts* definen la coherencia en nuestra experiencia. Entendemos nuestra experiencia directamente cuando la vemos estructurada de manera coherente en términos de las *gestalts* que han emergido directamente de la interacción con y en el entorno. Entendemos la experiencia de manera metafórica cuando usamos una *gestalt* de un dominio experiencial para estructurar la experiencia en otro dominio. Desde la perspectiva experiencialista, la verdad depende del entendimiento, que emerge del funcionamiento en el mundo. (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 230)

En *Metaphors we Live by* un dominio experiencial será lo que más adelante Lakoff llamará un Modelo Cognitivo Idealizado (1987), una historia que ya conocemos por lo dicho en el Capítulo 1. Así las cosas, entender es, en este marco teórico, conceptualizar, y según lo dicho, los seres humanos podemos conceptualizar un dominio abstracto en términos de otro dominio, como en el caso de los mapeos metafóricos, o podemos conceptualizar una situación a la que tenemos un acceso perceptivo directo.

El punto central es que la verdad es relativa al sistema conceptual, que es relativo a nuestro cuerpo y a la experiencia encarnada. Esa es la tesis del *experiencialismo*, que visto desde otra perspectiva podría ser, también, un *conceptualismo*. En efecto, Lakoff y Johnson hablan recurrentemente de categorías y estructuras conceptuales básicas que emergen de la interacción encarnada con el entorno, y dicen, también, que esas categorías dan coherencia a la experiencia. Así, si hacemos énfasis en la emergencia, la *experiencia recurrente* motiva la formación de *categorías*. Sin embargo, si hacemos énfasis en los conceptos, las *categorías* estructuran la *experiencia*. Ambas frases ameritan, ciertamente, una exposición que las cargue de sentido, pero cuando se buscan pistas en la obra de Lakoff y de Johnson para

comprender mejor lo que quieren decir con eso de *estructurar la experiencia*, o con eso de la *formación de categorías*, la propuesta resulta elusiva.

El análisis de la experiencia debería estar en primer lugar en la propuesta de Lakoff y Johnson, pero este no es el caso. En el conjunto de obras que definen el cuerpo teórico del experiencialismo (Lakoff & Johnson, 2003 [1980]; Lakoff G. , 1987; Johnson M. , 1987; Lakoff & Johnson, 1999) la tarea queda pendiente: la descripción de la experiencia no sigue un método definido y la tematización del cuerpo se reduce, o bien a una descripción del funcionamiento del cerebro, o bien a ciertas condiciones morfológicas que no dan sustento a la tesis que quieren defender. Por eso Gallagher (2017, pág. 32) siguiendo a Goldman (Goldman, 2014, pág. 94), sostiene que la propuesta de Lakoff y Johnson se trata de una tesis *débil* sobre la cognición encarnada, pues antes que dirigir la atención a la dinámica encarnada de interacción con el entorno, entiende el lugar del cuerpo en la cognición en términos de representacionales cerebrales con formato corporal, por lo que el papel de trabajo teórico sería el de determinar la naturaleza y la función de esas representaciones del cuerpo en el cerebro. Se trata, así, de una especie de dualismo corporal que traza una línea divisoria entre el cuerpo y el cerebro, una posición que efectivamente se puede ver en los escritos de Lakoff y Johnson (sobre todo en los textos de Lakoff después de la publicación de *Philosophy in the Flesh* (Lakoff & Dodge, 2005; Lakoff G. , 2006; Lakoff G. , 2012).

Si esto es así, es decir, si en la presentación de Lakoff y Johnson se pierde de vista la relación dinámica del cuerpo con el entorno, la suya sería entonces una posición que los acerca al objetivismo que pretenden criticar. Lakoff es claro en decir que el cuerpo se tiene como una representación cerebral en el formato de los esquemas de imagen. Desde el punto de vista del estudio del cerebro la frase puede ser correcta, pero no lo es desde el punto de vista de la cognición encarnada. Las sensaciones propioceptivas, cinestésicas, táctiles y vestibulares, pero también los estados emocionales, se cuentan entre el tipo de información disponible sobre nuestro propio cuerpo, que en la filosofía de la mente se trabajan en relación con el problema del autoconocimiento, esto es, el estudio del contenido de las representaciones (conceptuales o no-conceptuales) de nuestro propio cuerpo. Siguiendo con la caracterización de Lakoff y Johnson sobre el objetivismo, una posición objetivista *sobre el propio cuerpo*

asumiría como punto de partida el hecho de que el cuerpo es uno más entre los diferentes objetos del mundo, solamente que, en términos epistemológicos, es un objeto sobre el que tenemos un acceso privilegiado: puedo ver que mi brazo está doblado y puedo, también, *sentir propioceptivamente* que mi brazo está doblado. En el primer caso, cualquier otro sujeto que vea mi brazo accede a la misma información y puede juzgar que tal es el caso: el brazo está doblado. Sin embargo, un sujeto no podría juzgar que *mi* brazo está doblado con base en *mi* experiencia propioceptiva o con base en *su* experiencia propioceptiva. Planteada así, la cuestión es de determinar el tipo de acceso epistémico que tenemos con respecto a nuestro propio cuerpo. Si la idea de Lakoff y Johnson es -como a veces parece ser el caso- que los conceptos espaciales se construyen a partir de la representación de las condiciones morfológicas de nuestro cuerpo, el análisis de tipo objetivista consistiría en establecer qué tipo de acceso epistémico tenemos sobre el propio cuerpo.

En esta caracterización, la investigación fenomenológica sobre la estructura de la experiencia queda relegada a un segundo plano. Por eso, en lo que queda del capítulo voy a revisar con algunas herramientas de la fenomenología la tesis *débil* que se sigue de las primeras obras, para reformularla y presentar una versión más radical del experiencialismo que se ajuste a la exigencia de estudiar la relación entre el cuerpo, la experiencia y la conceptualización. Para eso, voy a volver sobre las tres ideas centrales sobre las que insisten Lakoff y Johnson en cada uno de sus libros hasta 1999 en la defensa de su enfoque encarnado: los colores, las categorías básicas y los esquemas de imagen.

Para darle entrada a la discusión, sin embargo, voy a decir primero algo sobre la relación entre la fenomenología y el experiencialismo, dirigiendo la atención a dos puntos diferentes: por un lado, voy a revisar la interpretación que hacen Lakoff y Johnson de la fenomenología y las razones -que considero equivocadas- por las que no tienen en cuenta el enfoque fenomenológico; y por el otro, voy a presentar las propuestas críticas de la obra de Lakoff y Johnson -que comparto en buena medida pero que considero limitadas en cuanto al tema de la corporalidad- que han reclamado la necesidad de recuperar una lectura fenomenológica de sus tesis.

## 2.2. El experiencialismo y la fenomenología

Una estrategia recurrente en la obra de Lakoff y Johnson es la de defender las posiciones teóricas propias haciendo una presentación crítica de la que ellos consideran la posición contraria. En el caso puntual del experiencialismo, que sería una posición -al menos nominalmente- filosófica, antes que una defensa, encontramos una condena sistemática y recurrente del *objetivismo*, una posición teórica que presentan ya en los capítulos finales de *Metaphors we Live by*:

El objetivista caracteriza el significado estrictamente en términos de condiciones objetivas de verdad o falsedad. Según el punto de vista objetivista, las convenciones del lenguaje le asignan a cada oración un *significado objetivo*, que determina condiciones objetivas de verdad (...). Así, el significado objetivo de una oración no depende de si una persona la entiende de una manera, o de si la entiende en absoluto. (...) Dada la explicación objetivista del significado, una persona entiende el significado objetivo de una oración si entiende las condiciones bajo las cuales éste sería verdadero o falso (Lakoff & Johnson, 2003 [1980], pág. 198).

Se trata de una tesis que en su presentación más general abarca la historia de la filosofía en su conjunto (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 521), pero que en otros apartados se relaciona particularmente con la lingüística chomskiana, por un lado, y la tradición fregeana y husserliana, por el otro (Lakoff & Johnson, 2003 [1980], pág. 195; Lakoff & Johnson, 1999, pág. 443). En cada una de estas obras, Lakoff y Johnson discuten con la filosofía, y lo hacen no sólo desvirtuando las posiciones contrarias a las propias, haciendo una presentación superficial de lo que quieren criticar, sino también desvirtuando de entrada las herramientas de trabajo de la filosofía, clausurando la posibilidad del debate. Esta estrategia da lugar a una situación particular: si la relación entre la lingüística cognitiva y la filosofía parecía ser la de un matrimonio en crisis, cuando se mira la estrategia de Lakoff y Johnson tendríamos un divorcio mal llevado de un matrimonio que nunca tuvo lugar. De hecho, hacer de la crítica del objetivismo una defensa del experiencialismo resulta puerilmente circular:

- (1) Una teoría sobre el significado debe tener en cuenta el papel de la experiencia encarnada y la imaginación en la estructuración del pensamiento y el significado.
- (2) Esta posición es la adecuada porque evita caer en el error del objetivismo.

- (3) El error del objetivismo es que no tiene en cuenta el papel del cuerpo y la imaginación en la estructuración del pensamiento.

Para salir del círculo, Lakoff y Johnson deben decir algo sobre la experiencia y sobre la imaginación. Sin embargo, el descrédito que le dan a la tradición filosófica les impide muchas veces construir una posición más robusta. Las limitaciones de los argumentos de Lakoff y Johnson y la lectura sesgada que hacen de la historia de la filosofía, en particular de la filosofía analítica del siglo XX, han sido señaladas con suficiencia por Haser (2005): Lakoff y Johnson pasan de largo por el amplio panorama filosófico del siglo XX, y lo hacen sin asomo alguno de caridad expositiva. El caso de la fenomenología también es llamativo: salvo algunas menciones menores a la obra de Merleau Ponty (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 97), la tradición iniciada por Husserl no se tiene en cuenta, una tarea urgente por cuanto que la relación entre el cuerpo y la estructura de la experiencia es uno de los temas centrales de la fenomenología genética de Husserl, y es también una de las ideas centrales del experiencialismo. Por eso se trata de un descuido significativo.

### **2.2.1. La experiencia en el experiencialismo.**

A diferencia de Lakoff, quien pasa de largo sobre el análisis de la experiencia, Johnson ha intentado ser más puntual con respecto al lugar de la experiencia en la propuesta de la metáfora conceptual. Sin embargo, una lectura cuidadosa muestra que Johnson se limita a hacer descripciones muy generales de algunos ejemplos que presenta como prueba de la base corporal del repertorio conceptual, pero que en realidad carecen de peso argumentativo. Sobre el análisis de la experiencia, Johnson hace explícito su método en los siguientes términos:

El método que empleo puede llamarse de fenomenología descriptiva o empírica, en lo que intenta ser una especie de “geografía de la experiencia humana”. Tal geografía busca identificar los principales contornos (estructuras) y conexiones que nuestra experiencia y nuestro entendimiento exhiben (Johnson M. , 1987, pág. xxxvii).

Se trata, es claro, de una declaración que antes que especificar algunos criterios metodológicos, define el objetivo de lo que se quiere hacer, y nada más. Si buscamos en otros textos alguna pista adicional, el resultado va a ser el mismo. Por ejemplo, casi veinte años después de la publicación de *The body in the mind*, dirá Johnson:

Una manera de empezar el estudio de los esquemas de imagen es mediante una descripción fenomenológica de las características estructurales más básicas de toda la experiencia humana corporalizada. (...) [Hablo de] un cuestionamiento reflexivo sobre los patrones recurrentes de nuestra experiencia encarnada. Pregúntese cuáles son las estructuras fundamentales de la percepción, la manipulación de objetos, el movimiento corporal (...), teniendo en cuenta que los cuerpos humanos comparten diferentes capacidades sensoriomotoras específicas, vinculadas con el tamaño y la constitución de nuestros cuerpos y a las características comunes a los diferentes ambientes que habitamos. Ciertos patrones saltan inmediatamente a la vista (Johnson M. , 2005, pág. 20).

Es claro que para que el ejercicio no termine en eso de que algo “salta inmediatamente a la vista” sin tener claro por qué ni cómo, es preciso especificar en qué consiste eso del cuestionamiento reflexivo. Sin embargo, más allá de la descripción de diferentes situaciones cotidianas, en este texto tampoco encontramos alguna indicación que arroje luces sobre el asunto. Por otra parte, tanto en *The body in the mind* como en *The philosophical significance of image schemas*, las afirmaciones de Johnson están acompañadas de una aclaración en la que toma distancia de manera explícita de la tradición fenomenológica<sup>7</sup> y pasa rápidamente a ilustrar su punto, de nuevo, con ejemplos: el campo de la percepción admite una diferencia entre centros nítidos y periferias borrosas, de ahí que tengamos un esquema de imagen CENTRO-PERIFERIA; debido a la simetría bilateral de nuestros cuerpos contamos con el esquema IZQUIERDA-DERECHA; ponemos comida en nuestra boca, exhalamos aire, entramos y salimos de diferentes recintos y manipulamos objetos tales como bolsas, tazas o latas, todos estos casos de CONTENEDOR (Johnson M. , 2005, pág. 20). Se trata de correlaciones que pueden ser acertadas, pero que en caso de serlo se tiene que mostrar por qué.

En la misma línea se encuentra la presentación que hacen Lakoff y Johnson de la tesis del sentido encarnado en *Philosophy in the Flesh*:

Tenemos ojos y oídos, brazos y piernas, que funcionan de cierta manera y no de otra. Tenemos un sistema visual, con mapas topográficos y células sensibles al movimiento, que estructuran nuestra capacidad para conceptualizar relaciones espaciales. La capacidad de movernos como nos movemos y de seguir el

---

<sup>7</sup> Por ejemplo: “Más allá de esta orientación general, sin embargo, no quiero alinearme con algún programa particular en la tradición fenomenológica que se ha desarrollado en Europa durante el último siglo” (Johnson M. , 1987, pág. xxxvii)”. “Cuando hablo de un estudio fenomenológico de los esquemas de imagen, no hablo del uso de algo como el método formal husserliano de la “reducción trascendental” (Johnson M. , 2005, pág. 20)”.

movimiento de otras cosas, le da al movimiento un papel importante en nuestro sistema conceptual. El hecho de que tengamos músculos y los usemos para ejercer fuerza de cierta manera establece la estructura de nuestro sistema de conceptos causales. Lo que es importante no es solamente que tenemos cuerpos y que el pensamiento es, de alguna manera, encarnado. Lo que es importante es que la naturaleza particular de nuestros cuerpos da forma a la posibilidad misma de conceptualización y categorización (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 19).

La cita hace énfasis en el puente entre el cuerpo y las estructuras conceptuales: conceptualizamos el espacio porque tenemos el sistema visual que tenemos; conceptualizamos las relaciones causales entre los objetos porque sentimos la tensión muscular cuando empujamos algo. Sin embargo, el lugar de la relación entre experiencia y el cuerpo no es claro, como no lo es la manera en que hablan del cuerpo: no están en el mismo nivel de descripción las características fisiológicas del ojo y la capacidad de movernos o la bilateralidad de nuestro cuerpo. Además, las asociaciones entre rasgos fisiológicos o morfológicos de nuestro cuerpo y algunos elementos de nuestro repertorio conceptual no se justifican sin más. Por ejemplo, aunque el campo visual tenga la estructura *centro nítido vs. periferia borrosa*, de ahí no se sigue que los conceptos de CENTRO y PERIFERIA se sigan de ese rasgo experiencial, pues cabe pensar que los conceptos tengan otro origen: objetos externos u otras experiencias corporales. Y aunque se pueda considerar que la disputa acerca del origen de los conceptos espaciales se puede resolver en el terreno de la evidencia empírica, el escenario no es fácil: si la tesis de Lakoff y Johnson fuera cierta, un ser humano que tuviera una distribución homogénea de conos y bastones a lo largo de la retina no contaría con el esquema conceptual CENTRO-PERIFERIA. Sin embargo, el problema no es, simplemente, el hecho de que no es posible mandar a hacer seres humanos a la medida de las demandas experimentales, con retinas uniformes, sino que hay buena evidencia empírica para mostrar que la dependencia que pretenden establecer es falsa (sobre esto volveré más adelante cuando presente y comente los experimentos de Mandler sobre la conceptualización pre verbal en los bebés).

En este escenario, la descripción fenomenológica de la experiencia resulta pertinente, pues está encaminado a establecer el papel constitutivo de la animación en la organización de la experiencia perceptiva, en donde que el cuerpo se entiende en términos experienciales, y no en términos fisiológicos o puramente morfológicos. Se trata de una captura fenomenológica

que arroja luces sobre la naturaleza de la espacialidad de la experiencia y su fundamento en la animación corporal, que complementa desde una perspectiva en primera persona lo que se pueda encontrar empíricamente desde una perspectiva en tercera persona. La fenomenología que desdeñan Lakoff y Johnson debe ser, así, el punto de partida del experiencialismo, no sólo porque procura dar cuenta de la estructura de la experiencia, sino porque evita las confusiones en los niveles de descripción y le da al proyecto un fundamento cohesionado.

### **2.2.1.1. Cuerpos esféricos**

Uno de los ejemplos más llamativos que presentan Lakoff y Johnson para ilustrar su posición es el de un cuerpo esférico flotante:

Los conceptos *adelante* y *atrás* tienen una base corporal. Estos conceptos tienen sentido solamente para seres con frente y espalda [front and back]. Si todos los seres humanos en este planeta fueran esferas estacionarias uniformes flotando en algún medio y percibiendo igualmente en todas las direcciones, no tendrían conceptos de adelante y atrás” (Lakoff, G. y M. Johnson, 1999, pág. 57).

Y dicen más adelante:

Cuando percibimos un gato frente a un carro o detrás de un árbol, las relaciones espaciales *al frente* y *detrás*, entre el gato y el carro o entre el gato y el árbol, no está ahí, objetivamente en el mundo. La relación espacial no es una entidad en nuestro campo visual. El gato está detrás del árbol o frente al carro solamente en relación con nuestra capacidad de proyectar partes delanteras y partes traseras [*fronts and backs*] sobre carros y árboles y para imponer relaciones sobre las escenas visuales relativas a tales proyecciones. (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 58)

Los autores están interesados en sostener entonces dos cosas: por un lado, que las características de nuestro cuerpo son centrales para la construcción de los conceptos espaciales. Si el cuerpo humano fuera diferente, no seríamos capaces de tener conceptos espaciales como ADELANTE-ATRÁS. Por otra parte, una segunda tesis es la de la proyección: la posibilidad de conceptualizar una escena con relaciones espaciales depende de la proyección del sistema de oposiciones corporales.

Creo que la dependencia del contenido espacial de la experiencia con respecto al cuerpo es una tesis válida, pero no así la segunda. Y creo, también, que la primera tesis es muy débil en relación con la teoría de Lakoff y Johnson, pues si bien puede dar cuenta de la dimensión

espacial de la experiencia, no lo hace en relación con la noción de interacción, que es central para el experiencialismo.

Una crítica a la primera tesis la formula L. Shapiro cuando señala que el caso de los cuerpos esféricos resulta vacío porque no se puede someter a validación empírica: “*para descubrir si el cuerpo realmente limita las concepciones del mundo en el sentido implicado por la [Tesis de la] Conceptualización*<sup>8</sup>, requeriría que pusiéramos a prueba las habilidades conceptuales de diferentes organismos encarnados” (2011, pág. 206). En la interpretación de Shapiro, Lakoff y Johnson imaginan la esfera no solo para ilustrar la correlación que proponen entre las condiciones morfológicas y el contenido de los conceptos espaciales; el caso hipotético sirve -además- para plantear un escenario posible que validaría o falsearía dicha correlación. Usando algo de terminología filosófica, podemos decir que lo que hace Shapiro es considerar el escenario del cuerpo esférico como un caso particular de posibilidad *nomológica*. Una situación es *nomológicamente posible* si es consistente con el cuerpo de verdades que configuran un determinado campo de conocimiento. Por ejemplo, que la tierra salga de su órbita *inmediatamente* en caso de que el sol desaparezca, es nomológicamente posible en relación con las leyes de la física newtoniana, pero no en relación con la teoría de Einstein, en donde la pérdida de la órbita se demoraría ocho minutos en ocurrir, que es el tiempo que le toma a la luz llegar desde el sol hasta la tierra. Ahora bien, el *nomos* que rige la posibilidad puede ser un conjunto de leyes definido por un campo científico: la física, la biología, y en el caso de Lakoff y Johnson -y dejando de lado la discusión acerca de su estatuto científico- la psicología. Así, si las tesis del experiencialismo fueran ciertas, sería nomológicamente posible que una esfera no cuente con los conceptos ADELANTE y ATRÁS.

El caso de la esfera tiene en común con el de la explosión del sol la inviabilidad experimental, pero si bien en el caso del sol es claro qué sucedería, pues el escenario se sigue de las leyes de la teoría física en cuestión, en el caso de Lakoff y Johnson la situación no es transparente. Para que lo fuera, la hipótesis del experiencialismo debería contar con un conjunto de verdades validadas empíricamente que permitieran concebir dicho escenario (un cuerpo

---

<sup>8</sup> Ese es el nombre que le da Shapiro a la tesis que defienden Lakoff y Johnson: se trata de la hipótesis según la cual las propiedades de un organismo limitan o constriñen los conceptos que ese organismo puede adquirir.

esférico que no cuenta con conceptos espaciales) como posible, pero si ese fuera el caso, la situación hipotética del cuerpo esférico sería irrelevante dentro del marco argumentativo de Lakoff y Johnson, pues su validez dependería de que la hipótesis del experiencialismo fuera cierta. Así las cosas, el caso del cuerpo esférico de Lakoff y Johnson es simplemente un recurso retórico que no aporta nada a la propuesta. En este sentido, Shapiro estaría en lo correcto en su posición crítica.

Ahora bien, otra lectura que puede hacerse es considerar el escenario de la esfera como una posibilidad metafísica. De manera simple, este tipo de discusión se vincula en el debate filosófico con la idea de la concebibilidad (Chalmers, 2002; Chalmers, 1996; Yablo, 1993): la posibilidad de concebir un escenario donde P es el caso se considera una razón para afirmar que P es metafísicamente posible<sup>9</sup> (un debate amplio que no nos debe ocupar ahora). En este caso, el ejercicio consistiría en establecer si podemos concebir un escenario en el que un cuerpo esférico puede contar con conceptos espaciales como ADELANTE – ATRÁS. La exploración de una posibilidad metafísica es anterior filosóficamente a una posibilidad nomológica, pues si algo no es metafísicamente posible, no es nomológicamente posible, y si algo es nomológicamente posible, es metafísicamente posible. Al respecto, el mismo Shapiro afirma que es posible concebir una situación en la que una esfera cuente con representaciones espaciales: en el mundo hay diferentes objetos con caras frontales y traseras, así que la esfera podría aprehender las oposiciones espaciales a partir de la relación con esos objetos.

#### **2.2.1.1.1. La esfera de Peacocke**

Un escenario más desarrollado en esta dirección, y que sirve para aclarar el asunto, es el que plantea Peacocke en *The Mirror of the World* (2014), en donde imagina una criatura que puede tener conciencia sin autoconciencia, esto es, que puede tener estados perceptivos (pero

---

<sup>9</sup> La posición la enuncia ya con claridad Hume:

Es una máxima extendida en la metafísica *que todo lo que la mente concibe claramente incluye la idea de existencia posible* o, en otras palabras, *que nada que podamos imaginar es absolutamente imposible*. Podemos formarnos la imagen de una montaña de oro, y concluir de aquí que toda montaña es posible. (Hume, 2005 [1739-1740], pág. 80 [32])

también deseos, recuerdos, y otro tipo de estados mentales) sin necesidad de tener experiencia de sí misma.

Peacocke está interesado en aclarar la regla que rige la referencia del pronombre de primera persona, pero para hacerlo, explora primero dos escenarios más básicos y anteriores a la referencia conceptual relacionados con la auto-representación. El nivel más básico es el Grado 0 de auto-representación, es decir, el de una criatura que representa ubicaciones espaciales pero que no tiene ningún tipo de acceso a información sobre sí misma. Peacocke ilustra el caso imaginando una esfera submarina que no cuenta con información propioceptiva ni de ningún otro tipo acerca de sí misma. La criatura esférica percibe objetos y eventos, así como propiedades espaciales y materiales de tales objetos, pero, y este es el punto que le interesa subrayar, ninguno de sus estados perceptivos tiene contenidos *de se* (que es el término que utiliza para hablar de auto-representaciones).

En el Nivel 0, la criatura puede representar relaciones espaciales, y la localización de los objetos se define en relación con un *aquí* espacial. La experiencia espacial de la criatura tiene un centro, un aquí desde el que la experiencia tiene lugar, pero la criatura no cuenta con una representación de sí misma. Así, cuando la criatura percibe un objeto, el contenido de la percepción no es algo como “esto está a mi derecha”, sino algo como “eso está en esa dirección desde aquí”.

El escenario de la esfera es parte de una exploración metafísica que hace Peacocke acerca de las condiciones que debe cumplir una entidad para ser un sujeto que satisfaga la regla que rige la auto-representación. En ese ejercicio, Peacocke diferencia el Grado 0 de representación corporal del Grado 1 y el Grado 2 así:

Grado 1: estados con contenido *aquí*.

Grado 2: estados con contenido no conceptual *de se*.

Grado 3: estados con contenido conceptual *de se*.

La diferencia entre esos tres estados marca el camino para desarrollar su estrategia filosófica, pues entre ellos hay una relación de dependencia de tal manera que los estados del Grado 0 hacen posibles los estados del Grado 1, y estos los del Grado 2. Como dije, el Grado 1 es el de criaturas con estados mentales que tienen un contenido no conceptual *de se*:

El sujeto percibe un árbol como estando al frente de él, (contenido *de se*); el sol a su derecha, etc. Tales percepciones *de se* están generalmente acompañadas de la percepción del propio cuerpo del sujeto, posiblemente por la propiocepción interna, posiblemente por la percepción visual de alguna de las partes del su propio cuerpo (Peacocke, 2014, pág. 35).

A diferencia de la esfera submarina, las criaturas de Grado 1 pueden representar el movimiento de su cuerpo o la posición de sus extremidades, o representar al sujeto de la experiencia guardando una relación espacial con otros objetos del entorno. Por último, las criaturas de Grado 2 son aquellas que cuentan con una representación *conceptual* de la primera persona.

La exposición que acabo de hacer del caso de Peacocke es extensa, pero sirve para introducir algunas diferencias importantes: en primer lugar, si el caso de la criatura del Grado 0 es posible, se sigue que la representación corporal no es una condición necesaria de las representaciones espaciales, una afirmación que parece correr en contra de la tesis de Lakoff y Johnson. Si desarrollamos un poco más el escenario ideado por Peacocke, cuando la criatura percibe un objeto es claro que no es posible que tenga un contenido como “este objeto está detrás de *aquí*”, porque *aquí* no define ninguna oposición espacial de suyo. Sin embargo, la criatura sí podría tener un contenido del tipo “este objeto está detrás de este otro”, al menos en dos casos diferentes. En primer lugar, la relación adelante vs. atrás se podría establecer en relación con un contenido *aquí* cuando dos objetos están en la misma línea espacial, pero uno está detrás del otro. En este caso, la criatura puede considerar que “en relación con *aquí* ese objeto está detrás de ese otro” incluso si el objeto no tiene parte delantera ni trasera. Se trataría de un caso parecido al que se da cuando vemos que algo está detrás de un árbol: el árbol no tiene ni parte delantera ni parte trasera, pero en la experiencia de la oposición adelante atrás es posible en relación con un punto de referencia.

El segundo caso es el de relaciones espaciales que se establecen a partir de las oposiciones morfológicas propias de los objetos de la percepción. En ese caso, un contenido como “ese objeto está detrás de ese otro” dependería de un eje de coordenadas aloéctrico centrado en un objeto. Por ejemplo, como reconocen Lakoff y Johnson en la cita, los gatos tienen parte trasera y parte delantera, y por eso un objeto puede estar adelante o atrás del gato, sin necesidad de tener relación con el centro espacial de la experiencia. Los dos casos considerados afirman lo contrario a la tesis de Lakoff y Johnson, tanto la que hace énfasis en la importancia de la morfología del propio cuerpo, como la que hace énfasis en la dependencia de la proyección. Seguramente, Lakoff y Johnson se defenderían insistiendo en que la de Peacocke es solamente una tesis objetivista más que gira alrededor de la noción de representación, y que una posibilidad metafísica no es pertinente para una teoría empírica. Sin embargo, la posición de Peacocke sí dice algo acerca de la experiencia perceptiva, incluso en un nivel anterior al conceptual, por lo que la cesura experiencialista sobre el objetivismo se tiene que tomar con cautela. Y la posibilidad metafísica que abre Peacocke tiene como consecuencia que Lakoff y Johnson deben dar cuenta en términos empíricos, de la relación que quieren trazar. A veces repasar con cuidado las posiciones contrarias es el mejor camino para fortalecer las propias.

#### **2.2.1.1.2. ¿Qué es lo primero?**

Una manera interesante de hacerlo es revisar el objetivo que persigue Peacocke, que no es simplemente el de establecer si las representaciones *de se* son necesarias para las representaciones espaciales *de hinc*<sup>10</sup>. Antes bien, lo que le interesa a Peacocke es dar cuenta de la transición que hay de un Grado a otro, esto es, la transición del Grado 0 al Grado 1, y del Grado 1 al Grado 2. En el primer caso, el objetivo es mostrar que la auto-representación está fundada en estados que no involucran auto-representación, y lo hace siguiendo la posición de la *metafísica primero*, que, según señala en un texto posterior a *The Mirror of the World*, es su “*tesis general favorita en filosofía*” (Peacocke, 2017, pág. 298).

---

<sup>10</sup> Me valgo de la expresión que usa Schellenberg (2016) para nombrar el contenido de las criaturas de Grado 0, en su comentario al libro de Peacocke.

Se trata de la idea según la cual la metafísica de un conjunto amplio de dominios es anterior, en el orden de una explicación filosófica, a una teoría del significado o a una teoría de los contenidos intencionales de los estados mentales acerca de dicho dominio. La idea de Peacocke es que la individuación de un concepto se establece en función de la relación en la que un sujeto representa algo bajo ese concepto, y que esa relación se constriñe por la metafísica adecuada del objeto representado. El escenario de la esfera es, así, parte de una exploración metafísica acerca de las condiciones que debe cumplir una entidad para ser un sujeto que satisfaga la regla de referencia del pronombre de primera persona. Con lo dicho hasta aquí, el asunto es más fácil de explicar: de acuerdo con esta posición, un trabajo filosófico encaminado a dar cuenta del contenido de un estado intencional acerca de la propia persona o del significado del concepto que expresa el pronombre de la primera persona, debe dar cuenta primero de lo que es un agente, y sólo entonces establecer la regla de referencia que rige la auto-representación. Dice Peacocke:

La metafísica de los sujetos como agentes es explicativamente anterior en filosofía a la naturaleza de la noción de la primera persona, y a la naturaleza del concepto correspondiente. Una explicación de la naturaleza de la noción de la primera persona necesita hacer referencia a sujetos como agentes, y a los estados representacionales que tal agencia hace disponible a los sujetos. (Peacocke, 2017, pág. 298).

El punto central de la estrategia es mostrar que la posibilidad de representar las *propias* acciones y las relaciones espaciales en relación el *propio* cuerpo, supone el dominio metafísico del Nivel 0 porque la naturaleza de la auto-representación es tal que aquello que se representa debe ser un agente.<sup>11</sup> Así las cosas, el objetivo no es establecer las condiciones del contenido de la experiencia, sino establecer las condiciones que definen a un agente en su dimensión más básica.

La posición de la *metafísica primero* es una posición objetivista más fuerte, pues no se trata simplemente de aceptar que los conceptos se definen en relación con aquello que representan.

---

<sup>11</sup> Peacocke quiere mostrar que el hecho de ser adecuadamente sensible a las propias acciones, que es lo que define las representaciones *de se* del Grado 1, es lo que permite la transición del contenido no conceptual

(a) Aquí está cerca de x  
al contenido no conceptual (b), en donde *yo* (en oposición al uso conceptual *Yo*) expresa el contenido no conceptual genuino de la primera persona

(b) Yo estoy cerca de x

se trata, además, de aceptar que, en relación con ciertos dominios, antes que el análisis del significado, es preciso revisar la metafísica del dominio referencial. Esta posición deja ver con más claridad la distancia que hay entre una actitud objetivista y una experiencalista. En el caso del pronombre de primera persona, antes que la regla de referencia, Peacocke hace una serie de consideraciones sobre la metafísica de los sujetos, de tal manera que quede claro que lo que se representa es un *sujeto*, y no un simple cuerpo o de un mero punto de vista. En este contexto, la discusión de Peacocke es, en primer lugar, acerca de qué es lo que constituye un sujeto en tanto sujeto: un ser que percibe y que actúa; una exploración metafísica que se lleva a cabo contemplando escenarios posibles que dejen ver las condiciones mínimas que constituyen un sujeto. En segundo lugar, la discusión tiene un objetivo: dar cuenta de la transición de un tipo de contenido a otro.

No es difícil advertir que Lakoff y Johnson defienden la tesis opuesta a la de Peacocke. Para el experiencalismo, la posición de la *metafísica primero* sería una equivocación, pues la misma consideración sobre lo que puede o no ser posible estaría limitada por nuestra capacidad de conceptualización, que a su vez estaría definida por los rasgos que definen la experiencia que tenemos de la interacción encarnada con el entorno. La exploración de un escenario posible estaría, así, sujeta a las reglas que rigen la estructura y el uso del repertorio conceptual, por eso Lakoff y Johnson le huyen a cualquier consideración de orden metafísico independientemente del sistema conceptual y su fundamento experiencial. La concebibilidad, dirían, está definida las reglas que rigen el pensamiento *humano*, que emergen a partir de la interacción encarnada con el entorno.

Ahora bien, ¿si lo primero no es la metafísica, entonces qué? En *Philosophy in the Flesh*, Lakoff y Johnson caracterizan su propuesta experiencalista como un *realismo encarnado* (1999, pág. 74). Con esta expresión, quieren decir que cualquier consideración acerca de la realidad, se sigue de las condiciones que el cuerpo impone sobre el acceso experiencial a esa realidad. Así, para el experiencalismo la metafísica de un dominio referencial no es anterior al estudio del significado; lo que es anterior es el estudio de la experiencia corporal y las dinámicas de interacción con el entorno. En un artículo posterior, presentan así su realismo encarnado:

El realismo encarnado, tal como lo entendemos, es la posición según la cual el lugar de la experiencia, el significado, y el pensamiento, es la serie en curso de interacciones encarnadas organismo-entorno que constituyen nuestro entendimiento del mundo.

(...) El realismo encarnado no es una doctrina filosófica incrustada en nuestra teoría de la metáfora conceptual. Es la mejor explicación del fundamento del significado que le da sentido al amplio rango de evidencia empírica disponible para la ciencia cognitiva. (Lakoff & Johnson, 2002, pág. 250).

La posición de Peacocke tiene a la metafísica primero en relación con una teoría del significado, mientras que la de Lakoff y Johnson renuncia a consideraciones de orden metafísico para darle paso a una teoría sobre el significado anclada en la interacción y los hallazgos de la ciencia. Sin embargo, señalar el lugar fundamental de la interacción no es suficiente: es preciso caracterizarla. En este contexto, la fenomenología es el camino natural que deberían seguir Lakoff y Johnson. Recordemos el famoso Prefacio a la *Fenomenología de la Percepción*, en donde Merleau-Ponty aborda puntualmente la pregunta de qué es la fenomenología:

La fenomenología es el estudio de las esencias; y de acuerdo ella, todos los problemas se resuelven en la definición de esencias. (...) Pero la fenomenología es asimismo una filosofía que re-sitúa las esencias dentro de la existencia y no cree que pueda comprenderse al hombre y al mundo más que a partir de su facticidad. Es una filosofía trascendental que deja en suspenso, para comprenderlas, las afirmaciones de la actitud natural, siendo además una filosofía para para la cual el mundo siempre está ahí, ya antes de la reflexión, como una presencia inajenable, y cuyo esfuerzo total estriba en volver a encontrar este contacto ingenuo con el mundo para finalmente otorgarle un estatuto filosófico (Merleau-Ponty, 1984 [1945], pág. 7).

El contacto ingenuo es, precisamente, el regreso a las cosas mismas, tal como se dan en la experiencia; es la caracterización de la relación originaria con el mundo, antes de cualquier tematización de orden conceptual o científico. Lo que revelan los análisis genéticos de Husserl es que el contacto con el mundo es, de entrada, uno constituido en y por el movimiento encarnado: por la animación.

Digo que la fenomenología sería el camino natural (ya defenderé esto un tomo con más cuidado en el numeral 2.3.), pero no es el que siguen Lakoff y Johnson, que, como ya he dicho, sí tienen en cuenta el papel de la experiencia, pero sin seguir una metodología definida para describirla, y dejando de lado el asunto de la interacción en el giro sobre la relación entre la experiencia y el cuerpo. De acuerdo con Husserl, el espacio es la forma de la experiencia perceptiva, pero no una forma *a priori* de orden kantiano, sino de una espacialidad encarnada que se organiza en función de los ejes de simetría de nuestro cuerpo y nuestro movimiento animado. Siguiendo la propuesta de Donn Welton con respecto a la relación entre el cuerpo y la espacialidad que se puede construir con base en una fenomenología del cuerpo animado<sup>12</sup>,

La percepción propioceptiva no ofrece una información particular acerca de la posición y el movimiento del cuerpo organizada por esquemas corporales. La información que tenemos acerca de las cualidades del objeto es tal que el objeto está siempre situado en relación con el cuerpo. Esa relación es espacial. i. e., es en los términos del cuerpo que se yergue y que se mueve que damos cuenta de la *forma*, el *lugar*, y las *coordenadas* espaciales del objeto en un entorno. (...) El espacio vivido tiene que ver, así, no sólo con el campo perceptivo, sino con el cuerpo mismo. (...) La relación interna entre los campos perceptivos, las acciones del cuerpo, y los esquemas corporales, nos da acceso a las nociones de lugar y ubicación” (Welton, sin publicar).

Welton diferencia dos esferas que se engranan en la experiencia de la espacialidad: por un lado, un sistema de coordenadas que organizan los vínculos espaciales *entre objetos* de un campo perceptivo en relación con un centro que carece de extensión. Se trata de relaciones de triangulación que constituyen las disposiciones espaciales *diádicas* de los objetos de acuerdo con los ejes de oposición arriba de – debajo de, izquierda de - derecha de; atrás de-delante de; lejos de-cerca de. Welton insiste en que, en este nivel, el cuerpo se tiene -en palabras de Husserl- como el *punto cero* de orientación, un punto invisible que se mueve, pero que es, de suyo, no espacial. Este sería una especie de Nivel 0 fenomenológico, que se ajusta, además, a lo dicho sobre la posibilidad de establecer relaciones espaciales independientemente de las condiciones morfológicas del propio cuerpo. Por ejemplo, en este nivel se tendría la relación “este objeto está detrás de este otro” de la que hablé más arriba.

---

<sup>12</sup> Se trata de una propuesta -hasta donde sé, todavía- inédita, a la que tuve acceso durante mi estadía de investigación en Stony Brook University. Se trata de unas notas de clase de Welton que llevan por título “*Touch and Spatiality*”.

Por otra parte, Welton identifica un sistema de vectores corporales que se constituye a partir de la experiencia tactilo-cinestésica del propio cuerpo, y que define relaciones *direccionales* en las que los objetos se tienen como ubicados de manera puntual en relación con oposiciones como delante de mí, atrás de mí, arriba de mí, debajo de mí, a mi derecha, a mi izquierda. Este sería el correlato fenomenológico del Nivel 1 de Peacocke. El tránsito de un nivel a otro se entiende el paso de un *punto cero* a un *cuerpo animado*, extendido y situado espacialmente.

Quiero plantear aquí de manera directa una idea que voy a desarrollar más adelante: si el énfasis en la interacción se toma en serio, la experiencia del propio cuerpo como una experiencia organizada debería ser un punto de llegada y no un punto de partida. La interacción es dinámica y se define en un plano temporal-vivencial que fenomenológicamente es anterior a la representación de un cuerpo con ejes de simetría. La exploración de ese nivel es fundamental para comprender de manera adecuada la tesis del experiencialismo. Qué quiere decir que algo es fenomenológicamente anterior, es algo que voy a trabajar a continuación.

### **2.3. La fenomenología y la *interacción***

En lo que va de este capítulo, he insistido en el vacío que hay en la obra de Lakoff y Johnson con respecto a consideraciones fenomenológicas sobre el cuerpo y su papel constitutivo en la organización de experiencia. Dije primero que Lakoff y Johnson se ocupan de manera muy general del cuerpo, estableciendo asociaciones en las que el cuerpo se trabaja en niveles diferentes, reduciéndolo en algunos casos al funcionamiento del cerebro, en otros a su fisiología, y en otros a sus rasgos morfológicos. Pero en ningún caso adelantando un trabajo sistemático de la experiencia y del papel constitutivo del cuerpo vivido. En pocas palabras, Lakoff y Johnson no especifican qué entienden por cuerpo. Con el análisis sobre la posibilidad de concebir cuerpos esféricos traté ubicar la propuesta de Lakoff y Johnson en una discusión filosófica fructífera, y mostré que el desafío que queda por resolver es, precisamente, el de la interacción.

Lakoff y Johnson sostienen que el eje simétrico de nuestro cuerpo define un marco de coordenadas egocéntrico, pero esa consideración es simple si no se vincula con las posibilidades de acción. En las últimas líneas del numeral anterior señalé este punto, siguiendo una idea de Peacocke. Sin embargo, aunque la conclusión es interesante, el modo de llegar a ella no. Como vimos, el punto de partida del experiencialismo es la consideración de la interacción encarnada de los organismos con el entorno, sin ningún compromiso metafísico (un camino ajeno a la propuesta de Peacocke) y aunque Lakoff y Johnson renieguen de la herencia filosófica de Husserl, son sus análisis sobre la pasividad y sobre la génesis de la estructura intencional de la experiencia donde se pueden encontrar las claves para comprender el tema de la interacción encarnada con el entorno.

Esta no es una idea novedosa en absoluto, y se sigue de una serie de consideraciones hechas por otros autores sobre la relación entre la fenomenología y algunas tesis de la lingüística cognitiva. En este campo, el trabajo de Jordan Zlatev sobre la importancia del cruce entre ambas propuestas ha sido constante, y se ha concentrado en resaltar la importancia de la noción de intencionalidad y de su caracterización fenomenológica para evitar el subjetivismo al que conduce una teoría cognitiva sobre el significado, así como el reduccionismo neuronal que se sigue de algunas propuestas cognitivas sobre el significado (Zlatev, 2010; Zlatev, 2016). También en su trabajo con Blomberg (Blomberg & Zlatev, 2014), señala la importancia de la fenomenología para comprender la base experiencial que motiva el esquema de movimiento ficticio (Talmy, 2000), y el mismo Blomberg aborda, junto con Thiering, la relación entre el lenguaje y la experiencia pre-lingüística haciendo un análisis de la espacialidad y la experiencia.

Otros trabajos han recorrido un camino semejante. Summa (2012) hace una exploración muy interesante sobre la relación entre la memoria corporal, el significado perceptivo y las formas superiores de la cognición, comparando la noción husserliana del *Typus* con las categorías básicas y los esquemas de imagen. Bundgaard (2004; 2010) muestra el valor de la primera parte de la cuarta investigación lógica de Husserl en relación con la propuesta general de la lingüística cognitiva acerca de la relación entre el lenguaje y el pensamiento, y hace aportes acerca de la relación entre la manera como la lingüística cognitiva entiende la noción de

conceptualización y la descripción que hace Husserl de los actos de dar sentido en la *Investigaciones Lógicas*.

Todos estos trabajos han mostrado la pertinencia del análisis fenomenológico con respecto a las tesis de la Lingüística Cognitiva. El énfasis en el puente entre ambos niveles, el experiencial y el conceptual, se tiende de abajo hacia arriba, pues ese es el recorrido que le interesa tanto a la lingüística cognitiva -que defiende el fundamento (*grounding*) de las estructuras lingüísticas en la experiencia sensoriomotora- como a la fenomenología -interesada por la *génesis* de la estructura noético-noemática y la relación de motivación que hay entre la percepción y el juicio. En lo que sigue voy a ir en la misma dirección, intentando iluminar fenomenológicamente el problema de la interacción. A continuación, voy a presentar algunas ideas generales de los análisis fenomenológicos de Husserl para avanzar en la dirección propuesta.

### **2.3.1. La senda fenomenológica.**

En su sucinta presentación del análisis husserliano sobre la experiencia perceptiva, Donn Welton (2012, págs. 179-181) identifica tres estructuras diferentes que darían cuenta de la relación intencional perceptiva: la *estructura-como*, la *estructura-para* y la *estructura-en*. En la experiencia perceptiva, hay siempre un objeto que se presenta de manera parcial, mediante perfiles o escorzos, *como* algo, esto es, determinado por lo que Husserl llama sus *sentidos noemáticos*. Cuando observo la taza que tengo frente a mí, el perfil presenta a la taza como un objeto determinado sensiblemente: la taza se presenta *como azul* y no *como roja*, y si la toco con mi mano la superficie -su perfil táctil, para seguir con la terminología usada- la presenta *como lisa*. Cada uno de los perfiles, cada una de sus manifestaciones sensibles, tiene entonces un *sentido*: el objeto (x) presenta un perfil (f) *como* algo (y). Welton llama a esta estructura la *estructura-como*, que simboliza así:

x/f-*como*-y

Esta manifestación, sin embargo, supone un sujeto al que es dado el objeto: los perfiles suponen un punto de vista y las determinaciones suponen discriminaciones. Así, hay alguien

(s) *para* el que el objeto es dado en el acto perceptivo (p). Como creativamente lo pone Zahavi (2002, pág. 98), cada apariencia perspectival tiene su genitivo (es la presentación *de* un objeto) y su dativo (es una presentación *para* alguien). El perfil es entonces la bisagra que articula el vínculo entre el sujeto que lleva a cabo el acto perceptivo y el objeto al que va dirigido. Welton simboliza lo anterior en los siguientes términos:

*s/p-de-f/x-como-y*

Hay un sujeto (s) que percibe (p) un perfil (f) de un objeto (x) determinado por su sentido (y). El descubrimiento de la correlación entre la *estructura-como* y la *estructura-para* es el principal logro de lo que Husserl llama la fenomenología estática, pero la altura filosófica de su proyecto, el carácter penetrante y profundo de la investigación fenomenológica de Husserl adquiere su verdadera dimensión en el esfuerzo que hace por comprender el vínculo íntimo que la experiencia tiene con el contexto que le sirve de fundamento. En efecto, el evento perceptivo en su conjunto tiene lugar *en* el mundo. Husserl desarrolla esta idea de la mano de la noción de horizonte y en la presentación de Welton esa sería la *estructura-en*. La experiencia tiene lugar en una red de significados que se tejen entre sí y que juntos configuran el campo de la experiencia, el horizonte de horizontes, que Husserl denomina *mundo* (w). Lo anterior quedaría simbolizado así:

*[s/p-de-f/x-como-y]-en-w*

La captura fenomenológica de cada una de estas estructuras, así como de la relación que hay entre las tres, es el plan que sigue la filosofía de Husserl. La descripción fenomenológica está volcada de entrada -es famosa la frase- a las cosas mismas, por eso, aunque sea una filosofía interesada en la naturaleza de la conciencia, no inicia con un giro introspectivo, volviendo la conciencia sobre sí misma, sino atendiendo a la manera en que se presentan los objetos. Y en esa misma línea, los hallazgos sobre el papel del cuerpo en la constitución de la experiencia se obtienen, por decirlo de alguna manera, con los ojos puestos sobre el mundo, y no volviendo sobre las sensaciones corporales como quien imagina un cuerpo animado suspendido en un tanque vacío.

Si se quiere, el camino recorrido por Husserl es uno en el que primero se debe dejar de lado nuestra relación ordinaria con el mundo para dirigir la atención a la mera manifestación del objeto con el propósito de recuperar, mediante el ejercicio del análisis fenomenológico, una concepción fenomenológicamente enriquecida del mundo mismo. En este ir y venir, la subjetividad encarnada se revela como una *subjetividad animada* abierta a un *mundo vivido*. Y así como el perfil resultaba ser la bisagra entre las dos estructuras que caracterizan el acto perceptivo (la *estructura-en* y la *estructura-para*), así el cuerpo vivido será entonces la bisagra que articula la relación entre el entorno y la emergencia de un mundo con sentido. Como dije arriba, el descubrimiento de la correlación entre la estructura-como y la estructura-para es el punto de llegada de la llamada fenomenología estática. En *Ideas I*, el problema de la constitución del objeto perceptivo consiste para Husserl en dar cuenta de la manera en que los contenidos inmanentes sensibles de la experiencia se convierten en un perfil de un objeto trascendente, y así, cómo la presentación de un conjunto de perfiles se transforma en la presentación unificada de un mismo objeto. En las *Investigaciones Lógicas*, esta oposición se captura con la idea de que las intuiciones categoriales (actos perceptivos cargados de sentido conceptual) están fundadas en la intuición sensible. Pero esta idea abre las puertas a una interpretación negativa de la materia sensible, esto es, como una materia privada de significado, cuyo lugar en una teoría conceptual del contenido de la percepción es solamente el de darle un piso intuitivo al significado lógico articulado en la cópula predicativa.

Precisamente en contra de esta posición es que Husserl va a avanzar en su fenomenología genética: si el acto judicativo supone una presentación previa de objeto, será la de un objeto cargado de sentido, pero ya no conceptual (esto es, articulado lógicamente en la cópula predicativa) sino dinámico, organizado en función de los logros de la esfera pasiva de la conciencia. Es en este nivel que la exploración sobre el cuerpo juega un papel central en el análisis de Husserl. Para darle unidad a la presentación de este tema voy a comentar los primeros cuatro numerales de los *Análisis sobre la Síntesis Pasiva* (Hua XI). Se trata de un texto en el que Husserl presenta de manera sucinta el problema de la constitución y la corporalidad en un recorrido que inicia con el examen del problema fenomenológico de la aperccepción (esto es, que en la percepción todos los objetos son siempre dados

perspectivamente y por eso mismo capturamos directamente sólo uno de sus perfiles), se relaciona después con la temporalidad de la experiencia, y termina mostrando con claridad el carácter encarnado de la experiencia perceptiva con el análisis de las cinestesis. Será una presentación técnica y un poco extensa que se justifica porque da cuenta de lo que sería la caracterización fenomenológica de la interacción encarnada, que será la base de lo que queda del capítulo.

### **2.3.1.1. La interacción: el darse-en-sí-mismo del objeto en la percepción.**

Para darle orden a lo que sigue, voy a dividir la siguiente presentación en cuatro partes, cada una relacionada con cada uno de los cuatro numerales que conforman la primera parte de la *Análisis sobre la Síntesis Pasiva*.

A. El numeral 1 está articulado alrededor de dos ideas principales vinculadas entre sí: por un lado, la oposición entre lo que es dado directamente en la percepción y lo que no, y por el otro, la caracterización de la percepción de objetos como un sistema de implicaciones referenciales. Sobre lo primero, se trata de un hecho fenomenológico fundamental: aunque está dirigido al objeto en su totalidad, todo acto perceptivo tiene lugar desde un punto de vista determinado y captura directamente un perfil del objeto percibido. Nunca percibimos de manera directa y al mismo tiempo todos los perfiles de un objeto. Antes bien, sólo uno de los perfiles se da directamente, mientras que otros perfiles permanecen ocultos y se tienen de manera indirecta como mera posibilidad perceptiva. En terminología fenomenológica, esta distinción se caracteriza en términos de la oposición entre percepción directa y apercepción. Dice Husserl:

La conciencia originaria sólo es posible bajo la forma de un tener-consciente, actual y genuinamente originario, de lados, y un tener-co-consciente de otros lados que precisamente no están ahí originariamente. Digo co-consciente en tanto que los lados no visibles también están ciertamente ahí para la consciencia, (...). Pero no aparecen en cuanto tal, genuinamente. (Hua XI: 4).

Se trata de un rasgo estructural de la dación de objetos a la consciencia en la percepción, que Husserl entiende de la mano de la oposición entre intención plena (del perfil dado) e intención vacía (de los perfiles ocultos). Como dije antes, la cuestión importante es que los perfiles apercebidos hacen parte de mi acto como posibilidad experiencial, y lo hacen en tanto que

están vinculados con el perfil que capturo directamente. Aunque ocultos, los perfiles no dados directamente pueden llegar a ser parte de mi experiencia intuitiva: se pueden -digamos- llenar de contenido intuitivo. Y de la misma manera, el perfil que capturo de manera directa puede llegar a convertirse en el perfil oculto de una intención vacía. El problema fenomenológico que debe abordar Husserl es entonces el de cómo se relacionan en el acto perceptivo los perfiles dados y los ausentes.

Al respecto, la idea de Husserl es que la percepción se configura experiencialmente como un sistema de implicaciones referenciales: cada perfil presente se vincula indicativamente con los perfiles ausentes.

Cada aspecto particular del objeto mismo apunta a una continuidad, a múltiples *continua* de posibles percepciones nuevas, y precisamente a aquellas en las que el mismo objeto se mostraría desde nuevos lados. En cada momento del percibir, lo percibido es lo que es en su modo de apariencia [como] un sistema de implicaciones referenciales (Hua XI, 41).

Cuando observo mi taza de café, los perfiles ocultos hacen parte de mi experiencia. Y lo son porque el perfil presente indica o apunta a tales perfiles ausentes. La manera de estar ausentes está dada por la relación que guardan con el perfil que se presenta intuitivamente. Así, miro la taza y apercibo sus lados ocultos con un color y una textura semejantes al perfil que observo directamente, describiendo una forma cilíndrica que clausura la asa que a veces agarro para acercar la taza a mi boca. Todos estos elementos ocultos son contenidos vacíos, y por eso mismo indeterminados, aunque eventualmente determinables mediante la exploración del objeto. Por eso, Husserl habla en la cita de “momentos” del objeto, dando a entender que la percepción de un perfil es en realidad un momento de un flujo temporal experiencial. Los perfiles ocultos, pues, pueden *llegar a ser* perfiles presentes: ver mi taza desde este punto de vista es sólo un momento de la taza, esto es, un perfil que se captura en un momento dado, abierto experiencialmente a otros perfiles, pero no en una apertura completamente indeterminada, sino determinada por el sistema de indicaciones que abre la percepción del perfil presente.

Husserl presenta este sistema de indicaciones y de interacción entre indeterminación y determinación, de la mano de la noción de *horizonte*. Comúnmente utilizamos este término

para referirnos al límite visual donde se juntan el cielo y la tierra, y la analogía corre en tres aspectos diferentes. En primer lugar, la noción de límite implica que hay cosas que caen dentro de la experiencia y cosas que no: así como el horizonte siempre separa lo que está más acá, a la vista, de lo que está más allá, oculto, así los perfiles de los objetos no tienen límites fijos sino horizontes, esto es, límites que apuntan a lo que está oculto más allá de ellos. En otras palabras, no son bordes del objeto, sino límites que emergen en relación con el punto de vista. En segundo lugar, la línea del horizonte es relativa a nuestro punto de vista: el horizonte no es el mismo para quien observa el mar desde la terraza de un edificio que para una persona sentada en la arena, y lo mismo vale para la percepción de objetos visuales, en donde la presentación de los perfiles y el sistema de indicaciones que se instituye es siempre subjetivo, en tanto que depende del punto de vista del sujeto. Y en tercer lugar, y esta es la relación que me parece más importante, la línea del horizonte es, por ponerlo de alguna manera, inalcanzable: conforme nos movemos hacia ella, la línea se aleja, dejando ver cosas que antes estaban fuera de nuestro alcance pero siempre apuntando a lo que está más allá. Lo mismo en la percepción: conforme avanzamos en la exploración visual del objeto (cuando por ejemplo muevo mi cabeza para ver lo que antes estaba *más allá* de la captura inicial) así se va moviendo la línea que separa lo dado directamente y lo que está por mostrarse.

La noción de horizonte captura bien la relación que se establece entre los perfiles dados a la intuición y los perfiles que se capturan de manera vacía, esto es, los perfiles ocultos. Sin embargo, Husserl introduce una distinción adicional entre horizonte interno y horizonte externo que se separa de la analogía inicial. En otros textos (Husserl, 1980 [1939]), esta diferencia se establece en relación con los objetos de la percepción; así, el horizonte interno sería el que apunta a los perfiles ocultos del objeto, mientras que el horizonte externo apuntaría a los objetos circundantes. Los perfiles ocultos de la taza están anunciados por el horizonte del perfil que capturo de manera directa, mientras que la mesa sobre la que reposa la taza, en tanto que no es objeto de mi atención, está anunciada por la taza en tanto objeto diferente a ella, esto es, en tanto posibilidad perceptiva atencional y dinámica. La distinción interno-externo, no obstante, se plantea en los primeros numerales de los *Análisis sobre la Síntesis Pasiva* en relación con el perfil presente. Así, Husserl señala como horizonte interno

del perfil a las posibilidades que ofrece su captura intuitiva con respecto a sus determinaciones internas: el perfil de la taza que ahora percibo puede, en efecto, examinarse con más cuidado y puedo advertir, por ejemplo, variaciones en la luminosidad que pasé por alto, o una grieta en la pintura que antes no observé. Se trata de un cambio en la granularidad de la experiencia, bien sea focalizando los detalles, bien ampliando el rango atencional.

El horizonte externo del perfil, por su parte, sería en este caso lo que en los textos posteriores sería el horizonte interno del objeto, esto es, el horizonte que indica los perfiles ocultos de la unidad del objeto. Husserl plantea que la dación parcial del objeto apunta a los perfiles ocultos, que nos llaman como diciendo “hay más para ver”, pero algo parecido podríamos decir en relación con los perfiles presentes, en donde el llamado dice “acércame, acércame más”, porque el cambio de perspectiva puede anunciar rasgos más finos en la captura del perfil. Ese llamado tiene un carácter afectivo en el que Husserl no insiste mucho, pero que marca con claridad la dimensión animada y afectiva de la relación con el mundo, que nos hala a la acción. Y es en la puesta en marcha de la interacción animada con el entorno que se constituye una coherencia experiencial básica. La transición de un momento a otro, el desplazamiento del horizonte y la relación dinámica entre lo pleno y lo vacío, es ordenada, y precisamente este es uno de los aspectos que revelan los análisis genéticos de Husserl: el de la génesis de una regularidad primordial de la experiencia que, desde el lado del objeto, está definido por el tránsito de una apariencia a otra en la constitución de la unidad del objeto, esto es, por el vínculo indicativo que hay entre sus perfiles presentes y los ausentes, y desde el lado del sujeto está definido por la temporalidad de la experiencia, esto es, por la síntesis entre retención, impresión originaria y protención, que Husserl desarrolla en el siguiente párrafo.

B. El objetivo del numeral 2 es, dice Husserl, poner atención a la relación entre presentaciones plenas y presentaciones vacías en la percepción de objetos visuales. Y lo hace de la mano de la conocida distinción entre retención, impresión originaria y protención. Los tres términos son introducidos tempranamente por Husserl en 1905 con las *Lecciones sobre la conciencia interna del tiempo*, pero toman un sentido particular en el marco de los análisis genéticos adelantados en los *Análisis sobre la síntesis pasiva*.

La idea central de Husserl es que la experiencia temporal de un objeto no es la de una sucesión de instantes aislados, como los vagones de un tren. Si ese fuera el caso, no habría duración temporal. Antes bien, cada instante presente está vinculado con lo que acaba de pasar y con lo que está por venir: cuando escucho una melodía musical, la nota que escucho lleva consigo las notas que acabo de escuchar y anticipa las que vienen. Husserl llama impresión originaria al ahora concreto de toda experiencia. En el ejemplo de la música, la nota que escucho directamente sería la impresión originaria, que está situada en un horizonte temporal configurado por la retención, que es la conciencia de lo que acaba de pasar, y la protención, que es la conciencia de lo por venir. Los tres momentos configuran la experiencia del presente, por eso no se trata de actos intencionales dirigidos cada uno a un objeto intencional diferente (como sería, por ejemplo, recordar un objeto, e imaginarlo en una situación futura), sino que configuran la temporalidad vivida de cualquier experiencia (y por eso, cuando recordamos algo, la vivencia del recuerdo se extiende también temporalmente). La retención es la huella que deja en la consciencia lo recién acontecido: cuando escuchamos una pieza musical, cada sonido que escuchamos se pierde en el pasado apenas aparece, pero su presencia se mantiene, precisamente, en la retención. El sonido deja de ser, pero no desaparece sin más. Por eso no escuchamos las notas una detrás de otra, sin ninguna conexión entre sí, sino un flujo sonoro continuo que contiene, incluso, las pausas y los silencios. La protención, por su parte, es la expectativa que define toda experiencia presente: vivimos el mundo temporalmente volcados hacia adelante. Toda experiencia presente va de la mano de una expectativa de lo por venir. Si escuchamos una serie de notas musicales, el sonido de la nota que todavía no hemos escuchado pero que anticipamos experiencialmente lo vivimos en el modo de la protención. De ahí que la consciencia del tiempo se deba entender como una síntesis de los diferentes momentos involucrados en la experiencia temporal: cuando escucho una sinfonía, cada instante está vinculado con el que acaba de pasar y con el que se anuncia, y lo hace siguiendo unas reglas de asociación pasiva identificadas por Husserl en sus *Análisis* y que él clasifica en dos grupos: síntesis de homogeneidad (similitud, uniformidad, fusión) y síntesis de heterogeneidad (contraste, discreción, prominencia) (Husserl, 2001: 174). Estas síntesis son las reglas que dan coherencia encarnada a la experiencia, pues su misma operatividad supone una relación animada con el entorno

marcada por la correlación que hay entre las sensaciones corporales y la presentación de las objetividades.

La protención y la retención son, antes que nada, huellas y tendencias vividas corporalmente, marcadas con un tono afectivo. En una buena pieza musical, lo *por venir* se puede vivir intensamente o distensamente: los sonidos que anuncian lo que viene pueden generar tensión o pueden liberarla según sea el caso. Por eso, oír una pieza musical no es algo que hacemos con el oído o con el cerebro, sino con todo el cuerpo. La *posición* corporal es siempre una *disposición* corporal, vivida, que define la manera misma en que vivimos el presente volcado hacia delante. El ejemplo de la música es fácil de seguir, pero el caso es el mismo en la experiencia ordinaria, sea la que sea. El gran hallazgo de la fenomenología genética es justamente este: que a partir de la exploración de la temporalidad, hay una apertura a la dinámica de la interacción animada con el entorno.

Como dije anteriormente, la temporalidad de la experiencia se vincula en las primeras páginas de los *Análisis sobre la síntesis pasiva* con el análisis de la percepción visual de objetos, con el propósito de comprender la relación entre lo pleno y lo vacío. Si viendo mi taza la tomo y le doy una vuelta, y capturo ahora, directamente, un perfil que antes estaba oculto, entonces el perfil que antes veía pero que acaba de desaparecer de mi vista para dar paso al perfil que ahora observo, sigue haciendo parte de mi experiencia presente, pero ya no como impresión originaria, sino en el modo de la retención. Si se quiere, el perfil oculto persiste todavía en mi experiencia presente, pero ya no de manera intuitiva sino vacía, o mejor, como una especie de huella experiencial que, no obstante, le da sentido al perfil que ahora capturo de manera intuitiva. Lo mismo con respecto a la protención: cada impresión originaria apunta a los perfiles por venir. Así, el perfil oculto que todavía no aparece, pero que se mostraría si rotara la taza, haría parte de mi vivencia presente, pero en el modo de la protención. Tanto la retención como la protención son modos intencionales propios del flujo temporal de la experiencia, y se diferencian de la impresión originaria en tanto que esta última es una intención plena, mientras que la retención y la protención son intenciones vacías, pues los perfiles no se presentan de manera intuitiva. Así, cuando giro la taza y el perfil capturado en la protención aparece en mi rango visual, lo que antes era una intención

vacía pasa a ser una intención plena, y el perfil que antes estaba ante mis ojos y que ahora desaparece, entra en el modo de la protención en una intención vacía. Dice Husserl:

La percepción externa es un fluir temporal de la experiencia vivida donde las apariencias pasan de manera concordante una en la otra, en la unidad de coincidencia que corresponde a la unidad de sentido. Llegamos a entender este flujo como una red sistemática de llenados (Erfüllung) progresivos de intenciones que desde luego, cuando se ven desde el otro lado, van mano a mano con un vaciamiento de intenciones ya plenas. Cada fase momentánea de la percepción es en sí misma una red de intenciones parcialmente plenas y parcialmente vacías (Husserl, 2001, págs. 45 [Hua XI, 8]).

Dos cosas son importantes en esta cita: por un lado, la relación entre el flujo de las apariencias y la unidad del objeto, y por el otro, la caracterización de dicho flujo. De la misma manera que ocurre con la música, la percepción visual de un objeto no se debe entender como una sucesión de perfiles inconexos, sino como un flujo ordenado. Como dije recién, el perfil dado intuitivamente está rodeado de horizontes que apuntan a los perfiles ocultos, y éstos, en el marco de la descripción temporal de la experiencia, se capturan intencionalmente en los modos de la retención y de la protención. Cada aparición es anticipada por el perfil presente, y lo es no sólo por lo dado directamente en la impresión originaria sino por el rastro que va dejando la experiencia del objeto en la retención. Si un nuevo perfil aparece, habrá un perfil que desaparece gradualmente pero que, antes que caer en el olvido, asienta la expectativa de los perfiles que se anticipan en la protención. La percepción es un proceso de llenado y de vaciamiento que se extiende y se organiza temporalmente: el perfil presente apunta hacia los perfiles ocultos, que se entienden entonces como posibilidad dentro de un marco temporal, y la posibilidad de que aparezca un perfil y no otro está determinado por el curso de la experiencia, esto es, por los perfiles que se tienen en la retención y la impresión originaria.

Ahora bien, es claro que la caracterización del flujo temporal de la existencia tiene sentido si se entiende el lugar de la temporalidad en una teoría fenomenológica genética. Por eso, es importante no perder de vista por qué es pertinente la descripción temporal de la experiencia en una teoría que intenta dar cuenta de la génesis de la intencionalidad. Este es el punto que se deja ver, apenas asomado, en la primera parte de la cita. Para Husserl, además de la relación intencional entre un estado mental y un objeto, la experiencia se caracteriza por ser experiencia *de un sujeto*: cuando observo un objeto aparece como rasgo de la experiencia la

vivencia del discurrir temporal de las apariencias del objeto. La red de indicaciones referenciales abre las puertas al análisis de la temporalidad inmanente del acto perceptivo. Como ya está establecido, el punto de partida de la reflexión fenomenológica es el hecho de que los objetos se dan sólo parcialmente. Esto quiere decir que de un mismo objeto podemos tener diferentes puntos de vista que se organizan armónicamente, según acabamos de ver, en tanto que se trata de un sistema de indicaciones que se despliega temporalmente en la síntesis entre retención-impresión originaria-protención. Así, la percepción de un objeto unitario está acompañada siempre de la experiencia de la temporalidad interna: “*toda vivencia*” -dice Husserl- “*tiene su temporalidad vivencial*” (Husserl, 1986, págs. 89, §18).

Sin la vivencia de la temporalidad y su relación dinámica con la presentación de los diferentes perfiles del objeto, no habría lugar a la síntesis de la conciencia (esto es, a la síntesis temporal que es la síntesis de los perfiles del objeto), y por eso mismo tampoco tendríamos experiencia de objetos. El polo subjetivo es el de una temporalidad vivida que acompaña a toda experiencia, que nada tiene que ver con un yo trascendental kantiano (pues se trata de una vivencia y no de una condición a priori) o con un objeto que se capture en un acto autoconsciente en el que el yo se tiene como objeto del acto (que es la posición que critica lúcidamente Hume cuando afirma que el yo no aparece nunca como objeto de la percepción). La temporalidad vivida no acompaña sino que constituye todo acto, y su manifestación se tiene solamente cuando atendemos a la manera como los objetos son dados en la percepción.

No se trata de volver los ojos hacia dentro, como si el universo del tiempo habitara en nuestro oscuro y corpóreo interior, sino de dirigir la mirada fenomenológica hacia las cosas mismas. Por eso su captura no consiste en un acto reflexivo<sup>13</sup>, sino de una dimensión pre-reflexiva de la experiencia misma. La vivencia del acto no se tiene en la reflexión. Además de la obvia objeción del regreso al infinito (si todo acto intencional supone un acto reflexivo, y dado que la reflexión es también un acto, entonces la reflexión supone también un acto reflexivo)

---

<sup>13</sup> Brentano sostuvo una tesis similar, pero caracterizó a esta doble dirección del acto intencional como una doble intencionalidad, una primaria y una secundaria. A diferencia de la tesis de Husserl, la de Brentano está sujeta a la crítica del regreso al infinito. En pocas palabras, si la relación del acto consigo mismo es también una relación intencional, entonces esa relación estaría vinculada con otra relación intencional, la conciencia del acto reflexivo, y así al infinito. Para Husserl la conciencia del acto no es otro acto intencional, sino la conciencia pre-reflexiva que acompaña a todo acto intencional. Por eso no hay regreso al infinito.

sostener que la dimensión subjetiva se captura en un acto intencional reflexivo implicaría afirmar que no hay una vivencia del acto antes de que la conciencia vuelva sobre sí misma. Por el contrario, para Husserl todo acto de la conciencia, sea cual sea su objeto intencional, carga consigo una temporalidad vivida. No se trata de un conjunto de actos de pensamiento discretos, sino de una esfera vivencial temporal. Así lo manifiesta Husserl en un texto de que se cuenta entre los apéndices a los *Análisis sobre la síntesis pasiva*.

[La vida de la conciencia] no es solamente un vivenciar en un continuo flujo; al mismo tiempo, en la medida en que fluye, es también inmediatamente la conciencia de ese flujo. Esa conciencia es auto-perceptiva (Hua XI, 320 [607]).

Este rasgo es a lo que algunos le dan el nombre de *ipseidad* (Sass, L. y J. Parnas, 2003; Zahavi D. , 2005) y que en particular Zahavi ha designado con el título de “yo mínimo” (*minimal self*) al que caracteriza con la expresión en inglés “*for-me-ness*” (Zahavi, D. y U. Kriegel, 2015)<sup>14</sup>. En el acto consciente no me pertenece el objeto -pues aunque constituido en el acto es siempre un objeto trascendente- pero sí la manera como el objeto se vive en el flujo temporal de la existencia. Se trata de un sentido primitivo de la subjetividad que obliga a dejar de lado la caracterización formal de la estructura temporal de la experiencia -retención, impresión originaria, protención- y plantearla en los términos propios de una concepción encarnada de la conciencia. El análisis de la temporalidad, en el contexto particular de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*, abre entonces la puerta a la investigación sobre la subjetividad encarnada y la configuración de la esfera pre-reflexiva de la conciencia. Retención, impresión originaria y protención son, así, rasgos que organizan la experiencia vivida, y no simplemente lugares vacíos en una estructura privada de contenido vivencial. Resumiendo lo dicho hasta ahora tenemos entonces lo siguiente: Husserl (§1) caracteriza la percepción de objetos visuales como un sistema de indicaciones que se organiza horizontalmente, cuyos contenidos se anticipan temporalmente, señalados por los contenidos de la impresión originaria y la retención (§2). Este recorrido conduce el análisis al campo de la subjetividad, que hasta aquí hemos vinculado con la temporalidad pero que se relaciona, finalmente, con la experiencia corporalizada, que es lo que sigue.

---

<sup>14</sup> La tesis de Zahavi consta de dos puntos: por un lado, que toda experiencia tiene siempre un carácter subjetivo; y por el otro, identificar con el yo esa dación subjetiva de los objetos al sujeto. Se trata, pues, de una tesis sobre la naturaleza del yo, que no es la discusión que me interesa de momento.

C. Husserl inicia el numeral 3 describiendo la *re-percepción*, esto es, la posibilidad de volver sobre los perfiles ya vistos de un objeto pero que escapan de momento a la intuición sensible. Se trata de una situación en la se tiene la retención en la protención. En términos generales, los perfiles ausentes se tienen siempre como expectativa: se aperciben precisamente como perfiles que pueden llegar a ser capturados de manera directa. Por su parte, en el caso de los perfiles que se tienen en la retención, que son los que acaban de caer más allá del horizonte presente, sucede que se tienen también en la protención, si lo que quiero es volver sobre ellos en la exploración visual que hago del objeto. Cuando veo mi edición de las *Investigaciones Lógicas 2* que reposa sobre la mesa a mi derecha, capturo tanto el lomo como la portada del libro; cuando inclino luego mi cuerpo hacia la derecha, el lomo desaparece mientras que al otro lado de la carátula va apareciendo el canto. En esta situación puedo volver mi cuerpo a su posición inicial, y el lomo, que estaba en la retención, se tendría también en la protención antes de volver a aparecer y ser parte de la intuición presente. La percepción tiene un sentido encarnado previo a su significado judicativo.

La descripción de la *re-percepción* deja ver con claridad que la expectativa se teje con las posibilidades motoras del sujeto que percibe. Soy yo, sujeto encarnado, el que ladea su cuerpo y se inclina para capturar este o este otro perfil del objeto. Al moverme, traigo a la intuición sensible el perfil anticipado, y por eso se trata de una anticipación vivida corporalmente. En otras palabras, si el perfil presente apunta a los perfiles ausentes, lo hace porque del lado del sujeto se vive la posibilidad corporal de traer a la intuición lo que de momento es sólo una intención vacía, esto es, de traerlo animadamente, moviéndose. Por eso Husserl habla de una *motivación cinestésica* que ancla la armonía que define el tránsito de una apariencia a otra. En su análisis sobre la constitución del cuerpo vivido (*Leib*), que diferencia del cuerpo considerado desde un punto de vista físico o naturalista (*körper*) como objeto, adelantado en *Ideas II* (1997b, pág. 89 [57]), Husserl establece una diferencia entre las sensaciones cinestésicas y las que él llama *sensaciones representantes* (o *de notas*). Estas últimas son las que juegan un papel en la constitución de las apariencias de los objetos: en la sensación de la aspereza, por ejemplo, se presenta la aspereza de la cosa; cuando toco algo y siento calor en mi mano, siento también la temperatura de la cosa. Las sensaciones cinestésicas, por su parte,

no juegan un papel representacional sino motivacional. No están, si se quiere, dirigidas a ninguna propiedad de los objetos, sino que, más bien, motivan la aprehensión de las cualidades representantes: al desplazar mi mano hago aparecer nuevas texturas del objeto que toco, así como al mover mis ojos traigo a la vista nuevas sensaciones visuales que antes no tenía. En este sentido, las sensaciones cinestésicas, las sensaciones del movimiento de mi cuerpo, *motivan* la aparición de nuevas sensaciones, que serían entonces *lo motivado*: si muevo mi mano, entonces noto algo del objeto.

La idea central es que en el caso de los objetos, el simple análisis de las sensaciones visuales, de las *sensaciones representantes*, no basta para capturar el carácter dinámico de la percepción, esto es, su estructura temporal y el papel central de la anticipación. Antes bien, el tránsito temporal de una apariencia a otra sólo se entiende satisfactoriamente de la mano de las sensaciones cinestésicas. Dice Husserl:

El curso de las apariencias va mano a mano con los movimientos coordinados del cuerpo vivido.

(...) El cuerpo vivido es caracterizado en sí mismo como el cuerpo vivido que percibe (Wahrnehmungslieb). (...) En este sentido, [el cuerpo] no entra en consideración como una cosa espacial percibida, sino en relación con el sistema de las llamadas ‘sensaciones de movimiento’ que transcurren durante la percepción en el movimiento de los ojos, de la cabeza, etc., y no sólo transcurren paralelas a las apariencias, sino que la cadena cinestésica en cuestión y las apariencias perceptivas están relacionadas la una con las otras conscientemente (Hua XI, 51 [13, 14])

El cuerpo vivido no se presenta a la conciencia como uno entre los demás objetos del mundo, sino que se vive como cuerpo que percibe. Si se quiere, podemos decir que antes que ser algo constituido, el cuerpo es, él mismo, constituyente. Por eso mismo, todo acto perceptivo vincula, por un lado, la cosa constituida, es decir, el perfil presente y los perfiles apercebidos que configuran su horizonte, y por el otro, mis *posibilidades* motoras, es decir, los movimientos corporales que tengo a mi disposición y que Husserl captura con la expresión “Yo puedo”. El cuerpo vivido es, entonces, un sistema de sensaciones cinestésicas que están en una relación dinámica con las sensaciones presentificantes. Las cinestesis no son meras sensaciones corporales (pues entenderlas así sería entenderlas como representaciones *de se*) sino que se entienden como un sistema complejo de movimientos *posibles*. Lo que no podemos perder de vista es que, mientras que las posibilidades móviles de nuestro cuerpo

están a mi disposición y configuran un sistema abierto, en la medida en que soy yo el que puedo o no moverme de tal cual manera, con respecto a los perfiles hay un sistema de dependencias. Y el juego entre estos dos sistemas es el que organiza la experiencia perceptiva.<sup>15</sup>

El problema de la apercepción, entonces, revela para Husserl un orden experiencial fundado en la subjetividad, pues las posibilidades motoras de mi propio cuerpo no son abstractas sino encarnadas. El análisis fenomenológico revela un nivel normativo encarnado básico, anterior a la caracterización del contenido de la percepción en términos de condiciones de verdad o condiciones de satisfacción, en el que el curso exitoso de una experiencia -que se entiende como desplegada en el tiempo y animada por el movimiento del propio cuerpo- está prescrito más bien por la situación misma que se traza en la relación entre cuerpo animado y entorno. En pocas palabras, las posibilidades motoras definen nuestro lugar en el mundo (que no es, simplemente, un aquí-espacial, sino un aquí cagado afectivamente, volcado hacia el mundo) siguiendo un proceso gradual: confirme vamos actuado, vamos configurando de una manera más definida el horizonte de nuestras posibilidades motoras.

D. El último numeral está dedicado a aclarar la relación entre la presentación del objeto y su captura en tanto objeto trascendente. Una idea central en esta primera parte es que la posibilidad de predicar una propiedad sensible con respecto a un objeto, tiene como condición fenomenológica la pre-constitución de un campo de objetos espacio-temporales. El nivel más elemental de la relación con el entorno es lo que Husserl llama la afección, que es el momento en el que el objeto llama la atención del sujeto. Luego está la aprehensión: el mantenimiento activo del objeto en el foco atencional por parte del sujeto. Se trata de la intuición que se dirige al objeto tomado como un todo, por eso es el nivel más básico de actividad objetivante, esto es, se trata de la captura de un objeto trascendente y no de un objeto inmanente. En la inmanencia de la consciencia, esto es, en la experiencia tomada sin

---

<sup>15</sup> He hecho una presentación de la percepción de objetos visuales. De todas maneras, es importante anotar que no toda anticipación es un acto motivado cinestésicamente. En el caso de una melodía, por ejemplo, la estructura temporal de la vivencia se despliega y sigue la estructura de anticipación y cumplimiento, sin necesidad de una motivación cinestésica. De todas maneras, en este caso el papel del cuerpo también es central, porque el acto mismo de anticipar es algo que se hace con todo el cuerpo. Ya tendré oportunidad de volver sobre esto.

relación a un objeto externo, el objeto se presenta como una sola manera darse en un solo momento. En la inmanencia, el *ese* es el *percipi*. Sin embargo, el objeto que se aprehende en su trascendencia el *ser* se diferencia de el *percipi*.

Si las objetividades perceptivas pertenecen a la esfera de la inmanencia (pues se entienden en su dimensión sensible como perteneciendo al flujo temporal de la experiencia vivida), su *ser*, que es su *ser percibido*, está vinculado con cada impresión presente. La oposición entre intención plena e intención vacía en el caso de los perfiles del objeto deja ver que solamente en relación con la primera la dación intuitiva es el rasgo que la define como intención originaria y presente. Los perfiles ocultos no *son* todavía, porque no se dan de manera directa. Por eso, en el flujo de la experiencia, cada fase tiene un sentido propio. Cada momento perceptivo es una apertura puntual a un conjunto de presentificaciones posibles, y una manifestación puntual de un perfil dado. Todas estas presentaciones, sin embargo, están referidas a un mismo sustrato objetivo que se va determinando en el curso mismo de la exploración perceptiva. Para Husserl la experiencia perceptual del objeto, que es siempre parcial, se despliega temporalmente y tiende a su determinación judicativa. La determinación absoluta del objeto es un estado en principio inalcanzable, pero el horizonte vacío se anuncia como una posibilidad que puede ser confirmada (cumplida) o negada. Cuando examino una bola y hay una transición ordenada en la que los perfiles que aparecen dan cumplimiento a los perfiles anticipados, la exploración da lugar al juicio “*la bola es roja*”. Por eso Husserl entiende el objeto dado en la percepción como una *indeterminación determinable*, algo que en este contexto se vincula con el valor anticipado en la protención, que puede ser amplio o estrecho. Así, si la experiencia del objeto deja abierto un rango amplio de posibilidades con respecto a lo apercebido, el objeto se da de manera más indeterminada que si el rango de posibilidades de lo apercebido fuera menor (anticipar no sólo un color rojo, sino un valor específico de rojo, por ejemplo), en cuyo caso el objeto se daría de manera más determinada. De todas maneras, los perfiles vacíos no se pueden tener como completamente indeterminados -pues si ese fuera el caso no habría apercepción y los perfiles ocultos no harían parte de la experiencia perceptiva, algo que precisamente no es el caso- como tampoco es el caso de que el objeto se dé de manera absolutamente determinada.

### **2.3.1.2. La génesis de la experiencia**

Hasta aquí, la exposición de Husserl en los primeros numerales de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*. Retomando lo dicho, la descripción de la experiencia corporizada, esto es, la experiencia vivida por un cuerpo animado, es el trabajo que adelanta Husserl cuando intenta desarrollar el problema de la génesis de la estructura noético-noemática de la intencionalidad. Rápidamente, para no perdernos de momento en los detalles: tomando como punto de partida la descripción de los objetos tal como se dan en la experiencia, la fenomenología estática logra identificar la relación constitutiva que hay entre los objetos y los actos que los presentan: la correlación noesis-noema. Sin embargo, se trata de una tarea que abstrae la dimensión temporal de la experiencia (un flujo en constante cambio) precisamente porque está interesada en capturar las correlaciones estructurales estables que hacen posible que la experiencia sea la de un objeto con sentido. La fenomenología estática es para Husserl una fenomenología de las “*formas esenciales (...) en la conciencia pura*” (Husserl, 2001, págs. 628 [Hua XI, 340]), pero deja abierto el problema de la temporalidad. Este será el trabajo de la fenomenología genética, que busca la fuente del sentido en la experiencia dinámica y temporal del mundo, y en ese empeño intenta identificar las reglas que regulan el flujo vital de la conciencia.

Este es el tipo de trabajo que presenté en el numeral anterior, que deja ver la relación de constitución que define la relación sujeto-objeto. En este marco descriptivo, el proceso de constitución del objeto como correlato de la experiencia perceptiva es, al mismo tiempo, el proceso de constitución de una subjetividad encarnada. Así, el análisis genético revela que la oposición entre sensaciones inmanentes y objetos trascendentes, entre estados y objetos, tiene lugar sobre una capa más básica en la que se revela la relación íntima entre el sujeto y el mundo. Las sensaciones no son simplemente rasgos cualitativos que se pueden interpretar, sino impresiones originarias animadas retencional y protencionalmente. Por eso, el resultado de las investigaciones genéticas es la captura fenomenológica de una normatividad corporal que rige el curso temporal de la experiencia: tiempo, espacio y afectividad se tejen en el movimiento animado corporal que es, también, la animación misma de un mundo que se entiende principalmente como una apertura de horizontes.

Volviendo sobre el tema de la interacción, el análisis fenomenológico deja ver con claridad el carácter encarnado y dinámico de la situación de los sujetos *en* el mundo. El objetivo general que persigue Husserl en los *Análisis sobre la síntesis pasiva* es establecer las reglas que rigen la organización de las cualidades sensibles (que Husserl llama materia hylética). La idea central es que la materia hylética está dispuesta temporalmente y se organiza de acuerdo con la estructura fenomenológica de la experiencia temporal. El punto central es que la vivencia del tiempo es de suyo encarnada: el sistema de retenciones y protenciones solamente se entiende en su dimensión vivencial cuando se constata su relación íntima con la afectividad y la animación. Lo que la revisión de las síntesis pasivas deja ver es que la actividad sintética no consiste en darle forma a una materia informe al estilo kantiano, ni relacionar, al estilo de los empiristas, una colección de datos de los sentidos para formar una imagen compleja. Por el contrario, el énfasis en la temporalidad le da a las síntesis pasivas una dirección, un *sentido* que es el sentido mismo de la interacción encarnada con el entorno.

El trabajo de Husserl sobre la relación entre la acción y la percepción ha vuelto a tener un lugar importante en las discusiones filosóficas que en años recientes se han ocupado de explorar la relación entre la percepción y la acción. El enfoque enactivo de Noë y su propuesta sobre el conocimiento sensoriomotor (Noë, 2004) hace eco de la propuesta de Husserl, y el problema mismo de la relación entre la acción y la percepción ha sido objeto de intenso debate luego del trabajo de Evans en *Las variedades de la referencia* (Evans G. , 1982). En una línea más fenomenológica, sobresale la tarea que han hecho Gallagher (2003; 2005) y Zahavi (2005). Por otra parte, el impacto de Husserl sobre el cuerpo y la percepción tuvo también un impacto fundamental en propuestas fenomenológicas que siguieron y complementaron sus posiciones, en particular Max Scheller y Maurice Merleau Ponty. Sin embargo, la riqueza del análisis fenomenológico genético, el valor que tiene recorrer en clave fenomenológica las dimensiones más elementales de la experiencia, no sólo reside en la posibilidad de dar cuenta del problema de la relación entre la acción y la percepción, sino en comprender lo que se le escapa al análisis filosófico en clave conceptual: la vivencia misma, la relación organismo-entorno en su nivel más básico, afectivo, de la receptividad y la responsividad. Este es el sentido de la presentación que acabo de hacer, en la que recogí la

estructura general del texto de Husserl, tejiéndolo de tal manera que en su presentación fuera quedando claro el tema de la interacción. Sobre la oposición entre lo genético y lo estático volveré en los numerales 2.4.1.4. y 2.4.1.5., cuando revise el problema de la constancia perceptiva en el marco de la posición de Lakoff y Johnson sobre los colores.

#### **2.4. El caso de los colores.**

A continuación, voy a volver sobre Lakoff y Johnson con la claridad que se gana con el análisis fenomenológico. Y lo voy a hacer con dos objetivos íntimamente relacionados. Por un lado, profundizar más en la tesis de Lakoff y Johnson sobre el sentido encarnado, y por el otro, mostrar el valor de la fenomenología para comprender adecuadamente las propuestas de Lakoff y Johnson. La ruta que voy a seguir está definida por Lakoff y Johnson; cuando se revisa el contexto en el que emerge la teoría, es posible identificar cuatro desarrollos teóricos que a mediados de la década de los setenta influenciaron de manera definitiva la obra de Lakoff y posteriormente la de Johnson. En un texto reciente (Lakoff G. , 2012, págs. 1, 2) Lakoff hace un recuento de la manera como se cruzó con estas propuestas en un seminario organizado en Berkeley en 1975: la posición de Paul Kay sobre los colores, la teoría de Rosch sobre las categorías de nivel básico, y las propuestas de Talmy y Langacker sobre la función semántica de los esquemas espaciales.

Es cierto que más allá de una mención puntual en los agradecimientos y el reconocimiento que hacen en el epílogo al libro en 2003, los nombres de estos autores no resultan relevantes en el argumento que Lakoff y Johnson desarrollan en *Metaphors we Live by*, pero se trata, ciertamente, de la base teórica, al menos para Lakoff, de la que parte la propuesta. La importancia será reconocida más adelante, en *Women, fire and dangerous things* (Lakoff G. , 1987), y será retomada en *Philosophy in the Flesh*, cuando los autores introducen la noción de *conceptos corporizados* con el propósito de mostrar que los conceptos humanos están “*moldeados por nuestros cuerpos y cerebros, especialmente por nuestro sistema sensoriomotor*” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 22). Los casos que Lakoff y Johnson identifican de conceptos corporizados son tres: los conceptos sobre colores, los conceptos de nivel básico y los conceptos sobre relaciones espaciales, tres tipos de conceptos que hacen eco de las propuestas de Kay, Rosch y Talmy-Langacker, respectivamente. En este capítulo

voy a revisar el caso de los colores y en el siguiente el de las categorías y los esquemas de imagen.

Paul Kay y Chad McDaniel publicaron su propuesta sobre los colores y el contenido semántico de las expresiones lingüísticas relacionadas con ellos a mediados de los años setenta (Kay & McDaniel, 1978). Lakoff tuvo conocimiento de sus hallazgos unos años antes, en ya nombrado seminario en Berkeley, y llama la atención la manera como presenta estos resultados y las conclusiones que saca:

Para obtener el significado de una oración como *La silla es roja* en la semántica formal, usted tiene que asumir que hay un conjunto de cosas rojas objetivamente ahí afuera en el mundo; el significado de “rojo” se da al designar ese conjunto. La oración *La silla es roja* es verdadera si y solo si el objeto designado por “la silla” está en el conjunto de cosas rojas en el mundo objetivo externo.

Lo que Kay y McDaniel, junto con DeValois y sus colaboradores mostraron, fue que no hay algo así como un conjunto de cosas rojas en el mundo. El rojo es creado por los conos en su retina y por el circuito neuronal de su cerebro dadas ciertas condiciones en el mundo. Pero la categoría ‘rojo’ no está en el mundo. Lo que usted ve como rojo no es, estrictamente, un asunto de longitud de onda (Ruiz de Mendoza, 1997, pág. 38).

La cita resulta un poco descuidada (y puede serlo, pues se trata, en últimas, de una entrevista). Sin embargo, tiene un valor temporal importante, pues sitúa este tipo de argumentos sobre el color con el surgimiento del experiencialismo que los autores van a defender en *Metaphors we Live by*. Casi veinte años después, Lakoff y Johnson vuelven sobre el asunto, en una propuesta que consta de diferentes afirmaciones:

- (1) La experiencia cualitativa que tenemos de los colores depende de las células que capturan las ondas de luz (conos y bastones) y de los circuitos neuronales conectados con esas células, “y la experiencia cualitativa que esto produce en nosotros es lo que llamamos «color»” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 24).
- (2) Los colores son interaccionales, “*emergen de la interacción de nuestros cuerpos, nuestros cerebros, las propiedades reflectivas de los objetos, y la radiación electromagnética*”. (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 24)

Sobre la primera parte de (1) no hay discusión: la experiencia de los colores depende de la constitución fisiológica de nuestro sistema visual. En efecto, la experiencia de los colores de los objetos cambia según cambien las condiciones ambientales y las diferencias fisiológicas entre los sujetos. En relación con lo primero, el color varía según cambien las condiciones de iluminación: si la observación tiene lugar en un día soleado o en la sombra, por ejemplo. También hay variaciones cuando el contexto en el que se encuentra el objeto varía: un cuadrado verde aparece más brillante rodeado de un fondo negro que cuando está rodeado de un fondo blanco. Sobre lo segundo -del lado de los sujetos- el ejemplo dramático es el del daltonismo, pero variaciones muy sutiles en las condiciones del sistema visual producen cambios en la experiencia visual de sujetos “normales”: el lente del ojo, por ejemplo, se vuelve amarillo con el paso del tiempo, y esto desde luego afecta la experiencia de colores. Además, es posible identificar variaciones inter-especies con base en hallazgos fisiológicos. Por nombrar solamente un par de ejemplos, miembros de diferentes especies difieren con respecto a la porción del espectro electromagnético al que son sensibles: el sistema visual humano es sensible a fotones con longitudes de onda entre 400 y 700 nm (Palmer S. E., 1999, pág. 97), mientras que otros animales son sensibles a la región ultravioleta y otros a la región infrarroja. También sabemos que los humanos contamos con tres tipos de células receptoras sensibles al color en la retina, mientras que en otros animales el número puede variar entre uno y cuatro.

Todas estas variaciones se presentan como evidencia para cuestionar una posición objetivista sobre el color, pero no son, de suyo, un argumento en contra del objetivismo. En efecto, la tesis de Lakoff y Johnson, puesta así, es compatible con el disposicionalismo planteado por Colin McGinn:

La teoría disposicional del color (TD) sostiene, en términos generales, que el hecho de que un objeto instancie una propiedad de color, quiere decir que este objeto tiene la disposición para causar experiencias en sujetos normales en condiciones normales, de un objeto como teniendo esa propiedad. Esta teoría tiene el notable mérito de capturar (asumiendo que uno quiere capturarlas) la subjetividad y la relatividad de las adscripciones de color, al tiempo que permite afirmar que son los objetos externos mismos los que tienen colores. (McGinn, 1996, pág. 537)

De acuerdo con el disposicionalismo, decir que algo es, por ejemplo, amarillo, quiere decir que es de tal naturaleza que se ve de color amarillo en condiciones normales. McGinn trata de dar una teoría filosófica que tenga en cuenta el polo subjetivo de la experiencia visual sin rechazar una concepción objetivista de los colores, pues si bien la experiencia depende del sistema visual y de las circunstancias, los colores se siguen entendiendo como propiedades disposicionales de los objetos. Con esto no quiero decir que el disposicionalismo sea la teoría más adecuada para dar cuenta filosóficamente del color; me interesa, simplemente, señalar que con base en los mismos hechos en los que se apoyan Lakoff y Johnson es posible defender una tesis objetivista.

#### **2.4.1. El argumento de la variación.**

En el debate filosófico, la variación se presenta para defender una posición para la que hay una diferencia entre la manera en que las cosas se presentan (que dependen de condiciones ambientales y fisiológicas) y lo que las cosas son en realidad, pero esta diferencia es solamente el punto de partida para una posición filosófica. Por ejemplo, posiciones clásicas sobre el color se valen de la variación para defender la diferencia que hay entre el color entendido como una propiedad *cualitativa*, esto es, como apariencias subjetivas en la mente de los sujetos, y el color entendido como una propiedad del mundo material, describible en términos físicos. Como Lakoff y Johnson renuncian a hacer consideraciones metafísicas y vinculan la verdad con la conceptualización, concluyen entonces que el color es una cualidad subjetiva que resulta del procesamiento visual, y que debido a que esa cualidad varía dependiendo de las condiciones del sistema visual, entonces se trata de una cualidad encarnada. Pero en este marco explicativo el estatuto de las cualidades no es muy claro: si se entiende que las cualidades son subjetivas y que se describen desde una perspectiva en primera persona, queda por resolver la relación que las cualidades guardan con el mundo material. Si la relación se entiende en términos representacionales, entonces el trabajo filosófico consistiría en caracterizar el contenido representacional de la experiencia. Sin embargo, la propuesta de Lakoff y Johnson no dice nada al respecto porque el hecho mismo de pensar la relación implicaría -supongo- aceptar la tesis del objetivismo. Así, parece que

el punto importante es el que se enuncia en (2): los colores son propiedades que emergen de la interacción entre el organismo y el entorno.

Lakoff y Johnson parecen estar convencidos de que al hablar de interacción el problema del objetivismo desaparece, pero, de nuevo, el problema es que no caracterizan de manera clara la cuestión de la interacción. Si lo que quieren decir es que la interacción consiste en un proceso de captura y procesamiento de información por parte del sistema visual, el sentido mismo de lo que es la interacción se pierde, pues sería más un reduccionismo materialista para el que no hay lugar para las consideraciones fenomenológicas sobre el carácter de las cualidades. En efecto, cuando se revisa la afirmación (2), en la que plantean que los colores son “interaccionales”, queda claro que lo que tienen en mente es una descripción de esa interacción en términos físicos (radiación electromagnética, propiedades reflectivas de los objetos) y fisiológicos (nuestros cuerpos, nuestros cerebros) pero no en términos experienciales.

Así las cosas, la crítica que hacen Lakoff y Johnson al objetivismo reduce la explicación sobre los colores a una descripción del proceso informacional dentro del marco epistemológico de las ciencias naturales, lejos de una descripción fenomenológica de la experiencia del color. En este marco explicativo, el sujeto que percibe no es un organismo animado que interactúa activamente con el entorno, sino un cerebro. Pero el cerebro no es un ente animado; es el cerebro de un sujeto encarnado, animado, que explora activamente el entorno. La captura de la interacción debe ser, entonces, la de la interacción de un cuerpo vivido. En suma, en la propuesta de Lakoff y Johnson la relación entre percepción y acción que he subrayado antes, se pierde, pues es claro que el sentido que le dan a la noción de “corporalización” es restringido, reduce lo corporal a lo cerebral, y por eso mismo no tiene como eje de la reflexión el análisis de la *experiencia* corporizada.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> El trabajo posterior de Lakoff ha apuntado claramente en esa dirección. Por ejemplo, en un texto reciente (2012, pág. 6) Lakoff habla de “corporalización neuronal”, esto es, la idea según la cual el estudio de las neuronas y de su funcionamiento, así como del cerebro en su conjunto, dan pistas para comprender la naturaleza de los conceptos. Para este enfoque, antes que “corporizada”, la mente es “cerebralizada”. Entre las muchas fuentes que cita, Lakoff menciona su trabajo con Gallese, en el que sostienen que el significado de las expresiones lingüísticas “*activan los mismos circuitos imaginativos que se activan en la percepción y la acción (...) y estos resultados explicarían por qué los programas motores, la percepción gestáltica y la imagería*

#### 2.4.2. El experiencialismo y el enfoque enactivo.

En su exposición, Lakoff y Johnson vinculan su noción de interacción con la defendida por el enfoque enactivo de Varela, Thompson y Rosch (1991), quienes -afirman- “*argumentan, como nosotros, que el color es interactivo en su naturaleza y que por lo tanto no es ni objetivo ni subjetivo*” (1999, pág. 26). Aunque se trata simplemente de una mención hecha casi de pasada, la relación resulta pertinente al menos por dos razones: por un lado, el argumento de Varela, Thompson y Rosch toma como punto de partida las variaciones intra-especie de las que hablé antes, por lo que la estructura del argumento guarda una relación puntual con el de Lakoff y Johnson. Por otra parte, la posición de Varela, Thompson y Rosch (1991) niegan también la tesis del objetivismo, en tanto que el entorno no se asume como un dominio ontológico definido independientemente de la relación con el organismo, sino como un mundo emergente en función de la interacción encarnada del organismo.

En una publicación posterior, en la que retoman y refinan las ideas centrales de *The Embodied Mind* sobre el color, Thompson, Palacios y Varela exponen así el que ellos llaman el *argumento comparativo*:

Dos fenómenos generalizados sobre la visión del color natural son la base del argumento comparativo:

1. Animales cuyos aparatos nerviosos tienen poco en común más allá del nivel fotorreceptor periférico (e. gr. insectos, peces, aves, y primates) y que habitan contextos ambientales considerablemente diversos, poseen, sin embargo, la visión del color.
2. A pesar de estos puntos en común, la visión del color varía entre las especies y los grupos de animales. Entre las variaciones más destacadas se encuentran el tipo (dimensionalidad) y la cantidad (sensibilidad) de la visión del color y sus sustratos neuronales. Estas variaciones implican diferentes espacios fenoménicos del color, algunos de los cuales son inconmensurables. Estos dos fenómenos restringen cualquier intento de explicar la visión del color y la ontología del color. Nuestra afirmación es que restringen dicha teoría para que sea *experiencialista y ecológica*: el color puede entenderse solamente en relación con la percepción visual de un individuo o especie dados (al contrario del objetivismo); pero dicha experiencia visual solo puede entenderse en el contexto de su encarnación ecológica (al contrario del subjetivismo) (Thompson, Palacios, & Varela, 1992, pág. 22).

---

*mental forman las categorías básicas*” (Lakoff G. , 2012, pág. 6). Con el estudio de las activaciones neuronales se intenta resolver en una sola movida el problema de la percepción y el problema del significado de las expresiones lingüísticas. Pero señalar una correlación entre dos hechos empíricos no resuelve un problema relacionado con la construcción de sentido.

El argumento comparativo comparte con el argumento de la variación la diferencia experiencial que se sigue de los cambios en el sistema visual; en este caso, variaciones inter-especies. Y comparte con el experiencialismo el subjetivismo que Lakoff y Johnson extraen de dicha variación: la idea de que el color no es una propiedad objetiva sino una cualidad emergente. Sin embargo, establece como derrotero teórico la explicación de la experiencia en términos de una *encarnación ecológica*, un punto sobre el que Lakoff y Johnson pasan por encima, pero que es la cuerda que se tiende entre la propuesta enactiva y la fenomenología. Para el enfoque enactivo, la relación entre el organismo y el entorno es co-emergente, pues ninguno de los dos polos se concibe como algo ontológicamente dado. Por eso, la idea es que solamente es posible dar cuenta del color comprendiendo la dinámica de la interacción animada que da lugar a un mundo para un sujeto, un giro que supone un cambio en el problema que se quiere resolver: ya no se trata de dar cuenta del contenido de la experiencia perceptiva, sino de dar cuenta del proceso de co-determinación recíproca de la interacción organismo-entorno. Y esta es la diferencia importante que guarda el enfoque encarnado con el de Lakoff y Johnson: la importancia de la encarnación ecológica y su caracterización fenomenológica. Se podría decir que eso es lo que plantean Lakoff y Johnson con su énfasis en la interacción y en el ciclo perceptivo que involucra la superficie, la luz y el sistema visual, pero, como dije, ese ciclo deja de lado la acción del cuerpo animado -que es central para el enfoque enactivo- y no se vincula con consideraciones de orden fenomenológico -pues es un proceso informacional en el que la experiencia no tiene cabida-.

En *La Mente Encarnada*, Varela, Rosch y Thompson (1991) sientan las bases de una nueva manera de comprender y de investigar la mente, centrada en la actividad de los organismos en el entorno. Así, dicen, “*la cognición ya no se encara como resolución de problemas a partir de representaciones; en cambio, la cognición en su sentido más abarcador consiste en la enactuación de un mundo -en hacer emerger un mundo- mediante una historia viable de acoplamiento estructural*” (Varela, F., E. Thompson y E. Rosch, 1991, pág. 205). La idea central es que el mundo no es algo dado, sino que emerge y se constituye mediante la acción encarnada de los organismos en el entorno. En ese marco teórico, la fenomenología juega un

papel importante en tanto que las descripciones fenomenológicas darían pistas para comprender la dinámica de la interacción y la emergencia del mundo desde una perspectiva en primera persona. La presentación más puntual de este cruce la hace Thompson en *Mind in Life* (2007), un libro escrito con el aliento que dejó la muerte de Varela y que se entiende como la continuación de su primera publicación conjunta en 1991.

En la primera página del libro, Thompson plantea que el tema central es el de la continuidad entre la vida y la mente, una idea que muchas páginas después presentará en el marco de la reflexión filosófica sobre la vida como la tesis de la *continuidad profunda*: “Según esta tesis, la vida y la mente comparten un conjunto de propiedades organizacionales básicas, y las propiedades organizacionales distintivas de la mente son una versión enriquecida de aquellas fundamentales para la vida. (Thompson, 2007, pág. 128). Se trata de una *continuidad profunda* porque además de la continuidad organizacional hay también una continuidad fenomenológica. Esto quiere decir las herramientas con las que la fenomenología intenta describir la experiencia humana son aplicables a la vida misma. La fenomenología, entonces, deja de ser simplemente una filosofía de la experiencia, para convertirse en una filosofía sobre la vida.

Desde una perspectiva fenomenológica, el sujeto animado es tanto parte del mundo como condición del mundo; el mundo vivido es siempre mundo para un organismo, pero el organismo es un organismo *en* el mundo. El recorrido que parte del problema estático de la aperccepción y llega al papel constitutivo del cuerpo animado señala la manera en que esta aparente paradoja se disuelve: toda experiencia es experiencia vivida; toda experiencia tiene lugar en el escenario de la vida. Para una perspectiva naturalista, desde un enfoque en tercera persona, el objeto de estudio es la *vida*, los organismos vivos, mientras que, para una perspectiva fenomenológica, el estudio de la experiencia revela la dinámica animada del *vivir*, de la *animación*. Vivir es, al mismo tiempo, la pertenencia a un mundo -existir *en* un mundo- y la fenomenologización del mundo -la constitución vivencial de un mundo para un ser-animado. La exploración fenomenológica de la experiencia corporal, que ha sido el centro del trabajo de Maxine Sheets-Johnstone (2011), muestra que la relación con el mundo y el modo de estar en el mundo es la animación.

En este sentido, antes que la localización, antes que un lugar, el vínculo con el entorno es la dinámica del cuerpo. Y es en este marco de comprensión que tiene sentido entender entonces la receptividad y una forma de actividad básica que constituye el modo de estar en el mundo: el movimiento en relación con el mundo es un afecto antes que un efecto. En este sentido, los colores no se deben tener simplemente como propiedades de los objetos ni como sensaciones sin más, sino como rasgos vivenciales asociados con la dinámica de la vida: con el *vivir*. Una caracterización estática de la experiencia concibe los rasgos sensibles como una captura unidireccional del acto consciente, como si se tratara de una linterna que ilumina y hace visible una porción del campo visual. Sin embargo, el estudio genético descubre nuevas estructuras que laten por debajo del nivel de los actos. En este dominio experiencial básico, las sensaciones no son la mera materia inerte o pasiva del acto consciente, sino que se revelan en una dimensión *vivaz* que se constituye como tal en el encuentro que tiene lugar entre el sujeto y el mundo. El sujeto, en efecto, tampoco es un ente inerte o pasivo, ni un pensador escindido del vínculo encarnado con el entorno, sino un cuerpo animado, situado (*impulsado* tal vez sea una expresión mejor) corporalmente en el mundo. El contacto afectivo basal con el mundo es, así, una relación intensa, entre dos fuerzas positivas que se constituyen en la dinámica misma de la interacción: el tirón afectivo del mundo sobre el ego encarnado, y el volcarse afectivo del ego sobre el mundo vivido:

Por afecto nos referimos a la atracción<sup>17</sup> dada a la conciencia, el tirón particular que un objeto dado a la conciencia ejerce sobre el ego, un tirón que se relaja con el acto de volverse atentamente del ego, y que continúa desde aquí en el esfuerzo por alcanzar la intuición de lo dado (Hua XI, 149 [196]).

---

<sup>17</sup> El término en alemán es *Reiz*, que en español se ha traducido como “estímulo”. En la traducción al inglés de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*, Steinbock usa la expresión en inglés *allure*, que justifica así atinadamente:

Más que limitar *Reiz* a una relación psicofísica cuantitativamente definida, o de definirlo como una conexión causal entre una agitación física por parte del mundo externo sobre el sistema nervioso, o como determinando naturalmente la vida psíquica interna, Husserl le dio al concepto de *Reiz* un sentido fundamentalmente nuevo; lo hizo trayendo el concepto de *Reiz* a la relación *motivacional* entre el cuerpo vivido [Leib] y las objetividades intencionales en un contexto vivido, y también implicándolo en el proceso de apercepción y las formaciones de la conexión asociativa entre una dación perspectival y otra. (...) Para evitar connotaciones mecanicistas, reduccionistas o conductistas, traduzco el término *Reiz* como “atracción” (Steinbock, 2001, pág. xlv)

La relación que se constituye en el contacto animado (afectivo, dinámico) con el mundo es la génesis fenomenológica del sentido, una idea que es el envés fenomenológico del enfoque enactivo.

Volviendo sobre los colores y la variación, para el enfoque enactivo las diferencias inter-especies son solamente un punto de partida para definir un campo de trabajo teórico, interesado genuinamente en el carácter animado y vivencial de la interacción. Por eso, la captura de un color se debe entender como un momento de un proceso perceptivo dinámico en el que cada intuición sensible presente hace parte de un marco temporal más amplio extendido retencional y protencionalmente. La estructura del tiempo es, así, una estructura *enactiva*.

Como dije antes, Lakoff y Johnson relacionan la tesis que presentan sobre los colores en *Philosophy in the flesh* como emparentada con el enfoque enactivo de Varela y Thompson. Sin embargo, este no es el caso, no sólo porque no trabajan con las herramientas fenomenológicas, sino porque la vida y la animación, que son la clave para comprender el problema de la interacción, son temas que se dejan de lado para optar por una posición sobre el cuerpo alejada de la idea del *Leib* y cercana a la del *Körper*. Para profundizar un poco más en esto, voy a volver sobre el problema de la variabilidad, para recorrerlo con lo dicho sobre la interacción y la fenomenología.

#### **2.4.3. La variación, de nuevo.**

Para el argumento de la variación, el problema consiste en la imposibilidad de acceder a las propiedades reales del objeto debido a la variación que caracteriza las experiencias del color. En otras palabras, el argumento de la variación sostiene no es posible establecer las condiciones en las que un sujeto percibe verídicamente un color. Si la percepción del color es siempre relativa a las condiciones circunstanciales ambientales y fisiológicas, diría el argumento, ¿cómo establecer la primacía de unas condiciones sobre otras, de una manera que no resulte arbitraria? ¿Es, por ejemplo, el *rojo* de mi taza lo que ve un daltónico o lo que ve un hombre con el lente gastado, o lo que veo yo? ¿O el que vemos por la mañana o el que

vemos por la tarde? ¿O es el que ve un lagarto o el que ve mi madre? El punto de partida del argumento comparativo de Thompson, Palacios y Varela es compatible con el argumento de la variación, pero para ellos el problema del acceso verídico a la realidad es un problema secundario, toda vez que el mundo vivido es una construcción emergente que resulta del acoplamiento enactivo entre el organismo y el entorno.

Esta, sin embargo, no es la línea que siguen las posiciones filosóficas comprometidas con una ontología de objetos y propiedades. Por eso, en las discusiones corrientes en filosofía sobre el tema del color, la variabilidad es relevante porque señala una oposición entre la realidad y la apariencia que conduce a una situación en la que no es posible establecer las condiciones de acceso epistémico a las propiedades reales de los objetos. Dada esta situación, las alternativas filosóficas más conocidas son estas dos: la primera consiste en disolver la dicotomía apariencia-realidad negando la apariencia, y afirmar que lo que ve un sujeto en cada momento es, efectivamente, el color de los objetos, y que las diferentes capturas del color de un objeto, que serían tenidas en el argumento de la variación como variaciones con respecto a un color constante, son, en realidad, capturas efectivas de colores diferentes. Así, el rojo de mi taza al amanecer, el rojo de mi taza a mediodía, y el rojo de mi taza en la noche, iluminado por la lámpara de mi escritorio, no serían variaciones con respecto a un único color, sino percepciones de tres colores diferentes. Esa es la posición de Cohen (2009), para la que los colores son propiedades relacionales: no existe la propiedad *azul* sin más, sino “*azul para el sujeto A en la circunstancia C*”.

La otra posibilidad, más interesante para lo que vengo diciendo, es el eliminativismo, que disuelve la relación apariencia-realidad, ya no negando la apariencia, sino negando la realidad de los colores. Para el eliminativismo, los colores, tal como los vivimos en la experiencia visual, son en realidad respuestas subjetivas a una realidad acromática. Creemos erróneamente que los colores están en los objetos, cuando en realidad los objetos no tienen ningún color. Se trata de una posición que se sigue de los hallazgos de la ciencia de la visión que muestran cómo el color, en su dimensión cualitativa, es una construcción del sistema visual. En su versión básica, el eliminativismo sostiene que los colores son propiedades físicas del cerebro (Hardin, 1988); en otra versión, los colores se entienden como una

proyección ficticia que resulta del funcionamiento de nuestro sistema visual. Boghossian y Velleman exponen así su tesis:

La proyección que propone esta propuesta tiene como resultado que el contenido intencional de la experiencia visual representa los objetos externos como teniendo cualidades cromáticas que pertenecen, de hecho, solamente a regiones del campo visual.

(...)

La posición proyeccionista de la experiencia del color es, en nuestra opinión, la que se le ocurre naturalmente a cualquiera que aprenda los hechos rudimentarios acerca de la luz y la visión (Boghossian & Velleman, 1989, pág. 96 y 97)

En cualquiera de sus versiones, eliminativismo afirma lo mismo que Lakoff y Johnson, esto es, que los colores no son una propiedad objetiva del mundo, y lo hace por las mismas razones: los colores parecen ser propiedades cualitativas que poseen los objetos, pero en realidad, se trata de una ilusión producida por el funcionamiento del sistema visual.

Sin embargo, Lakoff y Johnson insisten en que la suya es una posición interaccionista, y afirman que la de Herdin es una defensa del subjetivismo que no tiene en cuenta la interacción (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 26). No obstante, creo que la de Lakoff y Johnson es, efectivamente, una tesis eliminacionista, y por eso mismo una tesis subjetivista, con el problema adicional de que Lakoff y Johnson intentan vincular su posición sobre el color con una teoría sobre el significado de las expresiones lingüísticas (que, en el caso de los colores, encuentro muy difícil de entender). En efecto, y esto es muy importante, el eliminativismo no es, de suyo, un argumento a favor de la tesis de Lakoff y Johnson sobre los conceptos de color. Para el ficcionalismo, por ejemplo, que es una tesis conceptual que se desprende de aceptar la tesis del eliminativismo, del hecho de que los colores no son una propiedad de los objetos, se sigue que la mayoría de los juicios sobre los colores son sistemáticamente falsos, pero no que los conceptos son algo así como *conceptos encarnados*. Antes bien, el ficcionalismo sostiene que es posible concebir el discurso sobre los colores como ficticio, pero no por eso como privado de sentido:

los ficcionalistas sostienen que el discurso [de los colores] “implica o encarna una teoría que es falsa” pero prescribe que debemos “seguir usando el discurso, al menos en muchos contextos, como si este no fuera el caso (Joyce, 2001: 185) Seguir usando el discurso como si fuera verdadero requiere reemplazar una afirmación por un acto de simulación, lo que equivale a pretender que se afirma que las cosas son coloreadas (Gatzia, 2008, pág. 39).

El recorrido por el eliminativismo y el ficcionalismo deja ver, de nuevo, que lo que Lakoff y Johnson consideran como un argumento en favor de sus tesis, es en realidad solamente un punto de partida para construir una posición filosófica que puede ser más robusta. Para el ficcionalismo, aceptar que los colores no son propiedades objetivas no quiere decir que el objetivismo es falso; quiere decir, simplemente, que las afirmaciones sobre los colores son ficticias.

Dicho esto, es mucho más claro que, contrario al nombre que le dan a su propuesta -el *experiencialismo*- Lakoff y Johnson proponen una teoría sobre la mente ajena al análisis de la experiencia, que entiende el color en los términos en los que lo hace una teoría científica. El eliminativismo implícito en Lakoff y Johnson lleva a aceptar que el mundo tal como lo vivimos, en su dimensión cualitativa, es una ilusión, una afirmación que corre en contra de la experiencia que tenemos del mundo. El camino de la fenomenología es el contrario: el regreso a las cosas mismas es el regreso al mundo antes del conocimiento científico, una esfera que se debe dilucidar fenomenológicamente. Y el problema que se deriva del análisis de la experiencia es diferente del que se sigue del argumento de la variación, pues no se trata de dar cuenta de la posibilidad de tener un acceso epistémico al mundo, sino de la manera como se constituye la experiencia de un mundo trascendente a la conciencia.

#### **2.4.4. Dos constancias perceptivas: Lakoff y Johnson y Noë.**

Una manera iluminadora de capturar el contraste entre una tesis basada en el conocimiento empírico sobre el funcionamiento del sistema visual, como el que trabajan Lakoff y Johnson, y una descripción fenomenológica, es el caso de la constancia perceptiva. En la defensa de la idea de que el color no es una propiedad objetiva, Lakoff y Johnson presentan el caso de la constancia perceptiva, pero lo hacen en su versión neurofisiológica, enfocada en entender y explicar el funcionamiento del cerebro, la constancia perceptiva tiene que ver con la oposición que hay entre el valor de los estímulos que impactan la retina y el valor cualitativo de la experiencia, y el problema que se debe resolver es el de cómo estímulos con valores diferentes dan lugar a experiencias en los que la diferencia desaparece. Vemos un objeto del mismo color, aunque los estímulos que impactan la retina tengan un valor diferente. Este

es el problema que presentan Lakoff y Johnson para defender la tesis de que la experiencia del color depende del funcionamiento del sistema visual:

Bajo diferentes condiciones las ondas de luz que provienen de [un] banano van a variar considerablemente, sin embargo, el color del banano va a permanecer constante; va a verse más o menos igual. La constancia del color depende de la habilidad del cerebro para compensar variaciones en la fuente de luz. (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 23)

En ambientes con iluminación diferente, el estímulo proximal, el que impacta la retina, es diferente, pero el color se percibe como si fuera el mismo, pues -en la explicación de Lakoff y Johnson- nuestro cerebro compensa las variaciones en el estímulo. Por eso el color del banano no es un asunto que se pueda definir atendiendo únicamente a la superficie del objeto, sino que debe incluir el papel del cerebro en el procesamiento de la información visual.

Digo que la presentación del caso de la constancia perceptiva deja ver con claridad la distancia que guardan Lakoff y Johnson con respecto a la experiencia, porque atendiendo a la fenomenología del color, el problema *filosófico* que se desprende es justamente el contrario: a pesar de que percibimos variaciones en las cualidades de un objeto, tenemos la experiencia de que la propiedad permanece constante. El argumento de la constancia perceptiva parece afirmar justamente lo contrario al argumento de la variación: podemos afirmar que el color es una propiedad de los objetos porque a pesar de las variaciones, percibimos propiedades que permanecen constantes.

Es claro que el fundamento de cada posición es diferente: el argumento de la variación se apoya en datos físicos y neurofisiológicos, mientras que el argumento de la constancia se sigue del análisis de la experiencia. La caracterización de la constancia centrada en las características físicas del estímulo y la operación del sistema visual, que es lo que hacen Lakoff y Johnson, refuerza una posición eliminativista. Fenomenológicamente, sin embargo, la constancia se plantea como una diferencia efectiva que se detecta en el dominio de la experiencia, y la captura de esa diferencia se debe hacer compatible con el hecho de que, en la experiencia ordinaria, no consideramos que la propiedad del objeto cambie. Por ejemplo, el ratón de mi computador tiene en este momento dos zonas luminosas que se identifican claramente, pero si muevo mi cuerpo de un lado a otro, las zonas luminosas se desplazan a

lo largo de la superficie y cambian de forma y de tamaño. Sucede lo mismo con la forma: cuando observo una mesa rectangular desde la cabecera, las líneas laterales de la mesa tienden a converger y la apariencia parece la de un trapecio. En uno y otro caso, sin embargo, el color del ratón y la forma de la mesa se perciben como constantes.

Entiendo que desde la perspectiva de Lakoff y Johnson el problema de la variación no resulta pertinente porque el hecho mismo de suponer que hay una propiedad constante implicaría aceptar la tesis del objetivismo. Sin embargo, negar el objetivismo no los exime de dar cuenta del fenómeno de la constancia perceptiva. De hecho, el desafío que deben enfrentar es justamente el de dar respuesta al argumento de la constancia, pues del fenómeno de la constancia se sigue que los colores son propiedades objetivas, que es lo que Lakoff y Johnson pretenden negar. Volviendo sobre el ratón de mi computador, los cambios en la luminosidad se perciben como cambios en la apariencia visual del ratón, no como cambios del color del ratón, que sería el caso si derramara un poco de pintura blanca sobre su superficie. Así, la cuestión parece ser si es posible dar cuenta de la constancia perceptiva y defender una tesis para la que la interacción sea lo primero. Algo como esto es, precisamente, la tarea que lleva a cabo A. Noë en *Action in perception*:

Tenemos experiencia del color como aquello que es, en un rango amplio de casos, *invariante* en medio de la aparente variación.

De esta manera, pues, la percepción del color y de la forma están a la par. Usted tiene experiencia de la circularidad del plato en el hecho de que se ve elíptico desde aquí y que su apariencia elíptica cambia (o cambiaría) de manera precisa en la medida en que su relación con el plato, o la relación del plato con el entorno, cambie. De la misma manera, experimentamos el color del muro en el hecho de que el color aparente del muro varía en la medida en que cambia la iluminación (Noë, 2004, págs. 127-128).

Noë sostiene que la percepción tiene un contenido doble: presenta propiedades constantes, por un lado, y por el otro, propiedades perspectivales (que llama propiedades-p y que, valga decir, son un tema central en el comentario de Schellenberg (2016) a Peacocke y la diferencia entre el Nivel 0 y el Nivel 1 que presenté antes). Así, hay un sentido en el que se entiende que una moneda se ve circular, pero otro en el que se ve una elipsis. La idea de Noë es que las propiedades perspectivales están relacionadas con el punto de vista, y son *perceptivamente más básicas* que las propiedades constantes. Esto quiere decir que la

representación de las propiedades constantes depende de la captura práctica de la manera en que las propiedades perspectivales cambiarían en relación con el movimiento, y por eso no se capturan de manera directa. Así, la percepción de la circularidad dependería de un conocimiento sensoriomotor relacionado con la manera en que la forma elíptica cambiaría si quien la percibe, o si el objeto mismo, se movieran.

Tenemos experiencia del plato *como circular* precisamente porque encontramos su vista elíptica desde aquí, y entendemos las transformaciones que la aparente forma elíptica (el aspecto) tendría cuando nos movemos. Esto es, entendemos que su apariencia elíptica depende de nuestra relación espacial [con el plato], una relación modulada por el movimiento. Cuando usted se mueve con respecto al plato, su perfil cambia. Capturamos que la manera en que su perfil cambia mientras nos movemos. (...) Nuestra apreciación de su forma real [*actual shape*] consiste en nuestra percepción de su perfil y nuestro entendimiento acerca de la manera como el perfil, la forma aparente, depende del movimiento (Noë, 2004, pág. 78).

El punto central de la tesis de Noë, insisto, es que la forma aparente es preceptivamente más básica que la forma real. La percepción de la circularidad no se da, entonces, en una captura directa de la forma del plato, sino que se entiende en términos de las variaciones sensoriomotoras de los perfiles, en relación con el cambio de perspectiva. En el caso del color el asunto es más complejo, pero sigue la misma idea, sólo que además de ser dependientes del propio movimiento, las variaciones del color dependen de cambios en el entorno:

La teoría enactiva de la experiencia del color propone una explicación acerca de la naturaleza del color. El color de un objeto es la manera en que su apariencia varía en la medida en que las condiciones relevantes cambian, por ejemplo, en la medida en que la luz del ambiente se oscurece en el transcurso del día, o en que la fuente de luz se mueve, o en que el objeto se mueve de un tipo de luz (digamos, la luz del día) a uno diferente (e.gr. la luz de la luna, o la luz del fuego). Los colores son maneras en que las cosas coloreadas cambian su apariencia en la medida en que las condiciones críticas del color cambian.

(...)

Un objeto con un determinado color *actúa sobre*, o *responde a*, su entorno de una manera especial. Por ejemplo, aumenta su oscuridad de una manera característica cuando está a la sombra, y se vuelve más parduzco en la luz verde; se resalta entre cosas azules, de la manera característica en la que las cosas rojas resaltarían entre cosas azules, pero se confundiría entre esas cosas rojas, etc. (Noë, 2004)

A diferencia de la forma, el color está sujeto a contingencias ambientales. En el primer caso, las expectativas que se desprenden de las contingencias se relacionan con el movimiento, mientras que, en el segundo, se relacionan con cambios en el entorno.

El caso de la constancia, en su dimensión experiencial, es diferente al que presentan Lakoff y Johnson. Noë plantea el problema de la constancia en términos de la descripción de la experiencia, y resuelve el asunto de la mano de una teoría para la que la interacción dinámica con el entorno es lo primero. Entiendo que la propuesta de Noë (2005) es posterior a la publicación de *Philosophy in the flesh* (1999), pero debo decir que una tesis semejante se encuentra ya en la fenomenología de Husserl. Una propuesta que, además, creo que es más acertada -con algunas modificaciones- que la de Noë, por dos razones diferentes: en primer lugar, porque da cuenta de la constancia de una manera más ajustada al análisis de la experiencia; y en segundo lugar, porque admite una caracterización más rica del lugar del cuerpo en la percepción.

Uno de los puntos más problemáticos de la propuesta de Noë es que “*el contenido de la experiencia (...) es virtual hasta el final [all the way in]*” (Noë, 2004, pág. 134). Por eso es que, de entrada, la tesis de Noë parece compatible con la crítica al objetivismo de Lakoff y Johnson, pues el estatuto epistémico de una propiedad perspectival percibida y una propiedad perspectival posible es el mismo: la moneda elíptica tiene el mismo estatuto que la moneda vista desde otros puntos de vista. En otras palabras, no habría algo así como un punto de vista privilegiado en el que se tuviera un acceso directo a la propiedad objetiva. Incluso si viéramos la moneda de frente, la circularidad se contaría como una vista más dentro de las posibles capturas que podríamos tener del objeto.

Sin embargo, esta caracterización de la percepción no parece compatible con la idea del sentido común -y con el objetivo mismo del análisis fenomenológico- según la cual cuando vemos un objeto, lo percibimos con una forma y un color invariante. De hecho, la moneda nunca tiene una forma *elíptica*, sino una forma circular inclinada, y el hecho de caracterizar la captura perspectival como una propiedad independiente del objeto parece una multiplicación innecesaria de las propiedades visuales. En este momento miro mi taza, la giro y cambio su posición con respecto a mí: la captura del círculo ciertamente cambia, pero mentiría si dijera en cualquiera de los casos que observo una elipse. Es claro que con respecto a la manera en que aparece desde una perspectiva dada, podemos anticipar cómo va a cambiar

la manera en que la forma circular se presenta, pero sin dejar de percibirla como una circunferencia. Si esto es así, la tesis de Noë debe revisarse. Y creo que una manera interesante de hacerlo es volviendo de nuevo sobre Husserl.

#### **2.4.5. La constancia en Husserl: la versión estática.**

En las *Investigaciones Lógicas*, Husserl plantea así el problema de la constancia perceptiva así:

El color visto -esto es, el color que en la percepción visual aparece con y en el objeto aparente, como una cualidad de éste, y que es puesto en unidad con éste como existiendo actualmente-, si existe en algún modo, no existe ciertamente como una vivencia; pero le *corresponde* en la vivencia, esto es, en el fenómeno perceptivo, un elemento real [del acto]. Le corresponde la *sensación de color*, el momento cromático fenomenológico, cualitativamente definido, que experimenta una «aprehensión» objetivadora en la percepción o en un componente de la misma que le pertenece privativamente («fenómeno de la coloración objetiva»). No raras veces se confunden ambas cosas, la sensación de color y el colorido objetivo del objeto. (...) Pero en contra de esto basta señalar la diferencia fácilmente aprehensible entre el rojo de esta esfera, visto objetivamente como uniforme, y la gradación de las sensaciones cromáticas subjetivas, indudable y hasta necesaria justamente en la percepción misma, diferencia que se repite respecto de *todas* las clases de propiedades objetivas y las complexiones de sensaciones correspondientes a ellas (Husserl, 1999, págs. 472 [Hua XIX, 357]).

En la cita, Husserl distingue las dos dimensiones que dan lugar al problema de la constancia perceptiva: propiedad objetiva y sensación subjetiva. Se trata de un análisis que lo va a llevar, en *Ideas I*, a plantear esta relación en términos de una correlación entre sensaciones inmanentes y propiedades sensibles trascendentes:

El color de la *cosa* vista no es, por principio, un momento ingrediente de la conciencia de color. El color aparece, pero mientras aparece, la aparición puede alterarse continuamente y en la experiencia acreditante TIENE que hacerlo. EL MISMO color aparece “en” continuas multiplicidades de MATIZACIONES de color.

(...)

No hay que perder de vista, con todo rigor, que los datos de la sensación que ejercen la función de matización de color, la matización de la lisura, la matización de la figura, etc. (la función de presentación), son por principio distintos del color puro y simple, la lisura pura y simple, la figura pura y siempre, en suma, de toda especie de momentos CÓSICOS. LA MATIZACIÓN, AUNQUE LLEVE EL MISMO NOMBRE, NO ES, POR PRINCIPIO, DE MISMO GÉNERO QUE LO MATIZADO.

La matización es vivencia. Pero una vivencia sólo es posible como vivencia y no como algo espacial. Lo matizado, empero, sólo es posible, por principio, como algo espacial (es, precisamente en esencia, espacial), pero no posible como vivencia (Husserl, 2013, págs. 165, 166 [Hua III, 74 y 75]).

El análisis de Husserl admite que hay un sentido en el que el color se entiende como una sensación y otro en el que el color se entiende como una propiedad. Así, el caso de la constancia perceptiva es uno en el que las apariencias, las matizaciones, cambian, pero el objeto no.

Como se sabe, Husserl usa en *Ideas I* la expresión *datos hyléticos* para nombrar los rasgos sensibles de las vivencias intencionales. Se trata de las partes reales (los “momentos ingredientes”) de los actos conscientes, inmanentes al acto, que se tienen como elementos temáticos solamente en el acto reflexivo de la reducción fenomenológica. En las *Investigaciones Lógicas*, Husserl había planteado que la dirección del acto intencional está definida por la materia y la cualidad del acto, que serían sus momentos esenciales, y que el contenido sensible juega solamente un papel en la manera como se da el objeto a la conciencia en los casos en los que hay una captura intuitiva del objeto (como en la percepción):

Las sensaciones y sus complejones revelan que no todas las vivencias son intencionales. Un trozo cualquiera del campo visual, cualesquiera que sean los contenidos visuales que lo llenan, es -considerado solo en cuanto las sensaciones- una vivencia, que puede comprender muchas clases de contenidos parciales; pero *estos* contenidos no son objetos intencionados por el todo, no son objetos intencionales en él (Husserl, 1999, págs. 493 [Hua XIX, 383]).

Las sensaciones, pues, no son representaciones visuales mentales privadas relacionadas con propiedades objetivas, y tampoco son objetos percibidos a los que se dirige el acto de la conciencia. El acto y los componentes inmanentes son vividos prerreflexivamente, pero no hacen parte del contenido intencional del acto. La percepción, esto es, la vivencia de la percepción, se altera constantemente, se extiende temporalmente en un flujo cambiante de sensaciones, mientras que la cosa a la que se dirige el acto no. En otras palabras, los datos son inmanentes, mientras que el objeto y sus propiedades son trascendentes; el flujo de la experiencia es inmanente, mientras que lo trascendente es lo constante.

Por eso, volviendo sobre la cita, el color del objeto no cambia, pero la aparición sí. Las sensaciones, que se tienen en la experiencia y solamente en la experiencia y que tienen la función de presentar perspectivamente colores, texturas o formas, son diferentes del color, la forma o la textura de la cosa misma. Ese es el sentido de la cita con la que abrí el numeral. Los objetos intencionales y sus propiedades no son parte integrante del acto, sino que son a lo que el acto se dirige, mientras que los datos sensibles sí son una parte integrante inmanente del acto intencional. Por eso dice Husserl: “*veo una cosa; por ejemplo, esta caja; pero no veo mis sensaciones*” (Husserl, 1999, págs. 501 [Hua XIX, 395]).

Ahora bien, si las sensaciones no son intrínsecamente intencionales, Husserl debe mostrar cómo es posible que participen del acto intencional. Si de los objetos de la percepción tuviéramos sólo sensaciones, entonces los objetos se deberían entender como una suma de datos sensibles, que es el tipo de visión que se desprende de la filosofía empirista. Por el contrario, Husserl sostiene -en la cita con la que abrí este numeral- que la captura intencional de un objeto depende de la *aprehensión objetivadora* de los contenidos sensibles. El acto perceptivo, digámoslo de nuevo, está dirigido al *objeto* intencional, que trasciende el acto. El papel de la aprehensión consiste entonces en dotar de sentido a los contenidos reales (ingredientes) de la consciencia (esto es, a los datos sensibles) y darle al acto su carácter intencional.

Husserl señala que el papel de la aprehensión en la caracterización de la experiencia perceptiva permite dar cuenta de la posibilidad de que un mismo contenido real sensible se tome como la presentación de objetos diferentes, como sería el caso del pato-conejo o, como ilustra el mismo Husserl, el de un maniquí (1997a, págs. 39 [Hua XVI, 45]). En este caso, un mismo conjunto sensible se aprehende (se interpreta), ya como un ser humano, ya como una figura de cera. Por otra parte, el papel de la aprehensión también da cuenta de la posibilidad de que diferentes percepciones, diferentes en cuanto a su contenido sensible, sean percepciones de un mismo objeto, es decir, que la aprehensión de diferentes sensaciones se dirija al mismo objeto.

El papel de la *aprehensión* en la propuesta de Husserl es, así, el de darle un lugar a los datos hyléticos en el acto intencional; quiero decir, un papel que de suyo no tienen: el hecho de ser presentaciones *de* un objeto *para* un sujeto:

un objeto trascendente, como una cosa, sólo puede ser constituido cuando un contenido inmanente es constituido como un sustrato, que a su vez es sustituido, por así decirlo, por la función peculiar de la matización (*Abschattung*), de una aparición que se muestra (Husserl E. , 2001, pág. 54 [Hua XI 17])

Este cambio de estatuto no significa que la *aprehensión* sea una manera de objetivizar los contenidos sensibles; entender así el asunto querría decir que el acto captura la sensación como su objeto, cuando de lo que se trata es de capturar el objeto percibido. Tampoco quiere decir que por medio de la *aprehensión* un dato hylético es interpretado como la manifestación visible de una propiedad oculta e inaccesible; antes bien, se trata de un logro de la conciencia que consiste en darle a los datos inmanentes un sentido diferente, esto es, el de ser presentaciones de un objeto trascendente. Para Husserl, el acto *aprehensivo* es “*la unidad de la materia y el contenido representante por medio de la forma aprehensiva*” (Husserl, 1999, pág. 599). Por su parte, el contenido representante es “*el contenido (sensible, en el caso de la intuición sensible) que ha tomado el carácter de representante intuitivo al entretenerse ahora con una esencia intencional*” (Husserl, 1999, pág. 662). Los datos hyléticos no son propiedades del objeto, pero cuando se tienen juntos con la materia intencional del acto, se tiene un acto perceptivo que captura el objeto desde un punto de vista.

Así las cosas, cuando le digo a alguien que “la boca de mi taza es circular”, el contenido intencional del acto interpretativo que lleva a cabo mi oyente dirige la conciencia a una taza con una boca circular. Pero solamente viendo la taza tal como se da directamente en la percepción, esto es, cuando el acto está cargado de contenido sensible, la “circularidad” resulta una propiedad perspectivizada espacialmente: por ejemplo, un círculo inclinado si la observo sobre la mesa delante de mí. De igual manera, cuando le doy la vuelta a la moneda no la percibo como cambiando de forma: el objeto de mi experiencia es siempre un objeto circular. Lo que pasa es que, debido a que la percepción es perspectival, la manera como se presenta la forma de la moneda sí cambia. Todo acto perceptivo tiene un lugar, un punto de vista, por eso las propiedades se presentan ora de una manera, ora de otra, pero la propiedad

es la misma: si veo la moneda de frente o si la veo inclinada, veo una moneda circular, sólo que la circularidad se presenta, en el primer caso de una manera, y en el segundo caso de otra manera.

El caso de color resulta más complicado, aunque, en principio, la idea sería la misma: las matizaciones se tienen como presentaciones de un color para un punto de vista en un momento determinado, en un contexto determinado. Si veo una esfera iluminada desde arriba, la esfera aparece dividida en dos zonas, una más iluminada que la otra. De acuerdo con lo dicho, lo correcto sería afirmar que la esfera tiene una propiedad que se presenta o se matiza de diferentes maneras en relación con un punto de vista, solamente que, en este caso, la captura tiene lugar en relación con la iluminación del entorno. Como dice Husserl todo acto perceptivo se da en relación con un *fondo*, una expresión que introduce para señalar el hecho de que los objetos aparecen en relación con otros objetos a los que puedo volver la mirada atencional. Sin embargo, estirando un poco la noción, la iluminación también hace parte del entorno. Aunque no percibimos la luz, percibimos los colores en relación con la luz, y la correlación entre la iluminación y la constancia de la cosa iluminada, depende de la posición espacial de nuestro cuerpo. Volviendo sobre la esfera, si la parte de abajo se muestra más oscura, el dato hylético se interpreta (se aprehende) como *rojo a la sombra*, mientras que la de arriba como *rojo iluminado*. En este caso, la perspectiva incluye no solamente una relación con el objeto, sino también la situación en la que la percepción tiene lugar.

#### **2.4.6. La constancia en Husserl: la versión dinámica.**

En *Ideas I* Husserl defiende una posición sobre el carácter inmanente de los datos hyléticos, según la cual la diferencia principal que hay entre éstos y las propiedades de los objetos es que los primeros no son espaciales, mientras que las segundas sí lo son: “*una vivencia sólo es posible como vivencia y no como algo espacial. Lo matizado, empero, sólo es posible, por principio, como espacial*” (Husserl, 2013, págs. 167 [Hua III, 75]). Se trata de una distinción que tiene sentido solamente en el marco de una propuesta fenomenológica como la de Husserl, interesada en resolver el problema de la constitución, esto es, cómo es posible dar cuenta de la experiencia de un mundo trascendente objetivo, a partir de lo que no es trascendente (el flujo de la experiencia). Por eso, sería un error considerar que la distinción

entre el contenido inmanente y el contenido trascendente es equivalente a la distinción que hace Noë entre las propiedades perspectuales y las propiedades no perspectuales de los objetos. El contenido inmanente solamente se tiene de acuerdo con un *punto de vista* y en un *ahora* determinado: veo mi taza y la capturo en este momento de tal manera, y la exploración de la taza sigue un curso temporal inmanente de presentificaciones que se siguen de manera ordenada, según vimos, en relación con las sensaciones cinestésicas. Sin embargo, cuando Husserl afirma que una vivencia no es algo espacial, no quiere decir que la *espacialidad* de la experiencia perceptiva desaparezca; quiere decir, más bien, que la vivencia en cuanto tal no se puede vivir desde diferentes puntos de vista: la vivencia no es un objeto extenso. Lo que se matiza, lo que se presenta -el objeto trascendente y sus propiedades objetivas- es lo que puede ser capturado de múltiples maneras. En estricto sentido, los datos hyléticos no son propiedades perspectuales como las de Noë, sino partes inmanentes del acto que se capturan solamente en la reflexión, es decir, cuando el acto consciente vuelve sobre sí mismo<sup>18</sup>.

Volviendo sobre lo que me interesa, el esquema de la aprehensión, si bien resulta iluminador en relación con la caracterización de los datos sensibles y su lugar en la experiencia, deja de lado la exploración del polo noético de la relación intencional. La esfera de la sensibilidad se extiende en un flujo temporal, un asunto cuya exploración inició Husserl alrededor de 1905 en las lecciones sobre la conciencia interna del tiempo, y continuó en los *Manuscritos de Bernau*, realizados entre 1917 y 1918, y en los *Manuscritos del Grupo C*, realizados entre 1929 y 1934.

Los intérpretes de la obra de Husserl coinciden en que es en la época de la elaboración de los *Manuscritos de Bernau* que se da el giro hacia los análisis genéticos (de Warren, 2009, pág. 180; Bernet, 2010, pág. 12). Se trata de un conjunto de manuscritos en los que Husserl

---

<sup>18</sup> Dice Husserl:

Por ACTOS DE DIRECCIÓN INMANENTE, o tomados con mayor generalidad, POR VIVENCIA INTENCIONALES DE REFERENCIA INMANENTE, entendemos aquellas a cuya ESENCIA es inherente QUE SUS OBJETOS INTENCIONALES, SI ES QUE EXISTEN, PERTENECEN A LA MISMA CORRIENTE DE VIVENCIAS QUE ELLAS MISMAS. Esto es así, por ejemplo, siempre que un acto está referido un acto (una *cogitatio* a una *cogitatio*) del mismo yo, o bien un acto a un dato de sentimiento sensible del mismo yo, etc. (Husserl, 2013, págs. 159 [Hua III, 68])

aborda el problema de la constitución temporal de la experiencia, dejando de lado una primera aproximación anclada todavía al esquema de la aprehensión, para dar paso a una exploración final en la que el análisis de la *protención*, ausente en las lecciones de 1904, revela el carácter dinámico de la experiencia. En ese trabajo, Husserl va a caracterizar una esfera de *sentido* experiencial diferente al de la *materia* del acto intencional: una estructura pre-noemática que revela las capas básicas de la experiencia y deja ver dimensiones constitutivas que escapan al análisis estático.

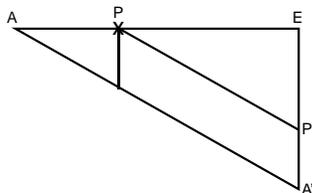
Como indiqué en el numeral 2.3.1.1., la captura intuitiva de la presentación originaria no es simplemente un punto de partida<sup>19</sup>, sino un punto de tránsito en el que se cruzan la retención y la protención<sup>20</sup>. La experiencia no es solamente un dejar atrás, sino -y fundamentalmente-

---

<sup>19</sup> En las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, de 1905, Husserl se ocupa de la constitución del tiempo, que aborda a partir del análisis de la constitución fenomenológica de los objetos temporales -como las melodías musicales- que en su dimensión inmanente llama *fenómenos decursivos*. En esas lecciones Husserl no aborda todavía el papel de la protención y de la retención en su relación con la protención, sino que se centra en el tránsito y la relación entre la impresión originaria y la retención. En su análisis, Husserl asume como punto de partida la impresión originaria: “*estos modos decursivos de un objeto temporal inmanente tienen un inicio, un punto-fuente, por así decir. Se trata de aquel modo decursivo con que el objeto inmanente empieza a ser. El modo está caracterizado como ahora*” (Husserl, 2002, págs. 51 [Hua X, 29]).

<sup>20</sup> Si se revisan los diagramas con los que Husserl ilustra su propuesta sobre la estructura de la temporalidad de la experiencia, es fácil advertir la diferencia.

Este es el diagrama en las lecciones de 1905 (Husserl, 2002, págs. 50 [Hua X, 28])



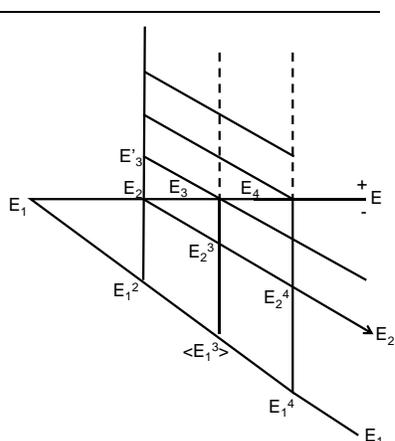
En este diagrama, la línea horizontal AE representa la duración temporal de una experiencia que inicia en A y termina en E. En decurso de la experiencia, el ahora (A) muda al pasado y “*cae de manera uniforme en la hondura del pasado*” (Husserl, 2002, págs. 51 [Hua X, 28]). La línea vertical EA' representa este hundimiento retencional de la experiencia en el momento E, por eso, aunque la experiencia presente en el momento E, que está relacionada con el instante A que ya no se tiene de manera presente sino solamente en la retención (por eso aparece como A').

Este otro es el diagrama que Husserl presenta en los *Manuscritos de Bernau* (Husserl, 2001, pág. 22 [Hua XXXIII]):

un tender hacia adelante pasivo, y cuando se captura la relación íntima que hay entre los horizontes pasados y futuros en el tejido del presente, el análisis de la temporalidad revela el polo vivido de la relación intencional.

En el marco de esta caracterización de la temporalidad, el ego deja de ser para Husserl un simple polo de identidad vacío, que era el papel que tenía en los análisis estáticos, para mostrarse como un ego que tiene una *génesis*: cada acto supone un horizonte pasado vivido y se proyecta sobre un horizonte futuro por venir, y por eso, el ego se concibe como un polo que tiene una historia propia, esto es, una génesis que se define en función de un tejido de habitualidades que se va construyendo en la dinámica misma de la experiencia mundana.

Esta condición es la que se escapa al esquema de la aprehensión que, de acuerdo con lo dicho, se debe entender como un logro de la conciencia, asentado en la esfera de la organización



En este diagrama, el momento  $E_1$  se tiene como parte del horizonte retencional de los diferentes momentos que conforman la extensión temporal de la experiencia (en el diagrama,  $E_2, E_3$  y  $E_4$ ). Por otra parte, el diagrama reconoce la protención de retenciones (de retenciones que se tienen en la protención). En efecto, en cada momento presente se anticipa el mayor hundimiento retencional de lo que, en el momento presente, se tiene ya en la retención. Así, por ejemplo, en el momento  $E_2$  se tiene  $E_1$  en el horizonte retencional, pero se anticipa el hundimiento de  $E_2$  y el mayor hundimiento retencional de  $E_1$ , una situación que tiene efectivamente lugar en  $E_3$ . Siguiendo el diagrama, en  $E_2$  se tiene  $E_1^2$  en la retención y en la protención se tienen las retenciones  $E_2^3$  y  $E_1^3$ . Esto quiere decir que la protención de un momento  $E_3$  se tiene ya en el horizonte temporal de  $E_2$ . En el diagrama, la protención del momento por venir se indica con la prolongación de la línea vertical que pasa por  $E_2$  y que se alza hasta  $E'_3$ , que sería el momento  $E_3$  en la protención. El diagrama es complejo pero muy interesante. De izquierda a derecha en el eje horizontal  $E$  se tiene la sucesión temporal como una secuencia de instantes. Sin embargo, lo que señala el diagrama es que la mera secuencia de instantes no captura la complejidad de la estructura de la temporalidad. Antes bien, la línea horizontal traza una oposición entre el horizonte del pasado, que se presenta en la parte inferior, y el horizonte del futuro, que se presenta en la parte superior, y el flujo temporal de la experiencia se captura entonces con los cortes diagonales.

pasiva de la temporalidad. Como ya lo expuse, cada impresión sensible presente se tiene como el cumplimiento de una intención vacía dada previamente en la protención, y anuncia en la protención otro momento vacío (ver nota al pie 14), y la correlación entre las cinestesis y la estructura de anticipación y cumplimiento da forma al sistema de indicaciones que define el sentido pre-reflexivo sobre el que se monta el significado intencional judicativo en la percepción. Desde un punto de vista dinámico, las diferentes capturas perspectivales de las objetividades que se extienden temporalmente en la esfera inmanente de la experiencia se relacionan entre sí siguiendo las leyes pasivas de la asociación, y tienen como logro fenomenológico la constitución de la esfera trascendente.

Volviendo sobre mi taza, las variaciones de forma y de color que conforman cada momento de la exploración perceptiva se tienen como capturas parciales que dan cumplimiento -o que frustran- una intención vacía previa: el rojo que va apareciendo en el horizonte de la forma sigue una transición que da cumplimiento al valor indicado por el perfil presente. Cada una de estas capturas parciales, sin embargo, es un momento de un curso que tiende a la *intención total* en la que se tendrían las propiedades objetivas del objeto. El problema de la constancia perceptiva se puede entender entonces, desde esta nueva perspectiva, en términos de la correlación entre las capturas parciales y la intención total. En este orden de ideas, una cosa sería el contenido conceptual ROJO, y otra el *sentido* indicativo del perfil que se presenta intuitivamente que apunta hacia lo que está más allá del horizonte que lo limita y que es anticipado perceptualmente.

Ahora bien, esta exploración genética revela una subjetividad encarnada que sirve de correlato a la estructura dinámica de la temporalidad vivida. Se trata de un *ego* que tiene una “historia fenomenológica”, esto es, de una génesis que no es la del estudio del desarrollo cognitivo abordado desde una perspectiva empírica en tercera persona, sino el que se tiene en la descripción fenomenológica y el análisis de la constitución de las capas básicas de la experiencia. Esta tematización del *ego* será el tema central de los *Manuscritos C*, pero se anuncia de manera puntual en los *Manuscritos de Bernau*, puntualmente en el *Texto No. 14*, en donde Husserl aborda la relación entre la corriente de vivencias y el Yo, de la mano de la exploración de lo que él llama la *sensualidad originaria*.

Se trata de un análisis que deja de lado, en palabras de Husserl, “*todo lo que es mío*” (Husserl, 2001 [1917/18], pág. 274 [Hua XXXIII]), es decir, el *Yo* mismo, con el propósito de revelar la esfera de “*los datos sensibles y la sensibilidad en el primer orden temporal inmanente*”. El punto interesante, sin embargo, es que, al ejecutar la reducción, esto es, al volver la mirada fenomenológica a las sensaciones y los sentimientos, Husserl se encuentra con aquello que debe dejar de lado (con aquello que debe *apagar* antes de llevar a cabo la descripción de la mera esfera sensible-temporal), esto es, con el dominio mismo del *Yo* básico, como quien se da cuenta de todo lo que tiene en la casa cuando empaca para un trasteo y quiere quedarse sólo con lo indispensable.

Por eso, el *Texto No. 14* es particularmente valioso, pues no sólo anticipa muchas de las ideas que van a ser desarrolladas en los *Análisis de la síntesis pasiva*, sino que le da un lugar más definido al *Yo*, así sea de manera indirecta. Después de anunciar la reducción, Husserl identifica específicamente dos dimensiones experienciales en relación con el *Yo* (que, insisto, enuncia porque son las que quiere *apagar*): por un lado, la *irritabilidad*, esto es, “*la esfera de las atracciones [Reize] y de las reacciones a las atracciones*”, y por el otro, “*el reino del intellectus agens*” (Husserl, 2001 [1917/18], pág. 276 [Hua XXXIII]). Con respecto al segundo dominio, la aclaración que hace Husserl es muy interesante, pues señala que se debe distinguir la esfera propia de los actos en los que el ego participa activamente -esto es, de los actos conscientes llevados a cabo de manera espontánea-, de la esfera de la participación pasiva del ego,<sup>21</sup> que en dicho texto vincula con el despertar del ego y el giro atencional. La relación entre la irritabilidad y la esfera pasiva de la participación del *Yo* teje el vínculo básico

---

<sup>21</sup> Se trata de una diferencia que Husserl expone en el §38 de las *Meditaciones Cartesianas* así:

Si empezamos preguntando en relación a nosotros, en cuanto posibles sujetos referidos a un mundo, por aquellos principios de la génesis constituyente que tengan una significación universal, estos principios se dividen con arreglo a *dos formas fundamentales*, en principios de la *génesis activa* y de la *génesis pasiva*. En la primera funciona el yo como genéticamente constituyente, por medio de actos específicos de él.  
(...)

Pero en todo caso, la estructura de la actividad presupone por necesidad como grado íntimo una pasividad que da anticipadamente algo, y siguiéndola tropezamos con la constitución por medio de la síntesis pasiva (Husserl, 1986, págs. 134 [Hua I, 112])

entre el sujeto y el entorno: cada atracción, cada ocurrencia sensible, no es solamente un acontecer en un escenario inerte, sino uno que se correlaciona y coexiste con la dimensión subjetiva de la afectividad y la acción.

Esta correlación básica es la que se pierde del análisis de Lakoff y Johnson. Al limitar la interacción a un asunto material, la actividad del organismo se diluye en una teoría centrada en explicar el funcionamiento de los mecanismos cognitivos desde una perspectiva en tercera persona. La fenomenología, por su parte, dibuja un panorama en el que el punto de partida es precisamente la co-constitución del mundo y de la subjetividad. El cuerpo se tiene en primer lugar como un cuerpo animado cuyo enlace con el mundo no se captura simplemente en términos de contingencias sensoriomotoras *a la Noë*, sino en función de la correlación con la esfera pre-reflexiva de la afección y la acción. Así, la experiencia de un color no es la captura de un dato cualitativo sin más, ni tampoco la captura de una propiedad de un objeto; antes bien, en el nivel pre-reflexivo, se trata de un momento que tiene un sentido encarnado y vivido. Es una apertura al mundo que se vive en función de la capacidad del cuerpo de volverse y actuar y de engancharse prácticamente con el entorno. Si los datos hyléticos no son vividos, la percepción misma se cierra y pierde su carácter animado.

#### **2.4.7. Ideas finales sobre los colores**

Los datos científicos que Lakoff y Johnson presentan son válidos, sin duda, desde una perspectiva en tercera persona, pero dejan de lado los aspectos relacionados con la afectividad y el movimiento, y con esto, una caracterización completa de la relación interactiva que hay entre los sujetos y el entorno. Con esto, desde luego, no quiero decir que se deba abandonar el enfoque científico, sino que se debe avanzar de manera conjunta siguiendo la ruta de lo que Gallagher llama la mutua iluminación (1997; 2012). La idea de Gallagher es que, aunque la fenomenología “*no aborda directamente preguntas sobre mecanismos subpersonales o factores causales, (...) puede ofrecer sin embargo alguna idea a los estudios sobre la conciencia y la cognición, por lo menos ofreciendo descripciones del explicandum de esos estudios*”. (Gallagher S. , 2012, pág. 89). Para una posición así, antes que hacer afirmaciones gruesas sobre el carácter de la verdad y el significado, es preciso contar con un mapa -sí: con una geografía, pero precisa y vasta- de la experiencia humana,

no tanto para confirmar hipótesis, sino para trazar nuevos derroteros y darle un curso más definido al trabajo empírico.

Como dije en su momento, uno de los errores expositivos que comenten Lakoff y Johnson es que mezclan dos niveles diferentes en relación con el tema de los colores. Por un lado, está la cuestión de la percepción, que trabajé extensamente en este numeral, en donde quise mostrar algunos de los derroteros explicativos que debe enfrentar una teoría de la percepción: el carácter dinámico y encarnado de la percepción y el lugar de la animación, la atención y la afectividad en la configuración de la esfera perceptiva. Sin embargo, la exploración fenomenológica no se agota en su relación con las ciencias naturales, sino que ofrece de suyo una comprensión amplia del papel del cuerpo en la experiencia, así como del sentido que se le debe dar al asunto de la interacción, y por eso mismo, fue posible considerar fenomenológicamente el alcance de la tesis filosófica del experiencialismo según la cual *los colores no son objetivos*, una afirmación que carece de sentido específico si no se establece qué quiere decir que algo es objetivo. Volviendo unas páginas atrás, la posición fenomenológica es una en la que la experiencia -no la metafísica- es lo primero.

Ahora bien, además del problema de la percepción, está la cuestión acerca de los conceptos de colores. En efecto, Lakoff y Johnson adelantan sus ideas sobre los colores para ilustrar su tesis acerca de los *conceptos encarnados*, pero en el desarrollo de su posición se olvidan de los conceptos y se centran en consideraciones de orden metafísico (o antimetafísico) sobre la naturaleza del color, dando solamente algunas ideas de pasada sobre lo que serían los conceptos de los colores. Si volvemos sobre lo dicho en el Capítulo 1, qué sea un color, esto es, si son o no objetivos, si son cualidades fenomenológicas subjetivas o propiedades de los objetos, que es el tipo de consideración en la que se centran Lakoff y Johnson en *Philosophy in the Flesh*- no es una pregunta que resulte pertinente para una teoría psicológica cognitiva sobre el repertorio conceptual. Antes bien, lo importante sería entender los conceptos sobre colores de la mano de la teoría de la memoria semántica que, recordémoslo, es una cuestión que se plantea en un campo de trabajo preocupado por el formato, el papel en los procesos cognitivos, el aprendizaje y la base neuronal de los conceptos. Por ejemplo, habría que determinar si los juicios de categorización sobre el color presentan o no efectos prototípicos

(lo que efectivamente es el caso). Si esto es así, el trabajo que sigue es el de ver si la fenomenología puede decir algo sobre las categorías y los procesos de categorización, que es el tema del siguiente numeral.

### **CAPÍTULO 3. ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO DE LAS CATEGORÍAS DE NIVEL BÁSICO Y LOS ESQUEMAS DE IMAGEN**

En este capítulo voy a comentar los otros dos conceptos encarnados de los que hablan Lakoff y Johnson en *Philosophy in the Flesh*: las categorías de nivel básico y los esquemas de imagen. Voy a mostrar que una lectura fenomenológica no sólo aclara la tesis, sino que permite darle un mayor alcance. En el comentario a las categorías de nivel básico también voy a abordar la relación entre la fenomenología y el enfoque enactivo, así como la relación entre el enfoque enactivo y el experiencialismo, mientras que en el comentario a los esquemas de imagen voy a retomar la interpretación fenomenológica de Gallagher sobre el esquema corporal para tratar de articularla con la idea de los esquemas de imagen.

#### **3.1. Conceptos encarnados II: las categorías de nivel básico.**

En el Capítulo 1 hice una crítica a la manera como Lakoff vincula, en *Women, fire and dangerous things* (1987), la teoría de las categorías básicas en relación con la tesis del sentido encarnado. Dije en su momento que Lakoff se vale de los resultados de las investigaciones de Rosch para sacar conclusiones sobre la naturaleza de la mente y del cuerpo que no se siguen de dicha teoría ni de la evidencia que la apoya. Sin embargo, Lakoff y Johnson vuelven sobre el tema en *Philosophy in the Flesh* para insistir en que, efectivamente, lo que los conceptos de nivel básico muestran es el carácter encarnado de la cognición:

¿Por qué es tan común sentir que nuestros conceptos reflejan el mundo tal como es -que nuestras categorías de la mente se ajustan a las categorías del mundo? Una razón es que hemos evolucionado para formar al menos una clase importante de categorías que se ajustan de manera óptima a nuestras experiencias encarnadas de entidades y a ciertas diferencias extremadamente importantes en el entorno natural – las llamadas categorías de nivel básico (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 26 y 27).

La idea de Lakoff y Johnson es que los hallazgos de Rosch sobre las categorías básicas sirven para minar la tesis básica del realismo metafísico y, en ese sentido, defender la tesis del experiencialismo (que, como vimos, los autores presentan también como un *realismo*

*encarnado*). En este empeño, antes que explorar la relación que guarda la categorización con las estructuras de la experiencia, vinculan los procesos de categorización con el funcionamiento del cerebro y la evolución de las especies. Este giro los lleva, sin embargo, a manejar una noción de categorización diferente de la que se sigue del modelo de la memoria semántica, pero que, por eso mismo, corre en una dirección diferente a la tesis que asumen como punto de partida. Esta ambigüedad es la que quiero trabajar en la primera parte de este numeral (2.4.2.1.). En la segunda (2.4.2.2.) quiero hacer una lectura de la categorización y de la tesis de las categorías de nivel básico desde una perspectiva fenomenológica. Me interesa desarrollar la idea de la memoria y la asociación tal como la desarrolla Husserl en los *Análisis de la síntesis pasiva* para poder mostrar con claridad que quiere decir que los procesos de categorización son encarnados.

### **3.1.1. El experiencialismo y el enfoque enactivo II: la categorización**

He dicho varias veces que la tesis de Lakoff y Johnson en *Philosophy in the Flesh* es una tesis encarnada débil, en la medida en que se trata de una versión “cerebralizada” del cuerpo. En el caso de los colores, la posición de Lakoff y Johnson tiene un matiz crítico antes que propositivo, pues intentan mostrar que la tesis del objetivismo con respecto a la ontología de objetos y propiedades que se desprende de la semántica lógica, es falsa. Con respecto a las categorías básicas, la actitud de Lakoff y Johnson es diferente, pues se centra en las implicaciones que tiene para una teoría cognitiva el hecho de aceptar a validez de la tesis de las categorías básicas. En otras palabras, lo que hacen Lakoff y Johnson es señalar que la tesis de las categorías básicas, tal como son entendidas en el campo de la psicología cognitiva, tiene implicaciones filosóficas relacionadas con la naturaleza de los conceptos y de la mente. En este numeral voy a mostrar que la manera en que Lakoff y Johnson extraen conclusiones de la tesis de las categorías básicas es apresurada y poco contundente en relación con una propuesta fuerte sobre el encarnamiento. Y después voy a desarrollar, de la mano de la propuesta enactiva, la que sería la tesis amplia sobre la categorización, una que Lakoff y Johnson reconocen explícitamente, pero no desarrollan con cuidado.

#### **3.1.1.1. Las categorías básicas y el cuerpo.**

Como vimos en el Capítulo 1, las categorías básicas se consideran encarnadas porque las condiciones que las definen están, en los términos de Lakoff y Johnson, basadas en el cuerpo. Sin embargo, el examen de esas condiciones no deja ver con claridad el carácter encarnado que Lakoff y Johnson resaltan. Por ejemplo, la primera condición que reconocen es que las categorías básicas definen el nivel más alto en el que una imagen mental puede representar una categoría entera. Para aclarar un poco la lectura de esos resultados es importante tener en cuenta la diferencia que hay entre una *imagen mental* entendida como una *experiencia*, y la *imagen mental* entendida como una *representación*. Cuando imaginamos algo, dirigimos nuestra mente a una situación que no está presente: por ejemplo, en este momento me imagino a Husserl sentado en un escritorio escribiendo sus lecciones sobre la síntesis pasiva, dejo de lado esa imagen y salto a otra, en la que imagino una taza de café de color negro. En estos dos casos tengo una experiencia imaginativa que podríamos describir como cuasi-perceptiva. Otra cosa es la explicación que podemos hacer de esas experiencias en términos cognitivos, es decir, afirmar que las experiencias imaginativas son posibles en virtud de *representaciones mentales* que tienen un formato imaginístico. Esta segunda posibilidad es una hipótesis psicológica sobre la naturaleza y el uso de las representaciones mentales, que es la teoría que les interesa a Rosch y colaboradores. Por ejemplo, en *Basic Objects in Natural Categories*, dicen: “*los objetos básicos son también el nivel taxonómico más inclusivo en el que es posible tener una representación que sea isomórfica con la apariencia física de los objetos -en pocas palabras, tener una imagen de la clase*” (Rosch E. , Mervis, Gray, Jhonson, & Boyes-Braem, 1976, pág. 406). Una cosa es la imaginación entendida como un acto mental dirigido a un estado de cosas (en el ejemplo, Husserl sentado en su escritorio) y otra cosa es afirmar que hay representaciones imaginísticas -algo así como imágenes mentales que representan situaciones objetivas-.

Lakoff y Johnson no reconocen la diferencia, y afirman que el nivel básico es el nivel más alto en el que podemos formarnos una imagen de una clase de objetos: “*usted puede tener una imagen mental de una silla. Usted puede tener imágenes mentales de otras categorías en el nivel básico, tales como mesas y camas. Pero usted no puede tener una imagen mental de un mueble en general* (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 27). La posibilidad de tener experiencias cuasi-sensoriales sobre algo es un asunto que se resuelve en el campo de la

experiencia subjetiva, mientras que la viabilidad o no de la tesis acerca de las representaciones mentales imaginísticas es algo que se debe sostener en el campo de la investigación psicológica. Parece un asunto menor, pero se trata en realidad de dos ideas diferentes con alcances completamente diferentes. Para una teoría psicológica interesada en construir un modelo cognitivo con base en datos empíricos, el carácter subjetivo de la experiencia imaginística se debe dejar de lado para darle paso a una teoría sobre las representaciones en la que el valor de las imágenes mentales se tiene en función de su valor explicativo y la evidencia empírica que sirva para defenderlas. Tal es, por ejemplo, el tipo de debate que tienen Pylyshyn, para el que la defensa de las imágenes mentales carece de fundamento empírico y lleva a defender posiciones que llama “*grotescas*” (2003, pág. 114), y Kosslyn y sus colaboradores (Kosslyn, Ganis, & Thompson, 2003), quienes defienden el valor científico de las imágenes mentales con base en hallazgos neurocientíficos sobre el funcionamiento del cerebro.

En este orden de ideas, las *representaciones* imaginísticas se entienden como encarnadas en un sentido simple, si con eso se quiere decir que se trata de estados cerebrales, pero su caracterización se seguiría del papel funcional que juegan en la cognición. Ese es el sentido que tendrían las categorías básicas en el mapa general de la memoria semántica. Sin embargo, la presentación de Lakoff y Johnson resulta ambigua sobre este punto, pues no sólo presentan la teoría de las categorías básicas en cuanto a su relación con la imaginación como si se tratara de una tesis acerca de las *experiencias imaginísticas*, sino que pretenden extraer de ella unas consecuencias filosóficas sobre la naturaleza encarnada de la mente que no se ajustan a la propuesta de las categorías básicas.

Por ejemplo, otro de los puntos que presentan Lakoff y Johnson para vincular la tesis de las categorías de nivel básico con su propuesta experiencialista es que, de acuerdo con Rosch y colaboradores, se trata del nivel más alto en el que una persona usa acciones motoras similares para interactuar con los miembros de una categoría. Esto quiere decir que una persona identifica programas motores definidos para interactuar con objetos de nivel básico como sillas, manzanas, perros, etc., pero no cuentan con programas motores para interactuar con muebles, frutas o mamíferos. Lakoff y Johnson señalan que esta característica muestra

el valor de la propuesta para defender una tesis encarnada sobre la cognición, pues -como dije recién- la distinción entre el nivel superior y el nivel básico se basa en una diferencia que escaparía a una teoría funcionalista de la mente y que se define en relación con procesos cognitivos en los que el lugar del cuerpo es central. Sin embargo, el alcance de los hallazgos es limitado: el protocolo que siguen los sujetos consiste en identificar las partes del cuerpo (mano, ojos, cuello, etc.) y la actividad (doblar, estirar, rotar, etc.) que usan cuando interactúan con un objeto (Rosch E. , Mervis, Gray, Jhonson, & Boyes-Braem, 1976, pág. 394). Digo que es limitado porque la asociación entre un movimiento corporal y un objeto es un juicio que no dice nada sobre el movimiento mismo y sobre la relación animada con el entorno. Una cosa es la experiencia del movimiento, y otra la representación de un movimiento. Si me preguntan qué parte del cuerpo relaciono con un balón de fútbol, responderé que el pie; si me preguntan por una manzana, diré que la mano y la boca. Si me preguntan qué movimiento corporal asocio con la pierna y el balón, diré que uno pendular hacia atrás y hacia adelante, cuando pateo el balón. Sin embargo, este reporte no tiene valor para una aproximación interesada en la experiencia de patear un balón o de comer una manzana. El cuerpo no es un todo fragmentado, sino una unidad dinámica animada, por lo que patear un balón o comer una manzana son, atendiendo a la manera como tiene lugar la experiencia, actividades que realizamos con *todo* el cuerpo.

Como dije antes, la teoría de Rosch se ajusta a los propósitos que persigue una teoría psicológica sobre los conceptos, pero no para defender una tesis que, como la de Lakoff y Johnson, intenta salirle al paso al objetivismo y darle a la experiencia y al cuerpo un lugar central en la comprensión de la cognición. En efecto, cuando se revisa la posición que tienen sobre la categorización, encontramos que Lakoff y Johnson defienden una noción amplia que, de entrada, no es compatible con el modelo de la memoria semántica. Unas páginas atrás de la cita con la que empecé este numeral, Lakoff y Johnson afirman que “*todo ser vivo categoriza. Incluso la ameba categoriza las cosas que encuentra como comida o no-comida, hacia lo que se mueve o hacia lo que se aleja*” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 17). No es difícil advertir que se trata de una concepción muy diferente a la noción psicológica sobre la categorización, que depende del modelo de la memoria semántica y de las herramientas de que nos valemos para categorizar (los conceptos). En efecto, la noción de categorización que

se presenta en la cita intenta capturar un rasgo propio de los organismos animados, esto es, la correlación entre el movimiento y el entorno en función de las necesidades del organismo. Se trata, así, de una versión *enactiva* de la categorización que se sigue de los postulados del enfoque planteado por Varela, Thompson y Rosch en *The embodied mind* en 1991. En dicho libro, Varela, Thompson y Rosch proponen una nueva manera de aproximarse al estudio y la comprensión de la mente, centrada en la actividad de los organismos en el entorno. Así, dicen:

La cognición ya no se encara como resolución de problemas a partir de representaciones; en cambio, la cognición en su sentido más abarcador consiste en la enactuación de un mundo -en hacer emerger un mundo- mediante una historia viable de acoplamiento estructural (Varela, Rosch, & Thompson, 1991, pág. 205).

La idea es que la cognición está fundamentada en la dinámica del acoplamiento dinámico entre un organismo vivo y su entorno. Por eso, el objetivo no es establecer la naturaleza del repertorio cognitivo, ni el punto de partida es un dato comportamental obtenido en el laboratorio. Antes bien, de lo que se trata es de entender la vida en términos de dicho acoplamiento sensoriomotor, una dinámica que da lugar a la emergencia de un mundo que, así, no es algo dado, objetivo y definido, sino que se construye en relación con la *enactuación* del entorno.

Así definían los autores en 1991 el enfoque enactivo:

Podemos ahora dar una formulación de lo que entendemos por *enacción*. En una palabra, el enfoque enactivo consiste en dos cosas: (1) la percepción es acción guiada perceptivamente; (2) las estructuras cognitivas emergen de los modelos sensorio-motores recurrentes que permiten que la acción sea guiada perceptivamente. (Varela, Rosch, & Thompson, 1991, pág. 173)

Tanto para el enactivismo como para el experiencialismo, la noción de mundo que interesa para comprender el fenómeno de la cognición no es la de un mundo objetivo, en-sí, sino la de un mundo que emerge continuamente en la interacción organismo-entorno; para ambas propuestas, el cuerpo juega un papel fundamental en la comprensión de los procesos cognitivos; y ambas propuestas comparten el rechazo al logicismo. Sin embargo, cuando se

mira con cuidado, parece que se trata de una relación estrictamente nominal. Ya señalé que, como proyecto de investigación empírica, las ideas de Lakoff y Johnson son compatibles con el modelo de la memoria semántica. Pero esta propuesta está lejos del enfoque enactivo. En ambos casos -el de Lakoff y Johnson y el de la psicología cognitiva- el cuerpo y su carácter animado, y con esto la caracterización de la interacción encarnada, se dan por sentado. Por su parte, el enfoque enactivo renuncia a hacer uso de la noción de representación mental, mientras que una teoría de la memoria semántica busca, precisamente, definir la naturaleza de las representaciones conceptuales. Lakoff y Johnson insisten en diferentes lugares en que su propuesta se distancia de la tesis representacionista, pero su crítica está dirigida siempre a la noción de representación simbólica que defiende una teoría representacional de la mente, y en el Capítulo 1 vimos que la psicología cognitiva maneja una noción más amplia de representación, compatible con las ideas de Lakoff y Johnson. Por otro lado, la semántica cognitiva estudia la relación del lenguaje con otros sistemas cognitivos, mientras que el enfoque enactivo tiene como objetivo dar cuenta de la emergencia de un mundo con sentido para un organismo en la interacción con el entorno. Y finalmente, la teoría de los conceptos que se desprende del trabajo de la psicología, que es, si se mira bien, cercana a la propuesta semántica de Lakoff y Johnson, se basa en el estudio de tareas cognitivas superiores como la categorización y el razonamiento analógico, mientras que el enfoque enactivo está interesado en un nivel más básico de la cognición, que es el de la vida misma, entendida como un proceso de autorregulación adaptativa con el entorno.

Estas diferencias parecen pasarse por alto cuando se revisan los textos de una y otra corriente: además de la mención que hacen Lakoff y Johnson en *Philosophy in the Flesh* sobre la tesis enactiva acerca del color, Johnson dedica buena parte de *The meaning of the body* (2007) a exponer la tesis del sentido encarnado en su versión enactiva. Y por el lado de Varela, Thompson y Rosch sucede lo mismo, pues en su libro de 1991 presentan la teoría de las categorías básicas y la propuesta de Lakoff (1987) y Johnson (1987) como propuestas que sirven de insumo teórico para sostener la viabilidad del enfoque enactivo, una cercanía que exponen así: “recientemente, Lakoff y Johnson han producido un manifiesto sobre lo que ellos llaman la aproximación experiencialista a la cognición. Esta declaración parece ser consonante con la posición de la cognición como enacción que estamos defendiendo”

(Varela, Rosch, & Thompson, 1991, pág. 178). Si se me permite la analogía, creo que entre el enactivismo y el experiencialismo puede haber una relación de acoplamiento dinámico, pero creo, también, que esa relación se debe explorar con mucho más cuidado que el que tienen los propios autores.

### 3.1.1.2. La categorización y la vida

Volvamos ahora sobre las categorías. Dije hace unos tres párrafos que en el texto de Lakoff y Johnson (1999, pág. 23) se defiende una tesis *enactiva* sobre la categorización, según la cual todo ser vivo categoriza. Se trata, dije, de una noción amplia que se diferencia de la noción con la que trabaja la psicología cognitiva. En *The Embodied Mind*, Varela, Thompson y Rosch plantean la idea en unos términos casi idénticos a los de Lakoff y Johnson:

Una de las actividades cognitivas más fundamentales que todos los organismos llevan a cabo es la categorización. Por este medio, la singularidad de cada experiencia se transforma en un conjunto más limitado de categorías aprendidas y significativas a las que los seres humanos y otros organismos responden. (Varela, Rosch, & Thompson, 1991, pág. 177).

En este contexto, la noción de categorización es una herramienta para describir la interacción del organismo con el entorno. Que algo sea alimento para un organismo quiere decir que hay un conjunto posible de acciones por parte del organismo en relación con eso. Una teoría enactiva debe dar cuenta de lo que la psicología supone: la experiencia de un mundo constituido en función de la interacción encarnada con el entorno. Por eso, si la categorización tiene algún lugar en la teoría, será porque su caracterización permite capturar algún aspecto de la experiencia misma de esa enacción. Esa es la interpretación enactiva que hacen Varela, Thompson y Rosch de las categorías de nivel básico: “*el nivel básico parece estar, pues, en el punto donde la cognición y el medio ambiente son enactuados simultáneamente (...) “el objeto aparece al sujeto que percibe como permitiendo [affording] cierto tipo de interacciones, y el sujeto usa los objetos con su cuerpo y su mente de la manera permitida [afforded]* (Varela, Rosch, & Thompson, 1991, pág. 177).

Así las cosas ¿se trata de lo mismo cuando Rosch habla de categorización y de categorías de nivel básico, que cuando Varela, Thompson y Rosch hablan del nivel básico y enacción? ¿Cuándo Lakoff y Johnson afirman que todo ser vivo categoriza, lo dicen en el mismo

sentido en el que lo dicen cuando presentan la teoría de las categorías básicas? Creo que una buena manera de avanzar evitando confusiones es distinguir tres niveles diferentes relacionados con la cognición:

- a. Un nivel superior en donde la cognición se vincula con la esfera de los actos intencionales conceptualmente articulados, dirigidos a objetos, situaciones o eventos. Este sería el nivel experiencial del que se ocuparía la fenomenología estática.
- b. Un nivel intermedio en el que la cognición se entiende como un sistema dinámico de interacciones corporalizadas con y en el entorno, orientadas prácticamente. Se trata de la relación entre *nuestro cuerpo* vivido y el mundo. De este nivel se ocupa, en el campo de la primera persona, la fenomenología genética, y desde una perspectiva en tercera persona, la ciencia cognitiva que sigue el enfoque enactivo, para el que la percepción no es un acto conceptualmente articulado, sino, como ya vimos, *acción guiada perceptivamente*.
- c. Un nivel inferior en el que lo cognitivo se entiende en relación con el nivel básico de la constitución biológica de los organismos desde su nivel unicelular. A diferencia del nivel intermedio, en el que se desenvuelve el curso de la experiencia humana, en el nivel inferior tenemos el sistema de interacción de los seres vivos con el entorno. De este nivel del que se ocupa la teoría de los sistemas autopoieticos.

Se trata de tres niveles que tienen en común el hecho de que definen un tipo de relación intencional entre un sujeto y el entorno: conceptual, sensoriomotora y biológica. Cada nivel es un campo propio de discusiones filosóficas de todo tipo, y lo es más el problema de la relación que hay entre uno nivel y otro nivel.<sup>22</sup> De entrada, es claro que por el lado de la

---

<sup>22</sup> Stewart, Gapenne y Di Paolo lo dicen de manera puntual en relación con el enfoque enactivo:

Si hay un problema, no es tanto el de *involucramiento* con el ‘nivel superior’ de la cognición, que, como hemos visto, es abordado de maneras diversas y fructíferas por el paradigma de la enacción; más bien, será el de asegurar una adecuada articulación entre el ‘nivel inferior’ encarnado y la cognición humana de nivel superior (Stewart, Gapenne, & Di Paolo, 2010, pág. viii)

Desde un punto de vista ajeno al enfoque enactivo, la preocupación es, de todas maneras, la misma. Por ejemplo, en un texto en el que explora una noción de representación diferente a la referencial, dice Cussins:

fenomenología la oposición entre la fenomenología estática y la fenomenología genética se ocupa de la relación entre los niveles a y b, mientras que la gran virtud del enfoque enactivo consiste en vincular la esfera práctica de la intencionalidad encarnada y descender hasta los niveles más simples de organización biológica, es decir, explorar la relación entre b y c. Esta distinción de niveles permite ver con claridad la ambigüedad de la propuesta de Lakoff y Johnson con respecto a la categorización. La discusión sobre la teoría de la memoria semántica tiene que ver con el nivel superior, mientras que la categorización entendida como una actividad de los seres vivos en general, tendría que ver con el nivel inferior. La propuesta de la categorización y la teoría psicológica sobre los conceptos fue el tema del Capítulo 1. Sobre la propuesta amplia que se sigue en nivel inferior voy a presentar algunas ideas siguiendo la presentación que hace Evan Thompson en *Mind in Life*, con el propósito de dirigir la reflexión a la diferencia fenomenológica entre la asociación cercana y la lejana, que trabajaré en el siguiente numeral.

En *Mind in Life*, Thompson diferencia entre sistemas *heterónomos* y sistemas *autónomos*. Los primeros son sistemas cuya organización se define en términos de un flujo de información de entrada y de salida y de mecanismos externos de control, mientras que los segundos, los sistemas autónomos, “*se definen por sus dinámicas endógenas, de auto-organización y de auto-regulación*” (Thompson, 2007, pág. 43). Se trata de un cambio de posición con respecto a la manera de entender un sistema cognitivo, sensible a la observación de ciertos patrones de comportamiento “*que surgen de la dinámica interna del sistema, antes que de parámetros externos*” (Thompson, 2007, pág. 53). Con esto, Thompson quiere tomar distancia de las teorías representacionistas, para las que los procesos cognitivos involucran estados informacionales internos al sistema, caracterizados como representaciones que

---

Algún conocimiento corporal implica un contenido referencial, por ejemplo, cuando un sujeto atiende conceptualmente a una parte de su cuerpo. Pero una hipótesis, a probar, es esta. Que el papel básico del conocimiento corporal consiste en mediar entre esas relaciones que bajo el referencialismo generan el velo de la representación: la relación entre la cognición y la acción, y la relación entre el entorno y la percepción (Cussins, 2012)

La teoría de Lakoff y Johnson, particularmente la propuesta sobre los esquemas de imagen, sobre la que diré algo más adelante, también trata de dar cuenta de la relación entre los diferentes niveles cognitivos. Lo que he intentado hacer es mostrar la pertinencia de la fenomenología en el esfuerzo por esclarecer ese tipo de relaciones.

codifican información acerca del mundo. Por el contrario, para el enfoque enactivo “*la información es dependiente del contexto y relativa al agente; pertenece al acoplamiento de un sistema y su entorno. Lo que cuenta como información está determinado por la historia, la estructura y las necesidades del sistema que actúa en su entorno*” (Thompson, 2007, pág. 51).

Varela y Maturana llamaron *autopoiesis* a esta organización autónoma y dinámica de un sistema que se reproduce y se mantiene por sí mismo, que sería, por decirlo de alguna manera, la marca de los organismos vivos. En este proceso, los organismos dependen de su relación con el entorno, pero se dice que son autónomos porque su unidad se define en función de sus propios principios de organización.

En la formulación temprana de la teoría de la autopoiesis, Maturana y Varela (1980) señalan que la *organización* autopoietica, que es el conjunto de relaciones que define la identidad del sistema (y que se diferencia de la *estructura* autopoietica, que sería la realización efectiva del sistema), resulta de una red de procesos de producción, transformación y destrucción de componentes que:

- (i) a través de sus interacciones y transformaciones realizan recursivamente y regeneran la red de procesos (las relaciones) que los han producido, y (ii) constituyen (la máquina [autopoietica]) como una unidad en el espacio en la que ellos (los componentes) existen, especificando el dominio topológico de su realización en tanto que red” (Maturana & Varela, 1980, pág. 79).

El caso paradigmático de un sistema autónomo es la célula (que es, recordemos, el caso que presentan Lakoff y Johnson cuando señalan que todo ser vivo categoriza). Una bacteria obtiene biomoléculas y energía para mantener su actividad vital mediante procesos químicos metabólicos. La red metabólica constituye el sistema como una unidad y determina un dominio de posibles interacciones con el entorno. Así, un desequilibrio metabólico dirige a la célula a una fuente de energía mediante el movimiento de los flagelos; cuando la bacteria nada por un gradiente de glucosa, los flagelos se mueven hasta encontrar una orientación que aumenta la exposición a la glucosa, que es procesada para generar energía. Por eso, afirma Thompson,

... mientras que la sacarosa es una condición real y presente del entorno fisicoquímico, el estatuto de la sacarosa como nutriente no lo es. Ser un nutriente

no es intrínseco a la estructura fisicoquímica de la molécula de sacarosa; es una característica relacional, vinculada con el metabolismo de la bacteria (Thompson, 2007, pág. 74).

Asumir una posición que entiende los organismos como sistemas autónomos permite entonces comprender el comportamiento de la bacteria en función de la dinámica interna del sistema. La bacteria no es un organismo pasivo, sino uno activo en un sentido muy básico asociado con su carácter animado. Este es el sentido que tiene la tesis enactiva de la categorización, que, si se mira con cuidado, es una manera diferente de nombrar algo que ya hemos nombrado: la relación constitutiva de *sentido* que se constituye en la interacción entre un organismo vivo y el entorno. Categorizar algo como alimento depende entonces de las reglas que organizan una estructura autopoietica y que dan lugar a un mundo para un organismo.

Centrarse en el análisis de una célula es, desde luego, un recurso expositivo. Sin embargo, aunque muchos de los seres vivos son organismos más complejos, el principio autopoietico sería el mismo, como lo sería también la noción de categorización. Para ilustrar su idea de *Umwelt*, von Uexküll presenta el caso de una garrapata, que cuelga en la rama de un árbol. Su descripción es compatible con la tesis de la enacción:

El bandido ciego y sordo se percató de su presa que se acerca mediante el sentido del olfato. El olor del ácido butírico, que es emitido por las glándulas de la piel de todos los mamíferos, le da a la garrapata la señal de dejar su puesto de vigilancia y salta. Si luego cae sobre algo cálido (lo que su fino sentido de la temperatura le dirá) entonces ha alcanzado su presa, el animal de sangre caliente, y solo necesita usar su sentido del tacto para encontrar un lugar lo más libre de pelo posible para perforar, más allá de su propia cabeza, el tejido de piel de la presa. Ahora, la garrapata lentamente bombea en sí misma una corriente de sangre caliente (von Uexküll, 2010 [1934], pág. 45).

Von Uexküll describe la secuencia como un escenario en el que se organizan tres ciclos funcionales de percepción-acción: el olor del ácido da lugar a la liberación de las patas, la colisión de la caída cierra el ciclo iniciado por el olor del ácido y las sensaciones táctiles dan lugar al movimiento de la garrapata por la piel, y finalmente, la sensación cálida cuando toca una zona libre de pelo cierra el ciclo del movimiento y da lugar a la perforación. De acuerdo con von Uexküll, si bien cada uno de estos ciclos se puede describir como una secuencia de

estímulos y reacciones reflejas, el problema real consiste en entender la relación de sentido que se teje entre el organismo y el entorno, en este caso entre la garrapata y el animal. Así, dice de una manera que hace eco a la idea de producción de sentido en el enfoque enactivo:

Entre los cientos de efectos que emanan del cuerpo del animal, solamente tres llegan a ser portadores de características para la garrapata. (...) De todos los efectos que emanan del cuerpo del animal, solamente tres llegan a ser estímulos, y solamente en una secuencia dada. Del enorme mundo que rodea a la garrapata, tres estímulos brillan como señales luminosas en la oscuridad y sirven como señales direccionales que llevan a la garrapata a su objetivo. (...) La totalidad del rico mundo que rodea a la garrapata se contrae y se transforma en una estructura empobrecida que, lo más importante de todo, consta de solo tres características y tres marcas de efectos: el entorno [*Umwelt*] de la garrapata (von Uexküll, 2010 [1934], pág. 50 y 51).

Traigo a cuento la historia de la garrapata para llamar la atención sobre un punto que me parece muy importante, con el que quiero abrir la discusión que sigue. Al igual que la glucosa, el ácido butírico es un estímulo que tiene sentido para un organismo, vinculado también con una dinámica de interacción animada. Ahora bien, el énfasis que hace von Uexküll en el mundo empobrecido de la garrapata no nos debe hacer perder de vista que ese es el caso, no solamente en relación con la riqueza del mundo circundante, sino también en relación con la respuesta animada del organismo. La reducción del mundo es, en realidad, la reducción de la experiencia del mundo, algo que no se captura atendiendo solamente a los estímulos, sino, más bien, a la correlación entre el organismo y el mundo circundante (el *Umwelt*). Haciendo un uso amplio de la noción, podríamos decir que se trata de un mundo pobremente vivido porque el *horizonte vivido* es empobrecido. Los ciclos que componen la secuencia operativa no se extienden en un continuo comportamental (animado y temporal) complejo (qué sea complejo será algo que habrá que dilucidar más adelante), sino que se pueden entender como estructuras vividas reducidas. Con esto quiero decir que la temporalidad de la dinámica de la interacción de la garrapata, aunque más compleja que la de la bacteria, dista mucho de la temporalidad vivencial de nuestra propia experiencia.

Volviendo sobre la división que planteé anteriormente, creo que este, el tema de la temporalidad, es la clave para elaborar una noción de categorización que, aunque asentada en el nivel inferior, dé cuenta del nivel intermedio y sirva de base fenomenológica para el nivel superior. En nivel inferior, categorizar es dar sentido. Sin embargo, en el caso de la

experiencia humana, esa dación de sentido está sedimentada en el pasado y volcada hacia el futuro. Como dije, el nivel intermedio es el de la experiencia encarnada, que revela, en el análisis fenomenológico, un horizonte temporal afectivo y dinámico fundado en la animación.

### **3.1.2. La temporalidad y la categorización desde una perspectiva fenomenológica**

Para Husserl, la noción de horizonte se puede entender en un sentido noético y en uno noemático. En la presentación que hice en 2.3.1. hice énfasis en el sentido noemático, esto es, en la correlación que hay entre lo que se presenta directamente en la experiencia (la intuición sensible) y lo que no es dado directamente en la experiencia pero que, sin embargo, constituye el sentido del objeto: por un lado, la aprehensión sensible presente está relacionada con los perfiles ocultos que se tienen en la retención y en la protención, y esa correlación define el horizonte de presentación del objeto. Por otra parte, la captura del objeto tiene lugar en oposición a un trasfondo experiencial, un mundo de objetos y de otros cuerpos vivos.

Desde un punto de vista noético, sin embargo, el horizonte se entiende como la relación que guarda un acto o una fase de un acto con otros actos u otras fases, cuyo sentido está vinculado con la aprehensión presente del objeto intencional. La herramienta descriptiva de la que se vale Husserl para dar cuenta de esta apertura noética es la *asociación*, que desarrolla en la *División 3* de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*, donde la define como “*la regularidad reglada de la génesis inmanente que pertenece permanentemente a la conciencia en general*” (Husserl, 2001, págs. 162 [Hua XI, 117]). En el análisis es posible diferenciar dos niveles diferentes de la asociación: uno que tiene que ver con la estructura de la temporalidad y con la captura de la impresión originaria, y otro que tiene que ver con la relación entre el acto presente y los actos pasados. Podemos llamar *asociación cercana* a la primera y *asociación lejana* a la segunda, haciendo eco de la distinción que hace Husserl entre la *retención cercana* y la *retención lejana*.

#### **3.1.2.1. La asociación cercana**

La asociación cercana tiene que ver con la manera en que el sistema de indicaciones que rige la percepción dinámica de un objeto organiza internamente la esfera hylética y da lugar a la relación entre los contenidos intuitivos dados de manera directa en la impresión sensible, y los contenidos dados de manera vacía en la retención y la protención. La relación entre el perfil presente y los perfiles que están más allá del horizonte del perfil está regida por un principio asociativo, y también la presentación misma del perfil dado intuitivamente. Los datos hyléticos no son unidades independientes, atómicas y definidas, sino que se deben siempre a una síntesis de la conciencia. El punto de partida del análisis de Husserl sobre la constitución de la sensación es la afectación del sujeto por parte de algo que se destaca del campo sensorial: una prominencia que no es todavía un objeto constituido, pero sí aquello sobre lo que el ego vuelve la atención. Ahora bien, esta prominencia supone ya una predación pasiva de un campo de datos sensibles carentes de fuerza afectiva que -por decirlo de alguna manera- pasan de agache, pero que, sin embargo, impactan al ego -hacen parte de su horizonte básico pre-afectivo- y están organizados en función de las reglas de la asociación primaria. Así, dice Husserl: “*las conexiones más generales determinadas con respecto al contenido de los objetos inmanentes son evidentemente la similaridad y la no similaridad; o más precisamente: conexiones de homogeneidad y conexiones de heterogeneidad*” (Husserl, 2001, págs. 175 [Hua XI, 129]).

Husserl está interesado en capturar la estructura prominencia-fondo que se constituye en relación con el giro atencional por parte del sujeto; así, la idea es que el giro depende de que se haya tejido en primer lugar un campo sensible compuesto de patrones definidos en función de los contrastes que resultan de la contigüidad entre lo similar y lo disímil; un campo pre-atencional pre-afectivo. Sobre este tejido pre-dado tiene lugar la *dación pasiva* del objeto inmanente, de la que ya he adelantado algo cuando presenté la reducción que propone Husserl en el Texto 14 de la *Manuscritos de Bernau* y que en los *Análisis sobre la síntesis pasiva* tiene lugar en el Capítulo 2 de la División 3.

La idea general de Husserl es que de los estímulos-atracciones (*Reiz*) disponibles en el entorno, hay unos que capturan nuestra atención y otros que no, y que esto se debe a la intensidad del estímulo, que ejerce un “tirón afectivo” (*Zug*) sobre el sujeto, pero también a

la disposición subjetiva. Por eso, dice Husserl, “*debemos distinguir entre la afección actual y la tendencia hacia la afección*” (Husserl, 2001, págs. 196 [Hua XI, 149]). La afección supone una relación de tirón y contra-tirón. Husserl describe el campo sensible valiéndose de la metáfora de unos rayos luminosos, que compiten entre sí: todos ejercen una atracción, pero no todos logran una respuesta afectiva.

Siguiendo la metáfora, la afección actual se da cuando el rayo que impacta es respondido por el acto de volverse del sujeto. En este momento, el campo visual dispone de una gran variedad de rasgos dispuestos unos con otros: colores, formas y texturas organizadas asociativamente. Pero sucede lo mismo con los diferentes campos sensibles: mis manos reposan sobre el escritorio y se mueven mientras escribo en el teclado, mi cuerpo reposa sobre una silla (un poco incómoda) y mis pies en punta tocan el piso. En mi estudio, oigo el sonido de las teclas, pero alcanzo a escuchar la voz de un vendedor de aguacate (es así) y el ruido que hacen los platos que lava un vecino. De toda esta trama, es la pantalla y el teclado del computador lo que captura y a la que dirijo mi atención, es decir, hay un rayo luminoso de vuelta sobre el estímulo, interesado como estoy en escribir lo que escribo. Se tata, así, de un campo animado y vivido, que recorro con el movimiento de mis ojos, mi cabeza, mis manos (en realidad, con mi cuerpo en movimiento; mi cuerpo entero) y que se configura a partir de la relación entre la asociación pasiva y la afección.<sup>23</sup>

Ahora bien, si la configuración del campo es una condición pre-afectiva, también lo es la disposición afectiva que motiva la tendencia afectiva efectiva, marcada por el curso de la experiencia. Husserl contempla el caso de un estruendo que nos desvía forzosamente del trabajo que estamos realizando. Aunque con este ejemplo Husserl está interesado en mostrar la idea de la competencia entre los estímulos, es posible extender más el análisis haciendo énfasis en la relación con la temporalidad encarnada del presente vivido. En este caso, el estímulo-atracción irrumpe violentamente y se impone sobre la red de estímulos que configuran el tejido pre-atencional: “*no sólo se extinguen las peculiaridades afectivas del*

---

<sup>23</sup> Hablo de mi situación describiendo objetos y situaciones objetivas, pero es importante no perder de vista que la discusión sobre los afectos y la asociación se tiene en la reducción fenomenológica que vuelve sobre la esfera inmanente de la conciencia, por lo que mi descripción es puramente ilustrativa.

*campo auditivo, sino también las de todos los demás campos Lo que antes nos hablaba, aunque poco lo escuchábamos, ya no nos puede alcanzar”* (Husserl, 2001, págs. 197 [Hua XI, 150]).

El estruendo no se cuenta (o mejor, no se contaba antes de su irrupción violenta) dentro del horizonte de posibilidades atencionales, y por eso antes que una prominencia, el ruido estruendoso es justamente eso: una intrusión. Si la intrusión captura mi atención, esto es, si me vuelvo sobre lo que escucho de manera sostenida, el campo atencional se reconfigura, pero también puede ser el caso que el estruendo pase y yo vuelva sobre lo que estaba haciendo. Sea como fuere, en uno y otro caso el ritmo de la vivencia es diferente (pero nunca -al menos en el curso ordinario- un curso caótico) y por eso describe, además, un patrón animado diferente. La experiencia tiene un ritmo encarnado: el acto de volverse no tiene lugar en el vacío, sino que es, de entrada, un volverse encarnado. Así, el volverse se debe entender de la mano de una tendencia afectiva que marca el ritmo de la experiencia. En el caso del estruendo no hay una tendencia, sino más bien una acción refleja, pero cuando la acción se incorpora en el horizonte temporal vivido, se teje con la red de asociaciones en función de las relaciones de heterogeneidad y homogeneidad. Husserl habla de un “despertar” afectivo que consiste, así, en un giro -digamos- del sueño a la vigilia atencional.

La esfera de la temporalidad vivida, la afectividad, la asociación primigenia, la atención y el movimiento, configuran la *pasividad primaria*. Esta esfera sirve de puente fenomenológico entre el nivel inferior y el nivel intermedio que identifiqué al final de 2.4.2.1.2. La teoría de la autopoiesis establece las condiciones que constituyen un ser vivo, en términos de circularidad causal y co-emergencia, una historia que, desde el punto de vista de la primera persona, involucra la auto-afección y la caracterización del mundo como un mundo que aparece en virtud de su vínculo con la animación. Sin embargo, esta es sola una parte de la historia, pues en el análisis de la pasividad y la asociación, Husserl encuentra que el vínculo presente con el entorno se configura también en función de las experiencias pasadas. Volviendo sobre el ejemplo de antes, escribo en mi escritorio y escucho el timbre de la puerta. A diferencia del estruendo que irrumpe violentamente, el sonido me anuncia que mi novia ha llegado a la casa, y por eso me pongo de pie y voy con alegría a abrirle la puerta.

El timbre se asocia con las experiencias pasadas: sé que anuncia la llegada porque así ha sucedido en el pasado. Este tipo de asociaciones son las que he llamado asociaciones lejanas, que voy a desarrollar a continuación.

### 3.1.2.2. La asociación lejana y la pasividad secundaria

Como dije en la breve introducción al numeral 2.4.2.2., la oposición entre lo lejano y lo cercano se debe entender en relación con la estructura de la temporalidad. Husserl introduce la idea de la esfera distante en el §37 de los *Análisis*, en donde dice:

Cada obra del presente vivido, esto es, cada obra del sentido o del objeto, es sedimentada [*niederschlaegt*] en el dominio muerto, o mejor, dormido de la esfera *horizontal*, a la manera de un orden de sedimentación fijo. Mientras que en la cabeza el proceso vivido recibe una nueva, originaria vida, al pie, todo lo que es, por así decirlo, la adquisición final de la síntesis retencional, es sedimentado (Husserl, 2001, págs. 277 [Hua XI, 178])

En la cita, Husserl introduce una diferencia entre lo que está todavía vivo en la retención, esto es, lo que hace parte de la vivencia presente en el modo de la retención, y lo que es pasado pero que se tiene todavía como parte del presente -aunque *dormido*-. Las experiencias sedimentadas ya no hacen parte del tejido presente de la pasividad primaria, pero permanecen en una capa experiencial subterránea. Es en ese sentido que Husserl diferencia entre retenciones cercanas y retenciones distantes:

El presente se convierte en el pasado como un pasado constituido para el ego por la ley de la retención, y finalmente, toda retención se convierte en una unidad indiscriminada de retenciones distantes [*Fernretention*] de un horizonte distante que extingue toda diferencia. Esta extinción, sin embargo, debe entenderse así: la fuerza afectiva decrece necesariamente con el hundimiento, es decir, decrece la fuerza que hace posible los elementos particulares prominentes, las unidades por mismas, aun dentro de la no intuitividad de la retención (Husserl, 2001, pág. 422 [Hua 288]).

Una vez constituidos los actos sintéticos de la pasividad primaria, las formaciones de sentido -las objetividades- continúan participando en la organización de la experiencia, ya no de manera manifiesta, sino bajo la forma de las asociaciones reproductivas y de la habitualidad, que son los dos rasgos más notables de la sedimentación. Esta es la esfera de la *pasividad secundaria*.

El punto importante es que la retención no es una re-presentación de algo pasado; antes bien, los contenidos de la retención se mantienen en la retención de tal modo que lo que va cayendo en el pasado -lo que va quedando atrás- da forma a la experiencia presente. Y esto vale tanto para la retención cercana como para la lejana. Así como los contenidos de la retención primaria motivan los contenidos de la protención en la organización del presente vivido, así los contenidos de la retención lejana motivan el curso de las acciones encarnadas presentes. La relación del presente con las capas sedimentadas de la experiencia no es intencional sino pre-intencional. Esto quiere decir que no se trata de un acto dirigido activamente a una situación pasada, como era el caso en las *Investigaciones Lógicas* cuando Husserl hablaba de la cualidad del acto (ver *supra*, numeral 2.4.1.5.). Cuando recuerdo algo, *recordar* es la cualidad, y el contenido del recuerdo sería la materia. El hábito y las asociaciones reproductivas, sin embargo, no son cualidades de los actos intencionales, sino condiciones pasivas que se imponen y determinan el trasfondo de la experiencia presente.

El caso del hábito ilustra bien el punto: en la medida en que el vínculo primario con el entorno está dado por la animación y la apertura del horizonte experiencial está macado por las posibilidades del *yo puedo*, los contenidos sedimentados de las interacciones amplían y ajustan el rango experiencial presente. Cuando escucho el timbre que anuncia la llegada de mi novia, el alcance de mi experiencia presente se estira -por decirlo de alguna manera- y el giro atencional proyecta un curso de acción encarnada relacionado con el acto de pararme de la silla y recibirla y saludarla. El trabajo de la psicología cognitiva intenta dar cuenta de este tipo de comportamiento siguiendo el modelo de los sistemas de memoria, pero no de la experiencia misma que corre un curso temporal encarnado que es lo que Husserl describe fenomenológicamente.

Por el lado de las asociaciones reproductivas el asunto es igualmente interesante, y da luces sobre los procesos de categorización. Husserl presenta el fenómeno de la reproducción de la mano de tres ejemplos (Husserl, 2001, págs. 166 [Hua XI, 121]). El primero es el recuerdo que sobreviene cuando al bajar por un camino observamos un valle que nos recuerda otro valle que vimos antes, que emerge reproductivamente. En este caso, la mera similaridad no

da cuenta de la asociación, pues hay, además, una tendencia afectiva que, desde el punto de vista de la vivencia, dirige en presencia la atención del primero hacia el segundo; antes que un acto de recordar, se trata de una asociación pasiva entre el valle presente y el que se presentifica, que da cumplimiento a la tendencia afectiva motivada por el primero. El segundo caso es el de una conversación en la que la imagen de un hermoso paisaje marino viene a la mente, porque la conversación nos recuerda otra conversación que tuvo lugar el verano pasado frente al mar. A diferencia del primer caso, en este la reproducción está mediada por la conversación. La asociación es más compleja porque la relación entre la experiencia presente y la que se presentifica está mediada por la conversación frente al mar. Además de la similaridad, hay una asociación establecida por la contigüidad de la conversación pasada y el paisaje, y en el caso de la conversación, esa asociación pasa desapercibida. Finalmente, el tercer ejemplo es el del recuerdo de una pintura de Tiziano que transporta a Husserl a la galería Uffizzi, en Florencia<sup>24</sup>, pero “*solamente algunos trazos particulares de ese presente se despiertan y aparecen en particular. Uno que otro cuadro, o más prosaicamente, el bostezo del servidor del museo*” (Husserl, 2001, págs. 168 [Hua XI, 122]). En este tercer ejemplo la experiencia presente no es perceptiva, sino que se trata de un recuerdo de una pintura, que dirige pasivamente a la conciencia a una situación en la que la pintura resulta prominente en relación con el fondo borroso. El vínculo asociativo tiene lagunas porque la relación se traza no con la escena objetiva, sino con la escena tal como fue vivida que, hundida como está en la retención lejana, pierde su fuerza afectiva en los puntos periféricos y la mantiene solamente en los rasgos prominentes.

Estos tres ejemplos dejan ver con algo de claridad la posición de Husserl sobre la asociación, que va a ser la base de la noción de *tipos* que va a presentar en *Experiencia y Juicio*. Se trata de reproducciones pasivas fundadas en las reglas de la asociación que están vinculadas con las experiencias presentes. Estas asociaciones reproductivas estarían siempre operando en el umbral de la experiencia, marcando el curso de las acciones presentes sin necesidad de ser consideradas explícitamente, pero al mismo tiempo en proceso de sedimentación. El presente

---

<sup>24</sup> Husserl, en efecto, cuenta de un viaje con su esposa a Florencia en 1907, en donde se encontró con su maestro Franz Brentano. Los pormenores de la charla los presenta en sus *Recuerdos sobre Franz Brentano* (Husserl, 1987 [Hua XXV]).

es siempre una vista animada desde el pasado, pero al mismo tiempo, es un punto de tránsito a la retención. Con los ejemplos, Husserl quiere ilustrar el proceso de reproducción y su base asociativa, pero es claro que se trata de casos límite en los que la relación se tematiza de manera reflexiva, en virtud del objetivo que persigue el análisis fenomenológico. Sin embargo, el curso ordinario de la experiencia corre por encima de los estratos sedimentados, que le sirven de fundamento pero que precisamente porque están sedimentados pasan desapercibidos.

Volviendo sobre el ejemplo, cuando escucho el timbre la vivencia está siempre volcada hacia las acciones futuras sin necesidad de tematizar puntualmente las veces pasadas en las que he escuchado el timbre. Solamente cuando el ciclo de anticipaciones y cumplimientos se quiebra (por ejemplo, oigo el timbre y cuando me paro de la silla me doy cuenta de que todavía es de día -cuando mi novia llega siempre de noche-, o luego del timbre oigo golpes en la puerta y gritos, lo que me pone en alerta porque me recuerda la vez que se incendió el edificio en el que vivía), solamente cuando el curso se quiebra, decía, se tematiza activamente la situación y exploramos activamente los recuerdos en busca de discernimiento. La cuestión importante es que es en virtud de las asociaciones pasivas con las capas sedimentadas que la experiencia no es una entrega al vacío de la absoluta novedad, sino una tendencia motivada desde la distancia.

Dicho esto, podemos darle paso a la noción de *tipo* que Husserl presenta en el §34 de *Experiencia y Juicio*. En el inicio, Husserl repasa la teoría dinámica de la percepción que expuse antes. Según dije, los objetos se presentan de manera parcial a la intuición sensible: no observamos un objeto en su totalidad, como si lo pudiéramos ver de una sola vez, desde todas partes, sino que capturamos únicamente uno de sus perfiles. El perfil que observo se diferencia de los perfiles ocultos porque se muestra en una dimensión sensible puntual, y es a este contenido sensible al que Husserl llama *perfil* o *aspecto*. El punto importante es que el aspecto presente de un objeto anticipa los aspectos que mostrarían los perfiles ocultos si el objeto se examinara perceptivamente, pero antes que un valor preciso y específico de la cualidad por venir, apunta a un aspecto que cae dentro de un rango, por lo que la indicación tiene un contenido esquemático, esto es, se tiene dentro de un *tipo* de intuición posible. Así,

una cosa sería el contenido conceptual ROJO, que para Husserl tiene un valor general e intersubjetivo, y otra el contenido esquemático de la percepción, que es subjetivo y relativo a la vivencia presente, y que tiene que ver con la manera específica en que es anticipado perceptualmente un perfil vacío o desde un punto de vista particular. Dice Husserl:

En el fluctuar de la pre-intuitivización, en el tránsito de una variante —u orientación hacia algo temporalmente retenido— a otra, nos mantenemos en la unidad de la anticipación, a saber, de la correspondiente al color del reverso, la cual empero en cuanto anticipación es indeterminadamente general y anticipa en forma típica algo determinado como típicamente pre-familiar. En la interpretación de esta generalidad *típica* bajo la forma de “posibilidades” determinadas, las cuales están abiertas al ser verdadero de este color, se produce el campo de acción de las posibilidades como “extensión” explícita de la generalidad indeterminada de la anticipación (Husserl, 1980 [1939], pág. 33 [27]).

La posibilidad de una percepción ordenada, esto es, de una transición organizada y continua en la manera como se va dando un objeto en la interacción dinámica y práctica con el entorno, es posible gracias a estas anticipaciones esquemáticas. Si cabe la expresión, los conceptos guían el pensamiento lógico, mientras que los tipos guían la percepción.

Sin embargo, esta sería una versión básica de la tipificación, pues la experiencia repetida de situaciones y objetos similares en virtud de la asociación reproductiva, configura un horizonte más amplio que define la captura de cualquier objeto y de cualquier situación. Como anota Husserl en la cita, la experiencia del mundo es la de un mundo que se asume de entrada como familiar, y por eso mismo las situaciones en las que nos encontramos, al tiempo que tienen algo de desconocido, tienen también una relación con lo conocido. No se trata, entonces, de la mera anticipación dada en relación con los perfiles internos del objeto<sup>25</sup>, sino también de las anticipaciones que configuran el horizonte externo de la cosa.

En lo que respecta al horizonte externo —que pertenece a ésta y a toda realidad individual, determinando su sentido—, se encuentra él en la conciencia de una potencialidad de experiencias posibles de realidades individuales; cada una de ellas tiene su propio a priori como sus rasgos típicos, en los cuales necesariamente están ellas anticipadas y los cuales se mantienen invariantes a través de toda plenificación [Erfüllung] en forma de estas o aquellas posibilidades del invariante campo de acción (Husserl, 1980 [1939], pág. 34 [28])

---

<sup>25</sup> Recordemos que la noción de horizonte interno se puede entender en relación con los perfiles o en relación con las objetividades. Ver 2.3.1.1..

Con la idea de horizonte, Husserl captura la estructura figura-fondo de la experiencia: cualquier captura vivencial es una prominencia que tiene lugar en relación con un trasfondo. En la esfera de la pasividad primaria, el fondo tiene un sentido temporal-espacial: los objetos inmanentes configuran un tejido experiencial de relaciones de sucesión y coexistencia cercanas (Husserl, 2001, págs. 172 [Hua XI, 126]). En la esfera de la pasividad secundaria, que es la de la asociación secundaria, el fondo es el de la temporalidad profunda de la vida del sujeto, que le da una densidad temporal y práctica a la experiencia presente. En lo que quiero insistir es en que la constitución de capas sedimentadas es posible en virtud de las asociaciones pasivas que relacionan diferentes experiencias que van teniendo lugar. La sedimentación es siempre un proceso en curso, y los contenidos que se van dejando atrás, que van pasando a la retención lejana y se pierden en el espacio indiferenciado del pasado, transforma constantemente el estrato sedimentado.

Dije hace unos párrafos que la regla básica de la asociación es la similaridad, que es justamente el principio con el que Husserl entiende el proceso de sedimentación. La cita es extensa, pero ilumina el punto con suficiencia (las cursivas en la cita son mías):

El mundo fáctico de la experiencia se ha experimentado de manera *tipificada*. Las cosas se han experimentado como árbol, arbusto, animal, serpiente, pájaro; específicamente como pino, como álamo, laurel; como perro, como serpiente de cascabel, como golondrina, gorrión, etcétera. La mesa está caracterizada como algo re-conocido y sin embargo nuevo. Lo que se experimenta como individualmente nuevo se conoce primero de acuerdo con lo percibido en realidad; hace recordar algo igual (*o semejante*). Lo típicamente aprehendido también tiene, sin embargo, un horizonte de experiencia posible con sus respectivas preindicaciones [*Vorzeichnungen*] de conocimiento, o sea, rasgos típicos de los atributos aún no experimentados, pero sí *esperados*: si vemos un perro, prevemos de inmediato su comportamiento ulterior, su *manera típica* de comer, de jugar, de correr, de saltar, etcétera. No vemos ahora sus colmillos, pero aunque nunca habíamos visto este perro, sabemos de antemano qué aspecto tienen sus colmillos — no determinados en lo individual sino precisamente de *manera típica*, en cuanto que hemos experimentado desde hace mucho tiempo y con frecuencia en animales “*semejantes*”, en “perros”, que tienen algo parecido a unos colmillos y en esa *forma típica* (Husserl, 1980 [1939], pág. 364 [399]) *a*

El tipo (1) da forma pre-conceptual a la experiencia presente en función de la relación que guarda con las experiencias sedimentadas, y (2) marca un curso de anticipaciones más o

menos determinado: comportamientos, propiedades o cualidades, secuencias de interacción, etc. Los puntos (1) y (2) sólo se entienden adecuadamente cuando se leen en clave encarnada: dar forma a la experiencia es dar una *forma encarnada* definida en relación con las posibilidades de interacción con el entorno. Esta manera de entender la categorización permite ver la relación entre el nivel inferior y el nivel intermedio de los que hablé antes, y permite, también, tender un puente con la teoría de la categorización que plantea la psicología cognitiva, pero desde una perspectiva fenomenológica.

El modelo de la memoria semántica se basa en datos observacionales en tercera persona sobre el comportamiento, y plantea un modelo cognitivo que dé cuenta de esos datos; el análisis de la experiencia, por su parte, permite capturar el proceso en su dimensión animada y temporal, desde una perspectiva en primera persona. La cita, en efecto, plantea divisiones análogas a las de los niveles básico e inferior que reconoce Rosch. Con excepción de la pareja animal-perro, los ejemplos son todos oposiciones entre categorías básicas e inferiores: árbol-álamo; pájaro-gorrión; serpiente-cascabel. Además, deja claro que se trata de tipificaciones que se deben entender de la mano de la noción de horizonte y de la anticipación. La descripción de la experiencia enriquece sustancialmente la teoría psicológica.

Con la noción de tipo, Husserl quiere caracterizar un horizonte vacío de posibilidades futuras. Si la categorización se entiende entonces como tipificación, se trata entonces de un acto situado y vivido corporalmente, y por eso su caracterización se debe hacer atendiendo a la estructura temporal y la apertura práctica que supone, esto es, al impacto que la presencia del polo objetivo tiene en el curso animado de la experiencia y a la apertura práctica que inaugura. Cuando camino por la calle y me percato de que algo se mueve, lo categorizo -es decir, lo típico- como un animal. Los contenidos sedimentados se perciben en la forma tipificada de la sedimentación. Esto quiere decir que asumo una disposición corporal en relación con eso que se mueve, bien de curiosidad, bien de prevención, entendidas en términos animados: la curiosidad no es una cualidad de un acto, sino un estado corporal, una disposición vivida con todo el cuerpo; lo mismo la prevención. La disposición corporal, además, no es un momento posterior a un acto mental, sino que es la categorización misma.

En este caso, el horizonte es amplio, pero la tipificación admite subtipos, esto es, limitaciones en las expectativas relacionadas con el objeto. Si me acerco y veo un gato, las posibilidades se cierran y se ajustan a las determinaciones que van teniendo lugar. Dice Husserl:

Lo pre-significado en forma vacía tiene su “*generalidad vaga*”, su indeterminación abierta, que sólo se llena en la forma de una *determinación más precisa*. Así pues, en lugar de un sentido plenamente determinado, se trata siempre de un vacío *marco de sentido*, el cual, sin embargo, no está concebido como un sentido fijo (Husserl, 1980 [1939], pág. 125 [141])

La captura perceptiva de un objeto hace referencia a número finito de experiencias pasadas de objetos, en virtud de la asociación reproductiva y la habitualidad. Por eso, es diferente del nivel de los conceptos universales de los que se ocuparía la lógica, cuya especificidad se define en función de la normatividad referencial que rige el contenido proposicional, que de acuerdo con lo dicho en 2.4.2.2.1.2., sería el nivel a. Sin embargo, este nivel conceptual está, de acuerdo con Husserl, fundado en la esfera de la tipicalidad. No se trata, desde luego, de un fundamento epistemológico o metafísico, sino de uno fenomenológico, esto es, la relación de motivación que hay de la esfera media sobre la superior se debe entender en los términos propios de una descripción genética de la experiencia, interesada en dar cuenta de la génesis fenomenológica de la relación noesis-noema que revela el análisis estático.

Sobre esta relación diré algo más en el numeral siguiente sobre los *esquemas de imagen*, cuando presente la descripción de la modalización de la experiencia que adelanta Husserl en la División 1 de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*.

### **3.2. Los conceptos encarnados III: los esquemas de imagen.**

Lo *esquemas de imagen* son el tercer tipo de *conceptos encarnados* que presentan Lakoff y Johnson. En *Philosophy in the Flesh* los presentan así:

Los conceptos de relaciones espaciales están en el corazón de nuestro sistema conceptual. Son ellos los que le dan sentido al espacio para nosotros. Caracterizan lo que es una forma espacial y definen inferencias espaciales. Pero no existen como entidades en el mundo externo. No vemos relaciones espaciales de la misma manera en que vemos objetos físicos (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 30)

Los esquemas espaciales que presentan en *Philosophy in the Flesh* son un subgrupo de los *esquemas de imagen* que Johnson presenta en *The Body in the Mind* (1987) y que Lakoff articula con su propuesta sobre la estructura del repertorio conceptual en *Women, fire and dangerous things* (1987). Así, los planteamientos sobre las relaciones espaciales valdrían también con respecto a otros esquemas de imagen, por lo que de ahora en adelante no voy a hablar de esquemas espaciales sino de la tesis general de los esquemas de imagen.

La cita presenta los esquemas de una manera poco rigurosa, y el curso de la presentación no hace algo mejor. Lakoff y Johnson plantean que los esquemas moldean nuestra percepción *inconscientemente*, y que en la percepción de escenas cotidianas las relaciones entre los elementos se organizan de la mano de proyecciones imaginísticas. Por ejemplo, “*para ver una mariposa como estando en el jardín, tenemos que conceptualizar los límites del jardín como un contenedor tridimensional con un interior que se extiende en el aire*” (Lakoff & Johnson, 1999, pág. 30). El problema de este tipo de descripciones es que ilustran en qué consiste un proceso de conceptualización, pero dice muy poco sobre lo que son los esquemas de imagen.

Asumamos por un momento que los esquemas de imagen no son diferentes a los *tipos* del numeral anterior, o a las categorías del Capítulo 1. Digamos, por ejemplo, de manera más puntual que *contenedor* es un *tipo*. Esto querría decir que ver algo como un *contenedor* define un horizonte de posibilidades futuras en relación con la interacción encarnada con el entorno: puedo observar que una cosa entra o sale, por ejemplo. Por eso, en un caso como el del jardín, donde los límites no son materiales, la mariposa puede mantenerse adentro o puede salir. Si este fuera el caso, no tendríamos mucho más que decir. Sin embargo, esta caracterización empobrece la teoría, pues se construye sin tener en cuenta la experiencia del propio cuerpo, que es diferente fenomenológicamente a las experiencias sedimentadas tipificadas dirigidas a objetos.

En este capítulo quiero hacer una caracterización de los esquemas de imagen que profundice en este punto. Voy a desarrollar primero un comentario a la tesis de los esquemas de imagen

desde la fenomenología, y después voy a seguir con un comentario a la evidencia empírica que apoyaría la tesis de los esquemas de imagen.

### **3.2.1. Una interpretación fenomenológica.**

La teoría de los esquemas de imagen se sigue de la propuesta de Lakoff y Johnson en *Metaphors we Live by* sobre la metáfora conceptual. Como dije al inicio del Capítulo 1, la idea según la cual nuestro sistema conceptual está estructurado metafóricamente, supone que nuestros conceptos están organizados de manera diferenciada, pues en el mapeo hay dos tipos de dominios conceptuales: unos que están claramente estructurados (los dominios fuente) y otros que no (los dominios meta). Así, “*debido a que muchos de los conceptos que son importantes para nosotros, o bien son abstractos, o bien no están bien delineados en nuestra experiencia (...) necesitamos capturarlos por medio de otros conceptos que entendemos en términos más claros (orientaciones espaciales, objetos, etc.)*” (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 115). Esta oposición entre conceptos básicos y conceptos complejos, o entre conceptos claros y conceptos opacos, vincula la tesis de la teoría conceptual de la metáfora con la tesis de la construcción encarnada del sentido: si no todos los conceptos se organizan de la mano de un mapeo metafórico, debe haber unos conceptos que (digámoslo de manera metafórica) le dan piso al resto del repertorio conceptual y que podríamos construir sin el recurso a los mapeos metafóricos. El ejemplo que dan en *Metaphors we Live by* es el de los conceptos espaciales:

Los principales candidatos para los conceptos que entendemos directamente son los conceptos espaciales simples, tales como ARRIBA. Nuestro concepto espacial ARRIBA emerge de nuestra experiencia espacial. Tenemos cuerpos y nos mantenemos erguidos. Casi cualquier movimiento que hacemos involucra un programa motor que o bien modifica nuestra orientación arriba-abajo, o bien la mantiene, la presupone, o la tiene en cuenta de alguna manera. Nuestra actividad constante en el mundo, incluso cuando dormimos, hace de la orientación arriba-abajo algo relevante no solo para nuestra actividad física, sino algo centralmente relevante. (...) Los conceptos espaciales humanos (...) incluyen ARRIBA-ABAJO, ADELANTE-ATRÁS, ADENTRO-AFUERA, CERCA-LEJOS, etc. Son estos los que son relevantes para nuestro funcionamiento corporal continuo y cotidiano.

(,,) Mientras que nuestra experiencia emocional es tan básica como la experiencia perceptiva, nuestras experiencias emocionales están delineadas de una manera mucho menos clara en términos de lo que nosotros hacemos con nuestros cuerpos. Aunque una estructura conceptual claramente delineada con respecto al espacio

emerge de nuestro funcionamiento sensoriomotor, ninguna estructura conceptual definida claramente emerge con respecto a las emociones a partir solamente de nuestro funcionamiento. Debido a que hay *correlatos sistemáticos* entre nuestras emociones (como la alegría) y nuestras experiencias sensoriomotoras (como la postura erguida) éstos configuran la base de los conceptos orientacionales metafóricos (tales como FELIZ es ARRIBA). Tales metáforas nos permiten conceptualizar nuestras emociones en términos mucho más claros (...). (Lakoff & Johnson, M., 1980, pág. 57).

Se trata, es claro, de una formulación intuitiva que invita a resolver una serie de interrogantes puntuales, pero que será la hoja de ruta de la propuesta de Johnson sobre la tesis del sentido encarnado. La clave está en el papel que los autores le dan a la experiencia y a su relación con el movimiento. En la cita hablan de programas motores, de posturas corporales, de las actividades cotidianas y su dimensión espacial. El cuerpo se entiende, así, como cuerpo activo, enganchado de manera primaria con el entorno en una dimensión práctica antes que en una epistemológica. Con este giro, la teoría conceptual de la metáfora lleva entonces a plantearse la pregunta por la estructura de la experiencia, que está determinada por nuestro cuerpo. Por eso digo que se trata de un *punto de llegada*: el análisis de la experiencia es una demanda propia de una teoría sobre el significado de las expresiones lingüísticas.

Siete años después de su obra inaugural con Lakoff, Johnson publica *The Body in the Mind*, inspirado en los hallazgos de su primera obra, pero interesado en recorrer el camino en la dirección inversa. En esa obra, los esquemas son el *punto de partida*, y por eso la obra ofrece, en primer lugar, una caracterización positiva de los esquemas, independientemente de su relación con los mapeos metafóricos. En el prefacio a *The Body in the Mind*, Mark Johnson define los esquemas de imagen así: “*Un esquema de imagen es un patrón recurrente y dinámico de nuestras interacciones perceptivas y nuestros programas motores que da coherencia y estructura a nuestra experiencia*” (Johnson M. , 1987, pág. xiv). Se trata de una caracterización general y difusa, al punto que -como ya lo dije en el Capítulo 1- cuando se revisa la literatura sobre el tema, es posible identificar posiciones divergentes e incluso contradictorias sobre los esquemas. Sin ir más lejos, Lakoff (1987) los presenta como estructuras representacionales, mientras que Johnson (1987; 2007) insiste en que no se trata de representaciones sino de estructuras interactivas. De todas maneras, la definición, escueta como es, da pistas importantes con respecto a los esquemas de imagen. Por un lado, dice qué

son los esquemas de imagen: patrones recurrentes y dinámicos interactivos; y por el otro, señala su función: estructurar y dar coherencia a la experiencia.

Que los esquemas de imagen son recurrentes quiere decir que el papel que juegan en la estructuración de la experiencia no se limita a casos aislados y puntuales, sino que recorren la experiencia cotidiana en su despliegue ordinario: los encontramos, por decirlo de alguna manera, en cualquier experiencia. Que son dinámicos quiere decir que se trata de estructuras flexibles que se modifican “*para incorporar muchas situaciones parecidas pero distintas*” (Johnson M. , 1987, pág. 29). El carácter dinámico admite una relación con la caracterización que hice del *tipo* en el numeral anterior, pero la primera, la de la recurrencia, llama la atención sobre un punto que es decisivo: mientras que los tipos se relacionan con la experiencia de situaciones y objetos individuales, los esquemas son recurrentes en relación con las interacciones en términos generales. El tipo *perro* se asocia con experiencias actuales de perros, es decir, se percibe en función de la asociación pasiva con las experiencias sedimentadas cuando percibimos un perro. Nada más. Los esquemas de imagen no admiten esa especificidad relacionada con un objeto, una característica que se puede interpretar de dos maneras: o bien, que se trata de *tipificaciones* generales, como lo sería, por ejemplo, *animado* o *inanimado* -recordemos que Husserl admite niveles de generalidad y de especificidad- o bien, que se trata de *tipos* relacionados con rasgos básicos que recorren muchas de nuestras experiencias.

Cuando se revisan los esquemas que Johnson presenta, es claro que la primera opción no es el caso. Por ejemplo, ARRIBA-ABAJO no es una oposición que admita una especificidad que vaya de lo general a lo más concreto, al estilo de la oposición animado e inanimado. Cuando camino por la calle y veo un animal, me acerco y me doy cuenta de que es un gato, y si lo veo con más cuidado, veo un gato persa. En el caso de la oposición arriba-abajo este tipo de recorridos determinantes no tienen lugar, y no lo tienen en el caso de otros esquemas de imagen. Los esquemas espaciales admiten grados con respecto a la relación que definen: algo puede estar más o menos arriba, más o menos lejos, más o menos a la derecha, etc. Pero estas no son relaciones anidadas, sino magnitudes que se definen en función de un marco de coordenadas fundado de manera originaria en el propio cuerpo.

Si se trata de lo segundo, habría que determinar cuáles son esos rasgos básicos de la experiencia. Y el asunto es este: el dinamismo sirve de garantía para la recurrencia, pues solamente en virtud de la flexibilidad, un mismo esquema tiene la posibilidad de organizar diferentes escenas o situaciones. Sin embargo, todos los tipos admiten un rango de flexibilidad. Así, que sean *efectivamente* recurrentes, dependerá de su fundamento encarnado. Nuestra experiencia es la de un mundo vivenciado corporalmente, tal como lo deja ver el análisis fenomenológico. Por eso, los contornos cualitativos de la experiencia emergen y se constituyen en los términos impuestos por la animación corporal, y por eso la esquematización de la experiencia es la esquematización de esa interacción entre el cuerpo y el entorno.

Volvamos ahora a la definición. La segunda parte plantea que los esquemas de imagen dan coherencia a nuestra experiencia. Sobre este tema, Johnson vuelve más adelante y sostiene que los esquemas de imagen son “*estructuras preconceptuales de nuestra experiencia*” (Johnson M. , 1987, pág. xxxvii) “*sin los cuales nuestra experiencia sería caótica e incomprensible*” (Johnson M. , 1987, pág. xix). Qué quiere decir eso de que la experiencia sería caótica lo expone mucho más adelante, cuando presenta el esquema de EQUILIBRIO:

Casi nunca reflexionamos sobre la naturaleza y el significado del equilibrio, a pesar de que en su ausencia nuestra realidad sería totalmente caótica, como el mundo de una persona muy embriagada que gira desaforadamente. La estructura del equilibrio es uno de los hilos que mantiene unida nuestra experiencia como un todo coherente y significativo (Johnson M. , 1987, pág. 74)

La cita introduce una oposición entre coherencia y caos experiencial, pero señalar una oposición no aclara sus términos, es decir, no dice nada positivo sobre lo que es la coherencia ni sobre lo que es el caos. Pero algo podemos decir de la mano del análisis fenomenológico de la temporalidad y la animación, donde el tema de la coherencia es lo primero en la lista: el *tipo* es una apertura que anticipa cierto tipo de experiencias, motivadas por las experiencias sedimentadas, por eso, la dinámica de anticipación y cumplimiento es la regla de la coherencia de la interacción.

En este sentido, una experiencia sería incoherente si, en lugar de darle cumplimiento a lo anticipado, diera con situaciones alejadas completamente del rango de posibilidades motivado por el tipo: por ejemplo, un escenario en el que la comida no sepa a lo que esperamos que sepa (sobre este tipo de casos volveré cuando hable de la *modalización*). Dije antes que la apertura de la experiencia y las variaciones que se dan con respecto al sistema de anticipaciones y cumplimiento que caracterizan la percepción marcan el *ritmo* de la experiencia. Ahora bien, a diferencia de la incoherencia, una experiencia sería caótica si la estructura misma del tiempo vivido es la que se quiebra, que es lo mismo que decir que la corporalidad de la experiencia se desajusta. Las patologías psiquiátricas son un buen ejemplo de esto, como lo ha mostrado Gallagher (2000) con respecto a la inserción de pensamiento o el delirio de control, y también se contaría otro tipo de experiencias en las que el quiebre es completamente diferente, como la del amigo embriagado. En este último caso, la pérdida del equilibrio no describe la totalidad de la experiencia: un hombre mareado acostado en la cama no tiene una experiencia caótica. Lo que hace de la experiencia del hombre embriagado una experiencia caótica es que, a pesar del mareo y la borrachera, se intenta tener un curso regular y controlado de movimientos, pero se fracasa rotundamente. Se trata, así, de una situación en la que la falta de fluidez en el movimiento da lugar a una falta de fluidez en la temporalidad de la experiencia, porque lo anticipado no se cumple en relación con la motivación de la retención: un hombre embriagado va a patear un balón, y falla rotundamente.

Volviendo sobre nuestro tema, el equilibrio y el desequilibrio son experiencias corporales antes que esquemas, y mal haríamos en entender la tesis de Johnson como una que plantea que el esquema de imagen EQUILIBRIO es el que da lugar a la *experiencia* del equilibrio, como mal haríamos, también, si entendemos que el esquema se sigue de la experiencia, en una dirección unidireccional<sup>26</sup>. El equilibrio siempre tiene lugar en la experiencia del mundo, y lo que sedimenta no es una sensación de equilibrio, sino la manera en que se vive el equilibrio en diferentes situaciones. Ahora bien, la sensación de equilibrio no desaparece casi

---

<sup>26</sup> Evans y Green, por ejemplo, afirman que los esquemas de imagen son “*conceptos que surgen de la experiencia encarnada*” y aclaran más adelante que “*la estructura conceptual refleja la experiencia encarnada*” (2006, pág. 176). En esta caracterización, la relación tiene una sola dirección, y por eso se pierde la idea de que los esquemas organizan la experiencia. Los esquemas de imagen serían representaciones conceptuales, sólo que en un formato esquemático. Por eso vale la pena volver la atención sobre lo que Evans y Green llaman la esfera del *embodiment*, para ver cómo se relaciona esa esfera con los esquemas de imagen.

nunca del trasfondo de la experiencia, y si lo hace se tiene como experiencias atípicas. Así, la experiencia del equilibrio, esto es, la experiencia de un mundo que se vive en relación con el equilibrio, organiza las experiencias perceptivas en su dimensión exteroceptiva, y modifica la experiencia corporal en su dimensión interoceptiva.

Que el equilibrio organiza la percepción del entorno es algo que se puede ilustrar con un ejemplo simple: cuando observo un paisaje de pie, el cielo aparece delante de mí está arriba, y las montañas abajo; cuando me doy la vuelta y me paro de cabeza, también percibo el cielo arriba y las montañas abajo, aunque la disposición en el campo visual sea la inversa. Esto lo sé por el cambio que hay en las sensaciones de equilibrio, y así, es claro que la vivencia de la oposición arriba-abajo está determinada por la experiencia del equilibrio.

Ahora bien, que la experiencia presente modifica la dimensión interoceptiva se entiende cuando atendemos al proceso de sedimentación de las experiencias encarnadas. En el caso del equilibrio, que configura y está en el trasfondo de cada experiencia presente, cada experiencia se pierde en la sedimentación y por eso mismo reconfigura constantemente el curso futuro de las experiencias-en-equilibrio. Regularmente no nos percatamos de esto, pero situaciones límite dejan ver con claridad lo que quiero decir: un equilibrista que camina sobre la cuerda floja se cae muchas veces antes de dominar completamente la tarea. Cada paso, cada caída, cada intento, marca un punto en el recorrido hacia la reconfiguración de la dinámica del cuerpo equilibrado. El equilibrio es una dinámica constante y no un punto de llegada o un logro definitivo. Lo mismo se puede decir cuando nos paremos de cabeza.

Como señalé en el capítulo anterior, un *tipo* le da forma temporal a una experiencia en la medida en que define un horizonte de posibilidades futuras, pero esa forma no es fija: la sedimentación es un proceso siempre en marcha. Las síntesis asociativas pasivas vinculan una experiencia presente con las experiencias sedimentadas que se tienen en la retención lejana, pero toda experiencia presente pasa siempre a la retención y se pierde en la retención lejana, que es el terreno de la sedimentación. Esto quiere decir que cada síntesis experiencial modifica el *tipo*, es decir, modifica el horizonte de expectativas relacionado con las eventuales experiencias de objetos *semejantes*. Lo mismo pasa con los modos propios de la

experiencia encarnada: el equilibrio, junto con el conjunto de experiencias que definen el campo de mi condición actual encarnada en el curso de la interacción, se tiene en la sedimentación de las experiencias mismas, de las interacciones mismas, independientemente del objeto que se tenga al frente. Cuando observo un perro, anticipo un conjunto de posibilidades relacionadas con su presencia, motivadas por la tipificación de experiencias pasadas. La observación del perro supone un trasfondo encarnado en el que se tiene como rasgo constitutivo la experiencia del equilibrio, pero no hace parte del tipo *perro*, sino que se sedimenta en un registro diferente, que sería el de los esquemas de imagen. Así las cosas, los esquemas de imagen no son representaciones de relaciones espaciales externas, como las que hay entre la montaña y el cielo, ni son tampoco representaciones de las condiciones morfológicas del propio cuerpo, como la oposición *cara delante-espalda atrás*. Desde una perspectiva fenomenológica, los esquemas de imagen son experiencias sedimentadas de las vivencias-corporales-en-situación.

Según Husserl, el cuerpo acompaña todas mis experiencias, pero todas las experiencias son experiencias de algo. Cuando las experiencias pasan a la retención cercana y luego al campo de la sedimentación lejana, lo que se sedimenta es la experiencia en su conjunto. No la escena objetiva, sino la vivencia de la escena. Sin embargo, como el cuerpo -es decir, la vivencia del cuerpo- acompaña todas mis experiencias, las estructuras recurrentes de las interacciones con el entorno, que están determinadas por el cuerpo mismo, serían, por decirlo de alguna manera, la capa más profunda de la sedimentación. Esa capa profunda es la de los esquemas de imagen. Debido a la polaridad constitutiva de la interacción, cada experiencia de una escena es la experiencia del cuerpo en relación con la escena. Sin embargo, el cuerpo está presente en la percepción de todas las escenas, por eso, para decirlo en términos escuetos, la relación del cuerpo con el entorno se sedimenta todo el tiempo, y al mismo tiempo motiva la captura encarnada de cada escena presente.

### **3.2.2. Esquemas de imagen y esquema corporal**

Insisto en el asunto de la relación cuerpo-mundo, porque es importante en este contexto no confundir los esquemas de imagen con el esquema corporal. Desarrollar esta diferencia puede aclarar un poco lo que estoy intentando decir. En *How the body shapes the mind*, Gallagher

captura la esfera del trasfondo corporal de la experiencia y de la sedimentación de las experiencias animadas, con la noción de *esquema corporal*, que define como “*un sistema de capacidades sensoriomotoras (...) que involucra ciertas capacidades motoras, habilidades y hábitos que al mismo tiempo permiten y constriñen el movimiento y el mantenimiento de la postura*” y que distingue de la imagen corporal, esto es, del “*sistema de percepciones, actitudes y creencias relacionadas con el propio cuerpo*” (Gallagher, 2005, pág. 24). La caracterización es pertinente porque busca capturar el lugar que tiene el cuerpo en la estructuración de nuestra vida intencional: “*yo percibo (o recuerdo, imagino, conceptualizo, estudio, amo, odio) mi propio cuerpo como un objeto intencional, como una imagen corporal, un constructo mental, una representación*”, mientras que “*el cuerpo, tal como funciona de este lado de la relación intencional, es, sin embargo, más importante para nuestro estudio. En sus roles prenoéticos el cuerpo sirve para hacer posible la percepción y para restringir la conciencia intencional*” (Gallagher, 2005, pág. 138). Si estamos parados en una pendiente inclinamos el cuerpo ligeramente hacia delante y tensionamos levemente las piernas para no caer, y si nos pega un viento fuerte cambiamos la tensión y el balance para continuar en la misma posición. Cuando camino por la calle, también lo hago sin atender a los diferentes obstáculos, que logro sortear sin problema en la medida en que van apareciendo. Incluso si me tropiezo, reacciono rápidamente y retomo la postura adecuada. Este tipo de vínculo práctico encarnado con el entorno es el que entiende Gallagher con la noción de esquema corporal, que es, si se mira bien, un *tipo corporal* que está siempre en síntesis con el presente.

El esquema corporal no es un esquema de imagen, pues se refiere siempre al propio cuerpo y no a la interacción de la que he venido hablando. Una manera de entender la diferencia, que creo que puede resultar iluminadora, es volver sobre la oposición entre la esfera de la pre-dación originaria y la dación originaria, que son, recordémoslo, los dos momentos que configuran la pasividad primaria. La diferencia entre uno y otro nivel tiene que ver con el interés, con el acto de volverse del sujeto, que reconfigura el tejido pre-atencional y lo estructura en relación con la estructura del campo atencional y las disposiciones corporales que se constituyen con ese giro. En la esfera pre-atencional el cuerpo se tiene de manera pasiva, lo que no quiere decir que de manera inerte o estática.

La descripción de esta esfera básica primaria sólo es posible en la reducción fenomenológica que orienta la investigación genética, por eso su exposición no depende de que encontremos un caso o un tipo de experiencia que ejemplifique cómo sería la experiencia reducida a esta esfera básica. Sin embargo, podemos hacer un esfuerzo para entender el lugar del cuerpo en esa esfera básica: se trata de un cuerpo animado disponible, pre-atentivo, que se mantiene listo en función del propio movimiento, pero antes de cualquier giro atencional y de cualquier captura afectiva. Un cuerpo que todavía no se vuelve sobre algo, sino que, por decirlo de alguna manera, divaga corporalmente y en el divagar se alista para volverse.<sup>27</sup> En la vida ordinaria, el estado de reposo no es nunca un estado de quietud absoluta, que sería la muerte. Si una de las ideas centrales de la fenomenología genética es que la emergencia de un mundo se constituye en la interacción animada, la configuración del tejido pre-atencional se constituye en relación con un cuerpo vivo pero que no tiene un enganche afectivo con el entorno. En esta esfera primigenia pre-atencional y pre-afectiva, tiene sentido hablar del esquema corporal, esto es, de un esquema corporal mínimo disposicional, entendiendo que esta disposición se constituye en el movimiento mismo. Pero no tiene sentido hablar todavía de una interacción atencional y afectiva que tiene lugar con ocasión de del acto de volverse; después del jalón afectivo y el giro atencional. Cuando esto sucede, el campo experiencial se reconfigura, y el cuerpo se vive de manera diferente.

En este contexto no es difícil ver cómo, en el caso de los esquemas espaciales, la estructuración esquemática del espacio se sigue del enganche afectivo y el giro atencional. Cuando un estímulo captura mi atención y el rayo de ida se empalma con un rayo atencional de vuelta, lo que aparece se tiene en algún lugar del campo, al que dirijo mi cuerpo atento. En este sentido, el acto de girarse es justamente eso: volver la mirada; girar la cabeza; atender con todo el cuerpo. Ese cambio de actitud corporal da lugar a otro tipo de interacción, que es la que estaría a la base de los esquemas de imagen, en el sentido en el que lo he entendido de la mano de la descripción fenomenológica. Al volver la mirada, al volverme sobre el mundo, se constituyen en un sentido activo (es decir, activo dentro de la pasividad) las estructuras

---

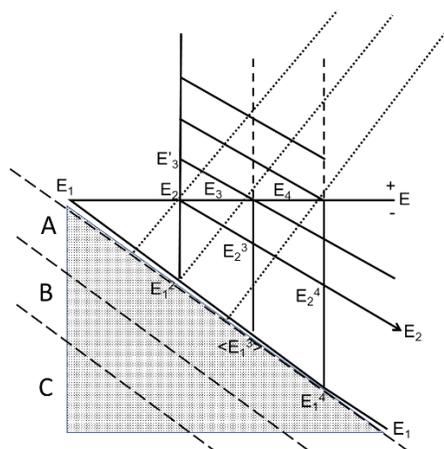
<sup>27</sup> Esta es una idea que debo a una ponencia de Jorge Dávila sobre la divagación mental en el VII Congreso Colombiano de Filosofía, titulada *Divagación mental y divagación del Leib*.

experienciales relacionadas con el equilibrio, con las oposiciones espaciales (arriba-abajo, izquierda-derecha, adelante-atrás, cerca-lejos), con el hecho de seguir con el movimiento de mi cuerpo un objeto que se desplaza, en fin, con el tipo de interacciones que contarían dentro de los esquemas de imagen.

Así, entendido en relación con el esquema corporal, el equilibrio no es un esquema de imagen, sino una vivencia que configura -junto con otro tipo de experiencias corporales- el trasfondo encarnado de la experiencia presente, definido en función con la vivencia corporal sedimentada. Sin embargo, la experiencia del equilibrio no es siempre la misma, sino que admite variaciones: por ejemplo, la sensación de equilibrio no es la misma cuando estamos de pie que cuando estamos acostados, y ese tipo de variaciones le dan un sentido más claro a la idea de Johnson de que los esquemas son patrones recurrentes: el equilibrio siempre está ahí, pero los contornos de la vivencia equilibrada cambian. Cuando vemos algo mientras estamos de pie, vivimos el equilibrio y la posición vertical de nuestro cuerpo, y así, este tipo de experiencias darían lugar a la emergencia de esquemas de imagen de EQUILIBRIO EN EJE y VERTICALIDAD. Al igual que el equilibrio, la espacialidad de la experiencia tampoco es fija, pero se supone en toda experiencia perceptiva. A veces atendemos a lo que tenemos delante, otras veces giramos la cabeza para ver lo que está a nuestro lado derecho, y otras veces agachamos la cabeza para ver el piso. En esas actividades es que se configuran los escenarios cuya sedimentación podríamos llamar *esquemas de imagen*.

Dije del esquema corporal, entendido como un tipo corporal, que se mantiene siempre en síntesis con la experiencia presente. En el caso de los esquemas de imagen, la motivación asociativa con el presente depende de la estructura atencional y de los propósitos que configuran la experiencia presente. Los patrones corporales interactivos se tipifican, pero se tienen siempre en la densidad del presente vivido en un grado diferente al de los tipos relacionados con objetividades. En la caracterización de la experiencia de objetos en el nivel pre-intencional, teníamos una oposición entre lo desconocido y lo conocido. Dije en el numeral anterior que la percepción de algo nuevo, en su individualidad, se vive en función de las experiencias pasadas, sedimentadas, de la mano de la síntesis de asociación. Retomando la cita de Husserl, la mesa “está caracterizada como algo re-conocido y sin

embargo nuevo” (Husserl, 1980 [1939], pág. 360 [399]). Con la estructura de las interacciones (que sería el caso de los esquemas de imagen), y con el cuerpo mismo (que sería el caso del esquema corporal) este no es el caso, pues siempre está ahí: toda experiencia es de suyo una experiencia encarnada, y por eso lo que se sedimenta no es una experiencia relacionada con un objeto, sino la manera misma en que interactuamos con el mundo. No tengo el mismo talento que Husserl para dar con diagramas ilustrativos, pero la estructura de las capas sedimentadas se podría representar así:



Se trata del esquema con el que Husserl ilustra la relación entre la retención y la protención (ver nota al pie 14), pero le he añadido una zona gris que representa los contenidos sedimentados. En el diagrama original, cada momento del curso temporal de la experiencia está atravesado por una línea vertical que en la parte superior representa la protención y en la inferior la retención, y la relación dinámica entre las retenciones y las protenciones se representa con las líneas oblicuas continuas. He añadido unas líneas oblicuas punteadas que salen de la zona sedimentada y se proyectan hacia el futuro, y la he dispuesto en una orientación transversal a las otras líneas diagonales para indicar la diferencia que hay entre la protención cercana y la lejana (y eventualmente, una diferencia entre protenciones cercanas y protenciones lejanas, un tema sobre el que volveré en el siguiente capítulo). He dividido, además, la zona gris en tres partes (A, B, C) para diferenciar tres niveles o capas sedimentadas diferentes, que tienen niveles de profundidad diferentes. La capa más profunda (C) es las sedimentaciones que resultan de la experiencia del cuerpo en el nivel pre-atencional y pre-

afectivo. La capa intermedia (B) es la de las experiencias del cuerpo-en-interacción, que es el cuerpo atento y afectivo. Y la tercera capa es la de los contenidos tipificados que están asentados en las dinámicas corporales pero relacionadas con objetividades tipificadas (el caso de tipos como *animal, perro, mesa, etc.*).

Una manera de entender mejor lo que quiero decir, y que también sirve para aclarar algunas confusiones que recorren la bibliografía sobre los esquemas de imagen, es revisando la interpretación que se hace de los esquemas de imagen en el campo de la psicología cognitiva, desde una óptica fenomenológica, a lo que doy paso ahora. Me voy a centrar en la teoría de J. Mandler y en la de Dodge y Lakoff, porque se trata de dos líneas diferentes, ambas relacionadas con dos de los objetivos centrales que señalé en el Capítulo 1 con respecto a los objetivos de una teoría psicológica sobre los conceptos: el aprendizaje y la base neuronal de los conceptos.

### **3.2.3. Los esquemas de imagen en la psicología del desarrollo: Mandler.**

La psicóloga Jean Mandler (2004; 2005) ha desarrollado una teoría que da cuenta del desarrollo cognitivo de los seres humanos de la mano de los esquemas de imagen. Su propuesta se presenta a veces como una defensa del carácter encarnado de los esquemas de imagen<sup>28</sup>, pero la realidad es que se trata de la mejor manera de mostrar que la emergencia de los esquemas de imagen no tiene relación alguna con la experiencia encarnada. A continuación, voy a presentar primero los elementos generales de la propuesta, y voy a seguir después a hacer una lectura de ésta en clave fenomenológica.

#### **3.2.3.1. La propuesta.**

En oposición con Piaget (1961), para el que el desarrollo de las capacidades lingüísticas es un estadio posterior a una etapa de desarrollo de capacidades motoras, Mandler sostiene que la aparición de conceptos pre-verbales se puede rastrear hasta los primeros meses de vida y que son el producto de un Mecanismo de Análisis del Significado Perceptivo que transforma

---

<sup>28</sup> Así lo reconocen, puntualmente, Evans y Green: “La psicóloga del desarrollo Jean Mandler ha hecho una serie de propuestas relacionadas con la manera como los esquemas de imagen surgen de la experiencia encarnada” (Evans & Green, 2006, pág. 46)

la información recibida del campo sensorial, en representaciones imagen-esquemáticas mediante su simplificación y fragmentación. Se trata de un proceso en el que el *input* perceptivo se analiza y se codifica en un nuevo formato:

El Análisis del Significado Perceptivo redescubre la estructura espacial y del movimiento de las configuraciones perceptivas. Esta información perceptiva se deriva, en los casos normales, de la visión. (...) Así, los esquemas de imagen que el análisis del significado perceptivo construye, son representaciones analógicas que resumen las relaciones espaciales y los movimientos en el espacio. (Mandler J. , 2004, pág. 79)

Cuando un bebé observa un objeto que inicia un movimiento y se detiene, rasgos como la forma y el color se dejan de lado y se captura y se organiza únicamente lo que tiene que ver con los movimientos, por ejemplo, “X va de un lado a otro” o “X inicia un movimiento por sí solo”. Estas construcciones esquemáticas serían las herramientas con las que cuenta un bebé cuando enfrenta la tarea de aprender un lenguaje. Por ejemplo, Mandler sostiene que los bebés pueden construir, a partir de relaciones espaciales primitivas como las que acabo de describir, la categoría de “objeto animado”, que sería la base del concepto de AGENTE: un objeto animado que pone en movimiento un objeto inanimado. Igualmente, la idea de “objeto inanimado” -que sería el objeto que *no* inicia un movimiento por sí sólo- sería la base del concepto de OBJETO o PACIENTE. La idea es que los esquemas son el piso preconceptual sobre el que se construyen conceptos complejos que son centrales en el desarrollo del lenguaje. Mandler también establece vínculos entre los primeros marcadores gramaticales que aprenden los niños y los esquemas de imagen: el marcador de presente progresivo (-*ing*), las primeras preposiciones (*in*, *on*), el plural (-*s*) son todas marcas gramaticales que se relacionan con esquemas de imagen como TRAYECTORIA, CONTENEDOR, SOPORTE o INDIVIDUACIÓN.

Los experimentos en los que se basa Mandler para defender la posición de conceptos pre-verbales se basan en el método de violación de la expectativa (Baillargeon, Spelke, & Wasserman, 1985) que se deriva de la observación de Fantz (1964) sobre la diferencia entre los tiempos de fijación de la mirada ante estímulos visuales contrastantes. Apoyándose en diferentes experimentos, Fantz mostró que los bebés entre 2 y 6 meses “recuerdan” (las comillas aparecen en el texto de Fantz) lo que ven, pues el tiempo de fijación visual sobre un mismo estímulo disminuye cuando se vuelve familiar, mientras que el tiempo aumenta con

respecto a estímulos nuevos. Fantz asume que la mirada sostenida es un indicio de la atención del infante, y que la disminución del tiempo de mirada sobre los estímulos ya conocidos indica que el infante pierde interés en el estímulo. En el caso de la *violación de la expectativa*, se introduce un elemento adicional: los infantes observan dos eventos, uno *consistente*, que se ajusta a las expectativas generadas por la habituación previa en la que se presenta varias veces un mismo evento hasta que el tiempo de mirada disminuye; y uno *inconsistente*, que viola las expectativas generadas por el proceso de familiarización. Cuando el evento es inconsistente, el tiempo de mirada aumenta, un resultado que se interpreta como una señal de que el infante posee la expectativa que se está investigando, identifica la violación y se sorprende ante ella.

Entre los experimentos que reseña, Mandler presenta los realizados por Baillargeon y colaboradores sobre la contención, esto es, sobre el dominio por parte de los bebés de las reglas que rigen la relación entre dos objetos cuando uno entra dentro del otro. El diseño experimental consiste en familiarizar a infantes de seis meses con un evento en el que un objeto entra en otro. Luego se le presenta la misma tarea con una variación que hace que la introducción del objeto no se ajuste a las reglas que rigen la contención. En una de las versiones (Baillargeon & Hespos, 2001) (Figura 8.1), el objeto que sirve de contenedor tiene una tapa falsa que permite la introducción del otro objeto, aunque visualmente aparezca cerrado. Cuando se les presenta a los bebés la tarea imposible, en la que el objeto que se introduce atraviesa un límite cerrado, el tiempo de mirada aumenta y el bebé luce sorprendido. En otros experimentos (Figura 8.2) se introducen variables relativas a la relación de tamaño de los dos objetos: por ejemplo, se introduce un objeto más largo que el que lo contiene, debido a un piso falso en el contenedor, que permite que el objeto largo baje y quepa en el objeto más corto. O se muestra primero una esfera sostenida por un palo en la parte superior, que es más ancha que el contenedor en el que se va a introducir, luego sube una pantalla que tapa el contenedor, pero deja ver la esfera descendiendo, y finalmente se baja la pantalla de bloqueo y se muestra la situación como si el objeto grande hubiera entrado en el contenedor pequeño. (Baillargeon & Wang, 2001) En cada uno de estos casos, la violación de la expectativa genera un tiempo mayor de observación en los infantes.

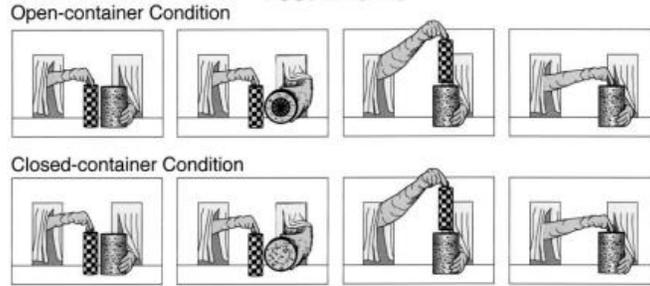


Figura 8.1. (Baillargeon & Hespos, 2001)

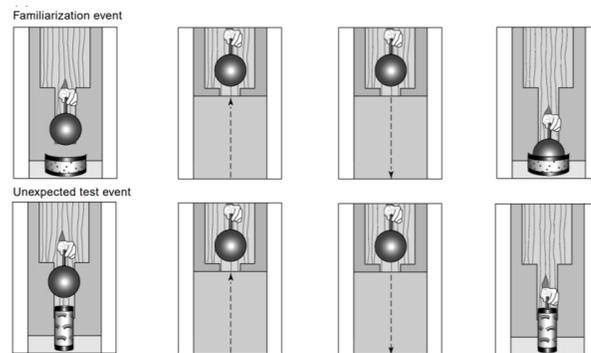
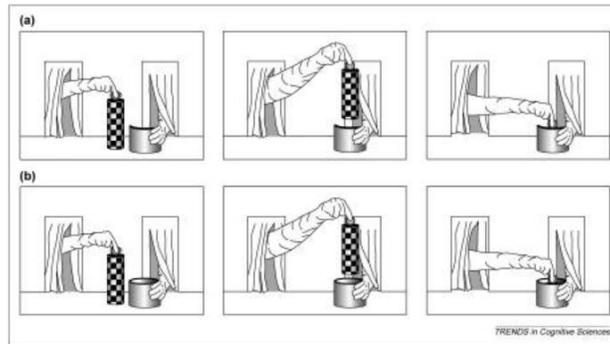


Figura 8.2. (Baillargeon & Wang, 2001).

Con base en evidencia de este tipo, Mandler identifica diferentes esquemas espaciales que serían el primer escalón en el desarrollo conceptual humano. Desde su nacimiento, los bebés se interesan más por lo que sucede con los objetos que con qué son los objetos: cómo inicia un desplazamiento, cómo termina y cómo el objeto interactúa con otros objetos. Como ya dije, estas relaciones forman la oposición entre animado vs. inanimado: un objeto animado es el que inicia un desplazamiento por sí solo, mientras que uno inanimado inicia su

desplazamiento solamente en contacto con otro objeto. Los bebés también se interesan por la contención y la oclusión: qué pasa cuando un objeto desaparece de la vista detrás de una cortina o se introduce en un contenedor. De ahí que Mandler considere que las primeras conceptualizaciones sean todas acerca de relaciones espaciales.

La teoría de Mandler tiene un alcance explicativo amplio y se basa en la interpretación de un conjunto amplio de evidencia empírica. Sin embargo, se echa de menos el acento encarnado que Johnson quiere darle a la tesis de los esquemas de imagen. Mandler está interesada en identificar y dar cuenta del origen de los recursos cognitivos con los que llega un bebé al proceso de aprendizaje del lenguaje. El punto de partida de su investigación es la definición de una línea divisoria entre el conocimiento declarativo, que sería el tipo de conocimiento al que tenemos acceso consciente y que está organizado conceptualmente<sup>29</sup>, y el conocimiento procedimental, que sería el que estaría vinculado con el movimiento de nuestro propio cuerpo en la realización de acciones motoras. Cuando describimos lingüísticamente en qué consiste lanzar una bola (recoger el brazo y echarlo hacia adelante rápidamente soltando la bola en el camino) reclutamos el conocimiento declarativo sobre la acción. Sin embargo, nada de esa descripción se vincula con el programa motor específico que nos permite, efectivamente, lanzar una bola. Al menos no para Mandler, quien sostiene que desde los dos meses y medio de edad los infantes están en capacidad de construir representaciones esquemáticas que nada tienen que ver con las capacidades motoras. El sistema de análisis perceptual es un módulo cerebral que opera de manera automática, y su postulación se ajusta a una teoría de la mente alejada del enfoque encarnado que defiende Johnson.

### **3.2.3.2.La lectura fenomenológica.**

---

<sup>29</sup> Si el rasgo distintivo del conocimiento declarativo es su accesibilidad, la adscripción de contenidos conceptuales a un infante resulta, a primera vista, problemática, pues debe depender –es claro– de un criterio distinto al reporte verbal. La manera de salirle al paso a las enormes dificultades que supone lo anterior ha sido la de observar si los infantes pueden realizar o no cierto tipo de operaciones o de procesos cognitivos que supondrían el acceso consciente a este tipo de contenidos. Mandler sugiere tres actividades que los infantes pueden realizar entre los 9 y los 14 meses de edad: recordar algo, realizar inferencias inductivas y resolver problemas mentalmente

Esto no quiere decir que debamos abandonar la evidencia empírica, sino que es preciso encontrar una manera de entenderla dentro de un marco que se ajuste a la caracterización de la experiencia como experiencia encarnada. En efecto, una segunda mirada al trabajo de Mandler en clave fenomenológica puede servir para darle al cuerpo un papel justo en la cognición. El trabajo fenomenológico, en efecto, puede servir para avanzar en la comprensión de los elementos que se dan por sentado en dichos experimentos. El caso del espacio es claro: postular un mecanismo de análisis perceptivo que filtra la información y extrae sus rasgos espaciales, supone ya la espacialidad encarnada de la experiencia. Una mirada atenta a los experimentos deja ver, además, que también se dan por descontadas las dimensiones experienciales de la temporalidad y de la afectividad, así como la oposición, clave para la fenomenología, entre presencia y ausencia. Tiempo, espacio y afectividad son elementos claves para una fenomenología interesada en capturar con claridad el papel del cuerpo en la organización de la experiencia. Es en esa esfera básica de la constitución de la experiencia que se debe señalar el lugar del cuerpo en una teoría sobre la mente; y es así, en un movimiento de ida sobre la experiencia y vuelta sobre los esquemas, que la tesis de los esquemas de imagen puede adquirir su verdadero sentido corporal.

Ya presenté el carácter animado de la interacción y la constitución vivida de las objetividades y del horizonte de la experiencia. Otro de los aciertos de Husserl en los *Análisis sobre la síntesis pasiva* es que entiende que la relación entre anticipación y cumplimiento, si bien es una característica propia de la dimensión temporal de la experiencia, está abierta a frustraciones o variaciones según la experiencia se vaya desarrollando. En esta dinámica de anticipación y cumplimiento hay dos casos límite: por un lado, que la presentificación de los perfiles que antes estaban ausentes diera *siempre* cumplimiento a lo anticipado. Por el otro, que los perfiles que se presentifican *nunca* dieran cumplimiento a lo anticipado en la protención. En el primer caso, la percepción sería una secuencia monótona y uniforme de intenciones cumplidas, mientras que, en el segundo, la experiencia perceptiva sería un caos carente de sentido (que sería la situación límite del amigo embriagado en grado extremo). El curso ordinario de la experiencia se mueve en un punto intermedio, en el que en un sistema de anticipaciones y cumplimientos hay lugar para la frustración del cumplimiento: Este tipo de variaciones da lugar a lo que Husserl llama la modalización de la experiencia.

Puede ser que el perfil anticipado en la protención no sea semejante con el que efectivamente aparece: una bola puede cambiar de color, por ejemplo, o tener un lado sumido cuando la exploro visualmente. Entre el perfil que aparece y el que se tenía antes en la protención hay entonces una relación de *negación*, y este conflicto da lugar al modo de la *duda*, pues al aparecer algo que no se ajusta a lo esperado, lo que está más allá del horizonte amplía su nivel de indeterminación. En el caso de la bola que en un momento se tenía -digamos- como roja, pero que aparece ahora como negra, el cambio de valor hace que el horizonte vacío de los perfiles ocultos admita rangos relacionados con dos valores diferentes, cuando en el momento anterior admitía solamente un rango relacionado con un valor. La apertura esquemática con respecto a los demás perfiles ocultos da lugar entonces al modo de la *posibilidad*: en nuestro ejemplo, los dos colores se tienen en la presentación originaria y en la protención, así que, si bien se tiene una duda, ésta se ajusta a un rango de posibilidades que no es indeterminado. Husserl no insiste mucho en esto, pero según lo dicho aquí, la negación, la duda y la posibilidad, se deben entender en una dimensión encarnada, precisamente porque se trata de modalizaciones de la experiencia: se trata de una duda *sentida*, de una negación *sentida*, de una posibilidad *sentida*, no de actitudes intelectuales.

Las modalizaciones motivan la exploración del objeto, que Husserl llama *explicitación*. La idea es que el quiebre parcial de la relación anticipación-cumplimiento suspende la relación dinámica y llama el interés del sujeto, que al volver sobre el objeto determina de manera más precisa el horizonte de presentación. Cuando el rojo de la bola da lugar al negro, puedo volver de nuevo sobre el rojo y otra vez sobre el negro, y confirmar la transición. Con cada explicitación, el horizonte cambia, y cada nuevo horizonte está relacionado temporalmente con el horizonte original, en la medida en que cada horizonte se sigue de la clarificación progresiva del horizonte anterior. Por otra parte, cada explicitación aparece como la propiedad de un mismo sustrato: el curso de la explicitación revela la relación con una misma unidad temática, y es este interés sostenido el que le da el estatuto de sujeto de determinaciones. El punto final del proceso es la toma de posición judicativa que se articula en la fórmula *S es p*. (Husserl, 2001, págs. 92 ss [Hua XI, 52ss]). Se trata del proceso genético que tiene como límite teleológico el juicio, pero que es, en realidad, un recorrido

fenomenológico desde las esferas animadas de la experiencia hasta los dominios de la constitución de las situaciones objetivas, que volviendo sobre los tres niveles que diferencié, sería el tránsito del nivel intermedio (b) al nivel superior (a).

En este marco, es posible hacer una lectura fenomenológica de la evidencia que presenta Mandler: la repetición de un estímulo en la fase de familiarización refuerza la estructura anticipatoria de la experiencia, tal como se sigue de los principios de la pasividad: los rasgos que caen en la retención no van desapareciendo, sino que van formando un terreno sedimentado que configura la esfera de la asociación reproductiva. Así ocurre en la experiencia del niño, o al menos así lo podemos imaginar, estirando el alcance del análisis fenomenológico según la propuesta de Fink sobre la fenomenología constructiva (Sheets-Johnstone, 2011, pág. 129). Los experimentos montan una situación de generación y frustración de expectativas, que según lo que acabamos de ver, son expectativas sentidas y encarnadas: cuando el bebé centra su atención, lo hace con todo el cuerpo, como también es una acción de todo el cuerpo la sorpresa, que es la valoración encarnada de la expectativa frustrada y la duda que le sigue. Intelectualizar el proceso, como hace Mandler, o mejor, cognitivizarlo, puede servir para explicar la emergencia de los esquemas de imagen, pero es un recorte problemático desde una perspectiva fenomenológica.

Así, en los experimentos el bebé sigue con el movimiento de sus ojos el desplazamiento de los objetos, y el curso de la experiencia vivida va remontando las anticipaciones protencionales al tiempo que deja tras de sí una estela retencional, en una secuencia motivada por la sedimentación de la familiaridad. En este proceso hay dos órdenes tipificados: el de la anticipación de los movimientos de los objetos, que se ajusta a la teoría del *tipo* que presenté en el numeral pasado, que vale para lo que el bebé percibe durante la prueba (en el diagrama del tiempo que presenté hace unos párrafos, el nivel C) y el del movimiento animado de sus ojos y el conjunto de su cuerpo (niveles B y C). Este segundo orden es el del *tipo corporal* y el de los *esquemas de imagen*, que no es relativo a la prueba, sino que se ajusta y se define en el curso total de la situacionalidad encarnada y temporal del bebé. Johnson apunta en esta dirección cuando afirma que los contornos del movimiento animado es un proceso en construcción:

el equilibrio es una actividad que aprendemos con nuestros cuerpos y no capturando un conjunto de reglas o de conceptos. Antes que nada, el equilibrio es algo que hacemos. El bebé se pone de pie, se balancea y se cae. Lo intenta de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta que se abre un mundo nuevo – el de la postura erecta equilibrada (Johnson M. , 1987, pág. 74).

Lo mismo se puede decir con respecto al cambio que hay en la visión periférica, que se abre -para usar la expresión de Johnson- cuando los bebés empiezan a gatear y tienen una experiencia en la que las sensaciones cinestésicas del desplazamiento del propio cuerpo se correlacionan con la manera en que el mundo circundante va cambiando conforme cambia el punto de vista. Este tipo de correlaciones se han estudiado con el diseño del “cuarto que se mueve”, en el que infantes se ubican en un cuarto cuyas paredes se mueven de manera ficticia, simulando el flujo óptico que tendría lugar si el bebé se desplazara hacia adelante a lo largo del cuarto. Los experimentos muestran que bebés que todavía no gatean son indiferentes con respecto al movimiento de las paredes, mientras que los que ya gatean se muestran desequilibrados y confundidos porque las paredes se mueven, aunque ellos se mantengan quietos (Stoffregenfl, Schmuckler, & Gibson, 1987; Bertenthal & Bai, 1989).

#### **3.2.4. Los esquemas de imagen y el cerebro. Dodge y Lakoff**

Como ya hemos visto, Lakoff y Johnson admiten que la descripción de la experiencia es sólo un punto de partida para una teoría cognitiva, y por eso mismo, el examen de la experiencia consciente no puede ser la base epistemológica de una teoría cognitiva. El más riguroso análisis de la experiencia no puede establecer un vínculo de dependencia causal entre una estructura cognitiva y un determinado estado experiencial. Es por eso que Lakoff y Dodge (2005, pág. 59) insisten en que lo que la “fenomenología empírica” apenas insinúa se debe complementar con diferentes hallazgos provenientes del campo de trabajo de la lingüística, la psicología y la neurociencia. Creo que el papel de la descripción fenomenológica, cuando se hace de la mano de las herramientas teóricas desarrolladas por Husserl, no consiste simplemente en identificar pistas que deberá seguir el trabajo empírico. Antes bien, este tipo de trabajo sienta las bases para comprender los resultados mismos de la exploración científica. El trabajo de Mandler llama a una revisión en clave encarnada; el de Lakoff y Dodge amerita una evaluación del alcance que los autores le quieren dar a su propuesta.

En *Image schemas: from linguistic analyses to neural grounding*, Dodge y Lakoff vuelven sobre el tipo de descripciones ofrecidas por Johnson sobre la experiencia locomotora (despertarse, salir de la cama, entrar a la ducha, etc.) y la relacionan con el tipo de esquemas encontrados en los análisis lingüísticos. Así, establecen un vínculo entre el movimiento corporal y los recorridos habituales que llevamos a cabo en nuestra vida ordinaria, y la manera como se expresan lingüísticamente los esquemas en diferentes oraciones lingüísticas. Por ejemplo, nuestros desplazamientos locomotores se estructuran en términos de un punto de inicio, un recorrido y un punto de llegada, describiendo una estructura imagen esquemática FUENTE-TRAYECTORIA-META. Este mismo esquema, sostiene, organiza el significado de diferentes elementos lingüísticos (preposiciones, verbos, metáforas) que tienen como función estructurar relaciones semánticas espaciales en diferentes oraciones. Así, la preposición *a* en la frase “él caminó *a* la cocina” establece una trayectoria en la que el objeto que se desplaza es *él* y el punto de llegada es *la cocina*, sin especificar las características geométricas del desplazamiento (por ejemplo, la distancia o la forma específica del desplazamiento). Otra cosa sería decir “el caminó *hasta* la cocina”, donde el límite de la cocina es el que sirve como punto de llegada. La cantidad de ejemplos que se pueden sobre el esquema y su función lingüística es abrumadora, y se puede encontrar en diferentes lenguajes.

La tesis de Dodge y Lakoff es que este tipo de descripciones con respecto al sentido de una oración es solamente el inicio:

El análisis lingüístico, por sí solo, no explica los orígenes de los esquemas de imagen. Y aunque los esquemas de imagen pueden asociarse con regularidades recurrentes en la experiencia, el análisis experiencial por sí solo no explica cómo los lenguajes hacen uso de estos esquemas ni explica por qué percibimos las estructuras esquemáticas particulares que percibimos (Dodge, E. y G. Lakoff, 2005, pág. 60)

En esa cita, Dodge y Lakoff están planteando el problema central sobre la teoría de los esquemas de imagen: la relación con el lenguaje y la base experiencial de los esquemas. Dos preguntas que a su manera también eran el centro de la exposición de Mandler, solamente que en el caso de Dodge y Lakoff la solución al problema está en el estudio de la arquitectura cerebral y en el conocimiento acerca del funcionamiento de nuestro cerebro: “*al observar el cerebro, vemos por qué debería haber esquemas de imagen primitivos, y por qué deberían*

*estructurar la experiencia independientemente del lenguaje que los expresa”* (Dodge, E. y G. Lakoff, 2005, pág. 71).

Su propuesta es un caso puntual de la hipótesis de la simulación neuronal, que en años recientes ha tomado una forma más definitiva y se presenta como la hipótesis de la *simulación encarnada* (Barsalou, 2012; Bergen, 2012). Sobre esto voy a volver en el siguiente capítulo, en el que quiero abordar, de la mano de lo dicho, la experiencia lingüística. Se trata de la idea según la cual ciertas áreas del cerebro (ciertos circuitos neuronales) que se activan en las experiencias perceptivas y motoras, se activan también cuando imaginamos y hablamos acerca de tales experiencias. El objetivo de Dodge y Lakoff es identificar cuáles áreas están vinculadas con la computación de esquemas de imagen. Muchas áreas del cerebro están involucradas en la planeación y la realización efectiva de una determinada acción motora, pero hay buenas razones -sostienen- para pensar que la corteza sensoriomotora secundaria es la que computa los esquemas de imagen.

En primer lugar, así como la tesis de los esquemas de imagen sostiene que se trata de estructuras que no están vinculadas con información propia de una sola modalidad sensorial, sino que organizan y estructuran información multimodal, así también la corteza sensoriomotora secundaria computa información multimodal, en tanto que algunas de sus neuronas son sensibles a estímulos provenientes de diferentes modalidades sensoriales. En segundo lugar, la tesis de los esquemas de imagen sostiene que los diferentes esquemas se pueden relacionar para formar conceptos más complejos, y algo similar se identifica con respecto al funcionamiento del cerebro: las diferentes áreas no son sistemas encapsulados, sino que interactúan entre sí.

Dodge y Lakoff ilustran su punto describiendo la activación del cerebro relacionada con (1) la navegación y la orientación espacial y (2) el movimiento del propio cuerpo. Ciertas neuronas que se activan en algunas zonas del cerebro durante la realización de ese tipo de tareas, se activan también con la activación que tiene lugar durante la interpretación de algunas expresiones lingüísticas. Miremos solamente un ejemplo de cada caso: Dodge y Lakoff señalan que hay en el hipocampo unas células sensibles a las características

geométricas y topológicas de los límites, el mismo tipo de rasgos que son recurrentes en las oraciones que describen movimientos en relación con puntos de referencia, tales como “ella ingresó al edificio” (2005, pág. 78). Lo importante es que estas pistas se toman como puntos de monitoreo para seguir la pista al desplazamiento *del propio cuerpo*. Algo similar puede decirse en relación con el movimiento del propio cuerpo: la activación somatotópica relacionada con el movimiento de ciertas partes del cuerpo (pies/piernas, manos/brazos, dientes/la boca) comparte algunas redes neuronales que se activan cuando leemos y escuchamos palabras acerca de esas mismas partes del cuerpo.

Lakoff y Dodge manejan una noción limitada de la tesis del encarnamiento, centrada en el funcionamiento del cerebro. Sin embargo, desde una perspectiva sensible a los hallazgos fenomenológicos, sus planteamientos adquieren un alcance diferente en relación con la comprensión de los esquemas de imagen. En efecto, la distinción planteada en el párrafo anterior se relaciona con lo que he dicho sobre la tipificación, el cuerpo y la interacción: el hecho de que se puedan identificar en el cerebro dos circuitos neuronales que se activan solamente en respuesta a cierto tipo de información relacionada con una experiencia, apunta en la misma dirección que he expuesto sobre la sedimentación tipificada del *cuerpo en interacción* y del *tipo corporal* (la navegación y la orientación, por un lado, y el cuerpo en movimiento, por el otro). Lo importante es que un dominio no se puede reducir al otro: ni los tipos fenomenológicos se pueden reducir a redes neuronales, ni las redes neuronales se pueden reducir a experiencias sedimentadas. Se trata, más bien, de la mutua iluminación de la que hablé cuando terminé el numeral sobre los colores.

Los esquemas de imagen se deben entender, pues, ya no como representaciones esquemáticas de relaciones espaciales entre objetos, sino como experiencias sedimentadas del propio cuerpo en interacción.

Falta todavía decir algo sobre el otro punto central de la teoría de los esquemas de imagen: la relación con las expresiones lingüísticas. La idea de Lakoff y Johnson es que los esquemas de imagen estructuran, tanto el significado de la experiencia perceptiva, como el significado de las expresiones lingüísticas. Sobre esto voy a volver en el siguiente capítulo.

### 3.3. Lo que queda y lo que viene.

Una analogía que espero no sea muy desafortunada: en este momento, lo dicho hasta aquí se pierde en la retención y seguramente caerá en el olvido, pero anuncia lo que viene, espero, de una manera mucho más determinada que antes. Señalé las características de la tesis *débil* del encarnamiento que se sigue de la propuesta de Lakoff y Johnson, con el propósito de mostrar la manera en que una aproximación fenomenológica, y en particular la que hice desde la fenomenología genética, podía ubicar las ideas centrales de Lakoff y Johnson en un dominio experiencial y encarnado coherente y fructífero.

La fenomenología logra dar cuenta del sentido que debe tener una noción de interacción fundada en la descripción de la experiencia, y con eso, la temporalidad, la animación, la afectividad y la atención van configurando un panorama necesario para comprender la tesis del encarnamiento que intentan desarrollar Lakoff y Johnson. En relación con el Capítulo 1, espero que haya quedado claro que las descripciones de la fenomenología, de suyo, no contradicen ni complementan los hallazgos de la psicología cognitiva, pero sí los ilumina. En una cita que me gusta mucho, Husserl describe muy bien el espíritu que me ha animado en este capítulo:

Si la tarea más elevada del conocimiento no consiste solamente en calcular el mundo, sino en comprenderlo, -como Lotze caracteriza su proyecto en una frase famosa- entonces debemos entender la frase en el sentido de que no debemos contentarnos, ni con la manera en que las ciencias positivas moldean metodológicamente las teorías objetivas, ni con la manera en que la lógica teórica dirige las formas de una posible teoría genuina de principios y normas (Husserl, 2001, págs. 5 [Hua XVII, 354]).

En este recorrido, sin embargo, el punto de partida del Capítulo 1 ha sido dejado de lado. Hemos avanzado mucho con respecto a la comprensión de la experiencia perceptiva, pero no he dicho nada sobre el lenguaje. Este será el tema del capítulo siguiente, que dará -perdón por la mala analogía- cumplimiento de lo anunciado en los dos primeros. En pocas palabras, la tesis que voy a defender en el Capítulo 4 resulta de articular dos ideas: por un lado, que base en la experiencia tipificada y una teoría sobre la intersubjetividad, es posible definir una esfera básica de interacciones prácticas coordinadas que definen un nivel fenomenológicamente anterior al del lenguaje entendido en términos formales, esto es, como

un sistema autónomo e independiente. Por otra parte, voy a mostrar que el tránsito de lo básico a lo superior se puede describir fenomenológicamente de la mano de la noción de *modalización*, ajustada a las demandas propias de la caracterización del espacio intersubjetivo.

## CAPÍTULO 4. LENGUAJE, CONTEXTO Y SITUACIONALIDAD

En el Capítulo 1 presenté la versión que sigue una posición psicológica sobre la teoría conceptual de la metáfora y su lugar en un proyecto de investigación empírica encaminado a establecer la estructura y las reglas que rigen el uso del repertorio conceptual. Seguí en particular el trabajo de Lakoff en *Women, Fire and Dangerous Things* (1987) para mostrar que las tesis generales de la semántica cognitiva se ajustan y tratan de complementar el modelo psicológico de la memoria semántica, y traté de insistir en que esta caracterización psicológica -cuando se entiende como un campo de trabajo liberado de los compromisos filosóficos- le baja el tono radical a las propuestas de Lakoff y Johnson sobre el lenguaje y sobre la racionalidad, que se desprenden de la teoría conceptual de la metáfora.

En el segundo capítulo quise retomar las ideas filosóficas de Lakoff y Johnson y explorarlas filosóficamente. Se trató de un recorrido que tuvo una cara negativa y una positiva. Por un lado, mostré que la actitud crítica de Lakoff y Johnson con respecto a lo que ellos llaman el *objetivismo* cae muchas veces en la falacia del hombre de paja, en la medida en que sus apreciaciones gruesas sobre las posiciones filosóficas desconocen buena parte de un debate que no es ajeno a las tesis que ellos mismos quieren defender. Y señalé también que las herramientas con las que intentan construir la defensa de su propia posición (por ejemplo, la noción de *interacción*, o la noción misma de *experiencia*) no siguen una exposición rigurosa y termina conduciéndolos a defender una posición encarnada débil, que, por lo demás, resulta cayendo en un reduccionismo neuronal que limita el problema del significado y reduce la exploración conceptual y fenomenológica del problema sobre la producción de sentido. Esta fue la cara negativa de mi presentación.

La cara positiva fue la de la exploración fenomenológica de la tesis del encarnamiento, centrada en la comprensión, desde una perspectiva en primera persona, de la idea de la interacción. En ese camino, revisé la aparente relación teórica que de lado y lado se tiende entre el experiencialismo y el enfoque enactivo, y traté de redefinir esa relación dentro del marco mismo de la exploración fenomenológica, siguiendo en particular los hallazgos de la

fenomenología genética de Husserl. El paso por la fenomenología deja ver que el punto central para comprender el problema del cuerpo y de la situacionalidad encarnada de los sujetos cognitivos pasa por una apropiación vivida del flujo temporal de la experiencia y de su relación con la afectividad y la atencionalidad.

En este recorrido, sin embargo, el estudio del lenguaje no fue tenido en cuenta, toda vez que el interés estaba puesto en capturar la dinámica elemental de la experiencia encarnada y el lugar del cuerpo animado en la constitución de las capas básicas del sentido. Esta es la tarea que quiero adelantar en este capítulo, siguiendo en buena parte la línea fenomenológica del capítulo anterior, pero en un diálogo más positivo con las ideas de la lingüística cognitiva. Para enmarcar el problema, quiero volver sobre la división que señalé en el capítulo anterior entre los tres niveles de la cognición, y rescatar los dos que se pueden analizar fenomenológicamente: el nivel superior, en donde la cognición se entiende en relación con los actos conceptualmente articulados, y el nivel intermedio, en el que la cognición se entiende como un sistema dinámico de interacciones encarnadas. Un buen resumen del presente capítulo sería entenderlo como una extensión de cada una de esas dos esferas hacia el campo de la intersubjetividad.

En la esfera pasiva de la percepción, el *sentido* perceptivo se define en términos de un sistema de implicaciones indicativas que se establece en función de la correlación entre las sensaciones cinestésicas y los esquemas corporales, por un lado, y la transición ordenada de los datos hyléticos, por el otro. Esta sería la caracterización del nivel intermedio. En la esfera activa de la percepción, el acto se articularía conceptualmente en un juicio perceptivo. Creo que en el caso del lenguaje se puede plantear un escenario semejante, es decir, una oposición entre el dominio de los actos significativos, por un lado, y por el otro el dominio situado de las prácticas lingüísticas encarnadas (algo que está todavía por dilucidar). Esa es la dirección que ha tenido el trabajo de Donn Welton (2000; 1983), quien ha insistido, de la mano de una lectura profunda y cuidadosa de la obra de Husserl, en las limitaciones fenomenológicas que enfrenta una caracterización del significado de las expresiones lingüísticas en términos de condiciones de verdad o condiciones de satisfacción, y ha señalado algunos caminos

interesantes con respecto a la relación entre el lenguaje y el contexto. En el final de *The Other Husserl*, dice Welton:

Mi sugerencia es que la diferencia entre el significado literal y el metafórico se deriva del significado natural, i. e., es el resultado de ciertas transformaciones de la manera en que los términos funcionan semánticamente y de la manera en que sus significados se configuran. En otras palabras, como regla no hay una diferencia clara entre el significado literal y el metafórico en el hablar cotidiano (Welton, 2000, pág. 386).

El significado natural es el que es propio de la esfera del lenguaje ordinario, mundano, del que nos valemos para lograr darle curso a nuestra relación práctica con el mundo. Welton ilustra su punto así:

¿Cuál de las siguiente [líneas] exhibiría mejor el sentido metafórico de *atrapar*?

Él atrapó la bola  
Él atrapó el pescado  
Él atrapó el último tren  
Él atrapó un resfriado

En cada caso el significado está relacionado con los otros términos de la línea (y con otros con los que podrías reemplazarlo). Lo que llegamos a llamar el significado literal es el resultado, o bien de muchos usos que resultan dominantes, o bien de un proceso en el que el término es mencionado y su significado estipulado (Welton, 2000, pág. 387)

La presentación de Welton está motivada por la apropiación fenomenológica que hace de la teoría de los *campos semánticos* de la escuela estructuralista, una estrategia que en mi opinión es equivocada, tanto por las razones teóricas que motivan la relación entre la fenomenología y el estructuralismo, como por la manera misma en que lo hace, vinculando -de manera impropia- la noción de horizonte con la de campo semántico. De todas maneras, la intuición que persigue Welton con la idea del *significado natural*, no sólo es fenomenológicamente válida, sino iluminadora. La idea de Welton es que el *significado natural* no es el *significado literal*: es difícil definir un criterio que sirva para establecer cuál de los usos del verbo *atrapar* resulta metafórico y cuál no. Así, cuando se revisan las diferentes frases que Welton presenta, el problema que resulta interesante no es el de establecer el significado preciso del verbo *atrapar*, que valide su uso en las diferentes instancias, sino el de cómo una misma palabra logra tener diferentes significados, diferentes alcances semánticos, de manera *natural*.

En lo que sigue voy a perseguir esta misma idea de Welton, pero tomando un camino diferente: mi interés no va a estar puesto en la semántica estructural sino en la semántica cognitiva, y voy a intentar hacer un recorrido que tenga como punto de partida (como *pista* fenomenológica, si se quiere) la teoría del significado lingüístico que Husserl presenta en las *Investigaciones Lógicas*, para darle paso después a dos consideraciones motivadas por los hallazgos de la fenomenología genética, una sobre la relación entre lenguaje y percepción, y otra sobre la relación entre lenguaje y contexto.

#### **4.1. Indicaciones y expresiones**

El desarrollo de una teoría sobre el significado de las expresiones lingüísticas inaugura la exposición de Husserl en la primera de las *Investigaciones Lógicas*. En dicha obra, el estudio de los actos de habla se tiene entonces como la puerta de entrada para el análisis de la intencionalidad. Se trata de una “*ontología del uso del lenguaje*” (Bundgaard, 2010) que se centra en la distinción que se sigue de la crítica al psicologismo que Husserl adelanta en los *Prolegómenos a la lógica pura* entre los actos de pensamiento y el contenido de los actos. De acuerdo con Husserl, el psicologismo reduce el contenido objetivo de un juicio a un *momento* -una parte- del acto judicativo, y por eso el carácter objetivo de la lógica y la relación de los actos intencionales con los objetos trascendentes se pierden en el terreno de la subjetividad. Por eso, decía, la crítica al psicologismo deja clara la diferencia que hay para Husserl entre el contenido fenomenológico -psicológico- del acto y el contenido intencional del acto. En pocas palabras, si en el acto de juzgar todo queda del lado del sujeto, la referencia, y con esto la verdad, se pierden.

Esta oposición entre contenido fenomenológico y contenido intencional del acto va a guiar el análisis de Husserl sobre el significado de las expresiones lingüísticas en las *Investigaciones Lógicas*, sin embargo, el punto de partida de este análisis no es ni lo uno ni lo otro, sino un examen sobre los *signos*, una manera de proceder que no es, entonces, la de volver los ojos reflexivamente sobre la conciencia para tratar de encontrar contenidos -o algo por el estilo-, sino dirigir la mirada a esa clase particular de objetos públicos a los que todos

tenemos acceso. La estrategia que va a seguir Husserl es, entonces, la de tomar como punto de partida lo dado de manera más evidente, para ir avanzando paso a paso, dejando de lado todo lo que no se considera esencial para la captura del significado de la expresión, hasta llegar a la captura fenomenológica del acto intencional.

El §1 inicia con una distinción entre dos tipos diferentes de signos: las *indicaciones* y las *expresiones*. La indicación tiene una función que consiste en vincular por medio de una *asociación* de orden psicológico dos elementos experienciales: el timbre que oigo me indica que hay alguien en la puerta; las nubes negras que observo indican que va a llover, el humo es señal de que hay fuego. Como se trata de asociaciones entre situaciones o eventos, las indicaciones no expresan un *significado*: ni el timbre, ni la nube, ni el humo expresan un concepto, mientras que las *expresiones* lingüísticas sí. La teoría semiótica de Husserl tiene un carácter propedéutico orientado al análisis de las expresiones lingüísticas: la palabra *timbre* expresa el significado TIMBRE, la palabra *nube* expresa el significado NUBE.

De acuerdo con Husserl, “*una expresión sin significación no es una expresión*” (Husserl, 1999, págs. 254 [Hua XIX, 59]), pero en el discurso verbal las palabras tienen ambas funciones: por un lado, se tienen como una *indicación*, y por el otro, como *expresiones*. La primera la llama Husserl la función *notificativa* del discurso, que indica al que escucha la voluntad por parte del hablante de expresar algo. Un loro -este es el ejemplo de Husserl- puede producir sonidos que se ajustan a las reglas de la articulación fonética de las palabras, pero se presentan ante nosotros como sonidos privados de una función notificativa: nadie piensa que un loro dice lo que dice porque efectivamente lo está pensando. Por el contrario, cuando escuchamos un tartamudo que no logra articular de manera precisa las palabras, tenemos una función notificativa incluso si no llegamos a entender bien lo que dice.

Las palabras son indicaciones relacionadas con los actos de pensamiento del que habla, una relación que no depende entonces de las características mismas de las palabras, sino de la manera en que se presentan en la experiencia intersubjetiva. Puedo escuchar a alguien hablando en un idioma que desconozco, y aunque no sé *qué* dice, sé, sin embargo, *que dice*. Lo mismo con “*los gestos y ademanes con que acompañamos nuestros discursos*

*involuntariamente (...)*”, que “*no tienen propiamente significación (...) en el sentido preciso de [los] signos verbales, y sí sólo en el sentido de señales indicativas*” (Husserl, 1999, págs. 238 y 239 [Hua XIX, 37 y 38] ).<sup>30</sup>

La segunda función del lenguaje es la expresiva. La voluntad de comunicar, que se captura con la función notificativa, es la voluntad de comunicar *algo*. Los signos, entendidos como expresiones, sirven como vehículo expresivo a los *actos significativos* llevados a cabo por el hablante. “*El complejo vocal articulado*”, dice Husserl, “*se torna palabra hablada, discurso comunicativo, merced a que el que habla lo produce con el propósito de “manifestarse acerca de algo*” (Husserl, 1999, págs. 240 [Hua XIX, 40]). En circunstancias normales, las palabras expresadas *notifican* la voluntad de comunicar, y expresan el significado de un acto, esto es, el acto intencional significativo, que Husserl llama también *acto dador de sentido*.

Dado este panorama, se siguen entonces dos tareas pendientes: por un lado, estudiar la relación entre las expresiones y los actos en el contexto comunicativo, y por el otro, -un problema quizás más urgente y fundamental- el de dar cuenta del *significado* de las expresiones lingüísticas. En lo que sigue, voy a desarrollar estos dos temas, el de la relación entre el acto y la expresión, y el del significado del acto, siguiendo algunas pistas de Husserl pero con los ojos puestos en la propuesta teórica de la lingüística cognitiva. Empecemos por el segundo.

#### **4.2. El significado en las *Investigaciones Lógicas*.**

El análisis que hace Husserl de los actos dadores de sentido en las *Investigaciones Lógicas* está encaminado a dilucidar la relación del acto con el objeto al que se dirige, y en ese recorrido, la distinción central es la que traza entre el significado del acto y el objeto del acto:

---

<sup>30</sup> Debido al interés que tiene de dar con la esencia del acto intencional, Husserl deja de lado rápidamente la exploración fenomenológica de la función indicativa. Sin embargo, aunque en las *Investigaciones Lógicas* la pregunta por la génesis de la experiencia todavía no aparece en el horizonte de su proyecto fenomenológico, no es difícil entender, en la vuelta sobre esta presentación acerca de los actos de habla, que la función indicativa se puede explorar de la mano de las herramientas desarrolladas en la fenomenología genética. Sobre esto volveré más adelante. En la introducción a su traducción de los *Análisis sobre la síntesis pasiva*, Steinbock (2001, pág. xxxii) apunta en una dirección semejante, cuando señala que las nociones de asociación y motivación dejan ver ya en las *Investigaciones Lógicas* una preocupación incipiente sobre la génesis.

“toda expresión no sólo dice algo, sino que también lo dice acerca de algo; no tiene sólo su sentido, sino que se refiere también a algunos objetos” (Husserl, 1999, págs. 249 [Hua XIX, 52]). El objeto intencional es trascendente al acto, pero la conciencia se dirige al objeto mediante el significado del acto: el acceso a la esfera de los objetos trascendentes, al mundo objetivo, está siempre dado por la manera en que el objeto es mentado; el objeto intencional se representa como algo: “una expresión adquiere referencia objetiva sólo porque significa [algo] y, por lo tanto, se dice con razón que la expresión designa ( nombra) el objeto mediante su significación; y respectivamente, el acto de significar es el modo determinado de mentar el objeto en cuestión” (Husserl, 1999, págs. 250 [Hua XIX, 54]). Así como una misma expresión puede ser animada por diferentes actos, un mismo objeto puede ser representado de diferentes maneras (los ejemplos filosóficos abundan; Husserl se vale de las expresiones *el vencedor en Jena* y *el vencido en Waterloo*, ambas relacionadas con Napoleón).

Ahora, el significado, si bien hace parte de la vivencia intencional, no se puede entender como un rasgo subjetivo, privado, del acto. Antes bien, la tesis de Husserl en las *Investigaciones Lógicas* (quizás una de las más discutidas y criticadas, y a lo mejor no siempre entendida) es que los significados son *idealidades*. Empecemos primero diciendo algo trivial sobre las *expresiones*, que puede servir de pista para caracterizar adecuadamente la posición de Husserl: “no entendemos naturalmente por expresión [el] producto sonoro exteriorizado *hic et nunc*, la voz fugitiva que jamás retorna idéntica (Husserl, 1999, págs. 246 [Hua XIX, 48]). Por eso podemos entender cada expresión como un *caso* de un *tipo*. Cada vez que alguien pronuncia la palabra “perro” expresa un *caso* de la misma palabra. Algo parecido puede decirse con respecto a las significaciones: “lo que el enunciado enuncia es siempre lo mismo, sea quien sea el que lo formule afirmativamente y sean cuales sean las circunstancias” (Husserl, 1999, págs. 247 [Hua XIX, 48]). Husserl mantiene una clara diferencia entre el acto de juzgar y lo juzgado, entre el acto de expresar algo, y lo expresado.

El problema que debe resolver Husserl consiste entonces en conciliar dos puntos: por un lado, los significados son ideales, y en ese sentido no se tienen como elementos subjetivos de la vivencia intencional; por el otro, los significados se entienden como contenidos del acto, y

por eso mismo tienen una cara subjetiva. En pocas palabras, los significados son *ideales*, pero no por eso se trata de entidades *separadas* de la vida mental. Husserl resuelve esa tensión planteando que el significado de un acto es la instanciación de una *especie*. El significado, en tanto que especie, es ideal, pero se puede instanciar en diferentes actos. A la instanciación la llama Husserl la *materia* del acto intencional (que como vimos en el capítulo anterior, en la discusión sobre los colores, diferencia de la *cualidad* del acto). Así pues, una cosa es el significado de la expresión, y otra el significado del acto: el de la expresión es el significado ideal, mientras que el del acto es la materia, es decir, su instanciación. Por eso mismo, el significado no es algo que el acto captura, es decir, algo *externo* (como el *Sinn* fregeano) sino algo que se instancia *en* el acto mismo. El compromiso con la idealidad del lenguaje admite entonces la distinción de una doble relación. Por un lado, el significado, entendido como una idealidad, admitiría una caracterización en términos intensionales o extensionales; sin embargo, la relación entre la expresión y el objeto solo se da efectivamente en el acto intencional.

### **4.3. Cumplimiento y percepción.**

En el numeral anterior presenté a grandes rasgos la manera como Husserl analiza los signos lingüísticos y la manera como entiende su significación. En la presentación quedó pendiente, sin embargo, un elemento central: las intenciones significativas son por lo general intenciones *vacías*, es decir, actos en los que el objeto no se presenta de manera directa, que sin embargo están relacionadas con unas condiciones de cumplimiento. Por eso Husserl diferencia con respecto a la expresión dos tipos de acto:

Por una parte, los que son esenciales para la expresión (...) y a estos les damos el nombre de *actos de dar sentido* o también *intenciones significativas*. Por otra parte, tenemos, empero los actos que sin duda no son esenciales a la expresión como tal, pero que mantienen con ella la relación lógica fundamental de *cumplir* (confirmar, robustecer, ilustrar) su intención significativa más o menos adecuadamente y por tanto actualizar justamente su referencia al objeto. A estos actos (...) les llamaremos *actos de cumplir sentido* [o] (...) *cumplimiento significativo* (Husserl, 1999, págs. 243 [Hua XIX, 44]).

Las expresiones lingüísticas dirigen la conciencia a un estado de cosas que no está dado de manera presente, intuitivamente. Como indica Husserl en la cita, este tipo de actos no son

necesarios para darle sentido a una expresión, y de hecho es posible que un acto de dar sentido no se cumpla nunca ni se pueda cumplir. La intuición no es parte de la intención que le da sentido a la expresión, sino -solamente- su cumplimiento. El caso más claro es el de la percepción, que es el que le interesa a Husserl cuando desarrolla la teoría del conocimiento en la sexta investigación. De acuerdo con Husserl, la simple presencia de una escena perceptiva no le da cumplimiento a la intención significativa; antes bien, el cumplimiento consiste para Husserl en la síntesis de identificación que tiene lugar en el reconocimiento del objeto mentado de manera vacía en la intención sónica asociada con la expresión, y el objeto dado de manera intuitiva. La idea es que el acto dador de sentido resultaría fenomenológicamente ininteligible sin tener en cuenta la relación con el acto de cumplir sentido: no logramos una comprensión adecuada de lo que es la significación de una intención significativa, si perdemos de vista que, incluso si no se cumple jamás, el significado determina unas *condiciones de cumplimiento*.

La estructura intencional de los actos lingüísticos se puede describir de manera independiente de su cumplimiento en el acto perceptivo (el cumplimiento no es esencial a la expresión), pero el significado del acto perceptivo entendido como un acto de cumplimiento, esto es, la captura de una escena perceptiva organizada conceptualmente, debe depender de la caracterización semántica de los actos lingüísticos. Husserl plantea el problema de la relación entre la percepción y la conceptualización así, al inicio de la sexta investigación lógica:

Lanzo una mirada al jardín y doy expresión a mi percepción con estas palabras: *un mirlo echa a volar. ¿Cuál es aquí el acto en que reside la significación? (...)* no es la percepción, o al menos no es ella sola. Nos parece que la presente situación no puede describirse como si junto al sonido verbal no fuese dada nada más que la percepción. (...) Sobre la base de esa *misma* percepción el enunciado podría ser muy distinto y desplegar por tanto un *sentido muy distinto*. Yo hubiese podido decir, por ejemplo: *esto es negro, es un pájaro negro; este pájaro negro echa a volar, se remonta, etc.* Y a la inversa el sonido verbal y su *sentido* podrían seguir siendo los *mismos, mientras la percepción cambia de varios modos* (Husserl, 1999, págs. 609 [Hua XIX, 550])

Una escena visual, por sí sola, no tiene un significado conceptual propio. En la mera percepción, los objetos se dan de una manera temporal, inmediata y directa, sin más, mientras que percibir que una situación objetiva se obtiene, quiere decir que se captura en un juicio perceptivo. Un acto perceptivo cargado de significado es un acto que se funda en el contenido

sensible de la percepción, pero su significado no se *deriva* del contenido sensible. Por ejemplo, observo mi taza, que en este momento reposa sobre la mesa, desde un punto de vista particular, que cambia según me mueva. Sin embargo, cuando uso la expresión *la taza* para nombrar el objeto, que es a lo que Husserl llama un *acto* nominal, nombro un mismo objeto independientemente de que se pueda presentar en la percepción de múltiples maneras, lo mismo que la situación objetiva mentada por la expresión *la taza es roja* puede ser cumplida por diferentes capturas de la taza.

Si relacionamos lo dicho con lo expuesto en el Capítulo 2, es clara la diferencia que hay entre la percepción entendida como un acto intuitivo que da cumplimiento a una intención significativa, y la percepción entendida como la interacción dinámica y encarnada con el entorno. En el primer caso, tenemos un acto estático, cuyo significado se entiende como a-temporal y a-espacial: la captura intuitiva de la situación objetiva que la da cumplimiento a la intención significativa no admite en su determinación el carácter situado, encarnado, dinámico, de la experiencia perceptiva. En este momento, arrojado a la vida solitaria del alma del que escribe una tesis, pienso en mi taza roja y digo “*la taza está en la cocina*”. Puede ser que vaya y me dé cuenta de que no está allá, sino en la sala, o puede ser, y supongamos que así es, que vaya y la encuentre, y la llene del café que tanto me gusta. Notemos que, en este caso, el modo de presentación de la taza -es decir, la captura perspectival y la consecuente animación de los datos hyléticos de la mano del horizonte cinestésico del *Yo puedo*- no sería pertinente con relación al acto de cumplimiento, que depende, solamente, de que la taza esté en la cocina.

Esto, sin embargo, no quiere decir que la esfera de los hábitos y las experiencias sedimentadas no tenga un lugar, ya no en la descripción del acto dador de sentido, ni en el de su cumplimiento, sino en la vivencia misma tomada en su conjunto. Aunque la caracterización del acto dador de sentido y del acto de cumplimiento significativo se agote en la caracterización estática, esto no quiere decir que se trata de una vivencia desencarnada, sin tiempo ni lugar vividos. Una revisión en clave fenomenológica de la tesis de la simulación encarnada puede ayudarnos a mostrar mejor este punto.

#### **4.3.1. La simulación encarnada y la fenomenología.**

En este numeral voy a comentar una de las versiones que en las ciencias cognitivas se han planteado sobre la cognición encarnada, esto es, la *hipótesis de la simulación encarnada* (Bergen, 2012; Barsalou, Simmons, Barbey, & Wilson, 2003). Primero voy a presentar la tesis y la evidencia que la sustenta en relación con el estudio del lenguaje, y luego voy a hacer una lectura de dicha propuesta de la mano de algunas herramientas fenomenológicas. Antes que una posición fenomenológica sobre el lenguaje en clave genética (que desarrollaré en el numeral 3.2.) me interesa mostrar cómo la fenomenología puede arrojar luces sobre el trabajo de la investigación empírica, siguiendo, como dije ya, la idea de la mutua iluminación.

##### **4.3.1.1. La tesis de la simulación.**

La tesis general de la hipótesis de la simulación encarnada es que las estructuras neuronales que son responsables de la percepción y la acción se activan también en la realización de otras tareas cognitivas. Por ejemplo, cuando imaginamos que hacemos alguna actividad motora, como caminar, se activan zonas del cerebro que también se activan cuando efectivamente caminamos (Decety, 1996; Jeannerod & Frak, 1999); lo mismo cuando imaginamos, ya no una acción, sino una escena visual (Hesslow, 2002); y la tesis más comentada tal vez sea la de las neuronas espejo según la cual, cuando un ser humano observa a otro ser humano realizando alguna acción sobre un objeto, se activan algunas zonas que también lo hacen cuando es él que realiza la tarea (Rizzolatti, Fadiga, & Gallese, 1996; Gallese, Fadiga, Fogassi, & Rizzolatti, , 1996).

En el caso del lenguaje sobresale el trabajo de Glenberg y sus colaboradores. Por ejemplo, Glenberg y Kaschak (2002) identificaron el *Efecto de Compatibilidad Acción – Oración*, según el cual la interpretación de una oración facilita la realización efectiva de acciones congruentes con el sentido de la oración (o interfiere, en caso de que no sean congruentes), y también lo contrario, la realización de acciones facilita la interpretación de la oración (o interfiere, si no hay congruencia). En uno de sus experimentos, Glenberg y Kaschak dispusieron un panel con tres botones orientados verticalmente y les presentaron diferentes expresiones lingüísticas, unas con sentido (como “*abra el cajón*”) y otras sin sentido (como “*ponga a hervir el aire*”). Para que la frase apareciera en la pantalla, los participantes debían

mantener oprimido el botón del medio, y luego de leerla debían indicar si la frase tenía o no sentido. En una de las condiciones (sí lejos-no cerca), que es la que ilustro en la Figura 9, los participantes debían mover la mano lejos del cuerpo para oprimir el botón que indicaba *sí*, y para indicar *no*, debían acercarla. Entre las frases con sentido había una condición manipulada: algunas frases representaban una situación con un movimiento dirigido *desde* el propio cuerpo (*cierre el cajón*), y otras con uno dirigido *hacia* el propio cuerpo (*abra el cajón*), de tal manera que hubiera un ajuste o un desajuste entre el significado de la frase y el movimiento de la mano que oprimía los botones.

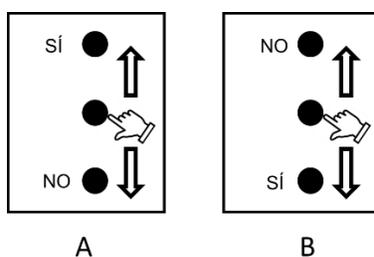


Figura 9. A: Sí-lejos. No-cerca. B: Sí-cerca. No-lejos

Los resultados del experimento mostraron que el tiempo de respuesta de los participantes es menor cuando hay un ajuste que cuando hay desajuste, un resultado que confirmaría, según los autores, la línea general de la hipótesis de la simulación encarnada:

Entender una oración *hacia* (cursivas mías) requiere engranar (*mesh*) *affordances* (e. gr. de un cajón y la acción de abrirlo), lo que resulta en una *simulación* (cursivas mías) de acciones hacia el cuerpo, mientras que entender una oración *desde* (cursivas mías) resulta en una simulación de acciones que se mueven desde el propio cuerpo. Si esta simulación requiere de los mismos sistemas neuronales que la planeación y el monitoreo de la acción real, entender una oración *hacia* debería interferir con la realización de un movimiento que se aleja del cuerpo para indicar *sí* (sí-lejos), y entender una oración *desde* debería interferir con la realización de un movimiento hacia el cuerpo (sí-cerca). (...) Llamaremos a esta interacción el efecto de compatibilidad acción-oración (Glenberg & Kaschak, 2002, pág. 559).

Este y otro tipo de resultados semejantes en diferentes experimentos llevan a Glenberg y Kaschak a afirmar que las representaciones que hacen posible la solución de la tarea son modales y analógicas, antes que simbólicas y amodales, y que en el proceso de interpretación de una oración tiene lugar una simulación neuronal de las experiencias vinculadas con el significado de la oración. Así lo dice puntualmente Bergen: “*entendemos el lenguaje*

*simulando en nuestra mente lo que sería tener la experiencia de las cosas que el lenguaje describe”* (2012, pág. 17).

El trabajo de Stanfield y Zwaan (2001) apunta en la misma dirección. En un experimento, presentaron a los participantes una oración escrita para que luego identificaran en una secuencia de imágenes aquellas que contenían el dibujo de algún objeto del que se hablaba en la oración. Por ejemplo, se les mostraba la siguiente frase:

(12) El carpintero clavó el clavo en la pared.

Después se les mostraba una secuencia de imágenes de distintos objetos, entre las que había una imagen de un clavo. En ese momento, los participantes debían oprimir un botón indicando que había una coincidencia entre la imagen y una palabra de la oración. El punto central del experimento es que algunas veces la imagen presentaba una puntilla clavo en posición horizontal y otras en posición vertical. El resultado del experimento mostró que los participantes que acertaron identificando la coincidencia, demoraron menos tiempo en reconocerla cuando la orientación del clavo coincidía con la de la escena representada por la frase: en nuestro ejemplo, cuando el clavo aparecía en posición horizontal (que es la orientación de un clavo cuando se clava en una pared). La conclusión que los autores sacan del experimento es que el significado no es una representación simbólica, sino que depende de una simulación neuronal del mismo tipo que la que se plantea para explicar el efecto de compatibilidad de Glanberg y Kaschak.

Si revisamos críticamente este tipo de experimentos, algunos puntos *saltan a la vista*. En primer lugar, el límite entre lo vivencial y lo cerebral no se tiene en cuenta. ¿Qué quiere decir, en estricto sentido, que una red neuronal simula algo? La pintura de una silla de plástico simula la madera.<sup>31</sup> En este caso, la cuestión no es solamente que la pintura se parezca a la

---

<sup>31</sup> Otra manera en que hablamos de simulación es cuando organizamos una situación ficticia que replique una situación real, para identificar qué puede pasar. Por ejemplo, es normal que se hagan simulacros de evacuación para que las personas sepan cómo reaccionar y qué deben hacer en caso de que se presente una situación de riesgo real, o que los pilotos se entrenen en un simulador de vuelo antes de volar un avión real. En el breve análisis que hago aquí no tengo en cuenta esta segunda acepción, pero estoy convencido de que la simulación

madera, sino que *se tenga como algo que no es*, es decir, que se muestre *como si efectivamente* fuera madera, aunque no sea madera. En este sentido, una escultura de un ser humano (digamos, una estatua de Simón Bolívar), aunque se parezca a un ser humano, no simula ser un ser humano, pues no se muestra *como si efectivamente* fuera un ser humano (lo haría solamente en casos atípicos, como cuando alguien pone un maniquí en el asiento del copiloto del carro para simular que va acompañado). Esta condición no se cumple en el caso de la activación neuronal: las redes neuronales no fingen, simplemente se disparan. No tiene sentido afirmar que una red neuronal se dispara para fingir que se dispara.

Aunque se trata de un texto divulgativo, la manera en que se entiende la idea de la simulación queda clara cuando Bergen la describe en *Louder than words*:

Usted simula cuando imagina los rostros de sus padres (...) cuando imagina sonidos en su cabeza, (...) y usted probablemente puede evocar simulaciones del sabor de las fresas cubiertas con crema batida.

La simulación es un iceberg. Al reflexionar conscientemente (...) usted puede ver la punta -la imagería intencional, consciente. Pero muchos de los mismos procesos cerebrales tienen lugar, invisiblemente y sin que usted lo sepa, debajo de la superficie durante gran parte de su vida de vigilia y sueño.

La simulación es la creación de experiencias mentales de percepción y acción en la ausencia de su manifestación externa. Pero muchos de los mismos procesos cerebrales están operando, invisiblemente y sin que usted lo sepa, debajo de la superficie durante gran parte de su vida (Bergen, 2012, pág. 14).

La cita es muy confusa porque mezcla niveles de descripción, pero por eso mismo es un buen insumo para establecer diferencias. Si la simulación es un proceso neuronal, entonces está más allá de la esfera de la conciencia (por eso la metáfora del iceberg no es adecuada: no vemos ni podemos ver jamás, en el ejercicio reflexivo, el disparo de una neurona) y, como dije, mal haríamos describiendo su funcionamiento con un vocabulario propio de agentes (por ejemplo, decir que *la simulación crea experiencias*). Por eso mismo, no tiene mucho sentido hacer una distinción entre una dimensión consciente de la simulación y una inconsciente. Antes bien, lo que vale es señalar que tanto en una dimensión consciente y una inconsciente, el fundamento neuronal de la imaginación es la activación de redes neuronales en ausencia de manifestación externa. La correlación entre cierto tipo de experiencias y la

---

neuronal tampoco resiste un análisis en estos términos. Pido al lector que me permita avanzar sin detenerme en este punto.

activación de redes neuronales es una hipótesis de orden empírico, que se encuentra en el centro del proyecto anunciado a inicios de la década de los 90 por Crick (1995) y comentado famosamente por Chalmers (2000), y se trata ciertamente de un debate propio de la filosofía de la mente y de la ciencia. Sin embargo, lo que me interesa subrayar ahora es que, independientemente de la versión que se acepte de dicha tesis, una cosa es la experiencia consciente y otra su base neuronal.

#### **4.3.1.2. Un comentario fenomenológico.**

Hecha la crítica, me interesa ahora mostrar la pertinencia del análisis fenomenológico con respecto a la oposición consciente – inconsciente, por un lado, y con respecto a lo que se entienda por imaginación, por el otro. En términos fenomenológicos, los ejemplos de *experiencias* que Bergen denomina -ambiguamente- simulaciones (imaginar el rostro de los padres, imaginar sonidos, evocar el sabor de las fresas) son *presentificaciones* (*Vergegenwärtigung*), esto es, actos intencionales en los que el objeto intencional no es dado de manera plena -es decir, “en carne y hueso”- sino de manera vacía.<sup>32</sup> Las presentificaciones no son ni *presentaciones* (*Vorstellungen*), en las que el objeto se da en su presencia directa y vivida (como en la percepción directa), ni *representaciones* (*Repäsentationen*) en las que el objeto intencional se da en función de la mediación de signos.

Los actos que configuran la esfera de las presentificaciones son diversos: la imaginación (que Husserl llama *fantasía*) el recuerdo, la expectativa o el deseo<sup>33</sup> (vistos a través del lente de las ciencias cognitivas, estos actos serían los que tendrían como correlato neuronal una simulación). La diferencia entre estos actos se establece en función del modo de darse del objeto intencional presentificado. Por ejemplo, en los actos de recuerdo, el objeto se tiene en el modo del pasado, como habiendo existido, mientras que en la fantasía, el objeto se tiene en el modo *como si* (es decir, como no-existente) (Husserl, 1997a, págs. [Hua XVI, 15]).

---

<sup>32</sup> Como vimos en el capítulo anterior, en el análisis de la percepción la presentificación se entiende como la dación del perfil que se tenía de manera vacía en la protención y que es traído a la intuición presente por el movimiento animado del sujeto, como cuando movemos la cabeza para poder ver más allá del horizonte del perfil dado en la impresión presente.

<sup>33</sup> El deseo y la expectativa no como cualidades de un acto, sino como presentificaciones. Deseo graduarme del doctorado, y puedo imaginar la graduación, o cuando voy en el bus anticipo la llegada a mi casa y presentifico el saludo de mis hijos cuando abro la puerta.

Ahora bien, a diferencia de la memoria o de la fantasía, las intenciones signitivas tienen un carácter perceptivo directo relacionado, ya no con el objeto, sino con el *significante*. Todo signo tiene una cara material<sup>34</sup>. Así, desde el punto de vista de la experiencia, hay una diferencia fundamental en la manera en que se da el objeto en una presentificación a la manera en que se da en una intención signitiva. En el primer caso, tenemos una presencia intuitiva de un objeto ausente, bien en el modo de lo acontecido, bien en el modo de lo no existente. En el segundo caso, el objeto no hay tal presencia intuitiva de lo ausente, pues lo que se tiene es el significante y el acceso al objeto es de suyo mediado.

Esta distinción permite una caracterización fenomenológica más clara que la confusa oposición consciente-inconsciente que planteaba Bergen. Sin embargo, para darle sentido fenomenológico a la hipótesis, podemos introducir una distinción adicional: la que hay entre la esfera de la actividad y la de la pasividad. Como ya lo mostré con algo de detalle en el capítulo pasado, la esfera de la pasividad es la de la constitución del sentido temporal de la experiencia. Se trata de la configuración de un tejido básico de experiencias sedimentadas que motivan el curso animado de la experiencia situada y presente, que adquiere así su estructura *horizónica*.

En ese orden de ideas, dijimos, la experiencia se organiza en función de hábitos y de asociaciones reproductivas que le dan a la experiencia un sentido de typicalidad. Esto quiere decir que el uso del lenguaje es un uso situado, y que por eso mismo da lugar a hábitos interpretativos y a asociaciones pasivas que configuran el tejido sobre el que tiene un acto interpretativo. Así, las intenciones sónicas admiten una caracterización en su dimensión activa, en la que no hay una presencia intuitiva de lo ausente. Sin embargo, desde el punto de vista de la pasividad, la experiencia está siempre enmarcada temporalmente. Los actos de dar sentido están, así, retencional y protencionalmente situados. Supongamos que estoy en el apartamento de mi hermano y él me dice que “*los niños están en la terraza*”. El acto que su expresión notifica está dirigido a una situación objetiva que, aunque no está dada

---

<sup>34</sup> Ya dije, al final del numeral 4.4.1. que en el caso del uso de la lengua en la vida solitaria del alma las expresiones no tendrían una realización material, pero que, incluso así, los pensamientos verbalizados deben ser expresables. De todas maneras, este caso no invalida lo que quiero decir.

inmediatamente, se tiene en el horizonte de lo que está por aparecer. Conceptualmente, el modo de aparición concreto de los niños no está especificado. Sin embargo, en la temporalidad vivida de la situación, la interpretación de la frase de mi hermano tiene un carácter subjetivo y situado. Con base en mis experiencias previas el futuro no se tiene como una apertura absoluta, sino como un horizonte estratificado por capas sedimentadas. Es claro que en virtud de lo que dice mi hermano puedo anticipar una situación con base en lo que sé sobre los niños: si están en la terraza, están jugando fútbol, pues eso es lo que hacen siempre que salen a la terraza. Pero esto no es lo que estoy señalando, pues la inferencia es un acto que sigue otro acto y se tendría en la esfera de la actividad. Antes bien, la anticipación se debe entender en un sentido más básico relacionado con la vivencia encarnada de la situación, esto es, como una tendencia práctica vivencial encarnada, en el presente animado. Por eso, la tendencia protencional se vive más como una base pasiva esquemática que un como un contenido conceptual. Cuando llego a la terraza y observo a los niños jugando fútbol, tiene lugar el acto de cumplimiento, pero no como un acto en el vacío, sino motivado y moldeado pasivamente.

Volvamos ahora al experimento de Stanfield y Zwaan sobre el carpintero y revisémoslo de la mano de lo que he dicho. Dije que la tarea que debían realizar los participantes era la de identificar, entre una secuencia de imágenes que se les mostraban en una pantalla, cuándo aparecía algún objeto que hubiera sido nombrado en la oración. Entiendo que en la interpretación de la frase completa tenemos un acto que se dirige a la situación objetiva definida por el significado de la frase *“el carpintero clavó el clavo en la pared”*. Ahora bien, lo que se presenta en la imagen no es la situación objetiva relacionada con el significado del acto dador de sentido -pues lo que aparece no es la imagen de un carpintero clavando un clavo- sino la imagen asociada con uno de los componentes nominales del acto (un clavo), por lo que en terminología fenomenológica, podemos decir que la tarea consistía en llevar a cabo una síntesis de cumplimiento entre el objeto intencional de un acto nominal y la imagen que se presenta en la pantalla.

Sea como fuere, el punto importante es que la orientación distintiva del clavo no es constitutiva del significado del acto nominal, como no lo es la manera específica en que un

carpintero clava un clavo en una pared con respecto a la intención significativa. En efecto, el acto significativo puede ser cumplido si observo un carpintero que está de pie y que clava un clavo en la pared, o si observo un carpintero que se arrodilla sobre una pared que cayó al piso y clava un clavo en la pared. En el mismo orden de ideas, el acto nominal indicado con la expresión *clavo* puede ser satisfecho por cualquier clavo, independientemente de su orientación.

Ahora bien, como dije, el acto de dar sentido está tendido protencionalmente, mientras que el acto de dar cumplimiento está moldeado retencionalmente. Esto quiere decir que la síntesis no es indiferente a la situacionalidad vivida del sujeto, y que por eso, la manera específica de llevar a cabo la síntesis de cumplimiento se ajusta al horizonte temporal de la vida subjetiva. Así, la explicación de la variación en los tiempos de respuesta en términos de una simulación neuronal, se ilumina fenomenológicamente con una caracterización encarnada de los actos significativos y los actos de dar cumplimiento. La expresión de una oración (un *enunciado*) tiene lugar en un presente vivido: los sonidos articulados que salen de la boca de alguien, o que leo en algún letrero, se capturan en el aquí y el ahora de la situación. Pero el acto lingüístico está dirigido a un objeto que no está presente. Ahora bien, desde el punto de vista de la estructura temporal del acto, la *referencia* se vive como *protención*. Esta es una afirmación que llamaría al escándalo en el contexto de una teoría veritativo-condicional del significado, pero que tiene sentido en el marco de una propuesta fenomenológica que entiende que la vida intencional se estructura en función de la correlación de diferentes capas de sentido.

De acuerdo con Husserl “*en general, y sin más preámbulos, vemos que cualquier intención es anticipatoria, y esta característica se debe precisamente al esfuerzo que, como tal, se dirige hacia algo que sólo se puede lograr primero a través de una realización*” (Husserl, 2001, págs. 130 [hua XI, 86]). Esto quiere decir que la intención significativa antecede a la determinabilidad del objeto, la anticipa, y en el acto de cumplimiento, la intención significativa se convierte en una indicación: la dación plena se vuelve presente. Y esta distinción entre el significado del acto y el sentido de la realización perceptiva es importante porque deja ver la manera en que la percepción y el lenguaje se relacionan. El tipo perceptivo

es inestable y se modifica con el curso de la experiencia. Se trata de vivencias sedimentadas que tienen un valor fundamentalmente práctico, cuyo lugar en la configuración del horizonte temporal de la experiencia se ajusta según el contexto y según vamos teniendo más experiencias asociadas entre sí. El lenguaje, por su parte, le da un significado estable al horizonte de posibilidades prácticas motivadas por la asociación pasiva. Curiosamente, una lectura del experimento de Stanfield y Zwaan desde este punto de vista apunta en una dirección completamente diferente a la que los autores proponen: es claro que aunque la vivencia del acto admita una anticipación pasiva, la simulación *no es* el significado, porque con respecto a la palabra hay mucho más que el mero sentido anticipado.

#### **4.4. El contexto.**

La discusión en el numeral anterior giró alrededor de la oposición subjetivo – intersubjetivo. En su desarrollo, quise mostrar cómo es posible comprender fenomenológicamente la tesis de la simulación encarnada, sin aceptar el subjetivismo que se sigue de la afirmación según la cual el significado es una simulación cerebral. En este numeral quiero volver sobre la primera de las dos tareas pendientes que identifiqué hacia el final de la introducción al numeral 4.1., que era el de la relación entre las expresiones y los actos en el contexto comunicativo. El plan es el siguiente: primero, voy a presentar la manera como el contexto resulta un problema al interior del pensamiento de Husserl. Luego, voy a plantear el problema en términos cercanos a la semántica cognitiva y la filosofía del lenguaje. Finalmente, voy a proponer una extensión de la noción de modalización para dar cuenta de la génesis del lenguaje en clave encarnada.

##### **4.4.1. Significado y contexto en Husserl.**

La teoría de la significación que Husserl presenta en las *Investigaciones Lógicas* es una que pretende dar cuenta del pensamiento (la lógica) y no del lenguaje en cuanto tal (la gramática). Por eso, si en la primera investigación el punto de partida es el lenguaje, lo es solamente porque “*los objetos cuya indagación se ha propuesto la lógica pura, son dados, por de pronto, en vestidura gramatical*” (Husserl, 1999, págs. 217 [Hua XIX, 7]). En la Introducción a las *Investigaciones Lógicas* Husserl expone el punto así:

Todos sabemos que las palabras significan algo y que, en términos generales, diferentes palabras dan sello y cuño a diferentes significaciones. Si pudiéramos considerar esa correspondencia como perfecta y dada *a priori*, (...) entonces una fenomenología de las formas verbales contendría al mismo tiempo la fenomenología de las vivencias de significación, y el análisis de la significación coincidiría, por decirlo así, con el análisis gramatical.

Como este no es el caso, Husserl recomienda:

A consecuencia de la coincidencia en bloque de las diferencias verbales con las diferencias mentales y sobre todo de las *formas* verbales con las formas mentales, existe una tendencia natural a buscar una diferencia lógica detrás de una diferencia gramatical bien marcada; por lo cual resulta de importancia *lógica* el procurar *reducir a claridad analítica la relación entre la expresión y la significación* y el reconocer que el retroceso de la articulación vaga a la correspondiente significación articulada, clara, saturada y cumplida con plenitud de intuición ejemplar, es el medio adecuado para resolver en cada caso dado la cuestión de si una diferencia debe considerarse como lógica o simplemente como gramatical (Husserl, 1999, págs. 223 y 224 [Hua XIX, 18]).

Una buena teoría sobre la gramática no es una buena teoría sobre la lógica, una posición que asocia a Husserl con el proyecto lógico de su época, para el que el lenguaje natural lleva a mal entendidos que la lógica debe resolver. No es un ejemplo de Husserl, pero un caso clásico que ilustra bien lo anterior es el análisis de Russell de la frase “*el actual rey de Francia es calvo*”, en el que señala que el sujeto gramatical de una oración no siempre es el sujeto lógico. El sujeto lógico es la expresión que refiere a un objeto, por eso “*el actual rey de Francia*” no es un sujeto lógico, porque dicha entidad no existe. Así, la oración tiene un sujeto gramatical, pero no uno lógico.

En la misma línea, Husserl entiende que el significado de las expresiones lingüísticas es el de los *actos dadores de sentido*, cuyo significado se debería caracterizar lógicamente especificando sus condiciones de cumplimiento. Esto lo lleva a defender en las *Investigaciones Lógicas* una posición que rechaza cualquier papel que se le pueda atribuir al contexto en una teoría del significado. En el lenguaje ordinario hay, ciertamente, lugar para la ambigüedad, pero no así en el lenguaje del pensamiento, es decir, en el uso del lenguaje que refleja la estructura lógica del acto categorial, que es como Husserl denomina en las *Investigaciones Lógicas* a los actos de pensamiento. Por eso, el alcance de la teoría semántica de Husserl en las *Investigaciones Lógicas* es limitado, pues su interés no es dar cuenta de la

semántica de la lengua natural en su conjunto, sino de una semántica ajustada a las estructuras y las reglas de la lógica. Volviendo sobre la metáfora de Husserl, las diferentes lenguas naturales ofrecen diferentes vestiduras gramaticales al pensamiento, sin embargo, cada ropaje tiene una estructura que refleja la estructura de las formas lógicas, que es la idea que persigue en la cuarta investigación lógica, en donde concluye:

Dentro de la lógica pura, la pura morfología de las significaciones se delimita como una esfera que, considerada en sí, es una, primera y fundamental. Considerada desde el punto de vista de la gramática, ofrece un esqueleto que todo idioma efectivo rellena y reviste de material empírico en distinto modo. (...) Todo idioma estará siempre ligado a ese esqueleto ideal (Husserl, 1999, págs. 467 [Hua XIX, 347]).

La tensión entre el lenguaje ordinario y la lógica resulta manifiesto cuando aborda puntualmente el problema de la ambigüedad y la vaguedad en los numerales §26 a §29, en donde se ocupa de las expresiones que no tienen un sentido fijo, sino ambiguo. En esas páginas, Husserl diferencia dos tipos de ambigüedad: por un lado, las *expresiones vagas*, “*que no poseen un contenido de significación que sea idéntico en todos los casos de su aplicación; orientan su significación según ejemplos típicos, pero sólo parcialmente concebidos con claridad y determinación*” (Husserl, 1999, págs. 278 [Hua XIX, 93])<sup>35</sup>. Husserl da como ejemplo las expresiones *árbol*, *planta* y *animal*, pero también pone como caso las expresiones que refieren a cualidades con límites borrosos como los colores. Este tipo de expresiones son *vagas* porque carecen de la precisión de los términos científicos. Relacionada con la idea de que las oraciones lingüísticas expresan actos intencionales, se sigue entonces que el lenguaje ordinario expresa actos vagos, mientras que el lenguaje riguroso expresa actos definidos, lo que, en los términos de las *Investigaciones Lógicas*, quiere decir que las condiciones de cumplimiento de las expresiones del lenguaje ordinario no son específicas, mientras que las del lenguaje de la ciencia sí.

Por otra parte, están las *expresiones esencialmente ocasionales*, que serían el conjunto de *expresiones deícticas* a las que les “*es esencial orientar su significación actual, en cada caso, por la ocasión y por la persona que habla, y por la situación en la que está*” (Husserl, 1999,

---

<sup>35</sup> No deja de ser llamativo que Husserl se valga de la expresión “ejemplos típicos” para dar cuenta de la significación vaga de las expresiones del lenguaje ordinario, una expresión que recuerda la tesis de los prototipos de Rosch.

págs. 274 [Hua XIX, 87]). Por ejemplo, los pronombres personales, los adverbios de tiempo (como *hoy* o *mañana*), o los de espacio (como *aquí* o *allá*). Aquí el problema no tiene que ver con un asunto de vaguedad, sino de dependencia contextual. En virtud de este tipo de casos, pregunta:

¿Divídanse pues las significaciones mismas en objetivas y subjetivas, en fijas y ocasionalmente variables? ¿Es la diferencia -como al pronto querría parecer- expresable en estas otras palabras: que las unas representan unidades ideales en el modo de las especies fijas, unidades no afectadas por el curso del representar y del pensar subjetivo, mientras que las otras se sumergen en el curso de las vivencias psíquicas subjetivas y como acontecimientos efímeros existen unas veces sí otras veces no? (Husserl, *Investigaciones Lógicas* 1, 1999, págs. 279 [Hua XIX, 94])

Aunque según lo dicho en el Capítulo 1, la posibilidad de explorar el pensar subjetivo puede ser pertinente para una teoría psicológica interesada en construir una teoría del significado con base en evidencia empírica, desde luego ese no es el caso para Husserl, quien como ya dije, criticó fuertemente al psicologismo y por eso mismo insiste en que los significados son *ideales*. Por eso responde de manera negativa a su pregunta, al tiempo que propone una solución que reafirma su posición filosófica en su pensamiento temprano: las expresiones vagas se pueden reemplazar por expresiones exactas, y las expresiones esencialmente ocasionales por expresiones objetivas: “*idealmente hablando, toda expresión subjetiva, si se mantiene idéntica la intención significativa que de momento le conviene, puede ser reemplazada por una expresión objetiva*” (Husserl, 1999, págs. 279 [Hua XIX, 95]).

Se trata de una solución que no convenció a Husserl, quien dice en el prólogo a la segunda edición de las *Investigaciones Lógicas* escrito en 1913:

La primera [investigación lógica] – *Expresión y Significación*- conserva en la nueva edición su carácter «meramente preparatorio». Invita a pensar; guía la mirada del fenomenólogo principiante hacia los primeros y ya muy difíciles problemas de la conciencia de la significación; pero no los resuelve plenamente. La forma en que trata las expresiones ocasionales (a las cuales pertenecen, bien mirado, las de todas las predicaciones empíricas) es un golpe de fuerza... (Husserl, 1999, págs. 29 [Hua XVIII, 13]).

En la cita, Husserl apunta en una dirección diferente a la que había definido en la edición original de las *Investigaciones Lógicas* con respecto a las expresiones esencialmente

ocasionales. Cuando reconoce que toda predicación empírica es una expresión ocasional, quiere decir que toda declaración debe situarse contextualmente para que su sentido preciso pueda entenderse. El alcance de esta afirmación queda claro cuando vuelve sobre el asunto muchos años después, habiendo recorrido ya el camino de la génesis y la pasividad, en *Lógica formal* y *Lógica Trascendental*, que publica en 1929. La manera en que Husserl expone su punto es muy reveladora:

Obsérvese, por ejemplo, el inmenso dominio de los *juicios ocasionales*, que también tienen su verdad y falsedad intersubjetivas. Patentemente se basa en el hecho de que toda la vida diaria del individuo y de la comunidad está referida a una *similitud típica de situaciones*, de tal suerte que cualquiera que se ponga en determinada situación tiene, como hombre normal, el *horizonte situacional* correspondiente, común a todos. Podemos explicitar ulteriormente esos horizontes, pero la intencionalidad constituyente referida al horizonte, gracias a la cual el mundo circundante es un mundo de experiencia, existe siempre antes que lo exponga el sujeto de reflexión (Husserl, 2009, págs. 259 [Hua XVII, 207]).

En esa misma página, Husserl indica en una nota al pie que precisamente por no contar con la doctrina de la intencionalidad del horizonte, no pudo resolver el problema de las expresiones ocasionales en las *Investigaciones Lógicas*. En los treinta años que median entre una y otra obra, la doctrina de Husserl sobre la relación entre pensamiento y lenguaje se vuelve más compleja, pues el problema no es, solamente, el de la relación entre la forma gramatical y la forma lógica (que sigue defendiendo en la misma línea de las *Investigaciones Lógicas*), sino el de la relación entre la práctica discursiva -la *locución*- y el pensamiento como actividad, en un marco en el que la esfera de las significaciones objetivas no está dada desde el comienzo, sino que se entiende como asentada en una esfera de prácticas lingüísticas cotidianas contextualmente determinadas.

En *Lógica Formal* y *Lógica Trascendental*, la relación estática entre la expresión y el significado que se desprendía de la posición logicista de las *Investigaciones Lógicas*, se entiende como una relación dinámica:

A la unidad de la locución, corresponde una unidad de la mención, y a los componentes y formas lingüísticas corresponden componentes y conformaciones de la mención. Esta, empero, no se encuentra fuera de las palabras, junto a ellas; sino que, al hablar, efectuamos continuamente un acto de mención interior que se fusiona con las palabras y en cierto modo las anima (Husserl, 2009, págs. 72 [HuaXVII, 27])

De acuerdo con la cita, el pensamiento se va desarrollando conforme lo hace el discurso. Pero el discurso es una actividad situada, y lo es en el sentido básico y fundamental en el que lo es toda experiencia: corporalmente, o mejor, animadamente. No obstante, como ya dije, la situacionalidad escapa al análisis de Husserl por su estrategia de volver la mirada sobre la vida solitaria del alma y abandonar así la exploración de la esfera intersubjetiva de la interacción discursiva. Sin embargo, la pista es clara: el significado del lenguaje cotidiano no se puede capturar sin atender al contexto. Pero el contexto, considerado a la luz de lo que desarrollé en el capítulo anterior, se puede entender de dos maneras: como contexto conversacional, o como contexto vivido. Para este segundo tipo voy a reservar de ahora en adelante la expresión *situación*. Una cosa es tratar de entender la manera en que el contexto determina el significado de los actos de dar sentido, y otra la manera en que se constituye la situacionalidad del acto, que no es otra cosa que la situación vivida, anclada en la temporalidad animada de la que hablé en el tercer capítulo.

#### **4.4.2. El contexto y la notificación.**

El lugar del contexto en una teoría sobre la significación es uno si se subraya la diferencia que hay entre el significado de una expresión, entendida como un *tipo* que se puede actualizar en diferentes enunciaciones, y el contenido del acto que se enuncia en un contexto concreto; y es otro, si se señala la diferencia entre el contenido del acto enunciado y lo que el acto comunica. Así, por ejemplo, si estamos interesados en lo primero y tenemos una frase como “*mi hermano estudió filosofía*”, una cosa sería el significado de la expresión, independientemente del contexto, y otro el contenido proposicional del acto intencional que la expresión notifica cuando alguien dice la frase, que es verdadero cuando es mi hermano el que la dice, y falso cuando la digo yo. En términos más afines a la propuesta de Husserl, el acto mienta en cada caso una situación objetiva diferente con condiciones de cumplimiento diferentes. Por otra parte, si alguien le pregunta a mi hermano si en la familia todos saben jugar muy bien al fútbol y él responde “*mi hermano estudió filosofía*”, lo que dice mi hermano es una cosa, pero lo que comunica es otra: que yo no sé jugar fútbol.

Para una teoría fenomenológica interesada en dar cuenta de los actos intencionales, la oposición interesante es la primera, pues pone sobre la mesa el problema de la idealidad de los significados y de la relación entre los actos y el lenguaje. Volvamos de nuevo sobre el ejemplo: en principio, la dependencia contextual se tiene con respecto al pronombre posesivo de primera persona “*mi*”, pero no con respecto a *hermano*, ni a *estudió*, ni a *filosofía*. Si esto es así, el significado de estos términos sería el mismo en cualquier oración, como plantea la tesis de la idealidad de Husserl. Cómo se pueda capturar ese significado literal depende del proyecto semántico que consideremos. Para el estructuralismo, el significado se especificaba en función del sistema de oposiciones que determinaban el valor semántico de una unidad conceptual en un campo semántico. Para la semántica formal, el significado de un término se especificaría en función de la contribución que hace al valor de verdad que expresa una oración. De todas maneras, uno y otro proyecto tenían en común el objetivo de la especificación del significado de una expresión independientemente de la contribución que pudiera hacer el acto interpretativo del hablante, y uno y otro proyecto buscó la manera de salirle al paso al problema de la semántica de las expresiones deícticas. Así, el uso de *mi*, esto es, la regla de uso que determina su referencia, se podría capturar en términos de una convención semántica, de tal manera que fuera posible especificar las condiciones de cumplimiento del significado de la oración, independientemente del contexto. En la gramática formal ese fue, por ejemplo, el trabajo de Kaplan (1989) sobre las expresiones demostrativas.

El problema, sin embargo, es que incluso dando por descontada una teoría sobre las reglas semánticas que rigen la referencia de los términos deícticos y demás expresiones ocasionales, y asumiendo que es posible resolver las ambigüedades lingüísticas en función de las reglas que rigen los intercambios comunicativos, el tema de la literalidad sigue siendo problemático, como lo han señalado los autores que trabajan en el campo de la lingüística cognitiva.

#### **4.4.3. La lingüística cognitiva y la filosofía del lenguaje sobre *lo literal*.**

En la presentación de su teoría de los espacios mentales, Fauconnier introduce este ejemplo:

(13) Platón está en la parte superior de la biblioteca (Fauconnier, 1994, pág. 5 y 6).

La idea de Fauconnier es que la especificación del sentido de esta frase por parte del oyente depende del contexto. Por ejemplo, la frase puede significar:

(13a) Los libros de Platón están en la parte superior de la biblioteca.

(13b) El busto de Platón está en la parte superior de la biblioteca.

Lo importante de esto es que la idea de Fauconnier es que “*el lenguaje no carga ningún significado, lo guía*” (Fauconnier, 1994, pág. xxii), es decir, que antes que expresar significados acabados y literales, las expresiones lingüísticas en el discurso ordinario dan pistas que proponen, por ponerlo de alguna manera, un desafío interpretativo para el oyente, que debe construir un espacio mental (ver Capítulo 1, numeral 1.4.) en función de las determinaciones contextuales y el curso de la interacción discursiva. En el contexto conversacional, la interpretación de (13) resulta, siguiendo a Fauconnier, de una función pragmática que establece una conexión entre elementos conceptuales: autor – libros en (13a) y escultura – objeto representado en (13b).

Una lectura del ejemplo de Fauconnier que se aferre a la idea de la literalidad defendida por Husserl en las *Investigaciones Lógicas* podría proponer un modelo de dos momentos, en el que la frase se interprete primero en función del significado de cada uno de los elementos de la oración, y luego se lleve a cabo una reconstrucción del significado del acto del hablante. Así, la función pragmática autor – libros seguiría a una evaluación -subpersonal- previa del sentido literal de la expresión en el contexto de enunciación. Sin embargo, esta lectura desconoce la idea de Fauconnier según la cual el lenguaje solamente guía el significado. La idea es que *el significado literal de la expresión es una construcción del oyente* siguiendo principios pragmáticos. Si se me permite, la oposición se puede ilustrar así.

A

M1: (P) Platón está en la parte superior de la biblioteca.

M2: Evaluación de P con base en el contexto

M3: Desechar P

M4: Construcción de P': el busto de Platón está en la parte superior de la biblioteca

B

M1: Contexto + "Platón está en la parte superior de la biblioteca".

M2: Proceso de construcción Platón – Libros de Platón

M3: (P) Los libros de Platón están la parte superior de la biblioteca

El cuadro A muestra el proceso en el que la proposición se tiene desde el comienzo. El cuadro B muestra la que sería la propuesta de Fauconnier. En este cuadro la interpretación no se tiene sino hasta el final. En el *momento 1* (M1) tengo la captura contextualizada de la expresión, en el *momento 2* (M2) tiene lugar el proceso de construcción del espacio mental, y solamente en el momento 3 tengo la interpretación. Siguiendo a Recanati (2004), podemos llamar al proceso que tiene lugar en M2 *modulación*.

La obra de Recanati es de cuño filosófico, y por eso está comprometida con la idea de que el significado de una expresión lingüística es una proposición que construye el oyente a partir de un proceso de *modulación* que puede ser de tres tipos: *enriquecimiento*, *empobrecimiento*, y *transferencia*. Sin embargo, tanto Recanati como Fauconnier apuntan en la misma dirección: el significado es una construcción del oyente a partir de las pistas que da la oración. En efecto, muchos de los ejemplos de los que se vale la lingüística cognitiva para ilustrar sus tesis son también usados por Recanati, quien tiene una predilección particular por los ejemplos de Langacker. Sin embargo, es importante no perder de vista que la de Recanati es una propuesta filosófica sobre el lenguaje, mientras que la de la semántica cognitiva (que es la de Langacker, Fauconnier, Lakoff, entre otros) es una propuesta -valga la redundancia- cognitiva, esto es, psicológico-cognitiva, interesada en modelar el proceso que subyace a los procedimientos que describe Recanati. Para ponerlo en términos simples, Recanati busca hacer una caracterización de la conversación siguiendo un análisis conceptual, pero no pretende ofrecer un modelo cognitivo como -digamos- el de la memoria semántica, que es justamente lo que los semánticos cognitivos buscan. Volviendo sobre las ideas del Capítulo

1, este es un caso en el que filósofos, psicólogos y lingüistas trabajan sobre un mismo asunto, pero con objetivos diferentes, y aquí las apreciaciones sobre las deudas y los aciertos empíricos de la semántica cognitiva tendrían que traerse de nuevo a cuento para revisar la base empírica de la propuesta de Fauconnier o de Langacker (no así con respecto a la propuesta de Recanati)

Volviendo sobre la modulación, el caso de Platón es uno de *transferencia*, en el que el proceso consiste en vincular dos conceptos diferentes de la mano de una relación sistemática (que sería la función pragmática que señala Fauconnier). Veamos otro ejemplo, esta vez tomado de Langacker (1987, pág. 273) :

(14) Pásame el lápiz rojo.

(14a) Pásame el lápiz que escribe rojo.

(14b) Pásame el lápiz de cuerpo rojo.

De acuerdo con Langacker, los objetos que se representan lingüísticamente tienen zonas activas relativas al dominio que le sirve de contexto. Así, si el dominio es *escribir*, entonces la interpretación de un oyente cuando escucha (14) es (14a), y si se trata de diferenciar un lápiz de otro, entonces la zona activa sería el color de su cuerpo. En términos de Recanati, tenemos un proceso de *enriquecimiento*, en el que el resultado de la modulación contiene al mismo concepto que se tiene como *input*, pero especificado. En este ejemplo tampoco tenemos una proposición como input, sino una expresión que todavía no es proposicional (lápiz rojo). Ahora bien, el paso de (14) a (14a) no sigue ninguna convención lingüística, sino que se ajusta en función de su relación con el contexto. En unos términos más cercanos a las preocupaciones filosóficas, supongamos que una amiga pronuncia la oración (14) pero quiere decir (14a), y yo, despistado, le paso un lápiz de cuerpo rojo. Mi amiga hace una anotación en su cuaderno y se da cuenta de que escribe de color azul, y después me dice: *este lápiz rojo no es rojo* (Langacker, 1987, pág. 274). La frase anterior, aunque contradictoria, expresa un acto significativo coherente dirigido a una situación objetiva específica, y la interpretación de esa frase en el contexto se tiene no en un proceso de dos pasos, en el que se descarta

primero por contradictoria y luego se reconstruye, sino que, dado el dominio contextual, se interpreta, diríamos, de un solo tiro.

En un contexto más filosófico, Travis ofrece un ejemplo semejante al de Langacker:

"Es azul" es una oración en inglés que se puede utilizar, *inter alia*, para describir alguna tinta como azul. Esa tinta puede ser una sustancia que es negra en forma fluida, pero que escribe azul. Existe, nuevamente, un entendimiento de ser azul según en el que dicha tinta es azul y un entendimiento en el que no lo es. Hay, nuevamente, dos cosas correspondientes que decir al llamar azul la tinta al decir "Es azul" (Travis, 2008, pág. 135).

Los ejemplos de Travis son casos límite que plantean un desafío filosófico, pues procuran mostrar cómo formas proposicionales que resultan indeterminadas si no se atiende al contexto enunciativo. Sin embargo, lo interesante de la propuesta de Recanati es que logra formular un conjunto de mecanismos que darían cuenta tanto de casos como los de Travis, hasta de casos como las metáforas o las metonimias. El ejemplo de Platón es un caso de metonimia; otro caso recurrente es la versión que presentan Fauconnier y Recanati del ejemplo de Nunberg:

(15) El sándwich de jamón está sentado en la mesa 20 (Nunberg, 1979, pág. 149)<sup>36</sup>

En manos de Fauconnier, el problema se resuelve de la mano de una función pragmática (como el caso de Platón) que vincula la comida con el cliente. En principio, la posibilidad de esa función dependería de la manera como está organizado el repertorio conceptual. En la versión de Lakoff que vimos en el Capítulo 1, se trata de *Modelos Cognitivos Idealizados*. En la versión de Langacker, tendríamos *Dominios Cognitivos*. Sea como fuere, la idea en este caso, de acuerdo con una teoría semántica cognitiva, es que la posibilidad de la función pragmática dependería en principio de las relaciones que validaría la estructura conceptual de nuestra memoria semántica. Por ejemplo, un Marco Semántico como RESTAURANTE (ver numeral 1.4.). En manos de Recanati, como ya lo dije sobre el ejemplo de Platón, se trata de un caso particular de modulación igual al de Platón: una transferencia semántica.

---

<sup>36</sup> En la versión de Recanati, el sándwich no está sentado, sino que se va sin pagar (Recanati, 2004, pág. 26), y en la de Fauconnier, ya no es un sándwich sino una tortilla de champiñones la que se va sin pagar (Fauconnier, 1994, pág. 6)

El otro caso interesante es el de las metáforas. Recanati reconoce que las metáforas admiten una doble caracterización. En principio, en las metáforas uno de los términos se *empobrece* semánticamente para admitir una interpretación válida de acuerdo con el contexto. El ejemplo que ofrece Recanati es este:

(16) El cajero se tragó la tarjeta

La idea es que en la interpretación de (16) *empobrecemos* el significado del verbo “tragar”, esto es, le damos un alcance mayor al significado que tiene normalmente la expresión, eliminando algunos de sus rasgos semánticos, de tal manera que admita un significado más amplio. Así, muchas *metáforas* resultan ser en realidad casos de *empobrecimiento*, aunque ciertamente no todas. Lo interesante es que el límite entre lo que es literal y lo que no, no está dado de antemano, sino que dependen, en palabras de mismo Recanati, de una “*sensación de discrepancia*” que admite grados y que depende también del conocimiento que tenga el oyente de la lengua (Recanati, 2004, págs. 77, 79). Por ejemplo, Recanati propone comparar (16) con (17), y admite que en este último caso el empobrecimiento no resuelve la discrepancia que resulta de la totalidad de la oración, por lo que se debe recurrir a otro procedimiento cognitivo que resulta en una interpretación satisfactoria<sup>37</sup>.

(17) El cajero se tragó la tarjeta, la masticó y la escupió.

Siguiendo con el tema de la metáfora, Langacker desarrolla más su tesis sobre la dependencia contextual con el ejemplo clásico del gato sobre la alfombra, en un numeral titulado, precisamente, *Contexto* (la numeración de los ejemplos es mía):

Si alguien dice *El gato está sobre la alfombra*, probablemente visualizará un típico felino doméstico reclinado sobre un pedazo de material tejido extendido en el suelo. Esto es lo que tomamos como el significado de la expresión. Pero, ¿la frase realmente significa esto? Después de todo, sería muy apropiada para describir otras situaciones.

---

<sup>37</sup> Que sería un ejemplo de Integración Conceptual. Una posición parecida defienden Coulson y Oakley (2005), quienes insisten en que argumentan a favor de la distinción entre significado literal y significado figurativo, guardando una línea cercana a la oposición de Recanati con respecto a la diferencia entre procesos primarios y secundarios.

Tal vez, por ejemplo, (1) la estera se enrolla en un paquete cilíndrico de pie, con el gato posado inestablemente encima de él. O tal vez (2) un tapete decorativo está enmarcado y montado en una pared, y el gato se aferra a ella con sus garras. O (3) un gato grande, voraz, que ya acabó con las cortinas, se está comiendo ahora la alfombra. Tal vez (4) el gato sea un tigre en una caricatura, quien acaba de perder un combate de boxeo y está inconsciente sobre el lienzo. O (5) supongamos que estamos utilizando un tapete [mat] de color claro como pantalla improvisada para una presentación de diapositivas. Para encontrar dónde colocar el proyector y cómo apuntarlo, usted pone una diapositiva con la imagen de un gato. Cuando el proyector está colocado correctamente, puedo informarle diciendo *Ok el gato está sobre el tapete* (Langacker, 2008, pág. 463).

Cada uno de los significados que Langacker ofrece con respecto a la expresión *el gato está sobre la alfombra* se podrían derivar de una interpretación literal, fija, no contextual de la frase, a la que seguiría un proceso de inferencia pragmática. Pero ese no es el caso, según lo dicho. Más bien, la idea es que la interpretación de cada una de las frases se sigue de un proceso de *modulación* enmarcado contextualmente. El ejemplo (1) sería un caso de significado convencional, los ejemplos (2) y (3) serían casos de empobrecimiento con respecto a SOBRE<sup>38</sup>. El ejemplo (4) sí me parece un caso de metáfora que amerita un significado secundario, porque además del tigre, está pendiente la relación entre la lona y el tapete, que no me parece transparente. Y el ejemplo (5) sería una transferencia.

#### **4.4.4. Modulación y modalización.**

La dependencia del significado de las oraciones con respecto al contexto no implica que debemos abandonar la idea de que los significados son intersubjetivos, pero sí que debemos hacerlo con respecto a la tesis de la idealidad de los significados. En efecto, lo que se sigue de las consideraciones que acabo de hacer sobre el contexto es que no hay algo así como un significado literal, único, asociado con las oraciones y sus partes, sino que el significado de las expresiones suboracionales se ajusta al contexto, adquiriendo un significado apropiado y relevante en función de una capacidad que tienen los oyentes de llevar a cabo actos de *modulación*.

---

<sup>38</sup> Que también sería el caso con respecto a la situación que imagina Searle, en la que un gato y la alfombra flotan libremente en el espacio exterior (Searle, 1979, pág. 122)

Lo que me interesa subrayar es que los ejemplos son todos casos en los que la construcción de lo que quiere decir el hablante se sigue de manera transparente; la comunicación humana es, de hecho, exitosa; fluída. En este contexto, decir que los significados son intersubjetivos quiere decir, entonces, que todos tenemos la capacidad de modular una expresión en un contexto determinado. Así, no se trata de una *especie* que se instancie en un acto, ni mucho menos de un significado fijo. Si, como vimos, Husserl entiende el lenguaje ordinario como una vestidura gramatical para las formas del pensamiento, lo que queda de lo dicho en el numeral anterior es que se trata de una vestidura llena de botones y de correas, de bolsillos y de tirantas que debe saber manejar quien la usa. Las oraciones del lenguaje natural no codifican una proposición en función del significado de sus partes. Los humanos contamos con una capacidad para modular propiamente un contenido en un contexto dado, incluso si el contexto es novedoso: el gato en el espacio, o el mismo caso del ajuste del proyector, no son situaciones cotidianas, pero se resuelven de la misma manera, es decir exitosamente, que casos que podríamos pensar más habituales o recurrentes. Por otra parte, que los significados son intersubjetivos quiere decir, también, que se trata de una capacidad que se constituye -en términos fenomenológicos- intersubjetivamente.

En términos cercanos a Husserl, lo que la lingüística cognitiva y la propuesta contextualista de Recanati dejan ver, es la distancia *esencial* que hay entre el significado lingüístico y el acto intencional dador de sentido que la oración expresa. Sin embargo, lo interesante es que esa distancia revela el carácter situado del acto interpretativo, no sólo en relación con el campo perceptivo, con el curso de las acciones que tienen lugar en el contexto, o con el curso mismo de la conversación, sino con los hábitos interpretativos del oyente que tejen el sentido de una oración. Cuando la modulación corre sin problema, tenemos lo que Welton denomina un *significado natural*. Retomemos el punto:

Las explicaciones del significado en términos de condiciones de verdad han sido ciegas a este hecho [sobre la ausencia de diferencia entre lo metafórico y lo literal], porque tienden a centrarse en términos substantivos y por ende tratan sus significados en términos de condiciones extensionales.

(...)

¿Podemos decir que una de las siguientes líneas captura mejor que otra el significado de *buscar*?

Ella buscó el dinero

Ella buscó ayuda  
Ella buscó la victoria  
Ella buscó el camino de regreso a casa.  
(Welton, 2000, pág. 386)

La idea de Welton es que el significado de cada una de estas frases es natural en el sentido en que sigue un curso fluido que se ajusta a nuestras capacidades interpretativas. Como dije, la manera en que Welton apuntala el significado natural en el curso del discurso ordinario sigue la propuesta lingüística de los campos semánticos, una posición que me parece equivocada. Sin embargo, la pista del *curso fluido* marca una oposición que, fenomenológicamente, tiene más sentido que la que se puede plantear entre literal vs. figurado, o explícito vs. implícito. La interacción discursiva puede ser fluida o no, y la experiencia del “flujo” es una condición fenomenológica que se tiene cuando revisamos la estructura temporal vivida del lenguaje. La “sensación de discrepancia” de la que habla Recanati es justamente eso: una vivencia encarnada que se tiene cuando lo que se obtiene no se ajusta a lo esperado. Sin embargo, y esta es la idea que quiero desarrollar a continuación, estas sensaciones de discrepancia en diferentes niveles son la clave fenomenológica para configurar esferas más convencionales y por eso mismo menos dependientes del contexto con respecto al uso del lenguaje.

#### **4.4.4.1. El discurso fluido: el horizonte de *lo dicho*.**

De lo que vimos en los capítulos 2 y 3 sobre la percepción se sigue una idea de flujo temporal que se ajusta a la dinámica entre la anticipación protencional motivada retencionalmente y el cumplimiento intuitivo. El mismo esquema corre en relación con el discurso hablado, pero de una manera más compleja. Como dije en el análisis fenomenológico del experimento de Stanfield y Zwaan (4.3.1.2.) las palabras dichas marcan una tendencia temporal vivida en la que lo que está por decirse se tiene en la protención, al tiempo que el significado de lo dicho marca una tendencia protencional en relación con la referencia. Ambos cursos pueden dar lugar a interrupciones o frustraciones.

Una construcción discursiva en desarrollo se vive de manera *natural*, para seguir con Welton, en la medida en que lo que se va diciendo se articula con lo dicho, es decir, *cumple* la

tendencia marcada por el discurso que va cayendo en la retención. Así, el discurso sigue un modo vivido de la coherencia que no es el de la lógica, sino el del sentido que se despliega conforme se va diciendo lo que se va diciendo. No se trata, pues, del tipo de coherencia que tenemos en un encadenamiento lógico en el que unas premisas que anticipan lógicamente una conclusión. Se trata, más bien, de un sentido cuya coherencia es una coherencia vivida. El caso del humor muestra de una manera clara lo que estoy queriendo decir. Un filósofo del que sabemos que poco se reía, se expresaba así sobre la risa: “*En todo lo que es capaz de excitar fuertes estrépitos de risa, debe haber algo de absurdo (en donde, por consiguiente, el entendimiento no puede hallar por sí mismo la satisfacción). La risa es una afección que se experimenta cuando se halla perdida de pronto una gran expectativa*” (Kant, 1999 [1790], pág. 294). Esta idea de Kant es la que desarrolla la Teoría Semántica del Humor basada en Guione, planteada inicialmente por Victor Raskin (1985) y desarrollada después por la Teoría General del Humor Verbal (GTVH) de Salvatore Attardo y el mismo Raskin (Attardo & Raskin, 1991)). De acuerdo con Raskin, un texto resulta humorístico si y sólo si:

- a. El texto es compatible, en su totalidad o en parte, con dos guiones diferentes.
- b. Los dos guiones con los que el texto es compatible son opuestos en un sentido especial.  
(Raskin, 1985, pág. 99)

De acuerdo con Raskin, “*un guion es un conjunto de información semántica que rodea la palabra o que es evocado por ella*” (Raskin, 1985, pág. 81). Se trata de una estructura cognitiva internalizada que organiza el conocimiento general que tiene un usuario del lenguaje sobre las situaciones cotidianas: su orden secuencial, los principales elementos que las definen, etc. Así, cuando escuchamos a alguien hablar en nuestra lengua, entendemos lo que nos quiere decir porque activamos el *guion* vinculado con las palabras que dicha persona expresa. Lo importante es que no se trata de una relación uno a uno entre expresión y significado, sino de la evocación cognitiva de una estructura semántica amplia que, por eso mismo, permite anticipar el sentido final que va a tener un enunciado dado. Este último punto es fundamental porque la incongruencia va a consistir, para Raskin, en la frustración semántica de esa expectativa.

En efecto, en el caso de los chistes nos enfrentamos a una expresión que permite activar más de un *guion*, y el efecto humorístico resultaría del cambio de *guion* al que obliga la interpretación de la frase. Miremos el siguiente ejemplo:

- (15) Llega un paciente a ver al doctor:
- Doctor, creo que soy alérgico al vino
  - ¿A qué vino?
  - Pues a consulta, doctor.

En este caso la palabra “vino” activa dos *guiones* diferentes, dando lugar a la oposición “bebida” vs. “acción de llegar”, ambas referidas a una consulta médica. Así, tenemos en primer lugar una pregunta sobre el tipo de vino al que es alérgico el paciente, y en segundo lugar una pregunta sobre la razón de la presencia del paciente en el consultorio.

El chiste causa sorpresa porque viola una expectativa definida por el guion que se frustra con la última frase, y también porque no admite una solución semántica definitiva: la incongruencia queda como flotando en el ambiente, pero al mismo tiempo, el desvío profundiza la regla que se viola. En este caso, el chiste supone no sólo unas reglas lingüísticas, sino la capacidad del usuario de violar esas reglas, llevándolas al límite. Así, la risa es una especie de marcador corporal de una locución inesperada, sorpresiva y particular que es propia de los chistes, al tiempo que reafirma su *naturalidad*. El rasgo importante del humor es que vale como una variación creativa sobre el significado de las expresiones lingüísticas, y esas variaciones son parte fundamental, esencial, del uso *natural* del lenguaje. El uso *natural* es un uso *creativo*, pues las demandas del contexto así lo imponen, y la condición que le da base fenomenológica a dicha creatividad es la situacionalidad encarnada intersubjetiva, que da lugar a asentamientos vivenciales sobre los que es posible reconfigurar nuevos escenarios del sentido. El uso natural no es el que se ajusta a la perfecta predictibilidad: nada menos natural que una persona que hable en una conversación cotidiana de tal manera que sea posible anticipar de manera precisa todo lo que va a decir (pienso, por ejemplo, en el caso de ciertos políticos que ajustan sus respuestas a temas complejos a una fórmula preconcebida, vistiéndola de naturalidad, manifestando, sin embargo, una artificialidad recargada). En este orden de ideas, no son las metáforas las que se salen del curso *natural* del discurso, como señala bien Welton y como se sigue del análisis de Recanati,

sino las metáforas frustradas, las malas metáforas, y también los malos chistes: en suma, los *usos no naturales* teniendo aquí como criterio de evaluación, ya no su arquitectura conceptual, sino el *curso afectivo del uso*.

La interacción discursiva es, en este sentido, encarnada, en el mismo sentido en el que lo es la interacción perceptiva: es el cuerpo entero el que escucha y vive la palabra del otro. Y por eso mismo, la idea de *ritmo* tiene también cabida aquí: cuando escuchamos hablar a alguien, no anticipamos puntualmente las palabras que va a decir, sino que tenemos en el horizonte un espacio de coherencia motivado por lo dicho. El curso efectivo del discurso puede entonces ajustarse o no a ese espacio, en una dinámica que tiene como puntos extremos la charla incoherente, en la que nada se sigue de nada (pienso en los poemas dadaístas), o la charla absolutamente predecible (que sería el discurso científico). En este sentido, el ritmo es un rasgo cualitativo esencial de la coherencia de la experiencia. En los *Análisis sobre la síntesis pasiva*, Husserl se vale recurrentemente de ejemplos musicales para ilustrar la manera como la síntesis de la temporalidad da lugar a la constitución del campo sensible, y el recurso no es gratuito (2001, págs. 157, 205, 258 [Hua XI, 112, 157, 207]). La música vale como un ejemplo valioso porque al tiempo que captura la estructura de anticipación y cumplimiento, señala que la motivación retencional con respecto a lo que se tiene en la protención cae dentro de un rango determinado que, sin embargo, puede dar lugar a frustraciones, a giros, a cambios inesperados, sin que por eso se pierda la coherencia del evento en su conjunto. En el caso de una sinfonía un cambio de velocidad o un giro en el tejido de la melodía, no eliminan los elementos que se tienen en la retención, sino que, precisamente porque se tienen en relación con lo escuchado, los giros y los cambios reconfiguran el horizonte protencional ajustando el curso de la sinfonía sin perder coherencia.

Insisto en algo que ya he dicho antes: si no hubiera cambios, no habría ritmo, y sin ritmo, no habría coherencia. Desde esta perspectiva fenomenológica, la coherencia es asunto que pasa por lo corporal, en la medida en que se sanciona afectivamente: a veces sentimos que el sentido corre, a veces sentimos que no. Por lo demás, es muy importante no perder de vista que el ritmo no sólo tiene una estructura planar que se especifica en relación con una sola capa, sino que configura una polifonía de vivencias que le dan a la experiencia su carácter

situado. Si salgo a caminar con mis auriculares puestos, escucho una canción mientras recorro la calle, me cruzo con la gente que corre en dirección contraria a la mía en el paso peatonal, y pienso además en la clase que tengo que dictar a la una de la tarde. Tal vez el pensamiento que captura mi atención sea este último, pero se tiene como una capa entre las demás que configuran la situación *en* el mundo, que es así una red de flujos subterráneos que tejen la trama compleja de la pasividad. Si ese tejido se desajusta, el acto mismo de pensar en la clase se desajusta también, por lo que el ritmo, además de ser un rasgo cualitativo esencial, es también un elemento constitutivo de la experiencia predicativa. Con esto podemos dar paso al siguiente punto.

Lo que me interesa subrayar en este numeral es que el discurso lógico, esto es, el lenguaje que refleja las formas categoriales y que configura un nivel de significaciones en el que lo ocasional y lo vago no tienen cabida, es en realidad un logro de la conciencia motivado por las dinámicas intersubjetivas que tienen lugar en las interacciones cotidianas, en donde las frustraciones, las dudas, las sorpresas, siempre tienen lugar, y en donde precisamente en virtud de las frustraciones y de las dudas, se vuelven tema los significados y se cierra su horizonte semántico. Sólo cuando el fluir de la interacción discursiva se reajusta, volvemos sobre lo dicho de manera reflexiva. El discurso abstracto es, en realidad, discurso contextualizado, y el proceso de descontextualización sería uno que, desde una perspectiva fenomenológica, se seguiría de un proceso de modalización discursiva en el que, insisto, el horizonte semántico se cierra en función de unas convenciones más definidas.

#### **4.4.4.2. La interacción fluida: el horizonte de lo compartido**

Cuando Husserl rastrea la génesis de la estructura predicativa en la esfera de la pasividad, sigue un recorrido de ida y vuelta, en el que primero penetra en las capas básicas de la experiencia perceptiva y luego recupera la esfera de la vida activa de la conciencia, que es, así, un logro que se alcanza con la síntesis predicativa. Aunque Husserl no dice nada sobre esto, es posible pensar que ese movimiento de ida y vuelta también tiene lugar en relación con el habla, pero que se trata de un movimiento articulado alrededor de la noción de

intersubjetividad. Las frustraciones y los éxitos del numeral anterior se tienen en una *situación común vivida*. Husserl habla en las *Investigaciones Lógicas* de la función notificativa, pero esa función tiene una génesis: la notificación no es constitutiva de la experiencia del otro, sino que la supone. El que habla es ya un Otro que habla, un ser humano con una vida experiencial propia.

Así, si entendemos que no es la expresión sino el cuerpo entero el que significa, esto es, los cuerpos en situación con otros cuerpos, podemos volver sobre las transformaciones que Husserl efectúa sobre el lenguaje ordinario en su empeño por capturar la esencia lógica del acto intencional, y recuperar el carácter constitutivo de la experiencia lingüística con respecto a lo que en numeral 2.3.1. identifiqué, siguiendo al mismo Welton, como la *estructura-en*. Sheets-Jhonstone da algunos pasos en esa dirección en su texto sobre los orígenes del lenguaje, en el que intenta mostrar que antes que una dimensión declarativa que se ajusta a la oposición expresión – proposición, el lenguaje tiene una dimensión práctica, vivida, diríamos indicativa y notificativa, en la que no tiene sentido diferenciar la expresión del contenido:

Si uno se adhiere al escenario típico de la evolución, es manifiesto que el primer uso del lenguaje por parte de los ancestros homínidos no pudieron ser locuciones neutrales, pronunciaciones escuetas sobre el mundo privadas de cualquier significación sentida. (...) La preconcepción de que el lenguaje puede ser claramente dividido en formas proposicionales y formas expresivas, es inconsistente con sujetos reales en el mundo real. El discurso esencialmente un *diálogo vivo* (Sheets-Johnstone, 1990, pág. 146)

Como se sabe, Husserl abordó el problema de la intersubjetividad en la quinta meditación cartesiana (Husserl, 1986, pág. [Hua I]), en donde el problema fenomenológico de la experiencia de los Otros se plantea en los términos de una oposición entre la presentación dada del cuerpo del Otro y la presentación de su vida psíquica. En el caso de la experiencia del Otro, aquello que motiva la presentación de la vida psíquica es el cuerpo del otro como cuerpo vivido (Leib) y no como objeto físico (Körper). Ahora bien, la misma posibilidad de ver en el cuerpo del otro un cuerpo vivido diferente del resto de objetos del mundo, descansa en la analogía que guarde ese cuerpo con el propio. Dice Husserl:

Es cosa clara desde un principio que tan solo una semejanza que vincule dentro de mi esfera primordial aquel cuerpo físico de allí con mi cuerpo físico, puede

suministrar el fundamento de la motivación para la aprehensión —analogizante del primero como otro cuerpo vivo (Husserl, 1986, págs. 158 [Hua I, 138])

Esta solución nunca dejó satisfecho a Husserl, que intentó volver sobre el asunto durante los años que siguieron a las *Meditaciones Cartesianas*. El problema consiste en que la manera como resuelve el problema sigue el camino que recorrió con los objetos perceptivos, en donde la organización de la esfera inmanente de los contenidos hyléticos en términos asociativos, daba lugar a la constitución de la esfera trascendente de los objetos intencionales. Llevada al análisis de la intersubjetividad, esa estrategia falla, pues la constitución de la experiencia del Otro partiendo de la esfera de la inmanencia no logra dar con el carácter ajeno del Otro. No hay en el caso de la experiencia de Otro una sanción constitutiva, como tampoco hay un tránsito de lo presentado a lo presentado. En el caso de la experiencia intersubjetiva la vida psíquica del otro no se tiene como un momento vacío que se puede traer a la intuición plena. De hecho, ese es precisamente el rasgo distintivo de la experiencia del Otro: la imposibilidad de darle cumplimiento a lo apercibido.

Dicho esto, volvamos a la idea de la modalización del sentido intersubjetivo. Se sigue de lo que acabo de decir que la vida mental del Otro no se modaliza: como no hay un cumplimiento, no puede haber un incumplimiento de lo presentado, como si esperando que el Otro tuviera vida mental, me diera cuenta por algún motivo de que en realidad no la tenía. Sin embargo, las interacciones intersubjetivas sí se modalizan. En *How the body shapes the mind* Gallagher (2005) identifica dos niveles básicos de constitución de la experiencia intersubjetiva siguiendo los hallazgos de la psicología del desarrollo, en particular el trabajo de Trevarthen (1979) Baron-Cohen (1995) y Meltzoff (Meltzoff & Moore, 1994; Gopnik & Meltzoff, 1997). El nivel primario engloba un conjunto de capacidades básicas entre las que se cuentan la imitación, la detección de intenciones, la detección de la dirección de la mirada y la sintonía temporal afectiva de los gestos y las voces de los bebés con los cuidadores. Digamos que en esta esfera primaria el Otro aparece ya como Otro, sin embargo, no hay todavía un espacio de modalización en tanto que la interacción no da lugar a una frustración. Por su parte, la intersubjetividad secundaria es la de la atención conjunta, que se desarrolla entre los 9 y 14 meses de edad. Los bebés no sólo son capaces de seguir la mirada de los cuidadores, sino que se involucran en la acción conjunta terminando las acciones que aquellos inician pero que no

terminan (por ejemplo, el cuidador intenta alcanzar un objeto del piso sin éxito y el bebé gatea y se lo entrega). Estas interacciones, las básicas y las secundarias, vistas desde el punto de vista de la fenomenología, sí se despliegan temporalmente, y definen un marco temporal de anticipaciones y cumplimiento conjunto que abre espacio a la modalización.

Por lo general, las acciones se llevan a su cumplimiento, pero, según lo dicho, lo interesante es capturar fenomenológicamente la experiencia de la frustración, esto es, casos en los que la acción no se cumple. Según lo dicho, esto sucede en casos más básicos que las interacciones discursivas: un jugador de fútbol corre desmarcado al espacio abierto en la defensa contraria, pero el que lleva el balón lo filtra en una dirección equivocada porque esperaba que el compañero cambiara la dirección de su carrera. Un amigo alza la mano con la palma abierta esperando que se la choquemos, pero el movimiento sale desviado. Otros ejemplos simples son el baile en pareja o la participación en una banda musical, en donde la dinámica del baile puede dar lugar a una reconfiguración de la relación de la pareja que baila, o en el caso de la banda, el desajuste de uno de los miembros sobresale y se atiende para ser corregido. El punto central aquí es que la frustración efectiva de lo que marcaba el curso de la experiencia de cada uno de los participantes en la situación intersubjetiva, impone una vuelta sobre el Otro. La modalización de la experiencia perceptiva se seguía de una expectativa frustrada que daba paso a la negación, la duda, la posibilidad. En el caso de la interacción, la modalización se sigue de un desajuste en la dinámica cooperativa, y el ajuste es uno que reclama al Otro.

Esta modalización puede ser activa o pasiva. Si lo primero, puedo tematizar la capacidad del otro para la realización de una tarea: si mi pareja de baile me pisa o no me sigue el paso, puedo juzgar que ella no sabe bailar. También puedo tener dudas sobre la manera en que el otro leyó mis intenciones: todavía con el ejemplo del baile, mi pareja no sigue mi disposición para alejarme y volver a acercarme dando una vuelta, no porque no sepa bailar, sino porque no me “leyó” bien. En este caso también puedo tematizar lo ocurrido, centrándome, ya no en las capacidades de la pareja, sino en la interacción misma.

Más interesantes son, sin embargo, las modalizaciones pasivas. En el caso de la pareja que no sabe bailar, antes que un juicio que se siga de una apreciación intelectual acerca de los movimientos, lo que tengo es una *sensación* vivida corporalmente, y mi vínculo animado con el otro se va ajustando de manera dinámica al baile, que es algo que hacemos los dos. Si reconfiguro el nivel de mi paso, llevo -llevamos, en realidad- la dinámica del baile a unas condiciones más simples. Algo similar puedo decir en el caso en el que me leen mal: el desentendimiento es una vivencia corporal, pero puede bastar una mirada y un movimiento para volver a hacer el lance de baile. Las interacciones tienden al éxito, que es, así, el ajuste estructurado y dinámico de la acción conjunta.

Lo dicho aquí sería el envés fenomenológico de la propuesta enactiva reciente de Di Paolo, Cuffari y De Jaegher (2018; 2014) sobre la relación dinámica que vincula la dación de sentido participativa básica con la relación dialógica que define el intercambio lingüístico. Estos autores plantean un modelo que asume como punto de partida la tensión (que debe generar toda dinámica intersubjetiva) entre la normatividad propia del orden individual, y la que es propia del orden interactivo. Por poner un ejemplo simple, cuando canto solo, la posibilidad de mi canto está dada por lo que puedo hacer con mi cuerpo, mientras que, si canto acompañado, mi canto se rige también por la relación que guarda con el canto del otro. En principio, esta tensión es propia de toda interacción. Ahora bien, los autores hablan de *sinergia* cuando los dos órdenes normativos se satisfacen, pero reconocen que la misma tensión puede dar lugar a *disonancias*, que darían lugar a procesos de *reacomodación* o de *ruptura* de la relación. Dicen:

En casos de disonancia, ocurren crisis y el espacio de oportunidades para acomodar estas crisis es donde tiene que suceder el trabajo participativo de (re)crear el sentido. Estas son las fuentes de la frustración que podrían no ocurrir en la existencia solitaria. En los casos de sinergia entre la normatividad individual y la interactiva, los actos adquieren un poder mágico. Logran más de lo que yo busco. Y yo puedo lograr lo que yo quiero con menos, mediante la resonancia coordinada del acto en el dominio intersubjetivo. Lo opuesto sucede en casos de disonancia (Di Paolo, Cuffari, & De Jaegher, 2018, pág. 130)

Si en la interacción todo se da en relación con el orden individual, la interacción fracasa, como lo haría si todo se da en los términos de la normatividad de la interacción. El punto interesante de la propuesta de Di Paolo, Cuffari y De Jaegher es que la dinámica básica de la interacción va dando lugar a procesos y relaciones intersubjetivas más complejas, hasta llegar a las esferas propias de la interacción dialógica propia de la esfera lingüística. Lo que me interesa resaltar es que la constitución de la esfera intersubjetiva tal como la entienden Di Paolo, Cuffari y De Jaegher apunta en la misma dirección que el análisis fenomenológico genético.

Con estos ejemplos quiero mostrar que la dinámica de las interacciones intersubjetivas encarnadas da lugar a unas reglas que se constituyen en la interacción misma y que se ajustan y se reacomodan conforme se sigue la interacción, y que en este contexto, la constitución de ordenamientos intersubjetivos más cerrados normativamente depende -en términos fenomenológicos- de un proceso de modalización que, por el hecho de ser una dinámica intersubjetiva, resulta mucho más compleja que la simple modalización perceptiva que presenté en el Capítulo 3. El punto central es que, de la mano de la idea de la modalización, estas dinámicas se ajustan y por eso mismo se regulan (tanto en el sentido de ajustarse a una regla, como en el sentido de buscar un curso uniforme), y es sobre esos procesos de regulación que se asientan las capas superiores del lenguaje.

#### **4.4.4.3. Punto final al capítulo 4.**

En este Capítulo cuatro el tema fue la relación entre la fenomenología genética y el discurso. Seguí en su desarrollo dos caminos diferentes: mostré, en primer lugar, cómo lo dicho sobre la percepción puede servir para iluminar algunas tesis que hacen carrera en el debate contemporáneo con respecto a la relación que se puede tejer entre el estudio del significado y las ciencias cognitivas, en particular las neurociencias. En la segunda parte arriesgué un poco más, con el propósito de explorar cómo era posible darle un sentido encarnado al uso del lenguaje. En el recorrido, mostré las limitaciones de la obra temprana de Husserl, para dar paso, después, a una caracterización más sensible al contexto, que Husserl plantea de

refilón en su obra tardía. Hice después un recorrido sobre el debate contemporáneo que se sigue tanto en la filosofía como en la lingüística cognitiva sobre la relación entre el contexto y el significado lingüístico, para defender una posición intermedia sobre la literalidad de lo lingüístico, según la cual los significados no pueden ser representaciones privadas, como se sigue de la lingüística cognitiva, pero tampoco entidades ideales, como propuso Husserl en las *Investigaciones Lógicas*. Planteé entonces que una manera de entender el carácter intersubjetivo de los significados lingüísticos podía ser asociarlos con una capacidad compartida para modular el significado de las oraciones con base en información contextual. En términos husserlianos, un hábito, es decir, una tendencia pasiva encarnada y sedimentada que determina la manera de engancharnos con el entorno, en este caso, un entorno lingüístico intersubjetivo. Pensando en profundizar en la génesis fenomenológica de ese hábito, señalé en la parte final el camino que debería tener una aproximación fenomenológica interesada en capturar la corporalidad del lenguaje, entendiendo la esfera del habla como una que se asienta en las relaciones con otros seres humanos y que se modaliza en una triangulación que va escalando en independencia contextual.

## CONSIDERACIONES FINALES

El término *embodied* se ha venido transformando, en el tiempo presente, en lo que acertadamente Maxine Sheets-Johnstone (2011, pág. 310) llama “curitas léxicas” (lexical band-aids), esto es, en un término cuyo uso, antes que presentar una solución definitiva con respecto a un problema, sirve más bien para ocultarlo, para resolverlo sólo de manera artificial y creer erróneamente que la herida ha sanado por completo. Tal vez por esto es que Sheets-Johnstone decide dejar de lado una reflexión puntual sobre el alcance y los límites de una concepción *embodied* de la mente, para dedicarse más bien a reflexionar sobre el cuerpo mismo. Este trabajo intentó recuperar algo de lo perdido, en un recorrido que resultó crítico y aclarativo a la vez: someter la tesis del sentido encarnado tal como se ha planteado en el campo de la lingüística cognitiva a una revisión fenomenológica, en particular las descripciones de Husserl sobre la esfera de la pasividad.

En principio, la exploración fenomenológica del papel de la experiencia corporal en la construcción de un mundo con sentido, parece alejada del tren de investigación empírica y de las reflexiones de orden teórico sobre el cuerpo y su lugar en la cognición, que han venido teniendo lugar en el campo de trabajo de la lingüística cognitiva. Los autores que le dieron forma y fondo al proyecto, Langacker, Talmy, Lakoff, Johnson y Fillmore, no cuentan a Husserl entre sus lecturas obligadas, y salvo algunas referencias puntuales a Merleau-Ponty, la fenomenología no apenas si aparece en sus propuestas. Algo que no deja de sorprender, teniendo en cuenta el lugar central que tiene el cuerpo la experiencia en la teoría. Este trabajo intentó, pues, explorar esa senda perdida, y mostrar la relevancia de Husserl para la comprensión y el ajuste fenomenológico de las tesis de la semántica cognitiva.

En el recorrido, resultó evidente que muchas de las posiciones de Lakoff y Johnson son en realidad -por decirlo de alguna manera- *actitudes nominales*, es decir, declaraciones que parecen tener un largo alcance teórico pero que difícilmente van más allá de lo nominal.

- Sobre el *cuerpo*, la propuesta de Lakoff y Johnson es limitada. El cuerpo es para Lakoff una manera de nombrar al cerebro, como lo es para la psicología cognitiva. Sin embargo, la psicología no reclama para sí el título del encarnamiento, sino que avanza de la mano de lo que permita la evidencia empírica -según mostré- en cuatro dominios diferentes: el formato, la función, el aprendizaje y la base neuronal. En el caso de Lakoff y Johnson, el cerebro es, además, el sujeto de una doble reducción: en algunos casos la mente se reduce al cerebro, y en otros, el cuerpo se reduce al cerebro.
  
- El tema de la *experiencia* también es una actitud nominal. Aunque Lakoff y Johnson le den a su proyecto el título de *experiencialismo*, el análisis riguroso de la experiencia no juega ningún papel en la construcción de la teoría. En Lakoff, el asunto casi que ni se nombra, y en Johnson, se tiene como una puerta de entrada que se deja rápidamente de largo. Como dije, los autores llegan al cuerpo y a la experiencia desde arriba, como una solicitud de la tesis de la teoría conceptual de la metáfora. En mi trabajo, he procurado hacer un recorrido desde abajo, y lo he hecho con las herramientas de la fenomenología, que espero haber mostrado son apropiadas para la tarea. En el camino, temas que no aparecen desde arriba resultaron ser centrales en relación con los procesos de construcción de sentido: la afectividad, la temporalidad, la intersubjetividad, la atención, la modalización, la animación.
  
- Tampoco es encarnada la propuesta sobre la *categorización*, ni la propuesta sobre los *colores*, ni la propuesta sobre los *esquemas de imagen*. En la revisión que hice con base en las herramientas de la fenomenología genética, espero haber mostrado cómo estos tres temas son “encarnados” en un sentido diferente al que les dan Lakoff y Johnson: los colores son datos que momentos en un sistema de indicaciones referenciales que se define en relación con las posibilidades cinestésicas del cuerpo animado; las categorías básicas son tipos asociativos sedimentados que motivan cierto tipo de relación práctica con el entorno; y los

esquemas de imagen son tipos-corporales que se diferencian de los otros tipos porque se tienen siempre en acto. Esta revisión, sin embargo, no hace incompatibles a los tipos y a los esquemas incompatible con hallazgos empíricos provenientes de la psicología del desarrollo y la neurociencia, sino que enriquece la interpretación de los datos.

- Finalmente, también es una actitud nominal la idea de la *interacción*. Lakoff y Johnson (1999) asumen una posición contradictoria sobre esta noción: la consideran central, pero no la caracterizan. Un análisis de la experiencia descubre dos órdenes diferentes de la interacción: la que tiene que ver con la dinámica cuerpo-entorno, y la que tiene que ver con la dinámica cuerpo – cuerpo. En estas dos esferas de interacción se constituyen dos dominios diferentes de significación: la del *sentido* perceptivo y la de *significado* lingüístico. Cada una tiene una énesis diferente, pero encarnada.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ashby, F., Alfonso-Reese, L., Turken, A., & Waldron, M. (1998). A neuropsychological theory of multiple systems in category learning. *Psychological Review*, *10*, 442-481.
- Atkinson, R., & Shiffrin, R. (1968). Human memory. A proposed system and its control processes. En K. Spence, & J. Spence (Edits.), *The psychology of learning and motivation* (págs. 89-195). New York: Academic Press.
- Attardo, S., & Raskin, V. (1991). Script theory (re)visited: joke similarity and joke representation model. *Humor*, *4*(3/4), 293-347.
- Baddeley, A. (2007). *Working memory, thought and action*. New York: Oxford University Press.
- Baddeley, A., & Hitch, G. (1974). Working memory. En G. Bower (Ed.), *The psychology of learning and motivation. Advances in research an theory* (Vol. 8, págs. 47-89). New York: Academic Press.
- Baillargeon, R., & Hespos, S. J. (2001). Reasoning about containment events in very young infants. *Cognition*, *78*, 207-245.
- Baillargeon, R., & Wang, S.-H. (2001). Event categorization in infancy. *Trends in Cognitive Science*, *6*(2), 85-93.
- Baillargeon, R., Spelke, E., & Wasserman, S. (1985). Object permanence in five-month-old infants. *Cognition*, *20*(3), 191-208.
- Baron-Cohen, S. (1995). *Mindblindness. An essay on autism and the theory of mind*. Cambridge: MIT Press.
- Barsalou, L. (2012). The Human Conceptual System. En M. Spivey, M. Joanisse, & K. McRae (Edits.), *The Cambridge Handbook of Psycholinguistics* (págs. 239-258). New York.
- Barsalou, L., Simmons, W., Barbey, A., & Wilson, C. (2003). Grounding conceptual knowledge in modality-specific systems. *Trends in Cognitive Sciences*, *7*(2), 84-91.
- Battig, W., & Montague, W. (1969). Category norms of verbal items in 56 categories A replication and extension of the Connecticut category norms. *Journal of Experimental Psychology*, *80*, 1-46.
- Bauer, A., & Just, M. (2017). A brain-based account of “basic-level” concepts. *Neuroimage*, *161*, 196-205.
- Bergen, B. (2012). *Louder than words. The new science of how mind makes meaning*. New York: Basic Books.

- Bernet, R. (2010). Husserl's new phenomenology of time consciousness in the Bernau manuscripts. En D. Lohmar, & I. Yamaguchi (Edits.), *On Time. New contributions to the husserlian phenomenology of time*. Dordrecht: Springer.
- Bertenthal, B., & Bai, D. (1989). Infants' Sensitivity to Optical Flow for Controlling Posture. *Developmental Psychology*, 25, 936-945.
- Blomberg, J., & Zlatev, J. (2014). Actual and non actual motion: why experientialist semantics need phenomenology (and vice versa). *Phenomenology and the cognitive sciences*, 13(3), 395-418.
- Boghossian, P., & Velleman, J. (1989). Colour as a Secondary Quality. *Mind*, 98(389), 81-103.
- Boroditsky, L. (2000). Metaphoric structuring: Understanding time through spatial metaphors. *Cognition*, 75, 1-28.
- Boroditsky, L., & Ramscar, M. (2002). The role of body and mind in abstract thought. *Psychological Science*, 13(2), 185-189.
- Brooks, L. (1987). Decentralized control of categorization: The role of prior processing episodes. En U. Neisser (Ed.), *Concepts and Conceptual Development: Ecological and Intellectual Factors in Categorization* (págs. 141–174). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brown, R. (1958). How shall a thing be called? *Psychological review*, 65(1), 14-21.
- Bundgaard, P. (2004). The ideal scaffolding of language. *Phenomenology and the Cognitive Sciences: Husserl's fourth Logical Investigation in the light of cognitive linguistics*, 3, 49–80.
- Bundgaard, P. (2010). Husserl and Language. En S. Gallagher, & D. Schmicking (Edits.), *Handbook of phenomenology and* (págs. 369-399). Dordrecht: Springer.
- Bundgaard, P. (2015). Are Cross-Domain Mappings Psychologically Deep, but Conceptually Shallow? What is Still Left to Test for Conceptual Metaphor Theory. *Cognitive Semiotics*, 5(1-2), 400-407.
- Carey, S. (1985). *Conceptual change in childhood*. Cambridge: MIT Press.
- Carey, S. (2009). *The Origin of Concepts*. New York: Oxford.
- Casanto, D., & Boroditsky, L. (2008). Time in the mind: using space to think about time. *Cognition*, 106(2), 579-593.
- Casanto, D., Fotakopoulou, O., & Boroditsky, L. (2010). Space and time in the child's mind: Evidence for a cross-dimensional asymmetry. *Cognitive Science*, 34, 387-405.
- Chalmers, D. (1996). *The Conscious Mind*. New York: Oxford University Press.

- Chalmers, D. (2000). What Is a Neural Correlate of Consciousness? En *Neural Correlates of Consciousness* (págs. 17-40). Cambridge: MIT Press.
- Chalmers, D. (2002). Does Conceivability Entail Possibility? En T. Gendler, & J. Hawthorne (Edits.), *Conceivability and possibility* (págs. 145-200). New York: Oxford.
- Chomsky, N. (1969). *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge: MIT Press.
- Cohen, J. (2009). *The Red and The Real: An Essay on Color Ontology*. Oxford: Oxford University press.
- Coley, J., Medin, D., & Atran, S. (1997). Does rank have its privilege? Inductive inferenecs within folkbiological categories. *Cognition*, 64, 73-112.
- Coulson, S. (2006). *Semantic Lips*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Coulson, S., & Oakley, T. (2005). Blending and coded meaning: Literal and figurative meaning in cognitive semantics. *Journal of Pragmatics*, 37(10), 1510-1536.
- Crick, F. (1995). *The Astonishing Hypothesis: The Scientific Search for the Soul*. New York: Scribner.
- Cuffari, E. C. (2014). On Being Mindful About Misunderstandings in Linguaging: Making Sense of Nonsense as The Way To Sharing Linguistic Meaning. En M. Cappuccio, & T. Froese (Edits.), *Enactive Cognition at the Edge of Sense-making*. (págs. 207-237.). New York: Palgrave.
- de Warren, N. (2009). *Husserl and the promise of time. Subjectivity in Transcendental Phenomenology*. New York: Cambridge University Press.
- Decety, J. (1996). Do imagined and executed actions share. *Brain Research. Cognitive Brain Research*, 3, 87-93.
- Di Paolo, E., Cuffari, E., & De Jaegher, H. (2014). From participatory sense-making to language: then and back again. *Phenomenology and the cognitive sciences*, 14(4), 1089-1125.
- Di Paolo, E., Cuffari, E., & De Jaegher, H. (2018). *Lingistic Bodies*. Cambridge : MIT Press.
- Dodge, E. y G. Lakoff. (2005). Image schemas. From linguistic analysis to neural grounding. En B. Hampe, *From perception to meaning. Image schemas in cognitive linguistics* (págs. 57-91). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Evans, G. (1982). *The Varieties of Reference*. Oxford: Clarendon Press.
- Evans, J. (1982). *The psychology of deductive reasoning*. Londres: Routledge.

- Evans, J. (2002). Logic and human reasoning: An assessment of the deduction paradigm. *Psychological Bulletin*, 128, 978-996.
- Evans, V., & Green, M. (2006). *Cognitive Linguistics. An introduction*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Fantz, R. (1964). Visual experience in infants: decreased attention to familiar patterns relative to novel ones. *Science*, 146, 668-670.
- Fauconnier, G. (1994). *Mental Spaces. Aspects of meaning construction in natural language*. New York: Cambridge University Press.
- Fauconnier, G. (2007). Mental Spaces. En D. Geeraerts, & H. Cuyckens (Eds.), *The oxford handbook of cognitive linguistics* (págs. 351-376). New York: Oxford University Press.
- Fauconnier, G., & Turner, M. (2002). *The way we think. Conceptual blending and the mind's hidden complexities*. New York: Basic Books.
- Fillmore, C. (1982). Frame semantics. En Linguistic Society of Korea (Ed.), *linguistics in the morning calm* (págs. 111-138). Seúl: Hanshin.
- Fodor, J. (1987). *Psychosemantics: The problem of meaning in the philosophy of mind*. Cambridge: MIT Press.
- Fodor, J. (1998). *Concepts: Where cognitive science went wrong*. New York: Oxford university Press.
- Gallagher, S. (1997). Mutual enlightenment: recent phenomenology and cognitive science. *Journal of consciousness studies*, 4(3), 195-214.
- Gallagher, S. (2000). Self-reference and schizophrenia: a cognitive model of immunity to error through misidentification. En D. Zahavi (Ed.), *Exploring self*. (págs. 203-239). Philadelphia: John Benjamins.
- Gallagher, S. (2003). Bodily self-awareness and object perception. *Theoria et Historia Scientiarum*, 7(1), 53-68.
- Gallagher, S. (2005). *How the body shapes the mind*. New York: Oxford.
- Gallagher, S. (2012). On the possibility of naturalizing phenomenology. En *Oxford Handbook of Contemporary Phenomenology* (págs. 70-92). New York: Oxford University Press.
- Gallagher, S. (2017). *Enactivist Interventions. Rethinking the mind*. New York: Oxford University Press.
- Gallese, V., Fadiga, L., Fogassi, L., & Rizzolatti, G. (1996). Action recognition in the premotor cortex. *L.; Rizzolatti*, 119(2), 593-609.

- Gatzia, D. (2008). Fictional Colors. *Sorites*, 21, 37-51.
- Gibbs, R. (2005). The psychological status of image schemas. En B. Hampe (Ed.), *From perception to meaning. Image schemas in cognitive linguistics* (págs. 113-136). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Glenberg, A., & Kaschak, M. (2002). Grounding language in action. *Psychonomic Bulletin & Review*, 9(3), 558-565.
- Goldman, A. I. (2014). The bodily formats approach to embodied cognition. En U. Kriegel (Ed.), *Current Controversies in Philosophy of Mind* (págs. 91-108). New York: Routledge.
- Goldstone, R., & Kersten, A. (2003). Concepts and categorization. En A. Healy, & R. Proctor (Eds.), *Comprehensive handbook of psychology, Volume 4: Experimental psychology* (págs. 599-621). New Jersey: Wiley.
- Gopnik, A., & Meltzoff, A. (1997). *Words, thoughts and theories*. Cambridge: 1997.
- Grady, J. (2005). Image schemas and perception: Refining a definition. En B. Hampe (Ed.). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Grossman, M., Koenig, P., DeVita, C., Glosser, G., Alsop, D., Detre, J., & Gee, J. (2002). The neural basis for category-specific knowledge: An fMRI study. *NeuroImage*, 15, 936-948.
- Hampton, J. (1993). Prototype models of concept representation. En J. A. Van Mechelen (Ed.), *Categories and concepts*: (págs. 67-95). Londres: Academic Press.
- Handl, S., & Schmid, H.-J. (2011). Introduction. En S. Handl, & H.-J. Schmid (Eds.), *Windows to the mind. Metaphor, metonymy and conceptual blending* (págs. 1-19). Berlin: De Gruyter.
- Hardin, C. (1988). *Color for Philosophers: Unweaving the Rainbow*. Indianapolis: Hackett.
- Haser, V. (2005). *Metaphor, Metonymy, and Experientialist Philosophy: Challenging Cognitive Semantics*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Hesslow, G. (2002). Conscious thought as simulation of behaviour and perception. *Trends in Cognitive Sciences*, 6(6), 242-247.
- Husserl, E. (1980). *Experiencia y Juicio*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.
- Husserl, E. (1986). *Meditaciones Cartesianas*. Mexico D. F.: FCE.
- Husserl, E. (1997a). *Thing and Space*. Dordrecht: Springer.
- Husserl, E. (1997b). *Ideas realivas a una feomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro Segundo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, E. (1999). *Investigaciones Lógicas I*. Madrid: Alianza.

- Husserl, E. (1999). *Investigaciones Lógicas 2*. Madrid: Alianza.
- Husserl, E. (2001). *Analyses Concerning Passive and Active Synthesis*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Husserl, E. (2001). *Die Bernauer Manuskripte über das zeitbewusstsein (1917/18)*. Dordrecht: Springer.
- Husserl, E. (2009). *Lógica Formal y Lógica Trascendental*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.
- Husserl, E. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jackendoff, R. (2002). *Foundations of language*. New York: Oxford University Press.
- James, W. (1890 [1983]). *The principles of psychology*. Cambridge: Harvard University Press.
- Jeannerod, M., & Frak, V. (1999). Mental imagining of motor activity in humans. *Current Opinion in Neurobiology*, 735-739.
- Johnson, M. (1987). *The body in the mind*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Johnson, M. (2005). The philosophical significance of image schemas. En B. y. Hampe, *From perception to meaning. Image schemas in cognitive linguistics* (págs. 15-34). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Johnson, M., & Rohrer, T. (2007). We are live creatures: Embodiment, American pragmatism, and the cognitive organism. En T. Ziemke, R. Frank, & J. Zlatev (Edits.), *Body, Language and Mind. Vol 1. Embodiment* (págs. 17-54). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Jolicoeur, P., Gluck, M., & Kosslyn, S. (1984). Pictures and names: Making the connection 1984; 16(2): 243–275. *Cognitive Psychology*, 16(2), 243-275.
- Jönsson, M., & Hampton, J. (2008). On prototypes as defaults (comments on Connolly, Fodor, Gleitman and Gleitman 2007). *Cognition*, 106, 913–923.
- Kant, I. (1999 [1790]). *Crítica del juicio*. Madrid: Espasa.
- Kaplan, D. (1989). Demonstratives (1977). En J. Almog, J. Perry, & H. Wettstein (Edits.), *Themes from Kaplan* (págs. 481-563.). Oxford: Oxford University Press.
- Kosslyn, S., Ganis, G., & Thompson, W. (2003). Mental imagery: against the nihilistic hypothesis. *TRENDS in Cognitive Sciences*, 7(3), 110 y 111.
- Lakoff, G. (1987). *Women, Fire and Dangerous Things*. Chicago: University of Chicago Press.

- Lakoff, G. (1993). The contemporary theory of metaphor. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (págs. 202-251). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lakoff, G. (2012). Explaining embodied cognition results. *Topics in cognitive science*, 4, 773-785.
- Lakoff, G., & Johnson, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lakoff, G., & Johnson, M. (1999). *Philosophy in the flesh*. New York: Basic Books.
- Lakoff, G., & Johnson, M. (2002). Why cognitive linguistics require embodied realism? *Cognitive Linguistics*, 13(3), 245–263.
- Lakoff, G., & Johnson, M. (2003 [1980]). *Metaphors we live by*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Langacker, R. (1987). *Foundations of Cognitive Grammar. Volume I. Theoretical prerequisites*. Stanford: Stanford University Press.
- Langacker, R. (2008). *Cognitive grammar. An introduction*. New York: Oxford University Press.
- Mach, M., Preston, A., & Love, B. (2013). Decoding the Brain's Algorithm for categorization from its natural implementation. *Current Biology*(23), 2023–2027.
- Machery, E. (2009). *Doing without concepts*. New York: Oxford University Press.
- Mandler, J. (2004). *Foundations of mind. The origins of conceptual thought*. New York: Oxford University Press.
- Mandler, J. (2005). How to Build a Baby: III. En B. y. Hampe, *From Perception to Meaning. Image Schemas in Cognitive Linguistics* (págs. 137-163). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Mandler, J., & Bauer, P. (1988). The cradle of categorization: Are basic level basic? *Cognitive development*, 3, 247-264.
- Matsuka, T., Yamauchi, T., Hanson, C., & Hanson, S. (2005). Representing Categorical Knowledge: An fMRI Study. *Proceedings of the 27th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*, 1425-1430.
- Maturana, H., & Varela, F. (1980). *Autopoiesis and Cognition. The Realization of the living*. Dordrecht: Reidel Publishing.
- McGlone, M. (2007). What is the explanatory value of a conceptual metaphor? *Language and communication*, 27, 109-126.
- Medin, D., & Schaffer, M. (1978). Context theory of classification learning.5, 207–238. *Psychological Review*, 85, 207-238.

- Meltzoff, A., & Moore, M. (1994). Imitation, memory and the representation of persons. *Infant behavior and development*, 17, 83-99.
- Merleau-Ponty, M. (1984 [1945]). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Mervis, C., & Rosch, E. (1981). Categorization of natural objects. *Annual Review of Psychology*, 32, 89-115.
- Murphy, G. (1988). Comprehending Complex Concepts. *Cognitive Science*, 12, 529-562.
- Murphy, G. (1996). On metaphoric representations. *Cognition*, 60, 173-204.
- Murphy, G. (2002). *The Big Book of Concepts*. Cambridge: MIT Press.
- Murphy, G., & Medin, D. (1985). The role of theories in conceptual coherence. *Psychological review*, 92(3), 289-316.
- Noë, A. (2004). *Action in perception*. Cambridge: New York.
- Nunberg, G. (1979). The non-uniqueness of semantic solutions: Polysemy. *Linguistics and Philosophy*, 3(2), 143-184.
- Okada, T., Tanaka, S., Nishisawa, S., Inui, T., Sadato, N., Yonekura, Y., & Konishi, J. (2000). Naming animals and tools: a functional magnetic resonance imaging study of categorical differences in the human brain areas commonly used naming visually presented objects. *Neuroscience Letters*, 296, 33-36.
- Osherson, D., & Smith, E. (1981). On the Adequacy of Prototype Theory as a. *Cognition*, 9.
- Palmer, S. E. (1999). *Vision science. From photons to phenomenology*. Cambridge: MIT Press.
- Palmer, S. E. (2009). Gestalt theory. En T. Bayne, E. Cleereman, & P. Wilken (Edits.), *The Oxford companion to consciousness* (págs. 327-330). New York: Oxford.
- Peacocke, C. (2014). *The mirror of the world. Subjects, Consciousness, and self-consciousness*. New York: Oxford University Press.
- Peacocke, C. (2017). Philosophical reflections on the first person, the body, and agency. En F. de Vignemont, & A. Alsmith (Edits.), *The subject's matter* (págs. 289-310). Cambridge: MIT Press.
- Pederson, E. (2007). Cognitive Linguistics and Linguistic Relativity. En D. Geeraert, & H. Cuyckeens (Edits.), *Oxford Handbook of Cognitive Linguistics* (págs. 1012-1044). New York: Oxford.

- Perani, D., Cappa, S., Bressi, S., Gorno-Tempini, M., Matarrese, M., & Fazio, F. (1995). Deferent neural systems for the recognition of animals and man-made tools. *Neuroreport*, 6, 1637-1641.
- Peterson, M., & Gibson, B. (1994). Must figure-ground organization precede object recognition? *Psychological Science*, 5, 253-259.
- Pfaff, K., Gibbs, R., & Johnson, M. (1997). Metaphor in using and understanding euphemism and dysphemism. *Applied Psycholinguistics*, 18(1), 59-83.
- Piaget, J. (1961). *La formación del símbolo en el niño*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Prinz, J. (2002). *Furnishing the mind*. Cambridge: MIT Press.
- Prinz, J. (2012). Regaining Composure: A Defense of Prototype Compositionality. En W. Hinzen, M. Edouard, & M. Wernin (Edits.), *The Oxford Handbook of Compositionality* (págs. 437-454). New York: Oxford University Press.
- Pylyshyn, Z. (2003). The Return of the mental image: are the really pictures in the brain? *TRENDS in Cognitive Sciences*, 7(3), 113-118.
- Raskin, V. (1985). *Semantic Mechanisms of Humor*. Dordrecht: D. Reidel.
- Recanati, F. (2004). *Literal Meaning*. Oxford: Oxford University Press.
- Rips, L., Blok, S., & Newman, G. (2006). Tracing the identity of objects. *Psychological Review*, 113(1), 1-30.
- Rizzolatti, G., Fadiga, L., & Gallese, V. (1996). Premotor cortex and the recognition of motor actions". *Cognitive Brain Research*, 3(2), 131-141.
- Rosch, E. (1973). Natural categories. *Cognitive Psychology*, 4, 328-350.
- Rosch, E. (1975). Cognitive representations of semantic categories. *Journal of Experimental Psychology*, 104(3), 192-233.
- Rosch, E., & Mervis, C. (1975). Family resembles: Studies in the internal structure of categories. *Cognitive psychology*, 7(4), 573-605.
- Rosch, E., Mervis, C. B., Gray, W. D., Johnson, D. M., & Boyes-Braem, P. (1976). Basic objects in natural categories. *Cognitive Psychology*, 382-439.
- Ross, B., Perkins, S., & Tenpenny, P. (1990). Reminding-based category learning. *Cognitive Psychology*, 22, 460-492.
- Sass, L. y J. Parnas. (2003). Schizophrenia, Consciousness, and the Self. *Schizophrenia Bulletin*, 29(3), 427-444.
- Schachter, D. (2001). *The seven sins of memory*. Boston: Houghton Mifflin Company.

- Schellenberg, S. (2016). De se content and de hinc content. *Analysis*, 76(3), 334–345.
- Searle, J. (1979). *Expression and Meaning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Searle, J. (1983). *Intentionality. An essay in the philosophy of mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shapiro, L. (2011). *Embodied Cognition*. New York: Routledge.
- Sheets-Johnstone, M. (1990). *The roots of thinking*. Philadelphia: Temple University Press.
- Sheets-Johnstone, M. (2011). *The Primacy of Movement*. Amsterdam: John Benjamins.
- Smith, E. (1989). Concepts and Induction. En M. Posner (Ed.), *Foundations of cognitive science* (págs. 501-524). Cambridge: MIT Press.
- Smith, E., & Medin, D. (1981). *Categories and concepts*. Cambridge : Harvard University Press.
- Smith, E., Osherson, E., Rips, L., & Keane, M. (1988). Combining prototypes: A selective modification model. *Cognitive Science*, 12.
- Solomon, K., Medin, D., & Lynch, E. (1999). COncceptos do more than categorize. *Trends in Cognitive Sciences*, 3(3), 99-105.
- Sperber, D., & Wilson, D. (1995). *Relevance. Communication and cognition*. Cambdridge: Blackwell.
- Stanfield, R., & Zwaan, R. (2001). The effec derived from verbal context on picture recognition. *Psychological science*, 12(2), 153-156.
- Stoffregenfl, T., Schmuckler, M., & Gibson, E. (1987). Use of central and peripheral optical flow in stance and locomotion in young walkers. *Perception*, 16, 113-119.
- Summa, M. (2012). Body Memory and the Genesis of Meaning. En S. Koch, T. Fuchs, & M. Summa (Edits.), *Body memory, metaphor, movement* (págs. 23-42). Amsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Talmy, L. (2000). *Toward a Cognitive Semantics. Volume I: Concept structuring principles*. Cambdridge: MIT Press.
- Tanaka, J., & Taylor, M. (1991). Object categories and expertise: Is the basic level in the eye of the beholder? *Cognitive Psychology*, 15, 121–149.
- Thompson, E. (2007). *Mind in Life*. Cambridge: Harvard University Press.
- Thompson, E., Palacios, A., & Varela, F. (1992). Ways of Coloring: Comparative Color Vision as a Case Study for COgnitive Science. *Behavioral and Brain Sciences*, 15, 1-26.

- Travis, C. (2008). Sublunary Intuitionism. En *Occasion-Sensitivity. Selected Essays* (págs. 130-149). New York: Oxford University Press.
- Trevarthen, C. (1979). Communication and cooperation in early infancy. En M. Bullowa (Ed.), *Before Speech*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tulving, E. (1972). Episodic and semantic memory. En *Organization of memory*. New York: (E. T. Donaldson, Trad.). New York: Academic Press.
- Varela, F., Rosch, E., & Thompson, E. (1991). *The embodied mind. Cognitive science and human experience*. Cambridge: MIT Press.
- von Uexküll, J. (2010 [1934]). *A foray into the worlds of animals and humans*. Minneapolis: The University of Minnesota Press.
- Wageman, J. (2015). Historical and conceptual background: gestalt theory. En J. Wageman (Ed.), *The Oxford Handbook of Perceptual Organization* (págs. 3-20). New York: Oxford University Press.
- Welton, D. (1983). *The origins of meaning*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- Welton, D. (2000). *The Other Husserl*. Bloomington: Indiana University Press.
- Welton, D. (2012). Bodily Intentionality, Affectivity, and Basic Affects. En D. Zahavi (Ed.), *The oxford handbook of contemporary phenomenology*. Nre York: Oxford University Press.
- Welton, D. (sin publicar). *Touch and Spatiality*. Stony Brook University: Notas de trabajo.
- Wheeler, M., Stuss, D., & Tulving, E. (1997). Toward a theory of episodic memory: the frontal lobes and auto-noetic consciousness. *Psychological bulletin*, 121(3), 331-354.
- Wisniewski, E. J. (1997). When Concepts Combine. *Psychonomic Bulletin & Review*., 4, 167-183.
- Wisniewski, E., & Murphy, G. (1989). Superordinate and basic category names in discourse: A textual analysis. *Discourse processes*, 12(2), 245-261.
- Yablo, S. (1993). Is Conceivability a Guide to Possibility? *Philosophy and Phenomenological Research*, 53, 1-42.
- Zahavi, D. (2002). *Husserl's phenomenology*. Stanford: Stanford University Press.
- Zahavi, D. (2005). *Subjectivity and Selfhood: Investigating the First-Person Perspective*. Cambridge: MIT Press.
- Zahavi, D. y U. Kriegel. (2015). For-me-ness: waht it is and what it is not. En D. A. Dahlstrom (Ed.). New York: Routledge.
- Zlatev, J. (1997). *Situated Embodiment. Studies in the Emergence of Spatial Meaning*. Estocolmo: Gotab Press.

- Zlatev, J. (2005). What is a schema? Bodily mimesis and the grounding of language. En B. Hampe (Ed.), *From perception to meaning. Image schemas in cognitive linguistics* (págs. 313-342). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Zlatev, J. (2010). Phenomenology and cognitive linguistics. En D. Schmicking, & S. Gallagher (Edits.), *Handbook of phenomenology and cognitive linguistics* (págs. 415-443). Dordrecht: Springer.
- Zlatev, J. (2016). Turning back to experience in Cognitive Linguistics via phenomenology. *Cognitive linguistics*, 27(4), 1-14.